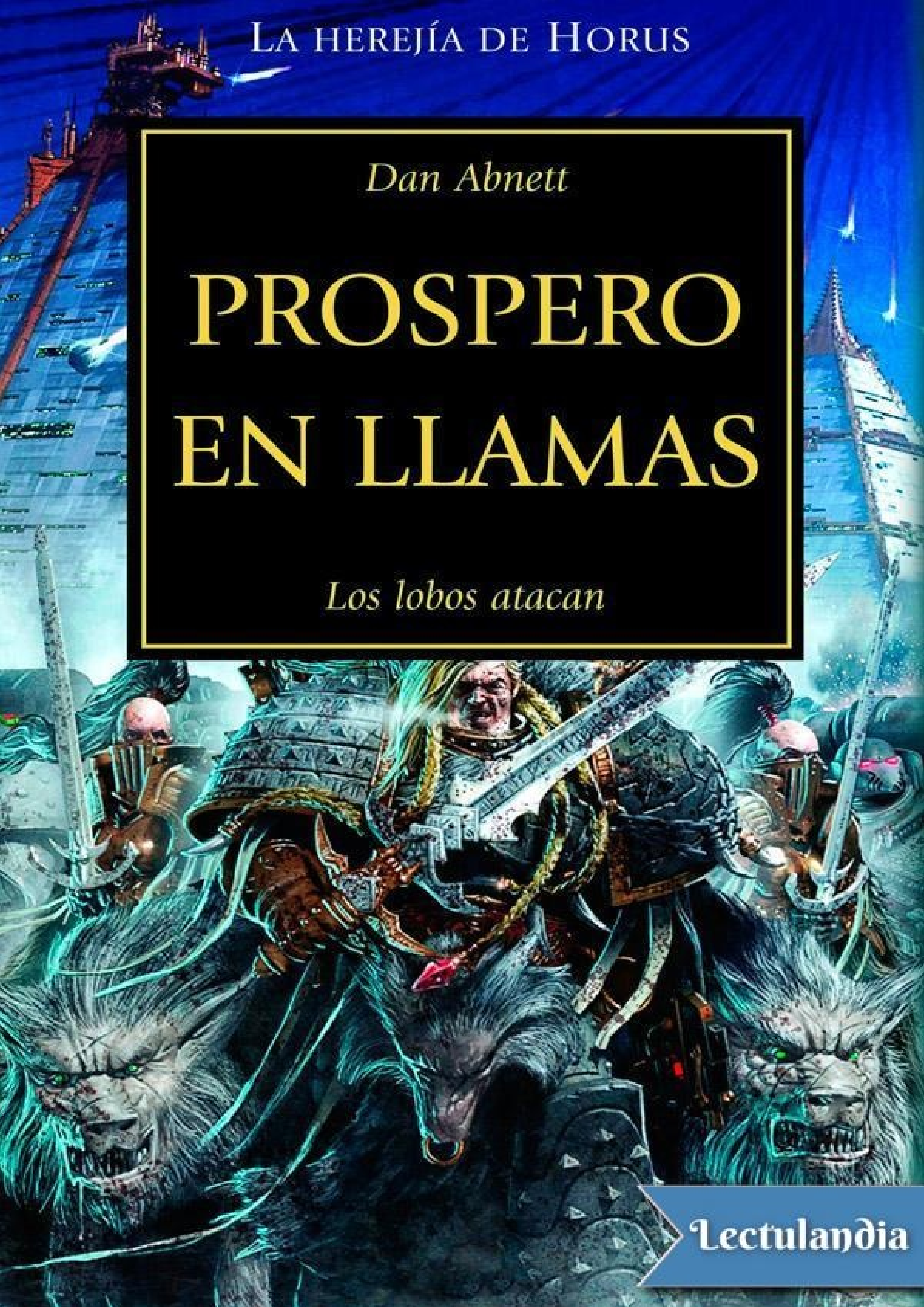

LA HEREJÍA DE HORUS
Dan Abnett
PROSPERO
EN LLAMAS
Los lobos atacan
Lectulandia

El Emperador está furioso. Magnus el Rojo, primarca de la legión de los Mil Hijos, ha cometido un error de proporciones catastróficas y ha puesto en peligro a la propia Terra. Al Señor de la Humanidad no le queda más remedio que encargarle al primarca de los Lobos Espaciales, Leman Russ, la misión de apresar a su hermano en el planeta Próspero, el lugar de origen de los Mil Hijos.

No será fácil someter al Planeta de los Hechiceros a la voluntad del Emperador, pero tampoco detener a Russ y a sus Lobos Espaciales. Con el corazón poseído por la ira, el Rey Lobo está decidido a llevar a Magnus ante la justicia del Emperador. Los acontecimientos que decidirán el destino de Próspero se desatan.

Dan Abnett

Próspero en llamas

Los lobos atacan

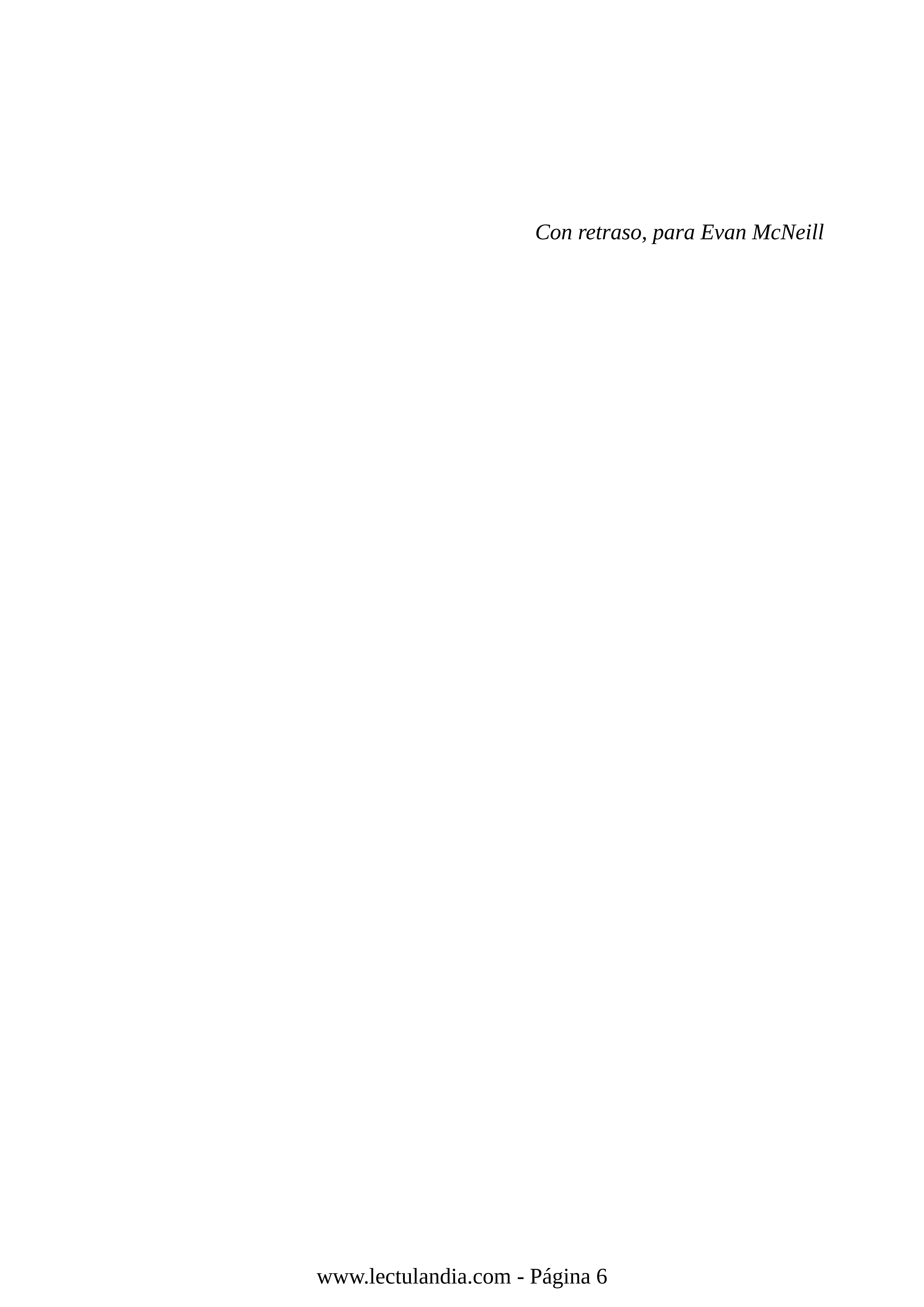
Warhammer 40000. Herejía de Horus 15

ePUB r1.7
epublector 26.08.13

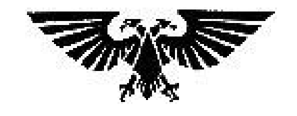

WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Prospero Burns*
Dan Abnett, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 20100

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Con retraso, para Evan McNeill



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

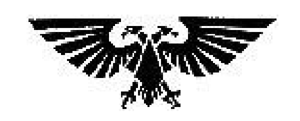
El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales. Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo es para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

LOS PRIMARCAS

RUSS	El Rey Lobo
MAGNUS	El Rey Carmesí

EL ROUT

ONN GUNNAR GUNNHILT	Llamado lord Gunn, jarl

TRA

OGVAI OGVAI HELMSCHROT	Jarl
ULVURUL HEOROTH	Llamado «*Colmillolargo*», sacerdote rúnico Oso
AESKA	Llamado «Labiorroto».
GODSMOTE	
GALEG	
AUN HELWINTR	Llamado «Cabezanívea».
ORCIR	
JORMUNGNDR	Llamado «Dos Espadas».
ULLSTE	
ERTHUNG MANORROJA	
OJE	
SVESSL EMRAH HORUNE	
NAJOT THREADER	Sacerdote lobo

FYF

Amlodhi Skarssen	
Skarssensson	Jarl
Varangr	Heraldo de lord Skarssensson
Ohthere Wyrdmake	Sacerdote rúnico
Trunc	
Bitur Bercaw	

PERSONAJES IMPERIALES

Giro Emantine	Secretario prefecto del Consejo de Unificación
Kasper Hawser	Conservador, también conocido como Ahmad Ibn Rustah
Navid Murza	Conservador

PERSONAJES NO IMPERIALES

Fith	de los ascommani
Guthox	de los ascommani
Brom	de los ascommani
Lern	de los ascommani

EN EL PASADO

Rector Uwe

Si soy culpable de algo, es de la simple búsqueda del conocimiento.

El primarca MAGNUS en Nikaea

Cambia un simple acorde, desentona esa cuerda,
¡y mira! La discordancia consecuente; cada
elemento se enfrenta
en clara oposición: las aguas contenidas
levantarán sus fondos a más altura que las orillas.
Y convertirán en algo pastoso todo este globo sólido:
la fuerza se convertirá en el señor de la imbecilidad,
y el hijo tosco matará a su padre:
la fuerza será justa; o más bien
justa e injusta
(entre cuyos interminables extremos reside la justicia discordante).
perderán sus nombres, y perderán
la justicia también.
Entonces, todo se infiltrará en el poder,
el poder en la voluntad, la voluntad en el apetito.
Y el apetito, el lobo universal,
tan secundado por la voluntad y el poder,
deberá por fuerza conseguir una presa universal,
y acabará devorándose a sí mismo.

Atribuido al dramaturgo SHAKESPIRE, (fl. M2),
citado en la Profecía de Amon de los Mil Hijos
(cap. III, verso 230).

Aquellos que no son capaces de recordar el pasado están condenados a repetirlo.

Autor desconocido (Circa M2).



PRIMERA PARTE

EL UPPLANDER



UNO

AL LLEGAR LA PRIMAVERA

La muerte los tenía rodeados.

Había llegado para cortar hilos de vida, y aquel día mostraba cuatro rostros.

Era una muerte ardiente para aquellos que estaban demasiado heridos o demasiado temerosos como para abandonar el asentamiento mientras la tormenta de fuego lo arrasaba. Una muerte helada para aquellos que huyeron corriendo hacia arriba por la escarpadura para evitar el asesinato. Incluso en plena primavera, el viento llegaba desde las planicies de hielo con un filo cortante que arrancaba el calor de los pulmones a cualquiera que quedara expuesto, y que le pudría las manos y los pies hasta dejarlos convertidos en ramitas ennegrecidas para acabar transformándolo en un fardo rígido y duro como la piedra cubierta de escarcha.

Para otros era una muerte por ahogamiento si intentaban huir sobre el hielo azul que rodeaba la lengua de tierra. La primavera ya había comenzado a actuar sobre el hielo marino de la orilla y lo estaba soltando poco a poco, como una muela se aflojaría en la encía. El hielo ya no sería capaz de soportar el peso de una persona, al menos, de forma fiable. Si el hielo se partía, uno se hundía sin remedio. Con rapidez si lo atravesabas directamente, y con aterradora lentitud si la placa de hielo se volcaba y hacía que te deslizaras hacia tu fin. En cualquiera de los dos casos, el agua que esperaba abajo era negra como el aceite, y estaba tan fría que los pensamientos se congelarían en el cerebro antes incluso de que los pulmones quedaran vacíos.

Para los demás, para los que se quedaron a combatir, era una muerte sangrienta. La muerte que te derribaba con fuerza contra el hielo cuando una maza o una hacha te golpeaba y te hacía sentir el calor ardiente de tu propia sangre y el dolor aullante de la herida que te dejaba indefenso. Esa era la muerte que se alzaba sobre ti y te golpeaba una y otra vez, una y otra vez, tantas veces como fuera necesario para que no te

levantaras nunca más, o hasta que quedabas tan desfigurado que la muerte ya no era capaz de mirarte y se apartaba asqueada en busca de otra alma con la que acabar.

Cualquiera de esos cuatro rostros de la muerte te cortaría el hilo vital en cuanto te mirara, y ésos eran los rostros que traía la tribu de los balt.

Los balt. Eran ellos quienes habían llevado la muerte al aett de los ascommani. Veinte botes. Era muy pronto, demasiado temprano en la estación para una incursión. Un individuo tenía que estar desesperado para salir a volver roja la nieve cuando podía esperar a las primeras hierbas y a una temperatura más favorable.

Veinte botes, y todos preparados para navegar sobre el hielo con las velas izadas.

Si hubieran tenido tiempo para ello, los ascommani se habrían preguntado el motivo por el cual su fin llegaba tan temprano. La Tierra del Hierro, donde se encontraban los asentamientos de los balt, se había mantenido firme durante veinte largos años, pero muchos habían empezado a decir que sus raíces se habían reblandecido. Muchos decían que ya sólo duraría un verano más, dos como mucho, y que después el mar se la tragaría de nuevo para llevarla a la forja del mundo.

La tierra de los ascommani iba desde la punta de la lengua de tierra hasta la banquisa de hielo. Era difícil de cultivar, y carecía de defensas naturales, pero sólo tenía un año, y los zahoríes habían proclamado que era un terreno bien asentado, con muchos años por delante.

Así pues, había ansia de tierra. Quizá se trataba de eso.

Fith sabía la verdad. No había nada que impulsara las ganas de matar como el miedo, y no había nada que atizara tanto el miedo como un mal augurio. Una estrella con cabellera. Una estrella diurna. Color en el hielo. Una enorme flor en el mar. Humo en la banquisa de hielo donde no había asentamiento alguno. Una criatura muerta que acabó en la orilla y que no debería existir. Algo nacido de ganado o de mujer que no debería existir. Algo con defectos de nacimiento.

Algunas veces, un mal sueño era suficiente, un mal sueño que te decía que la tribu que vivía un poco más abajo a lo largo de la costa o de la punta de tierra era maleficarum. Dejabas que el ansia de sangre te sirviera como excusa mientras te ponías la cota de malla y empuñabas la espada, pero te asegurabas de que el gothi de la tribu te cubriera la cara con marcas de salvaguarda trazadas con ceniza mezclada con cola, marcas como el disco solar o el ojo protector, antes siquiera de desplegar las velas.

Y, sin duda, se había producido un mal augurio. Fith lo había visto.

También había sido el primero en ver el asalto. Había visto las velas acercarse a lo largo de la orilla interior con suficiente antelación como para que le diera tiempo a soplar el cuerno de alerta, pero ya era demasiado tarde para que sirviera de algo. Eso sólo le había permitido a su tribu morir despierta.

La partida de ataque de los balt había rodeado la lengua de tierra en sus botes de

piel de dragón en la luz grisácea y ciega previa al amanecer. Habían cruzado directamente del océano a la orilla de hielo con sus velas negras, sobre las plataformas, y pasado de navegar en el mar a hacerlo sobre la banquisa con una leve sacudida. Sus vanguardia había llegado desde el otro lado de la franja de tierra, y cruzaron las crestas de las dunas de hielo para caer sobre el asentamiento ascommani desde su parte posterior.

Después de aquello, todo habían sido llamas y golpes. Los balt eran unos individuos enormes, de rostros alargados y barbas peinadas con cera para que formaran un dibujo de rayos de sol bajo los cascos con placas faciales equipadas con lentes. Eran terriblemente eficaces con hachas y mazas, y con las escasas espadas empuñadas por los individuos de mayor rango social.

Sin embargo, no se comportaron con la violencia aullante habitual en las incursiones o en los asaltos de castigo de los balt. Atacaron en silencio, aterrorizados por lo que habían acudido a matar, aterrorizados por la magia del cielo. Se mantuvieron en silencio y actitud ceñuda, decididos a matarlo todo para anular la magia. Hombres, mujeres, niños, ganado, nada se libró de sus golpes. No hubo el más mínimo atisbo de piedad. A nadie se le ocurrió hacer prisioneros o tomar esclavos. Las mujeres de los ascommani eran famosas por su belleza, y también había muchas jovencitas saludables que con el tiempo se podrían convertir en valiosas esclavas de cría, pero los balt habían dejado a un lado cualquier deseo que no fuera el de matar para verse libres de aquel tremendo miedo.

El sonido de una hacha al golpear es un chasquido húmedo de carne al abrirse y un golpe sordo de hueso al partirse, semejante al de la madera joven al ser cortada. Una maza hace un sonido amortiguado parecido al de un martillo al clavar estacas en la marga o en hielo blando. Lo peor, en cualquiera de los dos casos, eran los sonidos que se producían a continuación. Los chillidos de los agonizantes, los aplastados y los moribundos. Los gritos suplicantes de los heridos y mutilados. Los impactos cortantes de la muerte, que caían una y otra vez hasta que los caídos dejaban de estar vivos, o sus cuerpos dejaban de intentar levantarse, o dejaban de gritar o dejaban de estar completos.

Fith tuvo el tiempo justo de ponerse la cota de malla y de empuñar el hacha. Unos cuantos hersir más se agruparon armados a su alrededor y se enfrentaron a los primeros invasores que subían por el muro y se colaban a través de las rendijas de las ventanas. El pánico ya se había extendido. Eran las carreras enloquecidas y a ciegas en la oscuridad, el hedor a orina, los primeros rastros de humo en el aire.

El hacha estaba equilibrada para ser utilizada con una sola mano, y era una herramienta de excelente manufactura, con una cabeza de hierro de alta calidad que pesaba tanto como un recién nacido. La sonrisa que formaba el filo de la hoja medía de un extremo a otro más que la palma de una mano, y había pasado por la piedra de

amolar la misma noche anterior.

El hacha es una herramienta de mecanismo muy sencillo, una palanca que multiplica la fuerza de tu brazo para transmitirla a la fuerza del choque de la hoja. Este sencillo mecanismo se aplica tanto si se corta madera como si se cortan personas.

El hacha de Fith era una cortadora de huesos, una rompedora de escudos, una reventadora de cascos, una segadora de hilos de vida. Era un hersir del aett ascommani, y sabía muy bien cómo combatir.

El combate era una lucha a degüello en el propio asentamiento. Fith mató a dos guerreros balt y los derribó de espaldas desde el muro, pero la estrechez del lugar le impedía blandir con eficacia su arma. Supo que tenía que salir de ahí. Avisó a gritos a los hersir que estaban con él, y todos retrocedieron.

Bajaron del muro y se adentraron en la explanada central del asentamiento, envuelta ya por las nubes de humo negro, y allí se enfrentaron cara a cara con los guerreros balt de cascos provistos de lentes. Fue una locura. Una lucha sin cuartel. Las armas afiladas giraron en el aire como las aspas de un molino en mitad de una tormenta.

Fenk cayó al suelo cuando una hacha balt le abrió la pantorrilla de arriba abajo de un solo tajo. Aulló de rabia cuando la pierna le cedió, completamente inutilizada. Un par de segundos más tarde, una maza le dio de lleno en la cabeza con tanta fuerza que le dobló el cuello y se lo partió, cortándole el hilo de la vida. Se desplomó, inerte, en el suelo, con la cabeza destrozada expulsando sangre a chorros.

Fith hizo retroceder a un balt armado con un martillo, atemorizándolo con los molinetes silbantes que hacía con el hacha en el aire.

Ghejj intentó proteger el costado de Fith utilizando las tácticas básicas de una pared de escudos, pero no había tenido tiempo de sacar un escudo en condiciones del almacén y sólo se defendía con un cuadrado de prácticas que había conseguido en el campo de entrenamiento. Una lanza lo atravesó de lado a lado, y lo rajó de tal manera que las entrañas se le escaparon para caer a la nieve como un montón de salchichas. Ghejj intentó recogerlas, como si le fuera posible reunirlas y metérselas de nuevo para que todo volviera a la normalidad. Los intestinos humearon bajo el aire primaveral. Gritó por el tremendo dolor. No pudo evitarlo. Sabía que estaba muerto.

Miró a Fith al mismo tiempo que volvía a gritar. Esta vez no fue por el dolor. Lo hizo enfurecido, porque se sabía irremediablemente muerto.

Fith lo golpeó, misericorde, para poner fin a su sufrimiento.

Fith dejó atrás la última imagen que había visto de Ghejj y vio que había dedos esparcidos por la nieve, en la misma nieve revuelta por los pies que la habían pisoteado y que habían resbalado sobre ella, además de enrojecida por la sangre

derramada sin cesar. Eran dedos de mujeres y de niños, de unas manos alzadas para protegerse, de heridas defensivas.

Vio un poco más allá, también en la nieve, la mano de un niño, entera y perfecta. Reconoció la marca del anillo que llevaba puesto. Conocía al niño al que pertenecía aquella mano. Conocía al padre de aquel niño.

Fith sintió que una neblina roja le inundaba por completo la cabeza.

Un balt se dirigió a él en silencio y con actitud decidida. Fith sopesó un momento el arma, luego la blandió con rapidez y le abrió la cara al balt de un extremo a otro con un profundo tajo.

Quedaban cuatro hersir: Fith, Guthox, Lern y Brom. No se veía señal alguna del jefe del aett. Probablemente estaría muerto y boca abajo sobre la nieve roja, lo mismo que todos sus huscarls.

Fith olió la sangre. Era tremendamente asfixiante, un hedor caliente y cobrizo que sobrecargaba el helado aire del amanecer. También le llegó el olor de las entrañas de Ghejj: de los intestinos, del contenido del estómago reventado, la grasa amarillenta de la barriga, el calor de su vida.

Fith supo que había llegado el momento de marcharse.

El upplander se encontraba en el refugio más alejado. Incluso los ascommani sabían que había que mantenerlo apartado de la gente.

Lo encontró recostado contra los cojines.

—Escúchame bien. ¿Me entiendes? —le dijo Fith con voz sibilante.

—Te entiendo. Mi traductor funciona —le contestó el upplander con la cara pálida.

—Los balt están aquí. Son veinte barcos. Te matarán a golpes. Dime, ¿quieres la piedad de mi hacha?

—No, quiero vivir.

—¿Puedes caminar?

—Quizá. No me dejéis aquí. Le tengo miedo a los lobos —le contestó el upplander.

No hay lobos en Fenris.

Cuando al upplander le dijeron aquello años atrás, se había echado a reír.

Se lo había oído decir a un conservador y erudito venerable, que más tarde se convirtió en un iterador célebre, llamado Kyril Sindermann. El upplander, que muy poco antes se había graduado con notas excelentes en el Universariado de Sartis, se había ganado una deseada plaza en una misión de ochos meses de duración para investigar y preservar algunos arcanos núcleos de datos de NeoAleksandrya, antes de que las tormentas de arena y las borrascas de radiación abrasadora arrasaran las valiosas ruinas y las borraran para siempre del vacío melancólico de la zona de

Nordáfrika. Eso ocurrió muchas décadas antes de que el upplander decidiese ir a Fenris o hacerse llamar Ahmad Ibn Rustah. En aquel entonces tenía veinticinco años y sus amigos lo conocían por el nombre de Kasper.

Sindermann se aprendió su nombre desde el principio. No era el jefe del proyecto. Lo habían enviado para una simple consulta de tres semanas, pero no tenía reparos en mancharse las manos o en departir con los miembros de menor rango del equipo. Se comportaba de un modo afable con las personas, y los nombres de cada una de ellas eran importantes para él.

Una noche, el equipo se enzarzó en una discusión, como era habitual, durante la cena que tomaban en la base del proyecto, una estación modular construida en alto de modo que conectara con las ruinas de la biblioteca.

Estaban exhaustos. Todos habían trabajado durante unos turnos excesivamente prolongados para lograr cumplir los fines de la misión. Nadie quería que las valiosas memorias digitales que albergaban las ruinas se perdieran para siempre.

Por ello, todo el mundo estaba quemado por la arena ardiente, a todos les faltaban horas de sueño y habían perdido masa corporal debido a la falta de hidratación. Las noches deberían haber sido un tiempo para tomarse un descanso reparador, pero sus sueños se habían visto acosados por los fantasmas de datos de NeoAleksandrya, unos espíritus comunicativos que no dejaban dormir a los seres vivos. Así pues, se mantenían despiertos para no permitir acercarse a esos fantasmas, y las noches se convirtieron en largas veladas de compañías agotadas y de reflexiones sobre los vientos cortantes que aullaban sobre la tumba radiactiva de NeoAleksandrya y asaltaban los contrafuertes anti-tormenta herméticamente cerrados.

Hablaban de todos los temas posibles con tal de no dormirse. Sindermann, quizá el mejor polimatemático que el upplander jamás tuviera el honor de conocer a lo largo de toda su prolongada vida, era un conversador incansable.

Los miembros de mayor edad del equipo hablaron sobre los distintos lugares que habían visitado a lo largo de sus carreras, y los más jóvenes, de los lugares que querían o que todavía esperaban visitar. Aquello llevó, de forma inevitable, a la redacción de una lista de deseos, el itinerario soñado por cualquier erudito, historiador o rememorador, y que incluía los principales lugares de toda la creación conocida. Cualquiera de ellos daría buena parte de sus riquezas o una parte de su cuerpo con tal de echar un simple vistazo. Era una lista con los lugares secretos del universo, con sus maravillas más remotas, sus rincones más enigmáticos, sus escenarios improbables y sus yacimientos más míticos. Fenris formaba parte de aquella lista. Irónicamente, dado lo que el upplander presenciaría hacia el final de una de sus vidas, Tizca también estaba en esa lista.

Sindermann, aunque era un individuo de mucha edad y experiencia, no había estado nunca en Fenris. El número de extranjeros que habían visitado Fenris era

increíblemente pequeño. Claro que, tal y como lo había expresado el propio Sindermann, Fenris no era un planeta que diera precisamente la bienvenida a sus visitantes, ni era un anfitrión amable. Debido a las extremas condiciones naturales, incluso un individuo bien preparado tendría suerte de sobrevivir unas pocas horas en terreno abierto.

—A pesar de eso, pensad en todo ese hielo —les había comentado Sindermann.

La temperatura en la base de investigación alcanzaba los cuarenta grados, incluso en plena noche, cuando el centro de control de clima se estropeaba. Todos soltaron exclamaciones quejumbrosas ante el comentario sarcástico de Sindermann.

Luego, sin motivo aparente, éste hizo la observación sobre los lobos, un comentario que había llegado hasta él a través de una cadena de viajeros e historiadores tan larga que su procedencia exacta era imposible de rastrear.

—No hay lobos en Fenris —se había limitado a decir.

El upplander sonrió, esperándose alguna ocurrencia divertida. Su sonrisa ocultó el estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—A excepción, claro, de… los propios lobos, ¿no? —le contestó.

—Exacto, Kasper —le confirmó el anciano.

El tema de conversación no tardó en cambiar, y el comentario quedó olvidado.

A Fith no le apetecía mucho tocar al upplander, pero no iban a llegar muy lejos sin un brazo que lo sostuviera para que pudiera caminar. Irguió un poco al individuo, y el upplander lanzó un grito por el lanzazo de dolor.

—Pero ¿qué haces? ¡Déjalo ahí! —le gritó Brom.

Fith soltó un bufido. Brom sabía muy bien que no podía hacerlo. No se trataba de que a Fith le apeteciera arrastrar al upplander, pero era lo que había que hacer con los augurios. No se los invitaba a tu aett, pero una vez estaban allí, no se los podía dejar de lado.

Fith era tan incapaz de dejar abandonado al upplander como los balt de no llevar a cabo los planes de matanza que habían iniciado esa medianoche.

Lern se les acercó y lo ayudó a llevar al herido. Los refugios del aett estaban envueltos en llamas y cubrían el pálido cielo del amanecer con unas gruesas columnas de humo negro. Los balt no habían dejado de cortar hilos de vida. De vez en cuando, unos gritos agudos de dolor y de angustia cruzaban el aire como flechas silbantes.

Corrieron a lo largo del borde de la escarpadura sin dejar de tropezar debido a la carga que suponía el herido. Guthox y Brom los seguían sobre la nieve con grandes amplias zancadas para avanzar mejor. Brom había conseguido una lanza en algún momento de la lucha. Un puñado de guerreros balt salieron en su persecución, y los siguieron como perros de caza, encorvados y a grandes saltos.

Guthox y Brom se dieron media vuelta para hacerles frente. El hacha de Guthox derribó al primero de ellos y provocó un chorro de sangre de cinco metros que salpicó el hielo a su alrededor. La punta de la lanza de Brom dio de lleno en la mejilla de otro enemigo y se la arrancó, como si no fuera más que un trozo de trapo, acompañada de un buen puñado de dientes, que cayeron con la misma facilidad que los granos de una espiga. Brom mató a su oponente con el otro extremo de la lanza de un golpe en la cabeza mientras caía agarrándose el lado desgarrado de la cara.

Los balt los rodearon y se mantuvieron a distancia de la lanza de Brom. Fith dejó que Lern cargara con todo el peso del upplander y se dio media vuelta. Pasó corriendo al lado de Brom, lanzado en una carga aullante, y le rebanó la parte superior del cráneo a un balt con el hacha que blandía en círculos. Aquello lo cambió todo. Los balt se lanzaron contra ellos sin importarles la lanza. Intentaron utilizar los escudos para mantener la punta del arma lejos de sus caras, y uno de ellos recibió casi de inmediato un lanzazo en pleno esternón. Se oyó un crujido parecido al de la madera al partirse cuando la punta de hierro le atravesó el pecho, y el guerrero vomitó un chorro de sangre. Pero la lanza se quedó clavada, y el peso muerto del balt se la arrancó a Brom de las manos, quien retrocedió trastabillando sin otra arma para protegerse que un cuchillo largo.

Guthox utilizó su hacha para romper un escudo y el brazo que lo sostenía, y luego derribó a su oponente de un hachazo en el cuello. Después se volvió para desviar el ataque de otro enemigo con la parte ancha de la hoja del arma, pero el balt era grande y fuerte, y obligó a Guthox a retroceder encadenando una serie de golpes demoledores.

Fith todavía conservaba el impulso de la carga. Derribó a otros dos oponentes. A uno de ellos lo dejó desangrándose en la nieve, y al otro completamente aturdido, así que se volvió justo a tiempo de ayudar a Guthox, y clavó la aguzada punta del mango del hacha en la espina dorsal del enorme balt que estaba acosando a su amigo.

Fith sacó la punta del hacha con un gruñido feroz y el balt se desplomó de bruces en la nieve. Brom estaba acabando con otro con una serie de puñaladas feroces. El balt lo había herido en el primer ataque, pero cometió el error de acercarse demasiado al cuchillo largo del hersir.

Volvieron corriendo hasta donde Lern los estaba esperando con el upplander. Brom había recuperado su lanza, pero dejaba un rastro de nieve roja a su espalda.

El upplander jadeaba por el esfuerzo. El calor escapaba a vaharadas de su boca, abierta de par en par. Bajo la capa de tormenta que le habían prestado llevaba unos ropajes confeccionados con tejidos que ni Fith ni los suyos conocían. La caída desde el cielo había dejado maltrecho al upplander. Fith supuso que se le habían roto unos cuantos huesos, aunque jamás había visto el interior de un upplander, así que no sabía si sus cuerpos eran iguales a los de los ascommani, a los de los balt o a los de los

habitantes de los demás aett.

En realidad, Fith no había visto a un upplander en toda su vida. Jamás se había visto involucrado con un augurio tan malo como aquel. Se preguntó qué le habría ocurrido al gothi del aett. Se suponía que debía de ser un individuo sabio, y también se suponía que tenía que utilizar esa sabiduría para dirigir y salvaguardar el wyrd del aett.

No lo había hecho nada bien. El gothi no había sabido qué hacer con el upplander cuando los hersir lo habían llevado ante su presencia después de rescatarlo del lugar donde había chocado, y seguía sin saber qué hacer después de aquel primer encuentro, a excepción de sacudir los abalorios de hueso y su escudilla llena de dientes de peces, además de suplicarle a los espíritus con los mismos cánticos cansinos de siempre, rogándoles para que bajaran de las Tierras Superiores y se llevaran consigo a aquel de los suyos que estaba entre los ascommani.

Fith creía en los espíritus. Tenía una fe firme en su existencia. Creía en las Tierras Superiores, donde vivían los espíritus, y en el Subniverso, donde moraban los espectros. Era a lo único que se podía aferrar cualquiera en el paisaje cambiante del mundo de los mortales, pero también era un individuo pragmático. Sabía que había momentos, especialmente cuando el hilo de la vida estaba tan tenso que se podía partir, en los que uno tenía que hacer su propio wyrd.

Los ascommani guardaban todos sus barcos en una cuenca situada a tres tiros de flecha del aett. Era un pequeño cráter de hielo abierto al mar en la parte norte de la lengua de tierra, y tenían más de diez naves allí. La mayoría se encontraban sobre bloques sacados del hielo para que los hombres del aett pudieran trabajar durante las horas de luz diurna para quitarles las plataformas de deslizamiento y prepararlas para las aguas primaverales. Una de ellas era la nave del propio jefe del aett, que se encontraba preparada para partir en cualquier momento. A aquello se le llamaba «mantenerla clavada». Al igual que se colocaba la hendidura del extremo de una flecha en la cuerda del arco y se mantenía lista para ser disparada, el bote del jefe permanecía sobre los patines en el hielo duro, con todo el velamen preparado para desplegarse y llenarse de viento, y sólo las maromas de anclaje le impedían moverse.

—¡Meteos en el bote! —les ordenó Fith mientras bajaban deslizándose por la pendiente en dirección al borde de la cuenca.

—¿Qué bote? —le preguntó Lern.

—¡En el del jefe! —le replicó Fith.

—Pero es el bote del jefe… —dijo Guthox con cautela.

—Él no va a necesitarlo ya —insistió Fith—. Al menos, no tanto como nosotros.

Guthox lo miró sin parecer comprenderlo.

—El jefe ya debe de estar durmiendo sobre la nieve roja. Súbete ya al bote, idiota —le bufó Fith.

Todos se subieron al bote y dejaron al upplander sobre la proa. Los balt comenzaron a aparecer sobre la cresta de la ladera, y los hersir oyeron los zumbidos de las primeras flechas.

Fith desplegó las velas, y éstas se llenaron al instante. La tela chasqueó con un sonido semejante a un trueno cuando recibieron el aliento de la tierra. Aquella mañana soplaba un fuerte viento cargado de nieve, pero él apenas lo había notado hasta ese momento. Las cuerdas de anclaje crujieron y se tensaron cuando el bote se revolvió levemente sobre el hielo, impaciente por deslizarse sobre su superficie.

—¡Cortad los cabos! —gritó Fith.

Guthox lo miró desde la popa, donde el tirón del viento hacía que los tensos cabos rozaran contra la regala del bote.

—¿De verdad que no va a venir? —insistió.

—¿Quién?

—El jefe. ¿Viste cómo le cortaban su hilo?

—Ya estaría aquí si tuviera que venir —le replicó Fith.

Oyeron unos chasquidos fuertes, semejantes a los de las ramas verdes al abrirse en una hoguera. Las puntas de hierro de las flechas se clavaban en el hielo alrededor del bote y levantaban pequeños surtidores de escarcha o perforaban directamente la corteza azul oscuro de la superficie helada. Dos de las flechas impactaron en el bote, y una de ellas se clavó en el mástil principal la profundidad equivalente a un antebrazo humano.

—¡Cortad los cabos! —aulló de nuevo Fith.

Guthox y Lern cortaron los cabos con las hachas y el bote salió disparado como un animal que huyera, con las velas hinchadas y tan rígidas como el hierro. La sacudida los hizo caer sobre la tablazón del fondo. Los patines de filo metálico del soporte para el hielo chirriaron al deslizarse sobre la superficie helada de la pequeña cuenca.

Lern tomó el timón. Era el mejor timonel de todos ellos. Rodeó con el brazo la caña y se la colocó bajo la axila para apoyar todo el peso del cuerpo y clavar el extremo de la pala en el hielo al mismo tiempo que equilibraba la tensión de las jarcias de las velas de ambas bordas, una con cada mano. Controlar una nave como aquélla era una batalla tanto de fuerza como de ingenio. Una mala decisión, un aflojamiento en una de las velas laterales, un empuje demasiado forzado del timón principal, y la combinación de hielo pulido y de viento inmisericorde serían capaces de hacer volcar incluso la nave de mayor tamaño hasta convertirla en leña para la hoguera.

Salieron de la cuenca y cruzaron la lengua de hielo que atravesaba el saliente de granito que daba al mar abierto. Sólo que no era un mar de agua. Ya había pasado la época del frío glacial más intenso, y la temperatura ya estaba subiendo, pero la zona

de mar situada a lo largo de aquella ensenada seguía reflejando el cielo como un espejo pulido. En unas zonas tenía un color gris verdoso parecido precisamente al de un espejo antiguo, mientras en otras era de un azul semejante al de un zafiro sin tallar. En otras era transparente y claro como un cristal, pero en todos lados tenía como mínimo el espesor de la altura de dos o tres hombres.

El frío les dio de lleno en cuanto salieron de la cuenca y los patines del bote comenzaron a arañar la superficie del espejo de hielo y a chillar como las voces ominosas de los espectros del Subniverso. Era el frío abierto, el frío apagado pero cortante del final del invierno, el frío violento del espacio helado. A todos se les escapó una exclamación involuntaria ante el impacto físico, y se alzaron de inmediato los cuellos de los abrigos o se taparon la boca y la nariz con las bufandas para protegerlas de aquel frío inclemente.

Fith miró al upplander, que estaba tendido sobre la proa. Jadeaba por la combinación de dolor y ejercicio físico, y el calor se le escapaba con el aliento formando grandes nubes espectrales que el viento se apresuraba a arrastrar.

Fith cruzó el bote, que no dejaba de dar sacudidas, en su dirección. Lo hizo caminando con el paso bamboleante propio de un veterano marino de hielo.

—¡Cierra la boca! —le gritó.

El upplander lo miró con expresión de no entenderlo.

—¡Cierra la boca! ¡Respira por la nariz!

—¿Qué?

Fith se arrodilló a su lado.

—El calor se te escapará a chorros del cuerpo si sigues con la boca abierta. Respira por la nariz. Conserva el calor.

Abrió una de las arquetas de hierbas entretejidas y sacó una manta y unas cuantas pieles. Todas estaban tiesas por el frío, pero las sacudió con fuerza y luego cubrió con ellas al upplander.

—Por la nariz —le recordó—. ¿No lo sabías? ¿Es que no conoces el frío?

—No.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido a esta tierra, si no conocías todos los modos en los que es capaz de matarte?

El upplander no tenía una respuesta para aquello. Ni siquiera tenía fuerzas para intentarlo. Una oleada de dolor renovado se estaba apoderando de él, extendiéndose por todo el cuerpo. Le inmovilizaba hasta los pensamientos, y ni siquiera le permitía disponer de una mínima reserva de energía mental que pudiera utilizar en otras tareas. Jamás había sufrido un dolor semejante, excepto quizá en una ocasión.

Oyó que alguien tocaba un clavecín. El movimiento de las teclas componía una alegre canción que apenas era capaz de captar por encima del chirrido de los patines y

de los rugidos de la tripulación de bárbaros.

Oyó sonar el clavecín, y supo que debería saber por qué.

Los balt se lanzaron en su persecución. Lern avisó al grupo en cuanto los vio, y señaló a un punto a popa. Todos divisaron el puñado de botes que salió deslizándose sobre el hielo tras rodear el extremo de la lengua de tierra. Llevaban velas negras, con todo el aparejo preparado para efectuar una incursión de exterminio. Los balt estaban decididos a llevar al exterminio hasta al último de sus enemigos. Fith había albergado la esperanza de que abandonaran la matanza una vez acabara el ataque principal contra el aett.

Pero no. Los balt debían de estar aterrorizados para continuar aquello y lanzarse en su persecución. No iban a cejar hasta que todos y cada uno de ellos estuvieran muertos.

Fith se preguntó qué les habría dicho su gothi. ¿Qué interpretación habría deducido de la aparición de la estrella con cabellera en mitad de la noche? Había sido un rastro de luz que señaló de forma acusadora el territorio de los ascommani. ¿Cómo habría explicado el temblor en la tierra, el sonido provocado por la estrella cuando impactó contra el hielo?

¿Qué les habría dicho a los hersir, al jefe, todos con los ojos abiertos, a las mujeres y a los niños, despertados en mitad de la noche y llorosos por el enorme estruendo?

Fith vio en una ocasión al gothi de los balt, tres años grandes atrás, cuando los balt y los ascommani tenían relaciones comerciales, cuando se podían visitar los aett respectivos para negociar y trocar cargamentos de pieles, de hierba trenzada y de carne ahumada por balas de hierbas aromáticas, aceite de lámpara, velas de grasa de ballena y lingotes de hierro.

Los jefes se habían reunido de un modo formal, con un intercambio de regalos y muchas reverencias y ceremonias, incluido el recitado de los linajes y de las sagas por parte de los escaldos, y un intenso resonar de los cuernos de bronce de los balt, que sonaban como una mezcla del eco de una cueva marina y un pedo medio contenido.

El gothi de los balt era un individuo flacucho, «más alto que un arco de guerra y la mitad de gordo», como decía el refrán. Tenía una gran y prominente mandíbula, muy parecida a la de una mula o a la de un retrasado. También mostraba numerosos objetos decorativos metálicos que le perforaban los labios, la nariz y las orejas, hasta el punto que parecía sufrir alguna clase de enfermedad que provocara la aparición de forúnculos y llagas.

Llevaba una vara confeccionada a partir del hueso del antebrazo de un oso y un torques de plata. Alguien se había dedicado a entretejerle largas plumas de aves marinas en el cabello largo y lacio, y el conjunto le caía como un manto blanco sobre

los hombros. Su voz era débil y aguda.

Se llamaba Hunur.

Sin embargo, siempre hablaba con sensatez. Fith se había acercado a la cabaña del gothi durante el proceso de regateo y trueque y se había unido a los oyentes agrupados alrededor del fuego para escuchar lo que decía. El gothi de los balt sabía muy bien cómo funcionaba el mundo. Habló con claridad y sencillez del Verso y del Subniverso, como si los propios espectros que lo habitaban le hubieran contado todos sus secretos.

El gothi de los ascommani era una bestia enloquecida. Tenía ataques, y olía como una vaca marina, y lo más probable era que ambos factores hubieran contribuido a su elección como gothi, aunque Fith tenía que admitir que era bueno con las estrellas. En ocasiones daba la impresión de que era capaz de captar el sonido que hacían sus estructuras mientras patinaban sobre el cristal del cielo, pero el resto del tiempo se mantenía de un humor horrible y una actitud enloquecida.

Se llamaba Iolo.

Hunur y él se habían encontrado frente a frente durante la reunión de trueque y se habían olfateado y gruñido el uno al otro como dos focas toro en celo, y luego pasaron todo el tiempo intentando robarse sus secretos entre sí.

Sin embargo, también le había dado la impresión de que sentían temor el uno por el otro, como si al intentar apoderarse de los secretos mutuos se arriesgaran a contraer una infección.

Así funcionaba la magia. Tenía un lado negativo. La magia era capaz de transformar la vida de un individuo, pero también podía corromperla, sobre todo si no se tenía cuidado, si no la vigilabas, la calmabas y la mantenías contenta. La magia poseía un trasfondo peligroso que era capaz de infectar a cualquier individuo si éste no prestaba atención.

La magia se podía volver realmente peligrosa. Te podía llegar a atacar, aunque fueses el gothi o el hechicero más cuidadoso y perfeccionista.

La peor magia de todas era la magia del cielo, y era precisamente la magia del cielo la que viajaba a bordo, en la proa de su nave.

Fith se preguntó qué les habría dicho el gothi de los balt a su tribu para volverlos tan implacables en su intención de matar.

Lern viró hacia el oeste, a través de la garganta reflectante de la península, bajo la sombra de los riscos de aquella franja de tierra, para salir a la llanura de nieve, la lengua que surgía del gran glaciar.

El hielo era mejor que el agua para escapar. Se podía conseguir diez veces más velocidad con la misma cantidad de trapo. Sin embargo, el esfuerzo necesario para conseguirlo era tremendo. Fith sabía que deberían cambiar de timonel en una hora o

menos, o bien dejar descansar a Lern, porque la concentración necesaria era muy intensa. Los ojos de Lern ya mostraban una mirada de cansancio, al menos, lo poco de ellos que Fith fue capaz de ver por encima del cuello de su abrigo.

Cruzaron a toda velocidad un largo strayke de la llanura de hielo que tenía el color gris de las escamas de los peces, y luego atravesaron los salientes de nieve donde las puntas de las rocas cuarteadas que formaban las morrenas glaciales sobresalían de la capa de hielo transparente como trozos de hueso partido.

Las naves de los balt se quedaban atrás poco a poco. Un buen bote balt, tallado con hachas utilizando madera marina y huesos de ballena, era una buena nave, pero cualquier bote de los ascommani era superior, y mucho más una nave construida especialmente para el jefe de un aett.

«Quizá consigamos sobrevivir».

Era una posibilidad todavía bastante remota, y Fith se maldijo a sí mismo por pensar en ello, ya que podría atraer la mala suerte al hacerlo. Quizá podrían dejar atrás por completo a la partida de los balt y encontrar santuario en algún lugar.

Los hradcana eran su mejor opción. Eran una de las tribus más poderosas del oeste, y tenían numerosos aett repartidos por todo el espinazo rocoso de la llanura de hielo, a menos de un día de distancia de viaje. Además, y lo que era más importante, entre los ascommani y los hradcana existía un acuerdo de paz que había durado hasta ese momento a lo largo de la vida de los últimos seis jefes. Sin embargo, más importante todavía que eso, era el hecho de que los hradcana y los balt se habían enfrentado y habían enrojecido la nieve de forma esporádica desde hacía ya diez generaciones.

Fith notó cómo se le levantaba el ánimo cuando Guthox divisó las primeras velas de los hradcana. Algún vigía los habría visto cruzando a toda la velocidad el hielo y había enviado una serial de cuerno por la cadena de puestos de vigilancia que se extendían por la zona, y el jefe de los hradcana habría ordenado partir a los botes para ayudar a los fugitivos ascommani.

Un momento después, se dio cuenta con una desazón creciente de que esa explicación no concordaba con los hechos.

—Estamos demasiado lejos —murmuró.

—¿Qué? —le preguntó Brom, quien estaba intentando cerrarse la herida con hilo de pescar y una aguja de hueso. Era una tarea demasiado complicada para realizarla con los guantes puestos, pero el frío que traía el viento era demasiado intenso para que las manos desnudas consiguieran moverse con la delicadeza y la precisión necesarias. Lo cierto era que casi estaba empeorando la herida.

—Estamos demasiado lejos todavía como para que ninguno de los centinelas de los hradcana nos haya visto —le explicó Fith—. Han partido porque sabían que vendríamos.

—¡Y una mierda! —bufó Brom.

Fith se fijó bien en las velas de los botes de los hradcana. Las velas era lo primero que se veía de una nave, por lo que a menudo se utilizaban para declarar las intenciones de los que iban a bordo. Una vela amarilla del color de la paja invitaba al comercio y al trueque. Una vela púrpura indicaba el luto de un aett por la muerte de un jefe o de una reina. Una vela blanca, como la que impulsaba el bote de Fith, proclamaba unas intenciones pacíficas o una misión de embajada. Una vela negra, como las que habían utilizado los balt, era una vela traicionera, porque ocultaba la intención de atacar en mitad de la noche, por lo que no respetaba las convenciones habituales.

Una vela roja era una declaración a los cuatro vientos de la intención de matar.

Todas la velas de los hradcana eran de color rojo.

Fith se acomodó en la proa temblorosa, al lado del upplander.

—¿Qué es lo que eres? —le preguntó.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué has provocado que nos ocurriera esto?

—No he hecho nada.

Fith negó con la cabeza pensativamente.

—Velas rojas. Velas rojas. Los gothis de las tribus han hablado entre ellos por el Subniverso. Los balt nos atacaron, y ahora los hradcana se disponen a atacarnos también. ¿Quién más? ¿Es que has vuelto a todo el Verso en nuestra contra, o sólo están contra ti?

—No sé qué quieres decir —le respondió el upplander.

—¿Querías que tu destino fuera morir aquí? —quiso saber Fith.

—¡No! —le contestó con vehemencia el upplander.

—Bueno, pues por lo que parece, de algún modo te has esforzado para que así sea —le replicó el hersir.

Era un lugar sagrado.

En la capilla se respiraba una curiosa tranquilidad incluso en mitad de la pestilencia de aquel día, el último de una campaña de seis semanas para tomar la ciudadela beoda, cuando todavía se oían a lo lejos cañonazos y el tableteo de las armas cortas.

Kasper Hawser ya lo había sentido en otras ocasiones, allí donde la humanidad había centrado su fe y adoración a lo largo de incontables generaciones: Una catedral en Silesia, aunque en realidad tan sólo quedaba el cascarón vacío, frágil como el papel, que se alzaba en mitad de los escombros y los cascotes blancos y humeantes que quedaban en la cuenca polvorienta provocada por la explosión atómica. Las profundas cuevas con paredes cubiertas de pinturas de Beluchistán, donde una

hermandad enclaustrada de sacerdotes había ocultado unos valiosísimos rollos de celulosa donde estaban inscritos sus misterios sagrados, que habían conservado de ese modo a lo largo de la Era de los Conflictos. Los elevados refugios monásticos del Cáucaso, donde los eruditos y los sabios se habían refugiado huyendo de las persecuciones de Narthan Dume. Allí se habían quedado, en el exilio, en aquel retiro ascético en lo alto de sus escondites, construidos a unas altitudes tan tremendas que desde ellos se veían las zonas de colmenas en expansión del Bloque Caspiano hacia el este y las aguas nanotóxicas del Ponto Euxino al oeste, y la voz de algún dios olvidado flotaba todavía en el viento, en el escaso aire y el cielo luminoso.

Los eruditos habían huido de los dominios panpacíficos de Dume con un valiosísimo cargamento de datos que habían rescatado con un esfuerzo tremendo de la biblioteca del tirano antes de que efectuara una de sus purgas de información. Se rumoreaba que parte de ese material era anterior a la propia Era Dorada de la Tecnología.

Cuando Hawser y sus colegas conservadores lograron localizar por fin aquellos refugios, se encontraron con que los datos habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Aquel tesoro de libros y de registros digitales se había degradado hasta convertirse en simple polvo.

«Cuanto más domina la humanidad, más descubre que debe ser dominada. Cuanto más aprende, más recuerda lo que ha olvidado».

Fue Navid Murza quien dijo aquello. Hawser jamás se había llevado bien con Murza, y las diversas ocasiones a lo largo de su carrera en las que se habían visto obligados a trabajar juntos habían generado un desdén amargo e inamovible entre ambos.

Sin embargo, no se podía poner falta alguna a la pasión investigadora de Murza. La fogosidad de su entusiasmo era equiparable a la del propio Hawser.

—Hemos perdido más de lo que sabemos ahora mismo, y cada vez estamos perdiendo más. ¿Cómo podemos enorgullecemos de nuestros avances como especie cuando destacamos por nuestra capacidad de aniquilar, y además, ni siquiera conseguimos mantener la más rudimentaria continuidad de conocimiento con nuestros antepasados?

Murza estaba con él aquel día, en Beocia. Ambos habían recibido sus puestos en el equipo de conservadores de manos del Consejo de Unificación. Ninguno de ellos había cumplido todavía trece años. Los dos eran jóvenes e idealistas en el sentido más vacuo e inexperto, a ambos les escocía el hecho de que el otro hubiera conseguido el puesto, de que fuera un empate en vez de que hubiera ganado uno y el otro hubiera perdido.

A pesar de ello ambos eran profesionales.

Las fuerzas yeselti, que se retiraban, habían dejado minada la inmensa refinería

que se alzaba a ocho kilómetros de donde ellos se encontraban, y el fuego resultante había cubierto aquella esquina de Terra con un manto de mortífero humo negro, una capa pegajosa de restos petroquímicos carcinógenos tan espesa como una niebla oceánica y tan venenosa como un pozo de plaga. Los conservadores tuvieron que utilizar monos aislantes para atravesar la neblina tóxica llevando los jadeantes pulmones artificiales en la mano, como si fueran maletas. Los aparatos estaban conectados a los morros de las máscaras mediante unos tubos arrugados de aspecto paquidérmico.

Los dioses de la tumba se alzaron ante ellos en mitad del humo. También llevaban puestas unas máscaras.

Se quedaron quietos durante unos instantes, contemplando a los dioses, tan inmóviles como aquellas estatuas antiguas. Unas máscaras divinas de jade y oro, y unas piedras lunares engastadas devolvieron la mirada a las máscaras de plastek y ceramita, y a las lentes sin vida de visión mecánica.

Murza dijo algo, pero quedó convertido en un barboteo húmedo que sonó detrás de su visor.

Hawser jamás había visto nada parecido a los dioses de aquella capilla beociana. En realidad, ninguno de ellos lo había hecho. Oyó los zumbidos y los chasquidos de las pantallas de varios de los miembros del equipo cuando accedieron a las memorias de los bancos de datos en busca de imágenes comparativas.

«No encontraréis nada», pensó Hawser. Le faltaba la respiración, y no se debía a la estrechez de la máscara o al olor de aire estancado que salía de los pulmones artificiales. Había escaneado las inscripciones de grafemas que cubrían las paredes del santuario, e incluso un simple vistazo rápido le había indicado que allí no había nada de lo que habían esperado encontrar. No eran formas raíces altaicas, ni túrcicas, tungúsicas o mongólicas.

Los pictógrafos que llevaban consigo comenzaban a resultar inoperantes debido al aire cargado de hollín y de otros restos, y las cápsulas de energía empezaban a fallar a diestro y siniestro. Hawser ordenó a dos de sus subalternos que tomaran copias por frotación de las inscripciones. Ambo se volvieron hacia él y lo miraron con una expresión perpleja visible a pesar de las máscaras. Tuvo que enseñarles cómo se hacía. Cortó varias hojas de plastek en pequeños cuadrados, y luego utilizó el lado de un marcador de cera para ladrillos para frotar uno de los cuadrados contra el pequeño relieve que formaban las marcas del muro.

—Como en la escuela —comentó uno de sus subalternos.

—Poneos en marcha —los urgió Hawser.

Comenzó a examinar el lugar por su cuenta y ajustó la intensidad macular de sus lentes. Era imposible saber qué antigüedad tenía el santuario sin tener la posibilidad de llevar a cabo unas cuantas pruebas de laboratorio. ¿Mil años? ¿Diez mil? Al

quedar expuesta al aire había comenzado a degradarse con rapidez, y el humo petroquímico corrosivo estaba destruyendo algunos detalles de las superficies ante sus propios ojos.

Deseó estar a solas aunque fuera un minuto.

Salió al exterior recorriendo el tramo de cueva por el que habían entrado. El Conflicto Beocio había permitido el descubrimiento de aquel tesoro. El lugar había quedado a la vista debido a la explosión de una serie de cargas de submunición y no a la excavación diligente y cuidadosa de un arqueólogo. Si no hubiera sido por la guerra, nadie lo habría encontrado, y debido a la guerra, estaba desapareciendo.

Hawser se quedó a la entrada y dejó el pulmón artificial en el suelo, a su lado. Tomó un sorbo de líquido nutriente del alimentador de la máscara y luego limpió las lentes empañadas con un chorro de limpiador manual.

El resplandor del combate en la ciudadela beociana que se libraba al norte de donde él se encontraba iluminaba el ominoso techo negro que formaba el cielo nocturno. Era una hoguera con forma de ciudad. La oscuridad de la inmensa capa de humo lo rodeaba por completo, tan espesa como la propia Vieja Noche. A lo lejos se veían grandes columnas de llamas cada vez que el humo dejaba un hueco al ser arrastrado por el viento.

Pensó con ironía que aquél era el aspecto que tenía la gran Era de la Unificación.

Según los tratados de historia publicados, que ya se estaban utilizando para dar clases en las scholam, aunque pareciera increíble, las gloriosas Guerras de Unificación habían acabado con la Era de los Conflictos hacía ya más de un siglo y medio. Desde ese momento, habían transcurrido más de ciento cincuenta años de paz y de renovación mientras el Emperador dirigía la Gran Cruzada por toda la galaxia tras partir de Terra con la intención de volver a reunir los planetas perdidos y dispersos a lo largo de la diáspora de la humanidad.

Eso era lo que decían los tratados de historia. La realidad no era tan sencilla. La historia tan sólo registraba los trazos más gruesos y las fases generales de desarrollo, y asignaba unas fechas casi arbitrarias a los logros humanos, que normalmente se conseguían en unos plazos mucho menos definidos. Las consecuencias de las Guerras de Unificación todavía se notaban por toda la superficie del planeta. La Unificación se había declarado con una fanfarria triunfante cuando ya no existió potencia o caudillo alguno que tuviera ninguna clase de esperanza en derrotar a la impresionante maquinaria de guerra imperial. Sin embargo, eso no había impedido la aparición o la permanencia de diversos estados feudales, creencias religiosas, naciones lejanas o autócratas tercos que se esforzaban por proteger y conservar sus pequeños reductos de independencia. Muchos, como la familia Yeselti, de Beocia, se habían mantenido en el poder a lo largo de decenios mediante negociaciones y connivencias logradas a pesar de los tratados, los acercamientos y cualquier otra clase de esfuerzo diplomático

que se hubiera intentado para hacer que permanecieran bajo el gobierno imperial.

La historia de aquellos acontecimientos demostraba que el Emperador, o al menos sus consejeros, poseían una enorme paciencia. Tras las Guerras de Unificación, se habían realizado esfuerzos en los niveles más elevados de gobierno para resolver los conflictos sin el uso de la violencia, y la familia Yeselti no eran unos tiranos o unos déspotas. Simplemente era una antigua casa real que se esforzaba por mantener su existencia independiente. El Emperador les concedió la gracia de un siglo y medio para que aceptaran los hechos, un período de tiempo muy superior al de muchos imperios de la propia Terra.

La historia también demostraba que la paciencia del Emperador tenía sus límites, y que cuando se acababa, lo mismo ocurría con su misericordia y su contención.

El ejército imperial había atacado Beocia para detener a la familia Yeselti y anexionarse el territorio. El equipo de conservadores acreditados al que pertenecía Hawser no era más que uno de los centenares que se habían asignado a la retaguardia del ejército a medida que éste avanzaba, junto los grupos de médicos, operarios de apoyo, renovadores, ingenieros e iteradores.

«Para recoger los restos».

El micrófono incorporado a la máscara de Hawser emitió un chasquido.

—¿Sí?

Era uno de los subalternos más jóvenes.

—Hawser, entra. Murza tiene una teoría.

Murza, que seguía en el interior del santuario, estaba iluminando unas acanaladuras en ángulo que habían sido talladas en la propia roca de las paredes. Las motas de polvo bailaban en el interior del chorro de luz e indicaban con su movimiento que había una corriente de aire.

—Son respiraderos. Alguien utiliza este lugar —comentó Murza.

—¿Qué?

—Este lugar no es una simple reliquia en desuso. Es un sitio antiguo, por supuesto, pero lo han utilizado hasta hace muy poco.

Hawser observó a Murza mientras éste deambulaba por la estancia estudiándolo todo.

—¿Y las pruebas? —le preguntó.

Murza señaló los cuencos votivos de diversos tamaños que salpicaban el borde del estrado del altar.

—Esos tienen ofrendas de grano y de pescado, y también hay resina de copal. Incluso mirra, o eso creo. Los sensores indican que las muestras de carbono no tienen más de una semana de antigüedad.

—Cualquier análisis del carbono resultaría poco de fiar en este ambiente —le contestó Hawser—. La máquina se equivoca. Además, mira en el estado en que se

encuentran. Están calcificadas.

—Las muestras se han degradado debido al estado ambiental —insistió Murza.

—Ah, ya. Así que el ambiente te vale en cualquiera de los casos. ¿Por qué no? —resopló Hawser.

—¡Mira bien este lugar! —le espetó Murza, irritado, mientras señalaba a su alrededor con una mano enguantada, en un gesto cargado de exasperación.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué es lo que propones? —quiso saber Hawser—. ¿Una serie de ritos religiosos ocultos que se llevaban a cabo al margen de la sociedad beociana, o una tradición privada permitida por los Yeselti?

—No lo sé —admitió Murza—. Pero todo este lugar existía para proteger algo, ¿verdad? Tenemos que hacer llegar a un excavador hasta aquí. Tenemos que intentar llegar al hueco que hay detrás de las estatuas.

—Lo que tenemos que hacer es examinar, catalogar y retirar las estatuas de un modo metódico —lo contradijo Hawser—. Pasarán semanas mientras comenzamos los tratamientos de conservación, y sólo después podremos sacarlas de ahí pieza a pi…

—No puedo esperar tanto.

—Vaya, Navid, pues lo siento, pero así es como hay que hacerlo —insistió Hawser—. Las estatuas tienen un valor incalculable. Son lo primero que debemos conservar.

—Sí, es cierto, tienen un valor incalculable —aceptó Murza.

El conservador se acercó a los dioses solemnes y silenciosos del lugar. Los colaboradores más jóvenes lo observaron con atención. Unos cuantos de ellos llegaron a soltar exclamaciones de asombro cuando se subió a la base del altar y colocó con cuidado el pie para no mover ninguno de los cuencos votivos.

—Baja de ahí, Murza —dijo uno de los investigadores de rango superior.

Murza se subió al segundo escalón de la base del altar y quedó casi a la altura de los ojos de los dioses que los observaban.

—Sí, tienen un valor incalculable —repitió. Luego alzó la mano derecha y señaló con cuidado las relucientes piedras lunares que hacían las veces de ojos de la efigie más cercana a él—. Mirad los ojos. Son muy importantes, ¿no creéis? Tan reveladores…

Miró hacia atrás, por encima del hombro, al grupo que lo observaba expectante. Hawser tuvo la certeza de que Murza estaba sonriendo, a pesar de que la máscara le tapaba por completo la cara.

—Bájate de ahí, Navid —le dijo.

—Miradles los ojos —añadió Murza sin hacer caso de la orden—. A lo largo de los siglos siempre han tenido el mismo significado para nosotros, ¿verdad? ¡Vamos, es algo básico! ¡Qué alguien responda!

—Protección —musitó uno de los colaboradores más jóvenes con voz incómoda.

—No te oigo, Jena. ¡Habla más alto!

—El ojo es un símbolo apotropaico —los interrumpió Hawser con la esperanza de acabar con el tema y con la fanfarronería de Murza.

—Sí, así es —le confirmó su compañero—. Kas lo sabe. Gracias, Kas. El ojo lo salvaguarda algo. Se utiliza para proteger. Se coloca en los lugares para ahuyentar el mal y cualquier posibilidad de daño, para mantener a salvo aquello que más valoras. —Recorrió de nuevo con la punta de los dedos el contorno del ojo inmóvil—. Lo hemos visto en muchas ocasiones, y todas ellas no son más que variaciones del mismo diseño. ¡Fijaos en los valores de las proporciones! La forma del ojo, la línea de la ceja, esto podría ser un ejemplo estilizado de un *nazar boncugu* o de un *wedjatk*, y no está ni a un millón de kilómetros del Ojo de la Providencia que con tanto orgullo aparece en lugares como el Gran Sello del Consejo de Unificación. Estos son dioses protectores de la hostilidad. No cabe ninguna duda.

Se bajó de un salto del altar, y a algunos miembros del grupo se les escapó una exclamación de alarma, pero Murza no rompió, ni siquiera llegó a mover, ninguno de los cuencos colocados allí y que mantenían un cierto equilibrio precario.

—Dioses de la hostilidad. No entréis, manteneos lejos —declaró.

—¿Has terminado? —le preguntó Hawser.

—Kas, las pupilas son piezas de obsidiana —le contestó Murza con impaciencia mientras se le acercaba—. Si te acercas tanto como yo, pon tus lentes mecánicas en una resolución adecuada y verás que están talladas. Un círculo alrededor del borde, con un punto en el medio, y ya sabes lo que quiere decir eso.

—El circumpunto —le contestó en voz baja.

—¿Y qué representa? —lo presionó Murza.

—Prácticamente lo que tú quieras. El disco solar. El oro. Una circunferencia. Una mónada. Una serial diacrítica. El átomo de hidrógeno.

—¡Oh, por favor, Jena, ayúdalo! —exclamó Murza—. ¡Se está resistiendo!

—El ojo de dios —añadió la joven con cierto nerviosismo—. La singularidad que lo ve todo.

—Gracias —le dijo Murza antes de volverse para mirar directamente a Hawser. La mirada de los ojos que se entreveían detrás de las lentes era muy intensa, casi feroz—. Dicen que te mantengas lejos de aquí. Que nos quedemos fuera. Te veo. Soy capaz incluso de ver tu alma. Soy capaz de devolver contra ti cualquier mal que me lances. Puedo leerte el corazón. Puedo mantenerte a raya porque soy el poder y el conocimiento, soy la protección. Sí, Hawser, las estatuas tienen un valor incalculable, pero son dioses de hostilidad. Están guardando algo. ¿Tú qué valor crees que puede llegar a tener algo que se protege con unas estatuas que tienen un valor incalculable?

Todos se quedaron callados durante unos momentos. La mayor parte de los

miembros del equipo se removieron inquietos.

—Son un grupo familiar —le contestó Hawser en voz baja—. Son una representación de la línea dinástica. Un retrato con forma de estatuas. Se ve con claridad el dimorfismo de género, las diferencias de estatura, y las distintas posiciones que ocupan, lo que determina las relaciones dentro de la familia, las jerarquías y las obligaciones. Las figuras de mayor estatura se encuentran en el escalón más alto, un hombre y una mujer, los más elevados y majestuosos, debajo de ellos unos niños, quizá dos generaciones en total, con sus propias familias y sirvientes. El primer hijo y la primera hija tienen preeminencia. Es un registro de linaje y de descendencia. Son un grupo de familia.

—¡Pero los ojos, Kas! ¡Por favor!

—Estoy de acuerdo, son atropopaicos. ¿Qué es lo que pueden estar protegiendo? ¿Qué podría tener más valor que la efigie de oro y jade de un rey dios, de su reina, y de sus hijos e hijas divinos?

Hawser pasó al lado de Murza y se quedó delante del altar.

—Voy a decírtelo: los restos físicos de un rey dios, de su reina y de sus hijos e hijas divinos. Es una tumba. Eso es lo que hay en el hueco. Una tumba.

Murza dejó escapar un suspiro de decepción.

—Vaya, Kas, eres tan corto de miras…

Hawser también suspiró, ya que se dio cuenta de que se iban a enzarzar de nuevo en una discusión, pero los dos se volvieron al oír ruidos en la entrada.

En el santuario hicieron acto de presencia cinco soldados con un fuerte repiqueteo de botas, y los haces de luz de las lámparas acopladas a los cañones de sus armas atravesaron la penumbra. Eran soldados del ejército imperial, húsares de los lanceros Tupelov, uno de los regimientos más antiguos. Habían dejado sus monturas cibernéticas en el exterior del santuario y habían desmontado para entrar.

—Abandonen este lugar —les dijo uno de ellos.

Todos iban equipados con una armadura de combate completa y llevaban bajados los visores. Una diminuta raya fotomecánica de color verde frío cruzaba de un lado a otro la ranura óptica.

—Tenemos permiso para estar aquí —le dijo uno de los investigadores de mayor rango.

—Y una mierda —le replicó el húsar—. Recoged vuestros trastos y salid de aquí.

—¿Con quién demonios crees que estás hablando? ¿Quién es tu comandante? —le preguntó Murza alzando la voz al mismo tiempo que se abría paso hacia él.

—El Emperador de la Humanidad —le contestó el húsar—. ¿Y quién es el tuyo, caraculo?

—Tiene que tratarse de un error —les dijo Hawser, y alargó una mano hacia uno de los estuches de su cinturón.

Cinco carabinas se alzaron para apuntarle. Cinco focos de luz lo iluminaron como si fuera un espécimen.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó Hawser—. ¡Sólo quiero enseñarles mi acreditación!

Sacó una placa salvoconducto y la activó. Las credenciales holográficas que le había concedido el departamento de conservación del Consejo de Unificación aparecieron en mitad del aire cargado de humo, aunque se trataba de una imagen algo borrosa y casi desdibujada en los bordes por ese mismo humo. Hawser no pudo evitar fijarse en el Ojo de la Providencia del sello del Consejo que apareció antes de que los datos comenzaran a desplegarse.

—Me parece muy bonito —le contestó uno de los húsares.

—Tenemos todos los permisos al corriente. Es una acreditación válida —insistió Hawser.

—Las cosas cambian —le replicó el húsar.

—Esto lo ratificó en persona el propio comandante Selud —intervino uno de los investigadores superiores—. Es el comandante supremo de la zona y…

—Desde las seis treinta y cinco horas de hoy, el comandante Selud se ha visto relevado de su mando por orden de un decreto imperial. Todos los permisos y las acreditaciones que ha concedido quedan por tanto rescindidos de inmediato. Agarrad vuestros trastos, salid de aquí y haceos a la idea.

—¿Por qué han retirado a Selud del mando? —quiso saber Murza.

—¿Eres del Alto Mando? ¿Necesitas saberlo? —se burló uno de los húsares.

—¿Y de un modo extraoficial? —insistió Murza.

—Extraoficialmente, Selud la ha cagado de la peor manera posible en esta campaña —le respondió el húsar—. Lleva seis semanas de combates y le vuelan delante de las narices todo el sector de las refinerías. El Emperador ha enviado a alguien para solucionar este embrollo y poner fin a esta situación.

—¿Quién? —inquirió Hawser.

—¿Qué hacen estos civiles aquí todavía? —preguntó una voz.

Era profunda y penetrante, y se notaba el eco de un amplificador de voz. Una figura había entrado en la cámara en pos de los lanceros Tupelov, y Hawser fue incapaz de determinar cómo había logrado hacerlo sin que ninguno de los presentes se diera cuenta de ello.

Era un guerrero astartes.

«¡Por los pilares de la antigua Tierra! ¡Un astartes! ¡El Emperador ha enviado a los astartes para acabar la campaña!».

Hawser sintió que se le encogía el pecho y que el corazón se le aceleraba. Nunca había visto en persona a un astartes, y jamás se había fijado en lo realmente grandes que eran. La curvatura de las placas de la armadura era inmensa, de un tamaño excesivo, como las estatuas de los dioses del santuario. La combinación de la

penumbra y el efecto cromático de la visión de sus lentes hizo que le resultara difícil determinar el color de la armadura. Parecía roja, de un rojo casi pálido, como el color del vino aguado o de la sangre oxigenada. Una capa de cota de malla cubría la hombrera izquierda y el torso del guerrero. El casco tenía un morro semejante al pico de un cuervo.

Hawser se preguntó a qué legión pertenecería aquel astartes. No distinguía bien el emblema. ¿Cómo los llamaban la gente corriente desde hacía poco, desde que el grueso de las fuerzas de los Adeptus Astartes se habían desplegado fuera de Terra, a la cabeza de las flotas que habían emprendido la Gran Cruzada?

«Marines espaciales».

Eso era. Marines espaciales, como los héroes de mandíbula cuadrada que salían en los libros de edición barata.

Aquello no era un héroe de mandíbula cuadrada. Ni siquiera era humano. No era más que una criatura implacable, un gigante que medía el doble que cualquiera de los presentes en la estancia. Hawser pensó que debería haber sido capaz como mínimo de olerlo: el hollín que le cubría la armadura, el lubricante de las complejas junturas y articulaciones, el sudor que debía de resbalar entre su piel y las placas de la propia armadura.

Pero no había nada de nada. Ni un rastro, ni siquiera un indicio de calor corporal. No parecía más que un gran trozo del frío e inmenso vacío sideral.

Hawser no fue capaz de imaginarse nada que lograra pararlo, y mucho menos matarlo.

—He hecho una pregunta —dijo el astartes.

—Ya los estábamos haciendo salir, señor —tartamudeó uno de los lanceros.

—Pues de prisa.

Los húsares comenzaron a empujarlos hacia la entrada. Se oyeron unos cuantos murmullos de protesta, pero nada que sonara desafiante. Todos estaban demasiado acobardados por la aparición del astartes. Los pulmones artificiales bombeaban el aire con mayor rapidez desde su entrada.

—Por favor —le rogó Hawser al astartes al mismo tiempo que daba unos pasos hacia él sosteniendo en alto la placa de autorización—. Por favor. Mire, somos conservadores autorizados.

Activó de nuevo el holograma, pero el astartes no se movió.

—Señor, se trata de un descubrimiento muy importante, de un valor incalculable. Debería conservarse en beneficio de las generaciones venideras. Mi equipo tiene la experiencia y los conocimientos necesarios para la tarea, y también la tecnología. Por favor, señor.

—Esta zona no es segura. Debéis marcharos —le contestó el astartes.

—Pero señor…

—Te he dado una orden, ciudadano.

—Señor, ¿cuál de las legiones nos honra con su protección?

—La XV Legión.

«La XV Legión. Los Mil Hijos».

—¿Cómo te llamas?

Hawser se dio la vuelta. Los lanceros habían sacado ya a la mayor parte del equipo del santuario y sólo quedaba él. Otros dos astartes, tan grandes como el primero, habían aparecido a su espalda. ¿Cómo era posible que algo tan grande se moviera con tanto sigilo?

—Hawser, señor. Kasper Hawser, conservador, asignado a…

—¿Es una broma?

—¿Cómo?

Hawser respondió de ese modo a la pregunta con la que el otro astartes le había interrumpido.

—¿Eso qué se supone que es, una broma?

—No le entiendo, señor.

—Nos has dicho tu nombre. ¿Se supone que es una broma? ¿Alguna clase de sobrenombre?

—No le entiendo. Es mi nombre. ¿Por qué piensa que es una broma?

—¿Kasper Hawser? ¿No comprende a qué se refiere?

Hawser hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nadie me ha…

El astartes volvió la cabeza cubierta por el casco rematado con un pico y miró a sus compañeros. Luego miró a Hawser de nuevo.

—Sal de la zona.

Hawser se limitó a asentir.

—Una vez quede garantizada la seguridad de esta zona, tu equipo podrá retomar las tareas de excavación —le explicó el astartes—. Todos seréis evacuados a una zona segura, donde esperaréis a que se os comunique que tenéis permiso para regresar.

Ese permiso no llegó jamás. Beocia cayó, y la dinastía Yeselti desapareció. Dieciséis meses después, cuando ya estaba trabajando en otro proyecto, en Transcyberia, Hawser se enteró de que a los equipos de conservadores se les había permitido por fin entrar en las tierras bajas de Beocia.

No encontraron rastro alguno de que allí hubiera existido jamás un santuario.

Fith se preguntó en qué clase de espectro se convertiría. ¿Del tipo que apenas se

entreveía apareciendo y desapareciendo bajo la capa de hielo? ¿Del tipo que a veces se veía desde la regala de un bote y que corría al lado de la sombra que proyectaba el casco? ¿Del tipo que murmuraba y chillaba de noche fuera de los muros del aett, solo y sin camaradas en mitad de la oscuridad? ¿Del tipo que cantaba gemebundo con el viento que soplaba entre los altos picos helados de una escarpadura en las últimas horas de un día invernal?

Fith tenía la esperanza de que fuera del tipo de los más siniestros. Del tipo que tenía los ojos negros como el aceite y la boca con la mandíbula descolgada, del tipo que tenías las anillas de la cota de malla oxidadas y llenas de moho. Del tipo que ascendía desde el Subniverso utilizando como palas unas manos descarnadas, que se abría paso a mordiscos en la roca y el permafrost, y que luego se dedicaba a caminar por la noche.

Sí.

Caminaría hasta llegar a la Tierra de Hierro y a los aett de los cabrones de los balt. Caminaría con una hacha especial en la mano, una hacha forjada en el Subniverso a partir de la ira amarga de los asesinados y los espíritus que no encontraban el descanso. Sería una arma batida sobre el yunque del propio dios del inframundo, y forjada con la bilis y la sangre de aquellos que habían sufrido una injusticia y habían quedado sin venganza. Tendría una sonrisa muy ancha, una sonrisa afilada con la amoladora del wyrd hasta tener un borde mortífero, tan afilado que le arrancaría el alma del cuerpo a cualquier persona.

Y después cortaría los hilos vitales. Los hilos de los balt.

Fith tenía la esperanza de que fuera aquello lo que ocurriera. No le importaría tanto abandonar el mundo material si existía la posibilidad de volver a él. Esperaba que los espectros le dejaran hacerlo. En lo que a él concernía, se lo podían llevar al Subniverso después de que lo matara una flecha o una maza de los balt, con su propio hilo vital ondeando bajo los vientos huracanados del Inferno, siempre que le permitieran regresar. Una vez llegara a aquel territorio tan desconocido, tendrían que rehacerlo por completo, tendrían que forjarlo a partir de su propio dolor, hasta que tuviera el aspecto de un hombre, aunque no fuera nada más que una herramienta, como una hacha o una buena espada, forjada con un único propósito puro.

No tardaría en descubrir si sería así.

Guthox había empuñado el timón para que Lern se pudiera vendar los dedos, quemados por el roce de las cuerdas. Las velas rojas se les estaban acercando, más veloces que las velas negras de los balt.

En opinión de Fith, sólo les quedaba una posibilidad de huida. Más bien, media posibilidad. Una última flecha en el carcaj de su wyrd. Si viraban levemente hacia el norte y atravesaban la zona superior del territorio de los hradcana, quizá lograrían llegar al desierto de hielo que se extendía al otro lado. El desierto también

representaba una muerte segura, porque era un lugar terrible en el que no podían vivir los seres humanos ni las bestias, pero ésa era una preocupación que podrían dejar para más tarde. Forjarían su propio wyrd.

Si se adentraban en el desierto, ni los balt ni los hradcana los perseguirían. Si eran capaces de atravesar un corte en la muralla de piedra que los hradcana llamaban «la Cola del Diablo», podrían escapar y ser libres, libres para elegir su propia muerte, no cazados y enviados a golpes al Inferno por un puñado de asesinos de alma negra y maldita.

Sin embargo, todavía quedaba mucho para llegar hasta la Cola del Diablo. Brom estaba demasiado mal herido como para hacer un turno en el timón, e incluso efectuando rotaciones, a los demás les resultaría tremendamente difícil lograr que el bote siguiera avanzando. Se trataba de un recorrido que habría que dividir en cuatro o cinco tramos más cortos, quizá incluso parando para dormir en la nieve y preparar algo de comida con la que recuperar fuerzas. Hacerlo sin detenerse en absoluto sería una hazaña de resistencia, una gesta tan increíble que los escaldos tendrían que cantarla.

Si quedaba algún escaldo ascommani con vida, claro.

Fith se mantuvo aferrado a la regala del bote mientras hablaba con Lern y con Brom. Los tres tenían la voz ronca por el combate, por gritar a los balt el odio que sentían contra ellos.

Brom estaba muy mal. Tenía el rostro blanco por la pérdida de sangre, y el brillo de sus ojos estaba apagado, como el del hielo sucio, como si su hilo vital ya estuviera perdiendo hebras.

—Hagámoslo —le dijo—. A la Cola del Diablo. No quiero darles a esos cabrones la satisfacción de que sean ellos quienes nos maten.

Fith se dirigió de regreso a la proa del bote y se arrodilló al lado del upplander, que seguía envuelto en pieles.

El upplander estaba hablando solo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que dices?

—Entonces él dijo… él dijo te veo —musitó el upplander—. Soy capaz incluso de ver tu alma. Eso es lo que dijo. Soy capaz de devolver contra ti cualquier mal que me lances, y sé lo que tú sabes. Dioses, fue tan arrogante. Típico de Murza. Típico. Las estatuas tienen un valor incalculable, Hawser, me dijo, pero ¿tú qué valor crees que puede llegar a tener algo que se protege con unas estatuas que tienen un valor incalculable?

—No sé lo que me estás diciendo —le replicó Fith—. ¿Es un relato? ¿Es algo que ocurrió en el pasado?

Fith sintió miedo. Sintió miedo de que lo que estuviese oyendo fuera magia del cielo, y no quería tener nada que ver con eso.

El upplander se sobresaltó de repente y abrió los ojos. Levantó la vista hacia Fith y lo miró completamente aterrorizado durante un segundo.

—¡Estaba soñando! —le gritó—. Estaba soñando, y ellos me miraban desde el pedestal.

Luego parpadeó, y la realidad de la situación en la que se encontraba lo inundó por completo borrando la futilidad de su sueño febril. Se hundió de hombros y soltó un quejido.

—Era tan real —añadió, más hablando para él que para Fith—. Hace más de cincuenta años que pasó, y me sentí enteramente como si estuviera allí de nuevo. ¿Has tenido alguna vez sueños como ese? ¿Uno de esos sueños que despiertan recuerdos recientes de cosas que habías olvidado ya por completo? Estaba realmente allí.

Fith soltó un gruñido.

—Y no aquí —musitó el upplander con desesperación.

—He venido a preguntártelo otra vez, una última vez: ¿quieres la misericordia de mi hacha? —inquirió Fith.

—¿Qué? ¡No! No quiero morir.

—Bueno, lo primero es que todos morimos. Lo segundo, no vas a tener mucho que decir respecto a ese asunto.

—Ayúdame a levantarme —le pidió el upplander.

Fith lo ayudó a incorporarse y lo dejó apoyado en la barandilla de proa. Los primeros goterones de una ráfaga de aguanieve les dieron en la cara. El cielo que se abría delante de ellos había quedado cubierto por una enorme nube oscura, una mancha siniestra del mismo color que el rostro de un individuo asfixiado, y se dirigía hacia el desierto de hielo.

Era una tormenta, y se acercaba con rapidez lanzando en su avance hielo por doquier. Era una tormenta demasiado oscura para esa época tan tardía del invierno. No era nada bueno, se mirara como se mirara. A la velocidad con la que avanzaba, no iban a conseguir llegar a ningún lado antes de que se les echara encima.

—¿Dónde estamos? —le preguntó el upplander con los ojos entrecerrados mientras miraba el resplandor del campo de hielo sobre el que viajaban.

—Estamos cerca de «se nos acabó la puñetera suerte de mierda que teníamos» —le replicó Fith.

El upplander se agarró con fuerza a la borda del bote cuando éste se estremeció con violencia al pasar por un abrupto bache.

—¿Qué es eso? —preguntó al mismo tiempo que señalaba un punto situado por delante de ellos.

Se estaban acercando con rapidez a uno de los aett más septentrionales y remotos de los hradcana. Era poco más que un puesto avanzado, unos pocos refugios

construidos sobre unos riscos que se alzaban sobre la llanura de hielo. Los hradcana lo utilizaban como punto de reabastecimiento y para atracar con seguridad los botes de pesca cuando el mar se descongelaba. Nadie vivía allí durante meses.

Delante del aett habían clavado una hilera de remos en el hielo. Parecían una valla. Eran seis o siete en total. Habían empalado una cabeza humana en cada una de las puntas afiladas para ese propósito.

Las cabezas estaban encaradas de manera que miraran hacia la llanura de hielo sobre la que se deslizaban. Todas ellas tenían los ojos cosidos de manera que se mantuvieran abiertos.

Lo más probable era que se tratase de cabezas de criminales o de prisioneros enemigos, a los que se había decapitado con aquel propósito ritual; pero también cabía la posibilidad de que se tratara de simples miembros de la tribu de los hradcana, a los que se había sacrificado por pura desesperación ante lo extremo del maleficarum. Tenían los ojos abiertos para que pudieran ver llegar el mal y de este modo rechazarlo.

Fith escupió y soltó una maldición. Deseó fervientemente que Iolo estuviera con ellos para golpear esos rostros con sus propias señales de rechazo, de hacer rebotar la magia protectora contra aquellas cabezas. El bote tenía sus propios ojos en la proa: los ojos solares del dios celestial que todo lo veían, pintados con colores vivos decorados con piedras preciosas. Todos los botes poseían ojos similares para que fueran capaces de encontrar el rumbo, para prevenir el peligro y para reflejar la magia del enemigo.

Fith esperaba que eso fuera suficiente. El bote era fuerte y resistente, como correspondía al bote de un jefe de aett, pero había corrido a gran velocidad durante mucho tiempo y estaba cansado. A Fith lo embargó la preocupación de que los ojos ya no fueran capaces de repeler la magia enemiga.

—Dioses de la hostilidad —murmuró el upplander al ver las cabezas—. No entréis, manteneos lejos.

Fith no lo miró. Llamó a gritos a Guthox, que se encontraba en el otro extremo del largo y estrecho bote, y le indicó por señas que virara para alejarse. El aett estaba habitado. Un segundo más tarde, las cabezas empaladas pasaron veloces junto a una de las amuras y comenzaron a deslizarse por el hielo interior situado bajo la sombra de los riscos.

Guthox lanzó un grito. Todavía se encontraban por lo menos a dos o tres tiros de arco de la isleta, pero allí había alguien con una tremenda habilidad o que se había visto favorecido por el Subniverso. Una flecha le había acertado de lleno.

Fue un disparo efectuado con una inmensa suerte, aunque no para Guthox. La flecha le había atravesado la manga de la cota de malla, el músculo del brazo izquierdo y, tras rozarle el hueso, había perforado de nuevo la manga para atravesar la

camisa de la propia cota de malla y clavársele entre las costillas, lo que le dejó el brazo completamente fijado al torso. Guthox perdió de inmediato el control de una de las velas laterales. El dolor fue intensísimo. Se mordió con fuerza la lengua en un intento por no gritar. Había otras dos flechas clavadas en la cubierta, a su lado. Fith vio que las puntas eran de escamas de pez. Cada una de ellas la habían tallado y pulido a partir de una escama dura como el hierro de un monstruo de aguas profundas. Tenían púas, como un peine inclinado hacia atrás.

Una de aquéllas era la que se había clavado en Guthox. La flecha no saldría jamás.

Guthox escupió un chorro de sangre e intentó hacer girar el timón. Brom y Lern le estaban gritando mientras se esforzaban por aferrar la caña y partir el astil de la flecha para conseguir liberar el brazo de Guthox, quien estaba perdiendo la conciencia.

Les golpeó otra andanada de flechas. Una de ellas quizá llegó disparada por el mismo arquero experto o afortunado. Impactó de lleno en un lado de la cabeza de Guthox y acabó con su sufrimiento al cortarle el hilo vital.

Las gotas de sangre y de aguanieve les salpicaron la cara. Guthox soltó por fin el timón, y aunque los dos se abalanzaron para agarrarlo, el viento fue quien los dirigió durante una fracción de segundo.

El viento no necesitaba más tiempo que ese, y no tenía interés alguno en conservarles la vida.



DOS
DESASTRE

EL viento los arrojó contra las rocas que salpicaban la playa y el bote se partió como una jarra de cerámica. El impacto se convirtió en una serie de martillazos incesantes. El mundo se estremeció y se volcó hasta quedar boca arriba. El aire se llenó de gravilla y de piedras lanzadas por doquier, junto con ráfagas de aguanieve y fragmentos de hielo y las astillas de la cubierta del bote, tan puntiagudas como agujas de coser. El viento enloquecido arrancó de cuajo las velas, igual que un niño cruel le arrancaría las alas a una mosca de patas largas. El velamen, hendido por el viento rugiente, salió disparado con un restallido y los cabos chillaron al pasar por las ranuras y rozaron con fuerza la madera. Se produjo un breve hedor a humo procedente de la madera seca cuando la fricción del aparejo la quemó levemente antes de escapar a toda velocidad. Los cabos chirriaron y zumbaron bajo la tensión como abejas enloquecidas mientras se soltaban del conjunto del aparejo.

Fith captó el olor a madera quemada en el último momento de existencia del bote. La cubierta se partió a sus pies y lo lanzó hacia el cielo cubierto de aguanieve. Un instante después, se estrelló de cara contra el hielo.

El bote había volcado y se había estrellado contra las rocas hacia las que los había empujado el viento. Fith salió despedido y se deslizó sobre el mar helado, y la garganta se le llenó de sangre y de hielo. Rodó sobre sí mismo hasta que poco a poco se detuvo.

Alzó un poco la cabeza. El hielo sobre el que se encontraba era duro y frío como la hoja de una espada. La cara y el pecho le formaban un único moratón dolorido, y tuvo la sensación de que había recibido el beso del filo de una hacha en el esternón y otro en la mejilla.

Intentó ponerse en pie. Le pareció que estaba demasiado magullado como para ni

siquiera respirar. Cada vez que lo hacía le parecía inhalar un chorro de cristales rotos. Parte de la vela principal del bote, empujada por el viento y con los cabos agitándose en pos del mástil, se alejaba por la orilla de la isleta como un fantasma alegre o un espectro bailarín que hubiera extendido los brazos hacia los lados.

Fith se dirigió cojeando hacia los restos del bote. Varias flechas le pasaron silbando por encima. Los arqueros hradcana bajaban por las rocas, también en dirección a los restos del bote. Las velas rojas de los botes ya se acercaban cruzando el hielo. Fith oyó el chirrido de los patines rematados por cuchillas.

La superficie de hielo que recorrió estaba cubierta de restos. Vio a un lado otro pedazo de mástil arrancado. También había parte del timón auxiliar de estribor, y su cuchilla estaba clavada en el hielo agrietado igual que la flecha de un gigante. A un lado distinguió un trozo de la verga, y Fith se agachó para empuñarla y utilizarla como arma.

Vio el cuerpo de Guthox. El impacto lo había arrojado por los aires, y uno de los patines le había pasado por encima, aplastándolo por completo a la altura de la cintura.

Una flecha hradcana le pasó muy cerca de la cara. Ni se inmutó. Descubrió su hacha cerca del cuerpo de Guthox, y soltó de inmediato el trozo de verga.

Empuñó su arma.

Lern estaba cerca del casco destrozado del bote, y en esos momentos arrastraba el cadáver del upplander hacia las rocas de la orilla. Lern tenía uno de los lados de la cara cubierto de sangre, que le empapaba el bigote. Fith cojeó más de prisa para alcanzarlos.

Para cuando dejó el hielo y empezó a correr a trompicones sobre los guijarros helados, los hradcana ya se habían acercado lo suficiente como para que pudiera verles los ojos enloquecidos y la pintura de pegajosa ceniza blanca que les cubría la cara. Estaban tan cerca que incluso le llegó el olor apestoso de sus ungüentos rituales. Eran unas sustancias pastosas y hediondas que su gothi había elaborado para ellos, emplastos de protección para contener el maleficarum. Los guerreros habían dejado los arcos en los botes y habían empuñado sus hachas y sus espadas. No bastaba con matar a un mal augurio. Había que despedazarlo, cortarlo en pedazos, desmembrarlo hasta que cayera en el olvido. Así era como la magia lo dejaba a uno en paz.

Brom se había incorporado para enfrentarse a ellos con el hacha en la mano. Fith se preguntó cómo sería posible que ni siquiera fuera capaz de mantenerse en pie. Cojeó para situarse al lado de Brom.

Uno de los hradcana les estaba gritando algo. No era un desafío o una amenaza, era algo ritual, una declaración de intenciones, la manifestación de lo que les iban a hacer y por qué lo iban a hacer. Fith lo comprendió por la cadencia musical más que por las propias palabras, ya que el guerrero estaba utilizando la lengua tribal propia y

exclusiva de los hradcana, su cántico wyrd, que Fith desconocía.

—Esto caerá sobre vosotros y sobre vuestras cabezas, de día y de noche, en la estación del mar batiente y en la estación del mar inmóvil —dijo de repente el upplander en voz alta cuando Fith pasó a su lado.

Así pues, no estaba muerto, después de todo, aunque era evidente que tenía las dos piernas rotas por el brutal impacto del choque. Lern, a quien le seguía sangrando con abundancia el cuero cabelludo, estaba intentando alejarlo para ponerlo a salvo encima de una roca.

—Este es el wyrd que vosotros mismos habéis escrito al llevar al desastre a vuestro aett y decidir protegerlo —siguió diciendo el upplander, que luego miró a Fith—. Eso es lo que está diciendo. Mi traductor lo está procesando. ¿Tú los entiendes?

Fith se limitó a mover la cabeza en un gesto negativo.

—¿Por qué me llaman desastre? ¿Qué es lo que he hecho?

Fith le contestó con un encogimiento de hombros.

De repente, un gesto de comprensión apareció en el rostro demacrado del upplander.

—¡Ah, es el traductor! Es literal. Sólo es literal… «Desastre»… Mal astro, mala estrella, en el idioma antiguo. Me están llamando «mala estrella».

Fith se colocó al lado de Brom y se encaró a los hradcana. El guerrero que iba en cabeza estaba terminando la declaración, y Fith oyó a su espalda cómo el upplander traducía las últimas palabras.

Los hradcana se abalanzaron contra ellos.

Los dos ascommani se enfrentaron a la carga sin escudos. Cada uno lanzó un mandoble alto contra las cabezas de la primera fila y luego otro bajo contra las piernas de la segunda fila. Los hradcana retrocedieron sobre los guijarros como las olas del mar cuando estaba descongelado y luego atacaron de nuevo. Brom le abrió de un tajo el hombro a un enemigo. Fith le destrozó la mandíbula a otro y consiguió arrebatarle de un tirón el escudo. Luego utilizó el borde de hierro del mismo para golpear en la cara al siguiente hradcana que los atacó buscando un hueco. El impacto le partió el hueso de la nariz y se lo clavó en el interior del cráneo. Una hacha enorme, una arma de dos manos, cruzó el aire en dirección a Brom, pero Fith logró desviar el golpe con el escudo, y Brom destripó a su oponente mientras todavía tenía los brazos en alto por el empuje del lanzamiento.

Llegó la siguiente oleada, y se rompió contra el escudo. En cada una de las ocasiones tuvieron que retroceder unos cuantos pasos. A la playa estaban llegando más botes de velas rojas, y de ellos no dejaban de desembarcar guerreros.

—¿Crees que habrán traído suficientes hombres? —le preguntó Brom.

Su camarada estaba jadeando, y tenía el rostro pálido por el esfuerzo y el dolor,

pero su voz seguía cargada de humor.

—A mí no me parecen bastantes —le contestó Fith—. Y tampoco me parecen suficientes hilos vitales.

Lern dejó al upplander en las rocas y volvió para combatir al lado de sus compañeros. Se apoderó de la espada de uno de los muertos, le dio las gracias y se encorvó un poco para hacer frente al ataque.

La tormenta ya estaba a su espalda. Aullaba por toda la llanura helada, por todo el mar inmóvil, y gemía como un coro sacado directamente del Subniverso. Todo lo que no estaba amarrado a algo comenzó a estremecerse. Los tres ascommani sintieron el pinchazo de las gotas de aguanieve que se les clavaban en la nuca y en la coronilla. Oyeron el repiqueteo de las partículas semisólidas al estrellarse contra las cotas de malla.

La tormenta de guerreros estaba delante de ellos. Eran hradcana, al menos en su mayoría, unas tres o cuatro veintenas, todos pintados para matar. También había unos cuantos balt, que acababan de llegar en sus botes, más lentos que los demás, y resbalaban sobre los guijarros helados en su impaciencia por entrar en combate.

Era una impaciencia muy extraña, una impaciencia nacida de la desesperación, el deseo frenético de verse libre de una carga o de una maldición, de cumplir una tarea que les resultaba ingrata y acabar de una vez con todo aquello. No había aullidos, ni gritos de guerra, ni exclamaciones de ánimo entre camaradas para vencer en el combate. No parecían sentir necesidad de ello, o bien el miedo les había atenazado esa clase de palabras en la garganta.

En vez de eso, cantaban, en voz baja y lenta. En realidad, estaban recitando las rimas de expulsión y aversión que habían aprendido alrededor de los fuegos de los aett desde que eran niños; aquellas palabras afiladas, las palabras fuertes, las palabras de poder, las palabras con el suficiente filo mortífero como para mantener a raya una mala estrella.

Pero la mala estrella también los estaba manteniendo a raya a ellos.

Formaban un gran grupo de guerreros. En su mayoría eran hersir, veteranos, hombres de los botes, con brazos y espaldas fuertes por manejar el hacha y el remo largo. Abarrotaban la playa. Era un ejército, de mayor tamaño que el de cualquier partida de incursión normal. Fith no recordaba haber visto tantas caras juntas en un mismo lugar. Con una hueste como aquélla se podía tomar un reino, se podría conquistar todo el territorio de cualquier jefe.

Lo único que tenían que hacer aquellos individuos era matar a tres hersir y a un individuo incapacitado que sólo tenían un escudo para todos y que estaban acorralados en una playa de guijarros en mitad de la fría nada, sin ningún lugar al que huir y sin nada más detrás a excepción de la ferocidad cada vez más cercana de la

última y más psicópata de las tormentas invernales.

Sin embargo, dudaban. Avanzaban con precaución. No había convicción alguna en sus ataques. Cuando se lanzaban a la carga, lo hacían con el miedo en la mirada y titubeos en sus armas. Cada ataque hacía retroceder a los ascommani un poco más hacia el hielo, donde mantenerse firmes para hacer frente a otro ataque sería imposible. Sin embargo, tras una docena de ataques, Fith, Brom y Lern habían conseguido derribar a diez enemigos, que yacían en el suelo tiñendo la nieve de rojo.

Fue entonces cuando Fith vio a Hunur, el gothi de los balt. Uno de los botes acababa de dejarlo en la playa, y varios hersir lo llevaban en volandas. El gothi se mantuvo erguido sobre las manos de sus portadores. Seguía siendo el mismo cabrón flaco y alto. No dejó en ningún momento de blandir el hueso de brazo de oso en dirección al upplander. La luz de la tormenta, amarilla y fría a medida que el cielo se cerraba sobre ellos, centelleó sobre el torques plateado y las incrustaciones metálicas que el gothi llevaba clavadas en el cuerpo. Su manto de plumas de pájaros marinos ondeaba a su espalda, con un movimiento parecido al de las primeras nieves.

No dejaba de aullar. Lanzaba sin cesar maldiciones venenosas al viento rugiente e invocaba a los espíritus del aire, a los espectros del Subniverso y a los demonios del Inferno para que aparecieran y extinguieran la mala estrella. Fith sintió un cosquilleo en la piel que no tenía nada que ver con el azote de las gotas de aguanieve.

Los hradcana se sintieron espoleados al ver al gothi, al verlo y al oír sus gritos. Se lanzaron a la carga de nuevo, y Fith supo que sería la peor. La fuerza del impacto hizo que los tres ascommani retrocedieran un paso. Dos hachas se engancharon al escudo de Fith y lo obligaron a bajarlo. Una tercera le rompió el borde metálico. Fith blandió su hacha contra el cráneo de un hradcana y lo partió por la mitad, hizo palanca para liberarse del peso muerto y lanzó otro tajo. El golpe partió la protección de la mejilla del casco y rajó todo el borde de la cuenca de un ojo. Fith ya no iba a ser capaz de proteger el flanco de Brom.

Brom ya no pensaba en nada debido al cansancio y al dolor. Lanzaba golpes a diestro y siniestro con el hacha, pero ya no había fuerza o habilidad alguna en sus ataques.

Fith oyó que Lern le gritaba a Brom que mantuviera la vista levantada mientras lo cubría con la espada que había tomado del cadáver. Sabía cómo utilizar la punta y no el filo en un combate tan cerrado, así que lanzó estocadas a la altura del cinturón, con las que partió costillas, perforó caderas y abrió vientres. La hoja del arma era buena, y la punta atravesó sin dificultad los anillos de las cotas de malla de sus enemigos para clavarse en el cuerpo que había debajo.

Sin embargo, uno de los hradcana consiguió interponer un escudo en la trayectoria del arma, y la espada de Lern lo atravesó por completo en una longitud equivalente a la de un antebrazo. La hoja se quedó clavada en la madera dura. Lern

intentó sacarla, pero el guerrero del escudo dio un tirón y lo apartó de la fila que formaba con sus compañeros. Los hradcana se le echaron encima y le cortaron el hilo vital. Cuatro o cinco espadas se le clavaron varias veces repitiendo la lección que el propio Lern les había dado momentos antes.

Desapareció bajo los pies de sus enemigos, y la oleada le pasó por encima. Brom va estaba de rodillas. Ya no era realmente consciente de dónde se encontraba. Fith aferraba la empuñadura del hacha con las dos manos y tenía todos los nudillos cubiertos de sangre.

La oleada de atacantes se retiró de repente y se dividió para dejar que el gothi balt se acercara. Los hersir de su tribu todavía lo llevaban en alto. Apuntó el hueso de antebrazo de oso hacia Fith, y éste tuvo de repente la sensación de que ambos estaban solos en la playa azotada por el aguanieve.

El gothi comenzó a hablar. Pronunció palabras mágicas para lanzar un hechizo que destrozaría a Fith en esa misma playa. Los guerreros que lo rodeaban, tanto de los balt como de los hradcana, se taparon los ojos o los oídos. Los hersir que sostenían en alto a Hunur empezaron a sollozar, porque tenían las manos ocupadas y no podían bloquear sus palabras.

Fith no conocía el significado de lo que el gothi decía, pero tampoco quería conocerlo. Apretó con más fuerza todavía la empuñadura del hacha. Se preguntó si conseguiría llegar hasta el chamán enemigo y hundirle la sonrisa del arma en su rostro cubierto de incrustaciones metálicas antes de que los hradcana y los balt acabaran con él o de que la magia del gothi le convirtiera los huesos en agua derretida.

—Ya es suficiente.

Fith miró hacia atrás por encima del hombro. El upplander estaba tendido, casi hecho un guiñapo, bajo la escasa protección que ofrecía un peñasco negro que relucía a causa de la humedad. Tenía las piernas rotas retorcidas bajo el cuerpo. Era quien había hablado, y lo estaba mirando.

Fith se dio cuenta de que estaba temblando. El calor se le escapaba al upplander por la boca en grandes chorros de vapor. El aguanieve los azotaba a ambos, y se estaba acumulando en el cabello apelmazado del upplander formando pequeños montículos blancos.

—¿Qué? —le preguntó Fith.

—He dicho que ya he oído lo suficiente —le contestó el upplander.

Fith dejó escapar un suspiro.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Y ahora quieres la piedad de mi hacha, ¡ahora que estamos así! No podrías haberme pedido el favor antes, cuando…

—¡No, no! —lo interrumpió el upplander.

Cada una de las palabras que había pronunciado le había costado un terrible

esfuerzo, y era evidente que se sentía frustrado por tener que decir algo que no fuera absolutamente necesario.

—He dicho que ya he oído lo suficiente —insistió el upplander—. Ya he oído suficientes desvaríos de ese chamán enloquecido. Mi traductor ya dispone de muestras más que suficientes y ha creado una base gramatical estable.

Fith movió la cabeza a un lado y a otro para indicar que no había entendido nada.

—Ayúdame a levantarme.

Fith incorporó un poco más al upplander para que se irguiera. El más mínimo movimiento le provocaba expresiones de terrible sufrimiento. Los huesos rotos y astillados de las piernas rozaron entre sí. Se le saltaron las lágrimas por el dolor, y se le congelaron casi de inmediato sobre las pestañas inferiores.

—Ya está, ya está —le dijo a Fith, y después se ajustó el pequeño artefacto traductor que llevaba en el cuello acolchado.

Comenzó a hablar. Una voz potente, metálica y dura surgió retumbante del aparato. Fith retrocedió al oír aquel sonido. La voz pronunció de forma atronadora unas palabras muy parecidas a las que el gothi les había dicho a gritos.

El gothi se bajó de un modo apresurado de los brazos de los hersir y dejó de gritar. Se quedó mirando fijamente al upplander y a Fith, y en su rostro contraído apareció una expresión de terror. Los hradcana y los balt retrocedieron lentamente, intranquilos y desconcertados.

—¿Qué es lo que les has dicho? —le preguntó Fith en mitad del silencio del aguanieve que los envolvía.

—He utilizado sus propias palabras contra él —le explicó el upplander—. Le he dicho que sacaría un demonio de la tormenta si no se marchaban. Si lo que me tenían era miedo por ser una mala estrella, pues me comportaría como eso.

El gothi habló de forma atropellada a sus guerreros para intentar animarlos a que acabaran de una vez con el asunto, pero ninguno de ellos mostró indicio alguno de disponerse a atacar. El gothi comenzó a perder la paciencia, pero siguió mirando a Fith y al upplander con la misma expresión aterrorizada que antes. Muchos de los guerreros mostraban esa misma expresión.

Sólo entonces Fith se dio cuenta de que, en realidad, no los estaban mirando a él o al upplander.

Estaban mirando a su espalda. Hacia la llanura de hielo, hacia el mar inmóvil, a la tormenta salida del Inferno que aullaba mientras manchaba de negro el cielo. Fith se dio la vuelta y el viento le agitó la cabellera al mismo tiempo que el aguanieve le azotaba la cara mientras contemplaba la tormenta que se acercaba.

Era una negrura baja y veloz, semejante a un chorro de sangre que manchara el agua. La nieve y el aguanieve que formaban el frente de la tormenta enturbiaban el aire, como si estuviera cubierto de polvo. Los trozos de hielo se partían en la

superficie del mar helado y se alejaban flotando como pétalos en su vórtice. Las columnas de relámpagos surgían de las faldas y del vientre de la tormenta igual que si fueran unas lanzas cegadoras, y machacaron la corteza del mar.

Había algo en la tormenta. Había algo justo delante de ella, y se mantenía precisamente por delante de ella, algo que caminaba a grandes zancadas a través de la neblina formada por el aguanieve en dirección a ellos.

Era un hombre. Era un hombre enorme, una sombra en el hielo, que corría hacia ellos, que corría sobre el mar, y que estaba dejando atrás a la tormenta.

La magia de la mala estrella del upplander había invocado a un demonio para que los castigara a todos.

Hunur profirió un chillido. Sus hersir se habían quedado anonadados durante unos instantes, pero se recuperaron al oír aquel grito y se apresuraron a alzar los arcos cargados. Fith se tiró de bruces al suelo cuando la primera andanada de flechas salió despedida hacia el demonio. Los guerreros dispararon sin orden ni concierto, y lanzaron los proyectiles de punta de hierro al aire como si lo que esperaran fuera clavar la tormenta al cielo.

El demonio los atacó. Salió del mar en la punta de la tormenta con unas grandes y veloces zancadas. Fith oyó cómo el hielo crujía con cada una de las tremendas pisadas. Varias pieles y la cola de una túnica rasgada aleteaban en el aire tras él. Aquello se subió de un salto a las rocas de la playa, convirtió el salto en un impulso seguro y bien dirigido que lo hizo salir despedido de una de las rocas de mayor tamaño y cruzar el aire a gran altura con los brazos abiertos de par en par. Aquel salto tremendo lo hizo volar por encima de Fith y del upplander. El ascommani se agachó de nuevo y se fijó en la enorme hacha que el demonio empuñaba en la mano derecha. El aire estaba repleto de flechas negras.

El demonio se quedó flotando durante un momento en el torbellino de aguanieve con los brazos completamente abiertos y recortados contra el cielo negro como si fueran alas, y los trozos de tela ondeando como velas desgarradas. La horda de guerreros balt y hradcana se echaron hacia atrás empujados por el miedo, igual que los tallos de cereal cedían bajo el embate del viento.

Un instante después, cayó sobre ellos. El impacto lanzó a varios guerreros por los aires. Los escudos que se alzaron de forma apresurada en el último momento cayeron rotos y astillados. Las hojas de las armas quedaron partidas, los arcos quebrados, los brazos fracturados.

El demonio aulló. Al aterrizar quedó en cuclillas, con al menos dos guerreros aplastados bajo él. Se alzó, pero se mantuvo algo encorvado en postura de combate. Luego giró su amplio torso y puso toda la fuerza de sus poderosos hombros en el golpe del hacha. El filo mortífero atravesó a tres de sus oponentes. La sangre arterial,

de un color casi negro bajo aquella luz desagradable, cruzó el aire a chorros, y las gotas cayeron junto a las partículas de aguanieve. Se oyeron los gritos de los guerreros, voces de los balt, voces de los hradcana, todos ellos poseídos por el miedo.

El demonio se lanzó contra el grueso del enemigo y partió madera y hueso. Parecía a prueba de las armas, como si estuviera hecho de hierro. Las hojas de las espadas se agrietaban tras rebotar contra él, y los mangos de las hachas se partían como madera seca. Tenía dos o tres flechas negras clavadas en el cuerpo, pero no parecía notarlas en absoluto, y mucho menos parecía que lo afectaran en su capacidad de combate.

El demonio lanzó otro rugido. Fue un sonido animal, el sonido profundo y reverberante surgido de la garganta de un leopardo. El rugido se propagó por todos lados. Atravesó el estruendo de la tormenta y resonó por encima del entrechocar de las armas, del silbido del aguanieve y de los gritos. Lo atravesó todo como el filo más mortífero existente. Fith lo sintió en sus propias entrañas. Notó cómo le estremecía el corazón, con un frío más glacial que el propio hielo, peor que el miedo.

Contempló la matanza que se desarrollaba ante él.

El enorme demonio se lanzó contra la masa de asesinos. Los empujó contra el viento y hacia la playa. Ellos lo rodearon y se lanzaron encima, como perros contra un oso, en un intento de vencerlo mediante la superioridad numérica, de detener sus golpes y de impedirle lanzar tajos, de acorralarlo por completo y derribarlo. Se sentían aterrorizados ante su presencia, pero se sentían más aterrorizados ante la idea de que siguiera con vida.

Ninguno de sus esfuerzos sirvió para nada. Dio la impresión de que tanto los balt como los hradcana eran de paja, que no eran más que muñecos de trapo rellenos de hierba seca, que estaban vacíos y que no tenían peso alguno. El demonio se libró de ellos y los derribó. Giró sobre sí mismo y los lanzó por los aires. Los guerreros salían despedidos con cada impacto devastador. Se elevaron hacia el cielo agitando piernas y brazos contra el aguanieve. Algunos perdieron una bota por la violencia del golpe, y a otros se les escapó el escudo ya destrozado. Volaron hacia los lados antes de caer rodando sobre los guijarros cubiertos de hielo y acabar convertidos en montones de carne muerta. Salieron despedidos por los tajos del hacha, partidos por la mitad, con los cuerpos rajados vomitando sangre en mitad de una lluvia de anillos de las cotas de malla desgarradas que repiquetearon como puñados de monedas lanzadas sobre la playa. Algunos rodaron sobre sí mismos en el aire igual que balas de paja empujadas por una horca.

La playa quedó sembrada de cadáveres. En la mayoría de los casos, los cuerpos quedaban esparcidos en trozos después de que acabara con ellos, aunque algunos estaban simplemente tendidos, como si durmieran. Otros habían quedado en unas posturas inertes y retorcidas que ningún ser vivo podría mantener. Unos cuantos

mostraban unas heridas tan monstruosas que el calor que les quedaba escapaba de su interior formando volutas bajo el aguanieve. Unos pocos no eran más que unos pedazos esparcidos después de sufrir los tremendos embates de la incansable hacha. La sangre corría entre los guijarros negros y helados de la playa. El fluido vital se deslizaba serpenteando con un color rojo intenso, un rojo carne, antes de enfriarse para formar grandes coágulos de tonos marrón oxidado o púrpura desvaído.

El hacha de la criatura era enorme, una arma de dos manos con un mango perfectamente equilibrado. Tanto la afilada hoja como el mango estaban cubiertos de motivos tallados, complejos y entrelazados, además de grabados con formas cuadradas. El hacha cantaba. Fith la oyó con claridad. Zumbaba y canturreaba, como si su filo mortífero estuviera gorgoteando de placer en su fuero interno ante el número creciente de hilos vitales que estaba cortando. De su sonrisa salía una llovizna de gotas de sangre, como si la hoja se lamiese los labios de su sonrisa para limpiárselos.

Nada la detenía. Estaba increíblemente afilada, y o bien era ligera como el hueso de una gaviota, o el demonio tenía la misma fuerza que un gigante de la tormenta. Atravesaba todo aquello que se interponía en su camino. Partió cualquier escudo que intentó pararla, ya fuera de cuero curtido y endurecido, de madera o de cobre batido. Atravesó las armaduras, las placas acolchadas, las escamas de hierro, las cotas de malla. Rompió las empuñaduras de buenas hachas, las hojas de espadas que habían pasado de mano en mano a través de generaciones. Cortó carne, músculo, hueso.

Atravesó por completo a los guerreros enemigos sin esfuerzo alguno. Fith vio a varios individuos mantenerse en pie unos instantes después de que el hacha les separara la cabeza de los hombros, o le arrancara la mitad de la cabeza, o le partiera en dos el torso. Se quedaban así, con el cuerpo truncado balanceándose suavemente al compás de los chorros de sangre que salían palpitantes del muñón o de la parte del cuerpo seccionada. Luego se desplomaban con un movimiento blando y sin energía alguna.

Los asesinos estaban a punto de desmoralizarse por completo. El demonio había cortado tantos de sus hilos vitales, y había dejado tantos de sus cuerpos esparcidos por la playa empapada en sangre, que su determinación se había desvanecido como el hielo en primavera. La tormenta ya había llegado a la pequeña isla y había rodeado la playa y las rocas con su abrazo feroz. El viento parecía haber pasado por una piedra de afilar. El aire llegaba cargado de pedrisco que impactaba como una andanada de proyectiles. Allá donde el aguacero casi sólido golpeaba enloquecido las piedras de la playa, limpiaba las manchas de sangre y convertía los cadáveres en montones blanquecinos y blandos que parecían haber pasado un mes bajo el agua.

Un fuego interior impelía al gothi. Algo había iniciado un incendio en la sangre de Hunur. Había visto el peligro de la mala estrella flotando en el futuro y había

organizado la incursión de exterminio para acabar con ella. En esos momentos, cuando el mal ya se estaba manifestando tras salir a cielo descubierto, estaba más decidido que nunca a acabar con él.

Trepó con movimientos torpes a unas rocas más altas que se alzaban sobre la playa y empezó a gritar órdenes a los últimos botes que habían llegado, de donde todavía tenían que desembarcar más individuos. Los guerreros que acababan de arribar empuñaron los arcos, y Fith distinguió el brillo de una llama de sebo en la penumbra de la tormenta.

Los arqueros comenzaron a disparar flechas incendiarias.

Esas flechas eran algo más largas que las flechas de combate habituales, y tenían unas puntas metálicas sencillas, detrás de las cuales iba un trapo empapado en brea enrollado alrededor del astil. Los trapos prendían en cuanto se les acercaba una llama. Las flechas incendiarias no tardaron en cruzar el cielo iluminado por los relámpagos.

Otros individuos se dedicaron a hacer girar por encima de la cabeza unas botellas atadas a una larga tira de cuero para luego lanzarlas impulsadas por su propio peso. Las botellas estaban llenas de brea líquida y otros compuestos volátiles. Lo que contenían se desperdigó por la playa cuando chocaron contra los guijarros y se partieron. Las flechas incendiarias provocaron de inmediato que aquellas manchas estallaran en llamaradas.

Las lenguas de fuego se alzaron acompañadas de una deflagración explosiva. Una rugiente espesura de fuego se extendió por la playa, alimentada por nuevas flechas incendiarias. Las llamas eran dolorosamente brillantes, verdosas e incandescentes. El demonio y el puñado de asaltantes que lo rodeaban quedaron sumergidos en un mar de fuego en cuestión de segundos.

Los gritos de una persona abrasada por el fuego no se parecen nada a los gritos de alguien que ha recibido un tajo o un golpe. Son chillidos agudos y frenéticos. Rodeados, envueltos por unas llamas de las que no podían huir, los guerreros se apartaron a trompicones de la lucha con las bocas abiertas de par en par respirando el aire ardiente. Debido al fuerte viento, las llamas y el humo espeso y hediondo surgía de ellos igual que las colas encendidas de las estrellas fugaces.

Agitaron los brazos envueltos en fuego como si fueran molinos humanos. El cabello y la barba les ardieron con rapidez. La ropa ardía con tanta intensidad que las cotas de malla se recalentaron hasta el punto de que los anillos se les fundieron con la carne. Corrieron hacia el mar, pero todavía estaba congelado, por lo que no pudieron poner fin a su agonía. En vez de eso, se desplomaron sobre la superficie y ardieron hasta morir mientras la costra de hielo siseaba bajo sus cuerpos. Quedaron convertidos en renegridas formas esqueléticas envueltas en ropajes de fuego, como las efigies que se quemaban en el solsticio de invierno. Ya no eran más que leña humana, que chasqueaba y sibilaba bajo el aguanieve, con las llamas avivadas por el

viento de la tormenta.

El demonio salió de entre las llamas. Estaba quemado y negro, como si fuera una talla de carbón. Tenía las pieles y la túnica cubiertas de pequeñas llamas azules. Sus ojos relucían como gemas en su cara, tiznada de hollín. Rugió de nuevo, el retumbar profundo de un felino depredador. Sus ojos no eran lo único que relucía en un tremendo contraste con su piel ennegrecida. Sus dientes también brillaban. Eran unos largos caninos de hueso blanco que ninguna boca humana debería ser capaz de albergar.

El demonio enterró la sonrisa de su hacha en el hielo de la playa y la dejó allí bien clavada, con la empuñadura señalando al cielo. Otras dos flechas incendiarias le acertaron de ello. Se arrancó una de ellas de la capa mientras las llamas le rodeaban los dedos.

Sacó algo de uno de sus costados, algo metálico y pesado que llevaba sujeto a una cincha. Parecía ser una caja con un mango. Fith no sabía para qué servía, pero tuvo la certeza de que se trataba de un artefacto demoníaco, y el demonio apuntó con él hacia los botes de los balt.

La caja emitió un sonido semejante al de un centenar de truenos sucediéndose los unos a los otros a tanta velocidad que se solapaban entre sí. Aquel ruido fue tan poderoso, tan repentino, tan desconocido, que Fith casi dio un salto por la sorpresa. De la parte delantera de la curiosa caja surgieron una serie de destellos de fuego, que parpadearon a la misma velocidad que los truenos rugientes.

El bote balt que estaba más cerca de ellos se estremeció y un instante después se desintegró. El casco se deshizo y voló hecho añicos, reducido a una lluvia de astillas, pulpa de madera y clavos retorcidos. El mástil y las velas laterales prácticamente estallaron. El pequeño mascarón de proa reventó, y los individuos que iban a bordo quedaron convertidos en una lluvia de sangre y jirones de carne.

El bote que estaba detrás también comenzó a deshacerse, y a continuación el siguiente. El demonio continuó apuntando con su rugiente caja de relámpagos a los botes, y unas manos aniquiladoras e invisibles demolieron las naves alineadas a lo largo de la orilla de hielo. Una espesa bruma compuesta por las fibras de madera y una neblina sanguinolenta surgió de toda aquella destrucción. Un momento más tarde, las botellas llenas de brea que todavía no habían sido lanzadas explotaron.

El infierno llameante fue muy intenso. Fith llegó a sentir el calor en la cara a pesar de la tormenta. Toda la hilera de botes quedó cubierta de llamas, igual que si se tratara del funeral en masa de una serie de grandes héroes. Las chispas y las cenizas revolotearon por doquier como luciérnagas enloquecidas. El viento se apoderó de la espesa nube de humo que surgió del incendio y la arrastró sobre la superficie del mar helado formando una barra casi horizontal, como el frente de un banco de niebla que avanzase hacia allí.

La caja de relámpagos del demonio dejó de rugir. Él la bajó y miró hacia la playa, hacia el gothi. Hunur se había convertido en una figura encogida, derrotada, con los hombros hundidos y los brazos colgando, sin fuerza. Los pocos hradcana y balt que quedaban pasaron a su lado mientras huían ladera arriba intentando llegar al otro lado de la pequeña isla.

El demonio alzó su caja de relámpagos y la apuntó hacia el gothi. Hizo que retumbara y que destellara una sola vez, y la cabeza y los hombros del gothi desaparecieron de repente convertidos en una neblina rojiza. Lo que quedaba de Hunur salió despedido hacia atrás, como si alguien hubiera dado un tremendo tirón al cuerpo.

El demonio bajó caminando hasta el borde del mar congelado. El intenso calor de los botes en llamas había licuado la superficie de hielo a lo largo de la orilla, lo que había creado una charca de agua espesa que se estaba tragando con ansia los restos de los botes envueltos en un velo de vapor hirviente para luego hundirlos en la oscuridad. El olor con regusto metálico del océano salió al aire por primera vez desde hacía un año.

El demonio se arrodilló en la orilla, recogió un poco de agua en una de sus enormes manos, la derecha, y se la echó a la cara. El hollín que la cubría se escurrió por la frente y las mejillas formando regueros. Se puso en pie de nuevo y caminó por la playa de regreso hacia Fith.

El hrosshvalur surgió sin apenas dar aviso. Tan sólo se vieron unas cuantas burbujas sucias en el turbulento estanque de agua derretida y la aparición repentina de algunas algas rojas. Al igual que le ocurría a todas las criaturas marinas, su capacidad para alimentarse se había visto muy mermada durante los largos meses de helada, y tenía un hambre feroz. Los botes envueltos en llamas habían abierto el mar al aire, y sus restos quemados estaban llenos de carne y de sangre que dieron sabor al agua helada hasta proporcionar a aquel lugar un atractivo irresistible. El hrosshvalur quizá estaba a varias leguas de allí cuando le llegó el sabor. Una partícula de sangre humana en un trillón de metros cúbicos de agua salada fue suficiente. La enorme aleta de cola que remataba su cuerpo le había hecho recorrer la distancia que lo separaba de allí en pocos latidos de su enorme corazón.

El demonio oyó el rugido líquido de su salida del agua y se dio la vuelta para mirar. El hueco en el hielo apenas fue suficiente para que pudiera pasar la criatura marina. El monstruo utilizó los costados cubiertos de escamas y las aletas rematadas por garras para romper un poco más la superficie y abrirse paso ensanchándola. Aterrizó de panza sobre la playa, con las mandíbulas abiertas y en un estado de frenesí por el rastro de sangre. La carne del interior de la boca era de un blanco reluciente, del color de la madreperla, y de allí emanaba un tremendo hedor a amoníaco. Sus dientes eran semejantes a lanzas de coral amarillento de formas

desiguales. La parte delantera del cuerpo se estremeció y se adentró un poco más en la playa de guijarros. Luego lanzó su bramido, aquel grito potente y bajo que a veces se oía de noche, en aguas abiertas, y que hacía vibrar las planchas de madera. Varios mushveli, que se retorcían como gusanos y abrían y cerraban la boca sin cesar, surgieron del agujero en el hielo a continuación, igualmente atraídos por la promesa de comida. El hrosshvalur los expulsó del lugar y le partió el cuello a uno que se atrevió a acercarse demasiado. Luego se lo tragó entero con dos o tres contracciones de la garganta antes de tender por completo su cuerpo sobre los guijarros apoyándose en las enormes aletas arrugadas de los costados.

El demonio se colocó delante de aquel gigante asesino. Sabía que el apetito de aquella criatura era tan inmenso como el Océano Septentrional, sobre todo recién llegada la primavera. No se detendría hasta que hubiera dejado el aett y la isleta vacíos de cualquier cosa que fuera remotamente comestible. El demonio sacó el hacha de los guijarros cubiertos de hielo. Después la sostuvo en alto por encima de los hombros y dejó que el mango resbalara empujado por el peso de la cabeza del arma, hasta que quedó en el punto de equilibrio óptimo entre un extremo y otro. En ese momento, echó a correr hacia el monstruo oceánico.

La criatura abrió de par en par las fauces y le lanzó una vaharada de aliento cargado de amoníaco. Las mandíbulas se desplegaron hasta formar una abertura festoneada de dientes tan amplia como una cueva de dimensiones respetables. La boca era tan grande que allí habría cabido la tripulación entera de un bote con su nave a cuestas. Un momento después se desplegaron las mandíbulas secundarias, impulsadas por los músculos elásticos de la garganta, y repletas de dientes aguzados de cartílago translúcido. Esos dientes, algunos de ellos más largos que la pierna de un ser humano adulto, surgieron de los huecos en las encías como las hojas afiladas de una serie de navajas. Eran transparentes como el hielo glacial y estaban cubiertas de gotas de mucosidad. El hrosshvalur se abalanzó contra el demonio que se había lanzado a la carga contra él, y el enorme tonelaje de su corpachón machacó chirriante los guijarros de la playa al deslizarse.

El demonio lanzó un tajo con el hacha y atravesó la mandíbula inferior primaria. El golpe la partió por la mitad como si fuera la quilla de un bote. De la herida surgió una espuma blanquecina de aspecto venenoso, como si el hrosshvalur tuviera vapor en las venas en vez de sangre. Aulló al mismo tiempo que intentaba apartar la cabeza herida. El demonio aprovechó el movimiento para propinarle un hachazo en el lado del cráneo que quedó al descubierto, y la hoja del arma atravesó la gruesa capa de escamas y se hundió por completo en el hueso. La sacó de inmediato para clavarla de nuevo, esta vez debajo de uno de los ojos de mirada fija y húmeda que tenían el tamaño del escudo de un caudillo.

El monstruo oceánico rugió y soltó una tremenda bocanada de aire fétido. El

demonio siguió propinándole hachazos hasta que no quedó más que una enorme abertura rosada y borboteante en el punto donde la cabeza del hrosshvalur se unía al resto del cuerpo. La zona de la playa donde se encontraban estaba cubierta de un hediondo fluido lechoso. De aquella brecha en el cuerpo no dejaban de surgir borbotones de aire. La bestia seguía defendiéndose, pero sin duda estaba herida de muerte. Los mushveli, impacientes, comenzaron a comérsela viva. El demonio la dejó que muriera de ese modo y volvió a dirigirse hacia Fith.

El upplander se había mantenido consciente y había contemplado la mayor parte de aquel espectáculo. Se quedó mirando cómo se acercaba el demonio. Cuando se aproximó lo suficiente, tanto Fith como él distinguieron las placas que formaban la decorada armadura gris que el demonio llevaba puesta debajo de la túnica y las pieles quemadas. También vieron el tatuaje de líneas marrones que se entrecruzaban entre sí a lo largo de la nariz, los pómulos y alrededor de los ojos, y les llegó el olor, un aroma semejante al de un animal, pero limpio, cargado con las intensas feromonas almizcladas del perro dominante de la manada.

Y le vieron los colmillos.

—¿Eres Ahmad Ibn Rustah? —le preguntó el demonio.

El upplander se quedó callado a la espera de que el traductor le hiciera comprensible las palabras.

—Sí —le contestó, y se estremeció de frío y de dolor. Era un milagro que todavía siguiera consciente—. ¿Quién eres tú?

El demonio dijo su nombre, y el aparato lo tradujo con rapidez.

—¿Oso? ¿Te llamas Oso? —inquirió el upplander.

El demonio se encogió de hombros.

—¿Por qué has venido?

—Se produjo un error —le contestó el demonio, y ambos notaron un leve gruñido animal en el fondo de sus palabras—. Pasé algo por alto. Fui yo quien cometió el error, así que soy quien debe corregirlo. Te sacaré de este lugar.

—A ellos dos también —le contestó el upplander.

El demonio miró a Fith y a Brom. Este último estaba tendido e inconsciente sobre una roca, cubierto de piedras de granizo. Había dejado de sangrar por las heridas porque ya se le había congelado la propia sangre. Fith no había apartado la mirada del demonio. El mango del hacha seguía cubierto de sangre.

—¿Está muerto? —le preguntó el demonio a Fith señalando con un gesto de la barbilla a Brom.

—Los dos estamos muertos —le contestó Fith.

Era lo único que le quedaba por hacer, el viaje al Subniverso que tendría que emprender.

—No tengo tiempo. Sólo tú —le dijo el demonio al upplander.

—Vendrán con nosotros. Después de todo lo que han perdido hoy para salvarme, vendrán con nosotros.

El demonio soltó un gruñido bajo y reverberante. Luego retrocedió un par de pasos y sacó una especie de vara o de herramienta alargada del cinto. Una vez la ajustó, emitió una serie de leves notas musicales.

La criatura alzó la mirada hacia el mar, hacia la tormenta, en la misma dirección por la que había llegado. Fith siguió su mirada. La fuerza del aguanieve lo aguijoneó en la cara y le hizo entrecerrar los ojos y torcer el gesto por el dolor. Oyó algo parecido al sonido de una tormenta dentro de aquella tormenta.

Apareció la nave del demonio. Fith no había visto jamás nada parecido, pero reconoció la forma ahusada del casco y las aletas con forma de timón. No era una nave para viajar por el hielo o por el agua. Era una nave aérea, una nave para cabalgar sobre el viento y sobre la tormenta. Se les acercó con lentitud por encima de la nieve, flotando en el cielo a la altura del extremo de un mástil. De la nave surgían chorros de aire aullante, unos chorros que la mantenían en suspensión y levantaban trozos de hielo del mar. Unas pequeñas llamas verdes se encendían y apagaban en los extremos de sus aparejos para el viento.

Se acercó mucho a ellos, hasta el punto de que Fith tuvo que protegerse la cara del viento aullante y de los pequeños trozos de hielo. Luego, con un crujido se posó sobre la corteza de hielo y abrió unas fauces tan grandes como las del hrosshvalur.

El demonio tomó en brazos al upplander, y éste aulló de dolor cuando los huesos de las piernas rotas se rozaron entre sí. Al demonio no pareció importarle mucho, y miró a Fith.

—Traételo —le dijo señalando de nuevo a Brom con la barbilla—. Sígueme, y no toques nada.

Hawser llevaba trabajando más de ocho meses en el estrato superior de la colmena Karelia cuando alguien de la delegación del consejo aceptó por fin reunirse con él.

—Trabaja en la biblioteca, ¿verdad? —le preguntó el individuo.

Se llamaba Bakunin, y era un agregado de Emantine, cuyo adjunto había denegado de forma repetida las peticiones formales de Hawser, en las que pedía una entrevista o una valoración. Eso indicaba que Bakunin informaba directamente a las autoridades municipales o administrativas, y pertenecía por tanto a un organismo burocrático de mayor entidad que acabaría a su vez informando a Jaffed Kelpanton en el Ministerio del Sigilita.

—Sí, en la biblioteca del universariado, pero no estoy adscrito al propio universariado. Tan sólo se trata de un cargo temporal.

—Ah —respondió Bakunin, como si Hawser hubiera dicho algo interesante.

Su interlocutor no dejaba de mirar su placa de citas, y era evidente la impaciencia

que sentía por encontrarse en otro lugar que no fuera ese.

Se habían reunido en el restauranthalle de Aleksanterinkatu 66106. Era un lugar de techo alto, con una reputación excelente y una grandiosa vista sobre los comercios del stratum superior. Varios acróbatas y equilibristas realizaban sus espectáculos en el espacio abierto iluminado por el último sol de la tarde que inundaba el lugar a través de los marcos solares.

—Entonces, ¿respecto a vuestro cargo? —inquirió Bakunin.

Unos elegantes camareros metahumanos con modificaciones optativas implantadas les habían traído un recipiente con hoja de whurpu y una bandeja de plata con pasteles helados.

—Me han contratado para supervisar la renovación. Soy arqueólogo de datos.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo. La biblioteca sufrió un atentado, ¿no es así?

—Unos guerrilleros pro-panpacíficos hicieron estallar dos artefactos de borrado durante la insurrección.

Bakunin asintió.

—No ha debido de quedar nada recuperable.

—El consejo de la colmena pensó lo mismo y planificaron la demolición de toda la zona.

—Pero usted no estaba de acuerdo.

Hawser sonrió.

—Conseguí persuadir a la junta del universariado para que me contratara en prácticas. Hasta el momento he recuperado siete mil textos de un archivo que se había declarado inservible por completo.

—Bien por usted. Bien por usted —lo felicitó Bakunin.

—Bien para todos nosotros —le contestó Hawser—. Y eso me lleva al motivo de nuestra reunión. ¿Ha tenido ocasión de leer mi solicitud?

Bakunin sonrió levemente.

—Debo admitir que no. No por completo. Ahora mismo todos estamos muy ocupados. Sin embargo, sí que la he revisado. Por lo que se refiere a la intención general de su propuesta, estoy completamente a su favor. Completamente. Sin embargo, no veo que nada de eso no esté ya cubierto en los términos recogidos en el Acta de Rememoración y…

Hawser alzó una mano con suavidad.

—Por favor, no me dirija a la Oficina de Rememoradores. Mis peticiones siempre acaban allí.

—Pero es que, sin duda, de lo que usted habla es de conmemoraciones, de la acumulación sistemática de datos que sirvan para documentar la liberación y la unificación de la civilización humana. Tenemos la inmensa suerte de vivir en el momento más importante de la historia de nuestra especie, y por supuesto, lo más

apropiado es que se celebre algo así. El propio Sigilita en persona lo apoya y lo promueve. ¿Sabe que fue uno de los firmantes del Acta?

—Lo sé. Soy muy consciente del apoyo que les brinda. Es algo que celebro. Demasiado a menudo es el historiador el que permanece olvidado en los grandes momentos de la historia.

—He revisado sus declaraciones y su expediente personal —le comentó Bakunin —. No me cabe duda alguna de que puedo asignarle un puesto de rango elevado en la Orden de Rememoradores. Puedo darle una recomendación, y confío en que podré hacer lo mismo con muchos de los otros nombres que aparecen en la lista que me entregó.

—Se lo agradezco —le contestó Hawser de inmediato—. Le doy mis más sinceras gracias, de verdad. Pero no he pedido esta reunión con ese propósito. Los rememoradores cumplen una función vital. No cabe duda de que debemos registrar con el máximo detalle posible los acontecimientos que nos rodean. Es imperativo que lo hagamos, por el bien común, para mayor gloria de la humanidad, para la posteridad, pero lo que yo propongo es una tarea mucho más sutil, una que, me temo, estamos pasando por alto. No le hablo de dejar registrado lo que estamos haciendo. De lo que estoy hablando es de dejar registrado lo que ya sabemos. Le estoy hablando de conservar todo el conocimiento humano, de organizarlo, de determinar lo que sabemos y lo que hemos olvidado.

El funcionario parpadeó un par de veces, y luego la sonrisa que mostraba se tornó algo vacua.

—Eso sin duda… Disculpe, señor, pero… eso se trata sin duda de un proceso orgánico dentro del propio Imperio. Es algo que hacemos a medida que avanzamos en el camino de la historia, ¿no es así? Me refiero a que es algo que debemos hacer. Acumulamos conocimientos.

—Sí, pero no de un modo riguroso, no de un modo metódico. Y cuando perdemos una fuente de conocimiento, como la biblioteca que tenemos aquí, en Karelia, nos limitamos a encogernos de hombros y a decir: «¡Oh, vaya!». Pero esos datos no se perdieron, al menos no todos. Hace poco me hice una pregunta: ¿acaso ni siquiera sabíamos lo que habíamos perdido cuando los artefactos de borrado estallaron? ¿Teníamos ni la más remota idea del agujero que estaban provocando en el conocimiento colectivo de nuestra especie?

Bakunin se removió incómodo.

—Necesito a alguien para que apoye esto, señor —le pidió Hawser. Sabía que sus ojos debían de haber empezado a brillar y con seguridad se estaba mostrando ansioso. Sabía que la gente encontraba inquietante a menudo ese entusiasmo. Bakunin parecía nervioso, pero Hawser no fue capaz de contenerse—. Nosotros, y por nosotros me refiero a todos los académicos que han firmado mi petición, necesitamos a alguien

que haga subir esto en el escalafón jerárquico del Administratum. Que le presten atención. Que alguien con la posición y la influencia necesarias para ponerlo en marcha se fije en ello.

—Con el debido respeto…

—Con el debido respeto, señor, no quiero pasar el resto de mi carrera siguiendo a las diferentes fuerzas de la cruzada como si fuera un perro fiel y anotar de un modo escrupuloso todos y cada uno de los detalles de sus actos meritorios. Quiero ver en marcha un proceso mucho más importante: una auditoría del conocimiento humano. Debemos determinar los límites de lo que sabemos. Debemos identificar los espacios en blanco, y luego esforzarnos por llenar esos espacios o por renovar los datos perdidos.

Bakunin dejó escapar una breve risa nerviosa.

—No es ningún secreto que antaño solíamos saber hacer cosas que ya no podemos lograr —insistió Hawser—. Eran grandes hazañas tecnológicas, o enormes logros en construcción, auténticos milagros de la física. Hemos olvidado cómo hacer cosas que nuestros antepasados consideraban algo rudimentario hace tan sólo cinco mil años, y cinco mil años no son nada. Fue una era dorada, y mírenos ahora: estamos rebuscando entre las cenizas para recomponerla. Todo el mundo sabe que la Era de los Conflictos fue una época siniestra durante la cual la humanidad perdió un número incontable de tesoros; pero señor, ¿sabe con exactitud lo que perdimos?

—No —admitió Bakunin.

—Yo tampoco —le contestó Hawser—. Ni siquiera puedo decirle algo tan básico como qué es lo que se perdió. No sabría por dónde empezar.

—Por favor —le pidió Bakunin, quien se estremeció como si se encontrara en mitad de una corriente de aire—. Estamos recuperando almacenes de datos continuamente. ¡Vaya, si me he enterado que el otro día, sin ir más lejos, se recuperaron tres textos completos de las obras de Shakespire!

Hawser miró directamente a los ojos del funcionario.

—Respóndame a un par de preguntas. ¿Sabe alguien por qué se produjo la Era de los Conflictos? ¿Es que alguien sabe cómo acabamos en mitad de la oscuridad de la Vieja Noche?

Hawser se despertó. Todavía le llegaba el olor a hoja de whurpu y el sonido de la cháchara de fondo del restauranthalle.

Sólo que, en realidad, no era así.

Aquello había ocurrido mucho tiempo atrás, y en un lugar muy lejano. Había perdido la conciencia unos cuantos segundos y había soñado con aquella reunión. Le llegó el olor a sangre y a aceite lubricante. Le llegaron los olores de distintos cuerpos, a suciedad, a dolor.

El dolor que sentía en sus propias heridas era algo incandescente. Se preguntó si el astartes, Oso, le inyectaría algo para calmárselo. No parecía probable. Tenía la impresión de que la actitud de Oso respecto al sufrimiento estaba en otra escala. Lo más probable era que la mente del upplander llegara en un momento dado a dejar de notar el dolor en un esfuerzo desesperado de protegerse a sí misma.

La oscuridad del espacio de la cabina donde se encontraba flotaba alrededor de la camilla donde lo habían colocado. Le habían inmovilizado las extremidades. Todavía estaban volando. Todo vibraba. Se oía el aullido constante de los motores de la nave de desembarco. A menudo, una turbulencia los sacudía con fuerza.

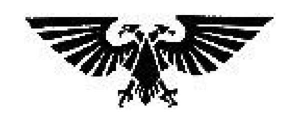
Apareció Oso. Se alzó imponente por encima de la camilla y lo miró desde arriba. Se había recortado los extremos quemados de su mata de cabello y se había recogido el resto con una estrecha cinta de cuero. Tenía un rostro alargado y de aspecto noble, con unos pómulos altos, una nariz larga y una nariz prominente, casi un hocico. No, no como un hocico. Como el cañón de una arma. Las intrincadas líneas de tatuajes marrones seguían el contorno de los rasgos de Oso, y se acentuaban en los perfiles de la nariz y las mejillas, en los ángulos de los pómulos y de las cejas. Su piel mostraba un aspecto curtido y quemado por los vientos helados. Daba la impresión de que tenía la cara tallada en madera, como el mascarón de proa de una nave.

Se quedó mirando desde su altura al upplander, y éste se dio cuenta de que el astartes lo estaba explorando con un artefacto portátil que sostenía en una mano.

Lo apagó y lo dejó a un lado.

—Ya estamos llegando —le dijo, y el aparato de comunicación del upplander se apresuró a traducirlo para seguir la conversación—. Ya hay un cirujano esperando para atenderte, pero estamos en un sitio especial, lo sabes. Así que comencemos para ir ganando tiempo.

El astartes se agachó un poco y extendió los dedos de la mano izquierda para sacarle el ojo derecho al upplander.



TRES
AETT

Si el demonio, Oso, representaba la salvación, también representaba la rendición final. El upplander ya no tenía que resistirse al frío para mantenerse despierto o al dolor para mantenerse con vida. Se dejó ir, y se hundió como una roca en el silencio cristalino del mar helado. El dolor lo devoró. Lo asedió como una tormenta, con tanta violencia y ferocidad que llegó a verla, a pesar de su ojo cegado.

La tormenta continuó mucho después de que el dolor desapareciera.

Se acercaban al lugar especial al que Oso le había prometido que lo llevaría, y llegaban en mitad de una tormenta de nieve, de una tremenda tormenta de nieve.

¿O se trataba de estática? ¿De partículas blancas en vez de nieve? ¿De la imagen defectuosa de una pantalla pictográfica? ¿La señal borrosa de un implante óptico dañado? No era más que una distorsión, tan sólo una distorsión formada por motas blancas recortadas contra…

Contra la negrura. La negrura tenía que ser real. Era tan sólida… Era una negrura sólida.

A menos que se tratara de ceguera. Le dolía el ojo. Le dolía su ausencia. Le dolía el hueco que había quedado después de que se lo sacaran.

Nieve y estática, negrura y ceguera. Los valores se intercambiaban. Era incapaz de diferenciarlos. Su temperatura corporal descendía con tremenda rapidez. El dolor se disolvía en un entumecimiento creciente. El upplander sabía que ya hacía bastante tiempo que había dejado de ser un testigo fiable de cualquier clase de acontecimientos. La conciencia se negaba a reactivarse de un modo estable. Estaba atrapado en mitad de una grieta de semivigilia, un escondite penoso en el lado de

sotavento del banco de nieve de la insensibilidad. Era increíblemente difícil distinguir entre los recuerdos y los sueños producidos por el dolor. Lo que estaba viendo… ¿era la estática sobre una pantalla visual de fondo negro, o la nieve que azotaba una roca negra y sólida? Era imposible saberlo con seguridad.

Se le ocurrió que la negrura era una montaña al otro lado de la nieve, una montaña que era demasiado grande para ser una montaña, un diente de roca negra que se alzaba en mitad de la ventisca, más alta y más ancha de lo que se podía abarcar con una simple mirada. Era tan grande que cubrió todo su campo visual, de arriba abajo y de un lado a otro, antes de que ni siquiera se diera cuenta de que estaba delante de él. Al principio pensó que se trataba de la negrura del cielo polar, pero no, era una pared de roca sólida, que se dirigía a gran velocidad hacia él.

Dejó escapar un suspiro de tranquilidad al poderse sentir por fin capaz de separar con certeza la ficción del sueño de los hechos sacados de la memoria. La montaña, sin duda alguna, era un sueño.

Ninguna montaña podía ser tan grande.

Lo sacaron de la tormenta y lo llevaron hacia la oscuridad tibia y amortiguada de la negrura de una cueva profunda. Se quedó allí y soñó un poco más.

El upplander soñó durante un largo tiempo.

Los sueños comenzaron siendo sueños nacidos del dolor, agudizados por las punzadas de sus heridas, distorsionados por los opiáceos que le inundaban el flujo sanguíneo. Eran fragmentos, afilados e imperfectos, semejantes a las piezas de un rompecabezas o a los trozos de un espejo roto, intercalados con períodos apagados de inconsciencia. Le recordaron a los movimientos de una partida de regicida, una que se librara entre dos jugadores experimentados. Unos movimientos lentos y pensados, de gran profundidad estratégica, separados por largos períodos de tiempo sumidos en la inactividad contemplativa. El tablero de regicida era antiguo y tenía incrustaciones de marfil. Le llegó el olor de la pelusa que se había acumulado en las esquinas de la caja donde se guardaba el tablero. Cerca de él había un pequeño caballo de juguete hecho de madera. Él estaba bebiendo zumo de manzarroja y alguien estaba tocando el clavecín.

Los bordes afilados de aquellos fragmentos mentales se embotaron, y los sueños se alargaron y se hicieron más complejos. Comenzó a recorrer una serie de ciclos épicos de sueños que duraban años, que incluían generaciones enteras, en los que el hielo se formaba y se derretía una y otra vez, donde el océano quedaba inmovilizado antes de volver a ponerse en movimiento de nuevo, en los que el sol recorría a toda velocidad el cielo repleto de nubes como un disco de cobre batido, centelleando, brillando con fuerza como una nova para luego apagarse igual que un ascua estelar moribunda.

En esos sueños, había gente que se le acercaba y que se sentaba a su lado, en la penumbra secreta de la cueva. Hablaban. Una hoguera ardía. Notó el olor a resina de copal en el aire. No veía a los individuos, pero sí que veía sus sombras, que se alzaban en las paredes de la cueva dibujadas por las llamas de la hoguera chasqueante. No eran sombras humanas. Las siluetas oscuras tenían cabezas de animales, a veces con cuernos simples, otras con grandes cornamentas múltiples. Las sombras casi humanas se sentaban y jadeaban con hocicos caninos. Los extremos puntiagudos de los cuernos asentían cuando hablaban los demás. Muchos estaban encorvados por el peso de unos grandes hombros propios del ganado que ha engordado para pasar el invierno. Al cabo de cierto tiempo, tuvo dudas sobre si lo que estaba viendo eran sombras en la pared de la cueva o ejemplos de arte primitivo, unas líneas de ocre y carbón borrosas que le habían dado la impresión errónea de moverse debido a las llamas danzarinas.

Se esforzó por oír lo que hablaban los individuos a lo largo de sus prolongadas conversaciones en voz baja, pero fue incapaz de concentrarse. Pensó que si era capaz de hacerlo, oiría cómo todos los secretos del mundo llegaban hasta él como un río y que se enteraría de todos los acontecimientos ocurridos, desde el primero hasta el último.

A veces, los sueños del upplander lo hacían salir de la cueva y lo llevaban hasta un punto alto, donde sólo había las estrellas por encima de ellos, con un tejado de azul terciopelo y unas tierras iluminadas por el sol bajo sus pies. Todo un tapiz de mundos entretejidos, todos los mundos de la creación, igual que las incrustaciones del tablero de un gran juego, y sobre ese tablero se desarrollaban unos acontecimientos épicos sólo para que él los viera. Naciones e imperios, credos y razas, todos se alzaba y caían, pactaban y se enfrentaban, formaban alianzas, hacían la guerra. Fue testigo de unificaciones, de aniquilaciones, de reformas, de anexiones, de invasiones, de expansiones, de iluminaciones. Vio todo aquello desde su elevada posición ventajosa, un lugar tan alto y precario que a veces tenía que agarrarse a los reposabrazos de aquel trono dorado por el temor a caerse que lo invadía.

Otras veces, los sueños se adentraban en el interior de sí mismo, de su propia carne, de su propia sangre, y allí, a un nivel microscópico, observaba el universo que formaba su propio cuerpo a medida que se desmontaba átomo a átomo, con su esencia reducida al conjunto genético mínimo, igual que un rayo de luz que pasara por una lente increíblemente sutil y quedara descompuesto en los colores que lo formaban. Tuvo la sensación de que lo desmantelaban, una pieza tras otra, como un cronómetro viejo, y que todas y cada una de esas piezas era apartada para ser reparada. Le dio la impresión de que todo su ser no era más que una muestra biológica, que no era más que un animal de laboratorio con el vientre abierto y las extremidades extendidas al que le estaban sacando los órganos uno por uno, como los

engranajes de un reloj de bolsillo, que no era más que un insecto inmovilizado con alfileres al que estaban cortando con un cuidado exquisito para colocarlo bajo la lente de un microscopio y saber qué era lo que lo impulsaba.

Cuando sus sueños lo llevaban de regreso a la cueva, donde las sombras animales seguían sentadas murmurando al lado del fuego, a menudo se sentía como si le hubieran vuelto a componer el cuerpo, pero de un modo completamente distinto. Si hubiera sido un reloj viejo, le habrían reajustado el movimiento de los mecanismos, aparte de limpiarle o modificarle algunas piezas, o incluso sustituirlas, antes de colocar de nuevo el muelle de resorte enrollado y el mecanismo de escape, el volante compensador y el conjunto de engranajes, las pequeñas palancas, pero de un modo completamente diferente en una secuencia nueva, antes de que le pusieran la tapa una vez más y la cerraran con firmeza para que nadie viera el modo en que lo habían reorganizado.

Y cuando volvía a la cueva, pensaba en la propia cueva en sí. Tibia, segura, en las profundidades de la roca negra, lejos de la tormenta. Pero ¿lo habían llevado allí para protegerlo? ¿O lo habían llevado allí para tenerlo encerrado hasta que las figuras semihumanas que rodeaban el fuego tuvieran hambre?

El sueño más extraño e infrecuente ocurría en la parte más profunda y fría de la cueva, donde una voz le hablaba.

En aquel lugar, lo único que existía era una negrura atravesada por un leve brillo azul y frío. El aire olía estéril, como una roca en un páramo polar seco que careciera de la más mínima gota de agua que helar. Estaba muy lejos del calor tibio y la luz suave de la hoguera de la cueva, muy lejos de la fraternidad de voces murmurantes y del olor a resina quemada.

El upplander sentía las extremidades llenas de plomo, en aquel lugar, igual que si hubiera tragado hielo, como si un metal líquido y frío le recorriera el flujo sanguíneo y lo empujara contra el suelo con su tremendo peso. Hasta los pensamientos que tenía eran lentos y viscosos.

En ese sueño, luchaba contra esa lentitud ártica por temor a que lo hiciera caer en un sueño sin sueños, en la muerte. Lo máximo que conseguía era un leve estremecimiento de las pesadas extremidades.

—¡No te muevas! —Era lo primero que decía la voz. Era algo tan repentino e inesperado que se quedaba helado.

»¡No te muevas! —le repetía la voz.

Era un sonido profundo, hueco, un susurro capaz de albergar la fuerza de un trueno. No sonaba especialmente humana. Daba la impresión de que más bien salía de las notas gemebundas y reverberantes de un viejo cuerno de señales. Cada sílaba y sonido vocálico era sencillamente el mismo sonido bajo y retumbante levemente

modificado con ajustes tonales.

—No te muevas. Deja de retorcerte y contorsionarte.

—¿Dónde estoy? —preguntaba el upplander.

—En la oscuridad —le contestaba la voz.

Sonaba más lejana, como el cuerno de un carnero resonando en una loma solitaria.

—No lo entiendo.

Se producía un silencio. Luego la voz sonaba de nuevo, justo detrás de su oreja derecha, como si su interlocutor hubiera dado una vuelta a su alrededor.

—No tienes por qué entender la oscuridad. Es lo más curioso de la oscuridad, que no hace falta entenderla. Sólo es la oscuridad. Es lo que es.

—Pero ¿qué hago aquí?

Cuando la voz le contestaba, ya se había alejado de nuevo. El sonido le llegaba como un retumbar procedente de algún punto por delante de él, como el sonido que recorría gimiente las cuevas vacías.

—Estás aquí para ser. Estás aquí para soñar los sueños, eso es todo. Así que, sueña los sueños. Te ayudarán a pasar el tiempo. Sueña los sueños y deja de retorcerte y de moverte. Me molesta.

El upplander titubeaba un instante. No le gustaba nada la amenaza airada que se notaba en la voz.

—No me gusta estar aquí —comentaba al cabo.

—¡A ninguno de nosotros nos gusta estar aquí! —retumbaba la voz justo al lado de su oído izquierdo; al upplander se le escapaba un chillido involuntario de terror.

La voz no sólo sonaba fuerte, cercana y furiosa, sino que su tronar iba acompañado por el gruñido gorgoteante de un leopardo.

—A ninguno de nosotros nos gusta estar aquí —repetía la voz con un tono más calmado mientras caminaba en la oscuridad—. Ninguno de nosotros eligió estar aquí. Nos falta la luz de una hoguera. Nos falta la luz del sol. Ya hemos soñado todos los sueños un centenar de veces, un millar de veces. Nos los sabemos de memoria. No elegimos la oscuridad.

Se produjo una larga pausa.

—La oscuridad nos elige a nosotros.

—¿Quién eres? —preguntaba el upplander.

—Me llamaba Cormek. Cormek Dod.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Cormek Dod?

Una nueva pausa, y luego otro gruñido.

—Lo he olvidado.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Ni siquiera sé quién eres. Tú quédate quieto y cierra ya la boca. Deja de

molestarme.

El upplander se despertó por fin, y descubrió que todavía se encontraba en la camilla metálica a la que lo había sujetado Oso.

La camilla se balanceaba un poco, ya que estaba suspendida en el aire. El upplander logró enfocar la vista y alzó la mirada. De cada uno de los cuatro extremos de la camilla partía una cadena, y todas ellas estaban enganchadas a un anillo central, del que surgía otro tramo de cadena más gruesa. Esa cadena principal, oscura y lubricada, ascendía hasta que el extremo se perdía en la penumbra opresiva del altísimo techo que se extendía sobre él. Tenía la impresión de que estaba en el interior de una cueva, aunque no era la caverna que había soñado, donde los hombres de aspecto animal habían charlado entre murmullos al lado de la hoguera. Tampoco era la cueva profunda y fría del suave brillo azul.

Todo estaba envuelto en sombras, en una penumbra de luz verdosa. Por lo que pudo distinguir con aquella iluminación escasa, la cueva era un espacio muy amplio, equivalente al interior de una catedral enorme, o al hangar principal de una nave estelar. Sin embargo, no era una cueva en realidad, ya que los bordes y ángulos estructurales eran demasiado rectos y regulares.

El upplander no fue capaz de mover la cabeza o las extremidades, pero se sintió aliviado al darse cuenta de que ya no sentía ningún dolor. Ni siquiera notaba una incomodidad pasajera en el torso o en las piernas destrozadas.

El alivio que lo inundó se vio empañado por la ansiedad que sintió ante aquella situación: atrapado y atado, tendido e indefenso, incapaz de volver la cabeza para ver algo que no fuera el negro techo que se extendía sobre él. Notó un peso apagado, somnoliento casi, en el corazón, algo que hacía que sus movimientos fueran lentos y torpes, igual que si hubiera tomado un tranquilizante o un bebedizo para dormir. Parpadeó deseando poder quitarse por sí mismo el polvillo que le cubría los ojos, y deseando también que la camilla dejara de balancearse.

Un tramo oscilante de cadena salía de la oscuridad formando un ángulo recto hasta la cadena de la que colgaba su camilla, y por sus sacudidas rítmicas, parecía evidente que lo estaban subiendo hasta el techo abovedado de la catedral. Los eslabones traqueteaban a través de un engranaje invisible que se encontraba por encima de él.

Dejó de ascender. La camilla se balanceó suavemente durante un momento, y luego se deslizó bruscamente hacia la izquierda a lo largo de la estancia, con tanta fuerza que empezó a girar sobre sí misma. La cadena traqueteó de nuevo, y la camilla inició el descenso. Las tensas cadenas que unían las cuatro esquinas de su lecho se estremecieron con cada sacudida.

El pánico comenzó a apoderarse de él. Forcejeó contra las ataduras que lo

mantenían inmovilizado. No cedieron, y él prefirió no seguir por temor a empeorar alguna de sus heridas.

Siguió bajando en una serie de descensos bruscos hasta que llegó a una zona o plataforma de trabajo. Varios individuos se apresuraron a acercarse desde ambos lados para agarrar la camilla y hacer que dejara de balancearse.

El upplander los miró a la cara, y su inquietud se convirtió en miedo.

Los individuos llevaban puestas unas túnicas sencillas de tejido de poca calidad sobre unos monos ceñidos fabricados con cuero marrón de intrincado diseño. Cada uno de aquellos monos estaba confeccionado con paneles que parecían elaborados a mano, unos con las formas adecuadas, otros decorados con trenzados o con líneas talladas, y todos dispuestos de manera que el conjunto se asemejara al diagrama anatómico de la musculatura humana, desde los tejidos que rodeaban las costillas hasta los ligamentos de los brazos, pasando por los tendones del cuello.

Sus rostros eran, en realidad, cráneos de animales, máscaras talladas a partir del propio hueso. Unos cuernos achatados salían de las frentes de algunos de aquellos cráneos descoloridos. De la excrecencia que abultaba el centro de otras surgían cornamentas múltiples que se extendían como ramas.

Los ojos que se veían tras los agujeros de las cuencas oculares de las máscaras que miraban al upplander no eran humanos. Eran los orbes negros con pupilas amarillas de los lobos, y brillaban con luz propia.

«¡Dejadme!», quiso gritar, pero en realidad la voz se le quedó reseca en la garganta, como si no hubiera hablado desde hacía siglos. Tosió, y notó el pánico que le ascendía por el pecho. Las máscaras de hueso se agolparon a su alrededor, con aspecto de sentirse desconcertadas por su actitud. Todas ellas sonreían con el gesto estúpido de los cráneos, la sonrisa idiota de la muerte, pero los ojos semiocultos tras las cuencas oculares desmentían esa supuesta alegría. El fuego que ardía en aquellos ojos era depredador, un intelecto feroz, la intención de hacer daño.

—¡Alejaos de mí! —gritó al recuperar por fin la voz, vieja y oxidada, del fondo reseco de la garganta—. ¡Apartaos!

Los cráneos hicieron todo lo contrario y se acercaron más todavía. Varias manos, cubiertas por unos guanteletes de cuero también marrón y con los mismos motivos intrincados, se dirigieron hacia su boca para tapársela. Algunas de esas manos sólo tenían dos o tres dedos. Algunas incluso mostraban una garra adicional, como un espolón.

El upplander comenzó a retorcerse contra sus ataduras. Tiró y forcejeó en un esfuerzo frenético nacido del pánico. Ya no le importaba descoserse las suturas, que se le abriese de nuevo una herida a medio curar o mover un hueso roto que todavía no estuviera soldado del todo.

Algo se rompió. Notó el chasquido y pensó que sería una costilla o un tendón al

partirse. Se preparó para soportar el dolor agónico que se produciría a continuación.

Pero lo que se había roto era la banda de tela que le mantenía inmovilizado el brazo derecho. La había arrancado del anclaje de metal que la unía a la estructura metálica de la camilla.

Lanzó un golpe con la mano libre y sintió cómo el puño impactaba con el borde duro de una de las máscaras de hueso. Algo dejó escapar un grito gutural de sorpresa. El upplander lanzó otro puñetazo al mismo tiempo que gritaba, y luego tiró de la sujeción que le mantenía inmovilizada la garganta. Un instante después había liberado el cuello, y fue capaz de levantar los hombros de la superficie de la camilla y sacar la cabeza de la gruesa banda de cuero que le impedía moverla hacia los lados. Luego se inclinó hacia adelante para desabrochar la abrazadera de tela que le mantenía inmovilizada la mano izquierda a la altura de la muñeca. La correa de la mano derecha seguía rodeándole la muñeca de ese brazo, y colgaba con el extremo desgarrado en el punto donde la había arrancado de la barra de acero.

Los cráneos se abalanzaron contra él. Le agarraron e intentaron volver a tumbarlo. La camilla se balanceó de un modo enloquecido al quedar completamente suelta. El upplander logró impedirlo, todavía con las piernas inmovilizadas. Giró sobre sí mismo una y otra vez lanzando puñetazos, y maldijo a sus oponentes en gótico bajo, en túrcico, en croata y en siblemo. Ellos farfullaron, conmocionados, mientras se esforzaban por inmovilizarlo y atarlo de nuevo.

El upplander logró soltarse la pierna derecha. La dobló hacia atrás de inmediato y pegó una patada con toda la fuerza de que fue capaz. Le dio de lleno a uno de los cráneos en el pecho, y se alegró al ver que salía disparado con tanta violencia que derribó a dos de sus compañeros enmascarados.

Un momento después, liberó la pierna izquierda. La camilla se volcó hacia un lado cuando el peso que sostenía se desequilibró de repente, lo que lo hizo caer sobre media docena de los individuos enmascarados que intentaban inmovilizarlo. No dejó de lanzar puñetazos mientras caía. El upplander jamás había recibido entrenamiento sobre cómo pelear, y nunca lo había necesitado, pero el terror y el frenesí del más puro instinto de supervivencia lo impulsaron a ello, y no le pareció que fuera difícil hacerlo. Sólo había que mover los puños. Si daban contra algo, hacían daño. Las criaturas a las que golpeaba retrocedían tambaleándose y dejaban escapar gruñidos de dolor o exclamaciones jadeantes. Si había suerte, se desplomaban en el suelo. El upplander movió los brazos enloquecido, como si fueran las aspas de un molino. Lanzó patadas. Los hizo retroceder. A uno de ellos le propinó una patada con tanta fuerza que lo hizo volar por los aires, y cuando cayó al suelo, se rompió la máscara con forma de cráneo contra el suelo de granito pulido de la plataforma donde se encontraban.

El upplander logró ponerse en pie. Los cráneos lo rodearon, pero se movieron con

mucha cautela. Algunos de ellos habían quedado doloridos por sus torpes puñetazos. Les gruñó, pataleó y gesticuló ferozmente con los puños hacia ellos, igual que si estuviera intentando espantar a una bandada de pájaros. Los cráneos retrocedieron unos pasos.

El upplander echó una mirada a su alrededor para orientarse.

Estaba sobre una plataforma de granito oscuro, una especie de repisa a la que se había cortado, dado forma y pulido a partir de la propia roca que los rodeaba. La camilla estaba a su espalda, balanceándose enloquecida al extremo de las cadenas. A su izquierda, en uno de los lados de la plataforma, vio una hilera de bloques oblongos de granito, una especie de catafalcos permanentes sobre los que se podían bajar y colocar camillas iguales a la suya. Por encima de él colgaban cuatro o cinco poleas con cadenas de distinto grosor y longitud.

A la derecha, la plataforma daba a un abismo. Caía directamente hacia la oscuridad y olía a minerales húmedos y al propio centro del planeta. El abismo era un pozo de forma rectangular, y sus lados se habían cortado, al igual que la plataforma, en la propia roca. Descendía hacia la negrura en diferentes secciones rectangulares cada vez más grandes, de un modo parecido a las capas de un pastel o a los diferentes niveles de una cantera monolítica. Daba toda la impresión de haber sido cortado con los golpes de un escoplo gigantesco.

La cámara subterránea se alzaba majestuosa alrededor de él, con las paredes ciclópeas talladas en la roca del mismo modo que el pozo. Era demasiado regular y rectilínea como para ser una cueva natural, y demasiado improvisada e imperfecta para haber sido hecha a propósito. Ingenieros de minas y canteros habían abierto aquella cavidad en el transcurso de decenios o de siglos. Habían cortado uno o dos niveles de bloques oblongos por vez, aumentando el espacio disponible en niveles rectilíneos. Se llevaron las capas de roca para dejar unas líneas artificiales de estratificación y de división en las paredes gigantescas. Cada una de las fases debió de ser un esfuerzo monstruoso, aunque sólo fuera por el inmenso tonelaje de roca retirada. Las marcas de corte mostraban lo enormes y pesados que debieron ser cada uno de aquellos bloques de piedra.

Se había extraído toda la masa de una montaña del interior de una montaña todavía mayor.

La plataforma y la parte superior del pozo estaban iluminadas por aquella penumbra verdosa y helada. Las paredes estratificadas y marcadas horizontalmente estaban cubiertas de regueros de agua que resaltaban los minerales de color esmeralda y las manchas de algas. El upplander fue incapaz de determinar la altura a la que se encontraba el techo, ya que se perdía en la oscuridad de aquella cavidad.

Retrocedió unos pasos, y los cráneos lo siguieron. Se percató del modo en el que todos y cada uno de los sonidos que hacían se convertían en un eco profundo en

aquella inmensa cámara. Se esforzó por interponer los catafalcos entre él y los cráneos, pero éstos se desplegaron entre aquella especie de ataúdes en un intento de rodearlo. El upplander se dio cuenta de que, aunque los catafalcos parecían tallados en una sola pieza, tenían unas placas metálicas en los lados. Esas placas incorporaban una serie de tapas de ventilación, de luces indicadoras y de mecanismos de control, todo ello claramente del mismo origen: Terra. Unos conductos metálicos de aspecto resistente salían de las placas como tubos de desagüe y desaparecían bajo la superficie de la plataforma. Aquella cámara excavada y básicamente primitiva albergaba tecnología, mucha tecnología, que permanecía oculta en su mayor parte.

Los cráneos se abalanzaron sobre él para intentar derribarlo. El upplander retrocedió de forma apresurada y llegó hasta la camilla, que seguía oscilando. Agarró la estructura metálica, la apuntó hacia los cráneos y le dio un fuerte empujón. Todos saltaron para esquivarla, y él volvió a emplearla como un ariete para mantenerlos a raya. En ese momento vio que las abrazaderas de tela y las ataduras de cuero se habían rasgado a lo largo de las costuras que las mantenían unidas. Lo que había hecho en realidad era romperlas por la mitad con los tirones que había dado.

Esa idea lo inquietó. Estaba herido y débil, ¿no? Lo cierto era que no se sentía herido y débil. El upplander bajó la vista para mirarse. Estaba entero. Llevaba los pies descalzos. La abrazadera de tela, todavía de una sola pieza, aunque con el extremo desgarrado, le colgaba de la muñeca derecha. Tenía el resto del cuerpo cubierto por un mono ceñido de color gris oscuro con placas reforzadas en las articulaciones principales, igual que el mono interior de una armadura de vacío. La tela se pegaba bastante a la piel y realzaba la forma de su cuerpo. Lo que mostraba era una figura que parecía delgada pero fornida, con una definición muscular sorprendente. No se parecía en nada al cuerpo agotado de ochenta y tres años que había contemplado la última vez que se había mirado. La grasa había desaparecido de las caderas, así como la panza incipiente producida por haber tomado demasiados amasecs a lo largo de demasiados años.

Tampoco vio el implante artificial que le habían colocado por lo ocurrido aquel día en Osetia.

—Pero ¿qué demonios…? —musitó el upplander.

Los cráneos se dieron cuenta de la repentina confusión que se había apoderado de él, y se lanzaron de nuevo a la carga.

Impulsó la camilla hacia ellos con toda la fuerza que pudo. La punta metálica le dio de lleno a uno en el esternón y casi le hizo dar la vuelta sobre sí mismo. Distinguió por un momento una máscara con forma de cráneo de perro, con la correa que la sujetaba rota, y que se alejaba deslizándose por el suelo de la plataforma. Otro de los cráneos agarró el extremo de la camilla e intentó arrancársela de las manos. El

upplander lanzó un grito de desesperación que resonó por toda la inmensa cámara y de un tirón le arrebató la camilla de las manos al cráneo, quien se quedó un momento colgado en el aire intentando impedir que se la arrebatara.

El upplander tiró hacia atrás de la camilla y la empujó con todas sus fuerzas. Se balanceó como una bola de demolición, impactó contra uno de los cráneos y luego se estrelló contra otro, lanzándolo por encima del borde de la plataforma hacia el abismo.

El cráneo consiguió agarrarse en el último momento al borde. Sus manos se aferraron con desesperación a la superficie de granito, pero el peso del torso y de las piernas hizo que se deslizaran sobre la roca pulida. Los demás cráneos se abalanzaron hacia él y lo agarraron de las manos y de las mangas.

El upplander echó a correr mientras ellos estaban ocupados tirando de su compañero para ponerlo a salvo.

Salió de la cámara con los pies desnudos chasqueando a cada paso contra el suelo de piedra fría. Pasó bajo un ancho arco de bóveda y llegó a una estancia lo bastante amplia como para que en su interior cupiera un aerodeslizador de carga. El brillo verde lo iluminaba todo con una luz confusa. Su sombra se alejó corriendo de él en varias direcciones.

Aquella enorme estancia y el túnel de roca que se encontraba al otro lado del mismo tenían un acabado más cuidadoso que la enorme cámara que había dejado atrás. Las paredes de roca estaban cubiertas de paneles o habían sido pulidas hasta mostrar un brillo apagado, parecido al hielo oscuro en mitad de un crudo invierno. El suelo era de piedra. El techo y la unión del suelo con las paredes, junto a las bóvedas, los refuerzos y los paneles de madera, estaban decorados con vigas y detalles de un color blanquecino reluciente, como si estuvieran fabricados con madera clara barnizada. La mayoría de los elementos de decoración de madera blanca eran enormes, tan gruesos como troncos de árbol, y con bordes duros y definidos. Algunos habían sido curvados de un modo experimentado para formar arcadas o biselado para dar forma a las vigas.

Aquel lugar sombrío provocó que lo asaltaran una serie de recuerdos vívidos de forma inesperada. La sala y el pasillo le recordaron los cofres llenos de iconos que una vez recuperó en unos búnkers atómicos en el punto central nanótico en las afueras de Zincirli, en la Federación Islahiye. Le recordaron los relicarios gaduarenos con sus grabados de piedras relámpago, o la caja donde el rector Uwe guardaba su preciado y antiguo juego de regicida. Le recordaron las elegantes cajas con forro de seda de los Daumarl Medal. Le recordaron las cajas de oración de Osetia, fabricadas con placas de pizarra gris engastadas en estructuras de marfil finamente tallado. Sí, eso era. Unas hojas de pan de oro batidas sobre piezas de madera con engastes de huesos pulidos, algo muy antiguo, muy valioso. Los postes y las columnas blancas

que remataban la decoración de ese entorno parecían de hueso. Mostraban un aspecto inconfundible, ligeramente dorado, una cierta calidez. Le dio la impresión de que se encontraba en el interior de una caja de pizarra osetiana decorada con marfil, como si él mismo fuera el tesoro antiguo, el clavo oxidado, el mechón de cabello sagrado, el pergamino desgastado, el recuerdo más preciado guardado allí.

Siguió corriendo mientras se esforzaba por oír si alguien lo estaba siguiendo. El único sonido que captó fueron los chasquidos de las plantas desnudas de sus pies y el suspiro lejano del viento que recorría los pasillos vacíos. Aquella corriente de aire le hizo sentirse como si estuviera en un castillo elevado donde alguien hubiera dejado abierta una contraventana en algún lugar, lo que permitía al viento pasar silbando por las cámaras desocupadas.

Se detuvo un momento. Se volvió hacia la izquierda y notó el soplo del aire en la cara, una leve presión positiva que procedía de esa dirección.

En ese momento oyó algo más. El rumor de un golpeteo. De unos chasquidos. No logró determinar de dónde procedía. Sonaba como un reloj, aunque de un modo más veloz, semejante al latir apresurado de un corazón.

Poco a poco se dio cuenta de qué era lo que estaba oyendo.

Algo caminaba sobre el suelo de piedra del túnel. Era un animal cuadrúpedo, de patas almohadilladas, que se movía con una intención clara, pero sin correr. Las patas tenían garras, pero no eran las garras retráctiles de un felino. Eran las garras de un perro, prominentes y a la vista, cuyas puntas desgastadas repiqueteaban una y otra vez contra el suelo de piedra a cada paso que daba.

Lo estaban siguiendo. Lo estaban cazando.

Comenzó a correr de nuevo. El túnel se ensanchó al otro lado de un arco con albanegas de madera blanca y dejó a la vista un gran tramo de escalera. Los peldaños, cuadrangulares y lisos, también se habían cortado sobre la propia roca y comenzaron a girar en ángulo después de los primeros diez que formaban el comienzo de la escalera. La altura y la profundidad de los mismos eran dos o tres veces las dimensiones normales: era una escalera para gigantes.

Oyó que el chasquido de las garras se le acercaba, y comenzó a correr peldaños arriba. La lustrosa penumbra verde provocaba sombras muy extrañas. Su propia sombra se alargaba de un modo alarmante a su lado, y se recontaba en la pared del mismo modo que las siluetas semianimales de la cueva de los sueños. De hecho, su cabeza parecía muy animal sobre la pared curvada, tanto que tuvo que detenerse un momento y tocarse la cara para comprobar que no se había despertado con un morro o un hocico en vez de nariz.

Los dedos recorrieron la carne blanda de su rostro, humano y corriente, que tenía bigote y una barba corta en el mentón.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que sólo era capaz de ver con un ojo.

El último recuerdo real que tenía era el de Oso arrancándole el ojo derecho con los dedos. El dolor no había sido muy intenso, pero sí lo suficiente como para hacer que quedara inconsciente.

Sin embargo, era precisamente con el ojo derecho con el que veía. Era el ojo derecho el que le permitía distinguir la penumbra helada y verdosa que lo rodeaba. Su ojo izquierdo no mostraba más que negrura.

El chasquido de las garras se le acercó por la espalda resonando con más fuerza, ya casi en el comienzo de la escalera. El upplander volvió a huir. Miró hacia atrás mientras corría, y vio que las sombras de los peldaños en espiral se movían y cambiaban a su espalda. Los bordes rectilíneos se desplegaron hasta formar un diagrama de geometría radiante, de un modo muy parecido a los delicados compartimentos de una concha marina, o a las divisiones de un intrincado astrolabio de bronce o de un reloj.

Clac, clac, clac… Cada segundo, cada paso, cada peldaño, cada giro, cada división.

Una nueva sombra se alzó detrás de él y se extendió por la pared exterior de la gigantesca escalera, reflejada por algo que se encontraba en la propia escalera, pero fuera de la vista, al otro lado de la curva.

Era una forma canina. Llevaba la cabeza agachada, con las orejas echadas hacia adelante en actitud de alerta. La espalda, cubierta de un pelo espeso, estaba arqueada y tensa. Las patas delanteras se alzaban y subían cada peldaño con una precisión y una agilidad hipnotizadora. El ritmo de los chasquidos se había ralentizado.

—¡No te tengo miedo! —le gritó—. ¡No hay lobos en Fenris!

Lo que le llegó por toda contestación fue un gruñido gorgoteante que activó a un nivel infrasónico la respuesta que esperaba: el terror. El upplander se dio media vuelta y echó a correr, pero pisó mal uno de los peldaños, tropezó y cayó con fuerza. Algo lo agarró por detrás, algo poderoso. Se le escapó un grito cuando imaginó unas fauces poderosas cerrándose sobre su espalda.

Un fuerte tirón le hizo dar la vuelta para que quedara de espaldas al suelo. Por encima de él se alzaba un gigante, pero era humano, no un lobo.

Lo único que vio fue su rostro. Estaba cubierto por una máscara de cuero marrón barnizado, y mostraba rasgos tanto humanos como lobunos. Era de una confección tan intrincada como los monos de cuero de los cráneos. Las piezas de cuero, cosidas cuidadosamente, rodeaban las cuencas oculares y formaban unas gruesas pestañas. Le cubrían la mejilla, como tendones dejados a la vista, y le llegaban hasta la barbilla. También le cubrían la garganta, y el conjunto tenía una forma que imitaba un bigote y una larga barba de perilla recogida con una cinta. Los ojos que se veían a través de la rendija de la máscara eran de color dorado con unas pupilas pequeñas y negras.

La boca mostraba unos colmillos relucientes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —rugió el gigante. Luego se agachó y lo olisqueó —. No deberías estar aquí. ¿Por qué estás aquí?

—¡No lo entiendo! —gimió el upplander.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber el gigante.

Al upplander le quedaron los reflejos justos para responder.

—¡Ahmad Ibn Rustah! —contestó.

El gigante lo agarró por el brazo y prácticamente lo arrastró el resto del tramo de escalera que quedaba hasta llegar al final de la misma. El upplander se esforzó por mantener el ritmo, pero los pies le resbalaban y pataleaban en el aire, igual que si fuera un niño arrastrado por un adulto. El gigante llevaba alrededor de un hombro una espesa piel de pelo negro, y su enorme cuerpo musculoso estaba cubierto por un mono de cuero ceñido. La fisonomía, el tamaño de aquel individuo gigantesco, hacían que fuera imposible no reconocerlo.

—Eres un astartes… —se atrevió, a decir el upplander al cabo de unos momentos, mientras medio corría medio se arrastraba detrás de él.

—¿Qué?

—Un astartes. He dicho que eres un…

—¡Por supuesto que soy un astartes! —rugió el gigante.

—¿Tienes nombre?

—¡Pues claro que tengo nombre!

—¿Y… y cuál es?

—¡Me llamo «Cállate o te rajo la puñetera garganta»! ¡Así es como me llamo! ¿Entendido?

En ese momento llegaron a un rellano y de allí se dirigieron hacia la puerta que daba a una cámara inmensa de techo bajo. El upplander sintió una oleada de calor, más bien la calidez de un fuego. De repente, y curiosamente, su ojo izquierdo comenzó a recuperar la capacidad de visión. Captó un brillo apagado pero ardiente delante de ellos. Suficiente para captar las siluetas de los objetos, de unos objetos que su ojo derecho veía en un contraste verdoso de líneas y ángulos duros y fríos.

El gigante lo arrastró para que pasara por el arco de piedra de la entrada.

La estancia tenía forma circular y al menos treinta metros de diámetro. El suelo era un gran disco de hueso pulido o de madera blanquecina, formado por secciones cuyas juntas apenas se distinguían. Había tres estrados en la cámara. Cada uno de ellos era una ancha plataforma circular de piedra gris de unos cinco metros de diámetro y con una altura de un metro desde el suelo de hueso. Simplemente habían cortado la piedra y la habían pulido. En el centro de cada uno había un hueco, un hogar para un fuego, y en los tres ardía una hoguera crepitante que lanzaba un chorro de calor al aire. Sobre cada uno de los fuegos habían colocado unas capuchas cónicas

de hierro que colgaban del techo bajo, y por allí escapaba el humo de la hoguera.

Para el ojo derecho del upplander, el lugar era una estancia bien iluminada con un resplandor verde y espectral. Las llamas tenían un color blanco debido a la intensidad de su brillo. Para el ojo izquierdo, era una cueva sombría iluminada tan sólo por el resplandor dorado y difuso de las hogueras. El suelo de hueso y la piedra pálida reflejaban el brillo de las llamas. En el otro extremo de la estancia respecto a la puerta, donde la pared baja se unía al borde curvado del techo abovedado, se veían varias ventanas estrechas y horizontales, parecidas a las troneras de un emplazamiento artillero. La profundidad de aquellas ventanas indicaba el tremendo grosor de las paredes.

Había cuatro individuos en la estancia, sentados en la superficie lisa del estrado más alejado. Todos eran gigantes cubiertos de pieles y cuero, igual que el astartes que lo tenía agarrado.

Mostraban una actitud relajada mientras bebían de cuencos de plata y jugaban con piezas de hueso sobre unos tableros de madera colocados en el estrado. Por lo que parecía, uno de ellos, que tenía las piernas cruzadas y era el más cercano al fuego, estaba jugando al mismo tiempo contra los otros tres en otros tantos tableros.

Todos apartaron la mirada del juego cuando entraron. Eran otros cuatro demonios con los rostros cubiertos por ajustadas máscaras de cuero, cuatro pares más de ojos amarillos que reflejaban la luz de las llamas como si fueran espejos. El destello de esos reflejos era más intenso en la visión verdosa del ojo derecho del upplander.

—¿Y ahora qué has encontrado, Trunc? —le preguntó uno de ellos.

—He encontrado a Ahmad Ibn Rustah en la escalera del capítulo, eso es lo que he encontrado —replicó el gigante que todavía lo tenía agarrado.

Dos de los individuos que estaban al lado del fuego soltaron un bufido, y uno de ellos se llevó el dedo índice a la sien y se dio unos cuantos golpecitos allí para indicar una cierta simpleza de pensamiento.

—¿Y qué es un Ahmad Ibn Rustah? —le preguntó el mismo que había hablado por primera vez.

La piel que éste llevaba puesta era de un color marrón rojizo, y su largo cabello trenzado estaba casi tieso por las ceras o la resina con que se la había cubierto. Sobresalía de la parte posterior de la máscara que le cubría casi toda la cabeza formando una gran S, como una enorme serpiente dispuesta a atacar.

—¿Es que no te acuerdas? —le contestó el gigante—. ¿Es que no te acuerdas, Var?

El gigante soltó el brazo del upplander y lo empujó al suelo de hueso hasta que quedó de rodillas. La superficie del suelo era tibia, con un tacto semejante al marfil pulido.

—Recuerdo que ayer no decías más que tonterías, Trunc —le contestó Var, el del

cabello como una serpiente—. Y el día anterior, y el otro, y el otro. Para mí, todos se confunden en un mismo día.

—¿Ah, sí? Pues ya me puedes besar el culo peludo.

Tres de los individuos de la estancia se echaron a reír a carcajadas, pero el cuarto, el que estaba sentado con las piernas cruzadas, no se unió a las risas.

—Yo sí lo recuerdo.

Su voz sonó como el buen acero al pasar por la piedra de afilar. Los demás se callaron de inmediato.

—¿De verdad? —le preguntó Trunc.

El individuo sentado con las piernas cruzadas hizo un gesto de asentimiento. Su máscara era la más adornada de todas. Las zonas de las mejillas y de la frente estaban adornadas figuras entrelazadas y de formas en espiral. Sus anchos hombros estaban cubiertos por dos pieles, una negra como el carbón, y la otra blanca.

—Sí, y Varangr, tú también te acordarías si pensases en ello aunque fuera un maldito momento.

—¿Ah, sí? —se extrañó Var, el de la cresta de serpiente, con la voz cargada de duda.

—Sí, te acordarías. Se trata de Gedrath. Se trata del viejo jarl de la Tra. ¿Te acuerdas ahora?

Var asintió. La cresta de cabello rígido subió y bajó como la manija de la bomba de un surtidor.

—Ah, sí, Skarsi, me acuerdo. ¡Me acuerdo!

—Bien —le contestó el individuo de las pieles negra y blanca. Luego le propinó en un lado de la cabeza un golpe con la palma de la mano de un modo casi despreocupado, pero con la misma fuerza con la de un martillo al clavar el poste de una cerca.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —murmuró Var.

El individuo de las dos pieles descruzó las piernas, se acercó al borde de aquella especie de estrado y se puso en pie.

—¿Qué hacemos con él, Skarsi? —le preguntó Trunc.

—Bueno, supongo que podríamos comérnoslo.

El individuo bajó la mirada al upplander, que seguía de rodillas.

—Era una broma —le dijo.

—No me parece que se esté riendo, Skarsi —le comentó uno de los otros.

El hombre de las pieles señaló a Trunc con el índice.

—Tú, baja y averigua por qué está despierto.

—Sí, Skarsi —le respondió Trunc con un gesto de asentimiento. Skarsi apuntó a continuación el dedo hacia Varangr.

—Var, vete a buscar al gothi. Tráelo aquí. Él sabrá qué debemos hacer.

Var asintió moviendo de nuevo la cresta de serpiente.

Skarsi señaló a los dos individuos que quedaban.

—Vosotros dos id a… Id a cualquier parte. Ya acabaremos más tarde el círculo de partidas.

Los dos se bajaron y siguieron a Var y a Trunc hacia la puerta de la estancia.

—Eso lo haces porque estabas perdiendo, Skarsi —le dijo uno de ellos riéndose mientras pasaba a su lado.

—Vas a tener un aspecto magnífico con un tablero de hneftafl metido en el culo —le replicó Skarsi, y los demás se echaron a reír de nuevo.

Una vez los cuatro cruzaron el umbral y se perdieron de vista, Skarsi se volvió hacia el upplander y se puso en cuclillas junto a él, con las manos entrelazadas y los codos apoyados en las rodillas. Inclinó hacia un lado su enorme cabeza cubierta por la máscara y observó con atención al humano que tenía de rodillas delante de él.

—Así que eres Ibn Rustah —le dijo.

El upplander no le contestó.

—¿Eres capaz de hablar, o el problema son las palabras que utilizo? —le preguntó Skarsi. Luego se dio unos golpecitos en los labios de la máscara de cuero—. ¿Las palabras? ¿Sí? ¿Necesitas un traductor? ¿Un traductor?

El upplander se llevó la mano al pecho, y fue entonces cuando recordó que ya no llevaba puesto el mono de protección ambiental.

—He perdido mi unidad traductora —le contestó—. No sé dónde ha acabado, pero te entiendo. No estoy seguro de cómo es posible. ¿Qué hablas?

Skarsi se encogió de hombros.

—¿Palabras?

—¿Qué idioma?

—Pues… Lo llamamos juvjk. «El canto del hogar». ¿Prefieres que te hable gótico bajo? ¿Así es mejor?

—¿Acabas de cambiar de idioma? —le preguntó el upplander.

—¿Entre el juvjk y el gótico bajo? Sí.

El upplander movió la cabeza en un gesto negativo, algo asombrado.

—Me pareció notar un leve cambio de acento —le aclaró—. Pero las palabras me sonaron iguales. Todo era igual.

—Sabes que me estás hablando en juvjk, ¿verdad? —le indicó Skarsi.

El upplander titubeó un momento, y luego tragó saliva.

—Ayer mismo no tenía ni idea de juvjk —le confesó.

—Pues sí que te ha sentado bien el descanso de anoche —le contestó Skarsi mientras se ponía en pie—. Levántate y siéntate conmigo —le dijo señalando la plataforma donde él y los otros tres astartes habían estado jugando minutos antes.

El upplander se puso en pie y lo siguió.

—Sois Lobos Espaciales, ¿verdad?

Aquello le pareció divertido a Skarsi.

—Esas palabras seguro que no son juvjk. ¿Lobos espaciales? Je. Nosotros no utilizamos ese término.

—¿Qué utilizáis entonces?

—Somos los Vlka Fenryka, si nos ponemos formales, o si no, simplemente los rout.

Le indicó al upplander que se sentara en la amplia plataforma de piedra mientras apartaba uno de los grandes tableros de madera del sitio. Las ramas de la hoguera ardían y chasqueaban, y el upplander notó en el costado izquierdo la ardiente sensación del calor que emitía.

—¿Eres Skarsi? ¿Así te llamas?

Skarsi asintió antes de tomar un sorbo del líquido oscuro que contenía su cuenco de plata.

—Así es. Amlodhi Skarssen Skarssensson, jarl de la Fyf.

—¿Eres algo así como un caudillo?

—Sí, algo parecido. —Le dio la impresión de que Skarsi sonreía debajo de la máscara de cuero.

—Entonces, ¿qué quiere decir exactamente jarl de la Fyf? ¿Qué lenguaje es ese?

Skarsi tomó en la mano uno de los discos de hueso de los tableros y comenzó a juguetear con el objeto entre los dedos con gesto ausente.

—Es wurgen.

—¿Wurgen?

—Haces muchas preguntas.

—Es cierto —admitió el upplander—. Eso es lo que hago. Para eso vine aquí.

Skarsi asintió y dejó caer la ficha en uno de los tableros.

—Para eso viniste aquí, ¿no? ¿Para hacer preguntas? Se me ocurren muchas razones mejores que ésa para ir a un sitio. —Miró al upplander—. ¿Y adónde te refieres con eso de «aquí», Ahmad Ibn Rustah?

—A Fenris. A la fortaleza de la VI Legión Astartes, los llamados, y pido disculpas, Lobos Espaciales. A la fortaleza se la conoce como el Colmillo. ¿Me equivoco?

—No, excepto que sólo un idiota la llamaría el Colmillo.

—¿Y cómo la llamaría alguien que no fuera un idiota? —quiso saber el upplander.

—El aett —le contestó Skarsi.

—¿El aett? ¿Simplemente el aett?

—Sí.

—¿La llamaría literalmente la «morada del clan», el «hogar del fuego»? O… ¿la

«guarida»?

—Sí, sí, sí.

—¿Te estoy molestando con mis preguntas, Amlodhi Skarssen Skarssensson?

Skarsi soltó un gruñido.

—Sí, así es.

El upplander hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno es saberlo.

—¿Por qué? —quiso saber a su vez Skarsi.

—Porque si voy a quedarme aquí, y voy a seguir haciendo preguntas, será mejor que sepa cuántas voy a poder hacer antes en cada ocasión. No querría molestar tanto a los Vlka Fenryka como para que decidieran comerme.

Skarsi se encogió de hombros antes de cruzar de nuevo las piernas.

—Nadie te va a comer por eso.

—Lo sé. Sólo bromeaba —comentó el upplander.

—Yo no —le replicó Skarsi—. Te encuentras bajo la protección de Ogvai, así que sólo él puede decidir quién te come.

El upplander se quedó callado durante unos instantes. Le dio la impresión de que el calor del fuego que sentía en un lado de la cara y el cuello se volvía de repente desagradablemente intenso. Tragó saliva.

—Entonces, los Vlka Fenryka… ¿son capaces de cometer actos de canibalismo?

—Somos capaces de cualquier cosa. Así somos nosotros —le aclaró Skarsi.

El upplander se bajó de la plataforma y se puso en pie. No estaba seguro de si lo que quería era alejarse del desagradable calor o del caudillo astartes. Sólo quería apartarse, ponerse en movimiento.

—¿Y quién… quién es ése tal Ogvai que tiene tal poder sobre mi vida?

—Ogvai Helmschrot, jarl de la Tra.

—Antes dijiste que alguien llamado Gedrath era el jarl de la Tra.

—Y lo era —le confirmó Skarsi—. Gedrath está durmiendo ahora en la nieve roja, así que Og es el jarl, pero Og tiene que respetar las decisiones de Gedrath, como la de traerte aquí bajo su protección.

El upplander caminó por la estancia con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Entonces… jarl quiere decir caudillo, señor. ¿Y tra y fyf? ¿Son números?

—Así es —le confirmó Skarsi asintiendo—. Tres y cinco. Onn, twa, tra, for, fyf, sesc, sepp, for-twa, tra-tra, dekk.

—Así que tú eres el señor de cinco y Ogvai es el señor de tres, ¿no es así? Quinta y tercera… ¿qué? ¿Partidas de guerra? ¿Divisiones? ¿Regimientos?

—Compañías. Nosotros las llamamos compañías.

—Y eso es en… ¿wurgen?

—Sí, wurgen. El juvjk es el canto del hogar, y el wurgen el canto de la guerra.

—¿Un lenguaje especializado de combate? ¿Una lengua de batalla?

Skarsi movió la mano con un gesto distraído.

—Llámalo como quieras.

—¿Tenéis un lenguaje para cuando estáis luchando y otro para cuando no lo estáis haciendo?

—¡Fenrys hjolda! ¡Las preguntas no se acaban nunca contigo!

—Siempre hay algo nuevo que saber. Siempre hay algo más que saber.

—No es cierto. A veces, algo es demasiado.

Ese comentario lo hizo una voz nueva. Otro astartes había entrado en la cámara a espaldas del upplander, tan silencioso como la primera nevada. Varangr permanecía detrás de él, en el umbral de la puerta.

El recién llegado tenía una estatura parecida a la de sus camaradas, y llevaba el mismo mono de cuero ceñido cubierto de elementos decorativos que los otros astartes que el upplander había visto, pero éste no tenía la cara tapada por una máscara.

Llevaba el cráneo rapado, y el único pelo que mostraba era la barba trenzada y endurecida por la resina que le sobresalía curvada de la barbilla como si fuera un cuerno. Llevaba la parte posterior del cráneo tapado por un casquete de cuero blando, y mostraba los restos borrosos de una serie de líneas y puntos tatuados en la piel curtida por la intemperie. Al igual que ocurría con todos miembros de los Vlka Fenryka, sus ojos eran dorados con una pupila negra, y su rostro enjuto y de facciones marcadas era notablemente más alargado a la altura de la nariz y de la boca, formando casi un atisbo de hocico. Cuando abrió la boca para hablar de nuevo, el upplander vio el motivo de aquella mandíbula alargada. La dentadura del recién llegado recordaba la de un lobo adulto. En concreto, sus colmillos caninos eran los más largos que el upplander jamás hubiera visto.

—A veces, algo es demasiado —repitió el recién llegado.

—¡Exacto! —exclamó Skarsi al mismo tiempo que se ponía en pie—. ¡Demasiado! ¡Eso es exactamente lo que le estoy diciendo! ¡Explícaselo, gothi! ¡O mejor todavía, intenta contestar sus preguntas interminables!

—Si puedo —dijo el recién llegado. Miró al upplander—. ¿Cuál es tu siguiente pregunta?

Este intentó devolverle la mirada sin encogerse.

—¿Qué significa ese comentario? ¿Demasiado?

—Incluso el conocimiento tiene sus límites. Existe un punto en el que se convierte en algo inseguro.

—¿Se puede saber demasiado? —le preguntó el upplander.

—Eso es lo que he dicho.

—No estoy de acuerdo.

El recién llegado sonrió levemente.

—Por supuesto que no lo estás. No me sorprende en absoluto.

—¿Tienes nombre? —le preguntó el upplander.

—Todos tenemos nombres. Algunos tenemos más de uno. El mío es Ohthere Wyrdmake. Soy el sacerdote rúnico de Amlodhi Skarssen Skarssensson. ¿Cuál es tu siguiente pregunta?

—¿Qué es un sacerdote rúnico?

—¿Qué supones que es?

—Un chamán, un practicante de rituales.

—Un adivinador que lanza huesos de animales, un hechicero pagano. Apenas eres capaz de ocultar el aire de superioridad en la voz.

—No, no quería ofender —se apresuró a responder el upplander, quien vio cómo el sacerdote fruncía los labios en un gruñido desagradable.

—¿Cuál es tu siguiente pregunta?

El upplander titubeó de nuevo.

—¿Cómo murió Gedrath, el jarl de la Tra?

—Murió como morimos todos, con sangre roja bajo él —le respondió Skarsi.

—Debe de haber sido algo repentino, algo ocurrido en estos últimos días.

Skarsi miró al sacerdote rúnico.

—Ocurrió ya hace algún tiempo —le contestó el sacerdote.

—Pero Gedrath me concedió su protección, y esa obligación ha pasado a Ogvai, quien debe de haberlo sustituido a lo largo de esta última semana… ¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—Basas tus suposiciones en una premisa falsa —le explicó Ohthere Wyrdmake.

—¿De verdad?

—Sí. En realidad, llevas aquí diecinueve años —le aclaró el sacerdote rúnico.



CUATRO
ESCALDO

A Hawser le concedieron la Prix Daumarl. Cuando le comunicaron la decisión, se sintió adulado y perplejo.

—No he hecho nada para merecerla —dijo a sus colegas.

Se había confeccionado una lista con los posibles candidatos, pero al final había quedado reducida a Hawser y a un neuroinvestigador que había conseguido erradicar las tres cepas de una plaga nanomnemónica que devastaba la región del iberolatinado de Sudmérica.

—Él sí que ha hecho algo. Algo muy importante, y yo no he hecho nada parecido —protestó cuando se enteró de la noticia.

—¿Es que no quieres el premio? He oído decir que la medalla es muy bonita —le comentó Vasiliy.

Era muy bonita, de oro, del tamaño aproximado de un reloj de bolsillo, y venía montada en un bastidor vitriano, colocado en el interior de una elegante caja forrada de seda púrpura. La citación del premio mostrabas los emblemas hololíticos de la Legislatura Atlántica y del Hegemón, además de los sellos genéticos de tres miembros del Consejo de Unificación. Decía así: «Para Kasper Ansbach Hawser, por su notable e inquebrantable contribución a la definición y consecución de la Unificación de Terra…».

Poco después de la presentación, Hawser se enteró de que todo aquello se debía a una serie de maniobras políticas, algo que él normalmente detestaba, pero esta vez no protestó porque era en beneficio del Conservatorio.

Le entregaron el premio durante una cena celebrada en Karcom, en las plataformas atlánticas, la noche del solsticio de verano del ario que Hawser cumplía setenta y cinco. La cena se organizó de manera que coincidiera con el Cónclave

Midlántiko, y de ese modo también servía para conmemorar el trigésimo aniversario del Conservatorio.

A Hawser le pareció bastante horroroso. Pasó toda la velada con una pequeña y elegante caja de color púrpura pegada al pecho y una sonrisa forzada en el rostro mientras esperaba que acabaran los discursos interminables. De todos los dignatarios y personas de influencia que asistieron a aquella cena temprana de esa noche de solsticio, nadie recibió más atenciones que Giro Emantine. En aquel entonces, Emantine era secretario prefecto de uno de los miembros más importantes del Consejo de Unificación, y todos coincidían en que le concederían un puesto en cuanto se produjera la siguiente vacante. Era un hombre mayor, y se rumoreaba que ya había pasado por su tercer tratamiento rejuvenecedor. Lo acompañaba una mujer extremadamente joven, extremadamente hermosa y extremadamente callada. Hawser no tuvo claro si era la hija de Emantine, una vulgar esposa trofeo, o una enfermera.

El rango de Emantine lo colocaba directamente a la derecha del canciller atlántico, y aunque Hawser era en teoría el invitado de honor, se encontraba tres asientos a su izquierda, entre un cibernetista industrial y el secretario de una de las casas bancarias orbitales. Cuando le llegó el turno de hablar a Emantine, a Hawser le pareció que el secretario prefecto no lo recordaba, en realidad, ya que habló de la «larga amistad» que los unía, además de la «cercana relación de trabajo» de la que habían disfrutado a lo largo de «los muchos años que habían pasado desde que Kas me habló por primera vez de la idea de fundar el Conservatorio».

—Me he reunido con él tres veces a lo largo de estos treinta años —le susurró Hawser a Vasiliy.

—Cállate y sigue sonriendo —le contestó Vasiliy con un siseo.

—Es que no ha pasado nada de lo que está contando.

—Cállate.

—¿Crees que se encuentra bajo los efectos de alguna clase de medicación muy fuerte?

—¡Kas! ¡Qué te calles! —lo increpó Vasiliy acercándose a su oreja—. Así es como se hacen las cosas. Además, lo que dice da prestigio al Conservatorio. Ah, y su asistente me ha dicho que luego quiere hablar contigo.

Vasiliy acompañó a Hawser a la residencia del canciller, que se encontraba en la Torre Mariana.

—Es una ciudad muy hermosa —comentó Hawser mientras paseaban por la terraza.

Se había tomado un par de copas de amasec como preparación para el discurso de aceptación que tenía que dar, y luego se había producido una ronda de brindis, por lo que se encontraba de un ánimo ciertamente festivo.

Vasiliy esperó con paciencia el momento en que Hawser dejara de contemplar el

panorama. Desde la terraza se veía el paisaje de la llanura de Karcom, y lo que se extendía más allá. Todo aquello centelleaba bajo la luz de los últimos rayos del sol. Era la superficie metropolitana de nueve kilómetros de espesor que cubría el lecho del antiguo océano como si fuera una capa de hielo. Las bandadas de aeronaves, que relucían plateadas bajo la luz igual que si fueran bancos de peces, recorrían el aire sobre el paisaje con trayectorias gráciles.

—Ya es bastante sorprendente que la humanidad haya sido capaz de construir algo así, pero mucho más que lo haya hecho tres veces —comentó Hawser.

—Lo mejor habría sido que la humanidad no la hubiera bombardeado con nucleares varias veces, ¿no te parece? —le replicó Vasiliy.

Hawser miró a su interlocutora. Vasiliy era tremendamente joven. Tenía poco más de veinticinco años.

—Isak Vasiliy, no tienes alma —declaró Hawser.

—Ah, pero es que ésa es la razón por la que me has contratado —le contestó Vasiliy—. No dejo que los sentimientos se interpongan en la eficiencia de mi trabajo.

—Eso es cierto.

—Además, para mí, el hecho de que las plataformas atlánticas hayan sido arrasadas y reconstruidas dos veces es todo un símbolo para el Conservatorio. Nada es tan grande que no se pueda recuperar y restaurar. Nada es imposible.

Entraron en la residencia del canciller. Unos servidores robóticos decorados hasta un punto ridículo, importados de Marte, estaban atendiendo a un grupo selecto de invitados. El canciller había encargado aquellas máquinas directamente a la forja de Mondus Gamma de Lukas Chrom, lo que era una demostración ostentosa de su nivel social.

Las ventanas de la residencia se habían oscurecido para atenuar el brillo del sol poniente. Un par de servidores con forma de colibrí le llevaron un vaso de amasec a Hawser.

—Bébelo con lentitud —le aconsejó Vasiliy en voz baja—. Tendrás que estar coherente cuando hables con Emantine.

—Dudo mucho que me lo beba —le contestó Hawser.

Había tomado un sorbo. El amasec que servía el canciller atlántico era de una cosecha tan extravagante y costosa que ya ni siquiera sabía a amasec.

Emantine se le acercó transcurridos unos minutos, seguido de cerca por su silenciosa acompañante. Había dejado atrás a las personas con las que conversaba igual que una serpiente se desprendía de su muda de piel. Sus interlocutores sabían cuándo había terminado su audiencia con el secretario prefecto.

—Kasper —le dijo Emantine a modo de saludo.

—Señor.

—Enhorabuena por el premio. Ha sido bien merecido.

—Gracias. En realidad… Gracias, señor. Os presento a mi intermediaria, Isak Vasiliy.

Emantine no se fijaba en nadie de rango tan bajo como Vasiliy. De hecho, a Hawser le dio la impresión de que hablaba con él sólo porque tenía que hacerlo. El secretario prefecto se lo llevó aparte.

—Treinta años —comentó Emantine—. ¿De verdad han pasado treinta años desde que todo esto comenzó?

Hawser supuso que el secretario prefecto se refería al Conservatorio.

—En realidad, son más bien cincuenta.

—¿De verdad?

—Contamos la existencia del Conservatorio desde su carta de fundación durante el Cónclave de Lutecia, cuyo trigésimo aniversario se cumplió este verano, pero se tardaron casi veinte años en llegar a ese momento. Deben de haber pasado cincuenta años desde la primera vez que me puse en contacto con su oficina para discutir los primeros pasos para poner en marcha el asunto. Creo que eso ocurrió en Karelia. En la colmena Karelia. En aquel entonces, usted se encontraba con la legación, y me reuní en numerosas ocasiones con varios de sus subordinados. De hecho, estuve hablando con ellos durante unos cuantos años antes de reunirme con usted por primera vez…

—Entonces, ¿son cincuenta años? Vaya, vaya. ¿Dices que en Karelia? Era otra vida.

—Sí, lo parece, ¿verdad? Así fue. Tuve que insistir mucho con varios ayudantes para despertar su interés. Estoy seguro de que me convertí en un engorro para algunos. Doling fue uno de ellos. También recuerdo a Baratz, y a Bakunin.

—No los recuerdo —le contestó el secretario prefecto.

La sonrisa que Emantine mostraba en el rostro parecía habérsele congelado. Hawser tomó un sorbo de amasec y se sintió levemente revigorizado, y un poco acalorado. Se fijó en la mano del secretario prefecto, que sostenía una pequeña copa que contenía un licor digestivo de color verde. La mano era perfecta. Mostraba un aspecto grácil y pulcro, de manicura, y de ella surgía un aroma agradable. La piel era blanca y suave, sin marca alguna, con la carne tersa y flexible. No se veía señal alguna del paso de los años y sus consecuencias: ni arrugas, ni manchas hepáticas, ni decoloración. Las uñas estaban limpias. No era la mano nudosa, falta de músculo, cubierta de venas, casi una garra, propia de un individuo de ciento noventa años, y el secretario prefecto Emantine tenía esa edad, por lo menos. Era la mano de un individuo joven. Hawser se preguntó si algún joven echaría de menos esa extremidad. La idea le provocó una leve risa.

Como era de esperar, el secretario prefecto tenía acceso a los mejores métodos de rejuvenecimiento que podía ofrecer la ciencia de Terra. Los tratamientos eran tan

buenos que ni siquiera parecían tratamientos rejuvenecedores. Al menos no como el que se había hecho el propio Hawser a los sesenta años. Se había rellenado la carne con sustancias colágenas, había hecho desaparecer las arrugas y los surcos con reconstituyentes dérmicos, había teñido la piel a un nivel subcutáneo con un tono «saludable» además de limpiarse los ojos y los órganos internos. Por último, se había retocado quirúrgicamente la barbilla y los pómulos hasta que se convirtió en un hololito retocado de sí mismo. Emantine probablemente habría recibido terapia genética además de implantes esqueléticos y musculares, injertos, mallas subcutáneas, trasplantes, ensamblado de tejido raíz…

Quizá era de verdad la mano de un hombre joven. Quizá las mallas subcutáneas eran el motivo por el que la sonrisa del secretario prefecto parecía tan fija.

—¿No recuerda a Doling ni a Bakunin?

—Dices que eran miembros de mi equipo administrativo, ¿no? De eso hace ya mucho tiempo. Sin duda habrán ascendido en la jerarquía de puestos, los habrán destinado, o los habrán elevado a otros cargos, o los habrán transferido a otros puestos. No puedo seguirles la pista a todos. No se puede, y menos cuando tu personal lo componen ochenta mil personas. Estoy convencido de que cada uno de ellos ahora mismo debe de estar gobernando su propia ecumenópolis.

Se produjo un silencio incómodo.

—Sea como sea, me gustaría agradeceros que hubierais apoyado la idea del Conservatorio —le dijo Hawser al cabo de unos instantes—. No importa si hace treinta o cincuenta años de eso.

—Ya —respondió Emantine.

—Valoro mucho su ayuda. Todos nosotros lo hacemos.

—No puedo llevarme el mérito —le respondió Emantine.

«Por supuesto que no puedes», pensó Hawser.

—Pero la idea siempre mereció la pena —añadió el secretario perfecto, como si no le importase llevarse el mérito después de todo—. Siempre dije que tenía mérito. Era algo que se pasó por alto con demasiada facilidad en el impulso frenético de construir un mundo mejor. Algunos decían que no se trataba de una prioridad. Las necesidades, a menudo presupuestarias, de la Unificación y su consolidación excedían con mucho las de la conservación. ¿De cuántos agentes se compone hoy en día? ¿Treinta mil por todo el planeta?

—Esos sólo son los agentes directos. Disponemos de casi un cuarto de millón de operativos si contamos a los investigadores y arqueólogos asociados y a los agentes que tenemos repartidos fuera de Terra.

—Soberbio —comentó Emantine. Hawser no dejó de mirarle la mano—. Además de todo eso, la renovación de la carta de fundación jamás recibió oposición alguna. Todo el mundo entiende hoy en día la importancia del Conservatorio.

—No todo el mundo —apuntó Hawser.

—Todos los que importan, Kasper. ¿Sabes que el propio Sigilita está muy interesado en los trabajos que realiza el Conservatorio?

—Algo he oído al respecto —admitió Hawser.

—Muy interesado —repitió Emantine—. Cada vez que me reúno con él, me pide las últimas transcripciones e informes. ¿Lo conoces?

—¿Al Sigilita? No, jamás lo he visto en persona.

—Un individuo extraordinario. He oído incluso que algunas veces comenta con el Emperador los logros del Conservatorio.

—¿De verdad? ¿Lo conocéis?

—¿Al Emperador?

—Sí.

En el rostro del secretario prefecto apareció una leve expresión de sorpresa durante un momento, como si no estuviese seguro de que Hawser no se estuviera burlando de él.

—No… No, nunca me he reunido con él.

—Ah.

Emantine observó la caja de color púrpura que Hawser todavía llevaba bajo el brazo.

—Te mereces eso, Kasper. Y también el Conservatorio. Eso forma parte del reconocimiento del que estamos hablando. Es una declaración de apoyo, y hará que se lo piensen mejor aquellos pocos que siguen siendo estrechos de miras.

—¿Qué se piensen mejor qué? —le preguntó Hawser.

—Bueno, pues el apoyo. Cualquier apoyo es vital, y más en el ambiente actual que se respira.

—¿Qué ambiente actual?

—Deberías apreciar ese premio en lo que vale, Kasper. Lo que a mí me indica ese galardón es que el Conservatorio ha crecido hasta convertirse en una fuerza global para la Unificación…

«Y tampoco te vendrá mal que tu nombre quede unido para siempre a nosotros por el simple hecho accidental de que fueras tú el que se encontrara en el extremo superior de la cadena burocrática a la que recurrí en primer lugar —pensó Hawser—. Esto no le ha venido nada mal a tu carrera, Giro Emantine. Reconocer la importancia del proyecto del Conservatorio, darle tu apoyo y respaldarlo cuando otros se burlaban de la idea… ¡Qué persona más sabia, compasiva y desinteresada eres! No como todos esos políticos».

El secretario prefecto no había dejado de hablar mientras Hawser pensaba todo aquello.

—… Así que debemos estar preparados para los cambios del próximo decenio —

terminó de decir.

—¿Cómo? ¿Cambios?

—El Conservatorio se ha convertido en una víctima de su propio éxito —le contestó Emantine riéndose.

—¿Ah, sí?

—Nos guste o no, ha llegado el momento de considerar legitimarlo. No puedo hacer de niñera del Conservatorio toda la vida. Mi futuro me llama a un destino diferente. Una senescalía en la Luna, o incluso en Marte, quizá.

—Me han comentado que un puesto en el Consejo.

Emantine puso cara de modestia.

—Bueno, no lo sé.

—Es lo que he oído.

—La cuestión es que no podré protegeros siempre —le expresó Emantine.

—No sabía que el Conservatorio estuviera siendo protegido.

—Vuestro presupuesto de recursos y personal se ha vuelto bastante considerable.

—Y está sometido a una vigilancia escrupulosa.

—Por supuesto. Pero lo que preocupa a algunos es el mandato que tiene el Conservatorio. Se trata de algo que es, esencialmente, un órgano de gobierno vital, un recurso humano clave y creciente, que funciona y actúa aparte de la Administración Hegemónica.

—Así es como funcionamos —le contestó Hawser—. Así es como hemos evolucionado. Somos transparentes y abiertos a todos los demás órganos administrativos. Somos una agencia pública.

—Quizá ha llegado el momento de pensar en colocar el Conservatorio bajo el paraguas de la Administración —le dijo Emantine—. Es posible que sea mejor así. Algo centralizado, lo que ayudaría con la gestión burocrática, además de con el sistema de archivos y de acceso, por no mencionar la financiación.

—Entonces, ¿nos convertiremos en parte del Administratum?

—Tan sólo para facilitar la contabilidad y los archivos —le aseguró el secretario prefecto.

—Yo… La verdad, creo que me lo pensaría bastante. De hecho, me resistiría. Creo que todos lo haríamos.

El secretario prefecto dejó a un lado su copa de digestivo y alargó la mano para estrechar la de Hawser. Sus dedos jóvenes rodearon la mano de anciano de Hawser.

—Todos debemos avanzar con un propósito común y fluido hacia la Unificación. Eso es lo que dice el Sigilita —le declaró Emantine.

—La Unificación de Terra y el Imperio —replicó Hawser—. No la unión literal de todas las ramas intelectuales que…

—Doctor Hawser, es posible que se nieguen a renovar los permisos para trabajar

si te niegas. El Conservatorio ha pasado treinta años demostrándoles que la conservación sistemática del conocimiento es importante. En estos momentos, la sensación general es que la conservación del conocimiento es tan importante que ha llegado el momento de que la dirija la Administración Hegemonía, y esa idea la comparten muchos miembros del Consejo. Tiene que ser algo oficial, centralizado y autorizado.

—Ya veo.

—A lo largo de los próximos meses voy a transferirle muchas tareas de responsabilidad a mi subsecretario, Henrik Slussen. ¿Lo conoces?

—No.

—Me ocuparé de que coincidáis mañana, en la visita a la manufactoría. Reúnete con él. Es extremadamente capaz, y dirigirá el asunto de modo que te tranquilizará.

—Ya veo.

—Bien. Una vez más, enhorabuena. Un ganador merecido. Así que cincuenta años ¿eh? Vaya, vaya.

Hawser se dio cuenta de que la reunión se había acabado, lo mismo que el amasec de su copa.

—¿Cómo puede haber pasado tanto tiempo? —preguntó mientras el astartes lo hacía salir de la estancia y lo conducía por los pasillos oscuros y susurrantes del aett. El viento soplaba por todos ellos. El ojo izquierdo volvió a perder la capacidad de visión al alejarse de la luz de las hogueras.

—Has estado dormido —le contestó el sacerdote.

—Has dicho diecinueve años, pero te refieres a años fenrisianos, ¿verdad? ¿Te refieres a grandes años?

—Sí.

—¡Pero eso supone tres o cuatro veces más en años terranos!

—Has estado dormido —le repitió el sacerdote.

El upplander se sentía mareado. La sensación de descolocación personal era intensa y repugnante. Temía que le dieran ganas de vomitar, o desmayarse. Temía hacer algo que se pudiera considerar débil delante de los astartes. Temía a los astartes, y ese miedo se sumaba a la sensación de descolocación personal, lo que le hacía sufrir más náuseas todavía.

Eran tres los que lo acompañaban y caminaban detrás de él: el sacerdote rúnico, Varangr, y otro cuyo nombre no conocía. Skarsi no había mostrado interés alguno en acompañarlos. Se había concentrado de nuevo en los tableros de juego, como si el upplander no hubiese sido más que una diversión pasajera con la que ya hubiera acabado y tuviera cosas más importantes que hacer, como contar fichas de hueso tallado en un tablero de juego.

Los astartes lo dirigían mientras caminaban con un golpecito en uno de los hombros para indicarle que debía girar a izquierda o derecha. Atravesaron grandes criptas de roca y cámaras de basalto, vacíos amurallados de granito y estancias excavadas y lúgubres con las paredes cubiertas de paneles de hueso. Vio todos aquellos lugares a través del brillo verde de su ojo derecho, mientras que el izquierdo sólo captaba una oscuridad absoluta. Todos aquellos lugares estaban vacíos, a excepción del lamento gemebundo del viento que las recorría. Parecían tumbas, unas tumbas a la espera de que las ocuparan, unos grandes sepulcros excavados con la mente puesta en una inmensa cantidad de muertos, previendo albergar los cadáveres de un millón de guerreros, transportados sobre sus propios escudos y dejados allí para que descansaran eternamente. De un millón de millones. De legiones de muertos.

El viento no hacía más que ensayar su papel como plañidero principal.

—¿Adónde vamos? —quiso saber el upplander.

—A ver a los sacerdotes —le contestó Varangr.

—Pero tú eres sacerdote —le dijo el upplander a Ohthere, volviéndose un poco para mirarlo.

Varangr le dio un leve empujón para hacer que siguiera caminando.

—Son sacerdotes distintos. De otra clase —le explicó.

—¿De qué otra clase?

—Ya sabes, de los de otra clase —apuntó el astartes anónimo.

—No, no lo sé. No entiendo nada —insistió el upplander—. No entiendo nada y tengo frío.

—¿Frío? —repitió Varangr—. No debería sentir el frío, no donde ha estado.

—Eso es buena señal —comentó el otro.

—Dale una piel —le ordenó el sacerdote rúnico.

—¿Qué haga qué? —exclamó Varangr.

—Que le des una piel —le repitió el sacerdote.

—¿Qué le dé mi piel? —le preguntó Varangr al mismo tiempo que se miraba la capa de color marrón rojizo que llevaba puesta sobre los hombros. La curva en forma de S de su cabello tieso se alzó como un brazo preparado para arrojar una lanza cuando agachó la barbilla—. Pero es mi piel.

El otro astartes soltó un bufido y se quitó la piel que él llevaba encima. Era una piel de lobo gris, y la sostuvo delante del upplander.

—Aquí tienes. Toma —le dijo—. Un regalo de Bitur Bercaw a Ahmad Ibn Rustah.

—¿Esto es una especie de trato? —quiso saber el upplander, lleno de cautela.

No quería acabar accidentalmente en deuda con un lobo astartes aparte de todos los problemas que podía tener en esos momentos. Bercaw negó con la cabeza.

—No, no hay nada de sangre en este asunto. Quizá cuando cuentes mi historia,

recordarás esta amabilidad y la añadirás al relato.

—¿Cuándo cuente tu historia?

Bercaw asintió.

—Sí, porque lo harás. Cuando lo hagas, debes dejarme en buen lugar por compartir mi piel contigo. Y haz que Varangr parezca un cerdo egoísta.

El upplander se volvió hacia Varangr. Sus ojos brillaban en la penumbra como lámparas heladas. Parecía a punto de golpear a Bercaw, pero el astartes se dio cuenta en ese momento de que el sacerdote rúnico lo estaba mirando. Se encorvó un poco.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —musitó.

El upplander se envolvió los hombros con la piel que le había regalado Bercaw y alzó la vista hacia Ohthere Wyrdmake.

—Sigo sin entenderlo.

—Lo sé —le contestó el sacerdote.

—No, no —insistió el upplander, lleno de frustración—. Ahora es el momento de que me tranquilices. Ahora es cuando me dices que me lo explicarán todo.

—Pero es que no puedo, porque no será así. Habrá cosas que se te expliquen. Probablemente serán más que suficientes. Pero no se te explicará todo, porque explicarlo todo nunca es buena idea.

Llegaron al abismo.

El largo pasillo ventoso se acababa allí. Se encontraban en el borde de un inmenso vacío. Bajo ellos se abría una sima cuyo final se perdía en una negrura absoluta. El upplander distinguió en el otro extremo de la enorme abertura la pared desigual de color verde fantasmal del pozo. El pasillo sepulcral los había conducido hasta un gigantesco conducto de ventilación que se alzaba verticalmente en el corazón de la montaña. El otro extremo del pozo también se desvanecía en la negrura por encima de ellos. El viento soplaba con más fuerza procedente de su parte inferior.

—Y ahora, ¿hacia dónde? —quiso saber el upplander.

Varangr lo agarró con firmeza del brazo.

—Hacia abajo —dijo antes de dar un paso para cruzar el borde del abismo y de llevarse al upplander con él.

Se quedó demasiado sorprendido para sacar a gritos el terror que le explotó en el pecho y le estalló en la mente. Cayeron. Cayeron. Cayeron.

Pero no velozmente, no hacia la muerte en el fondo. Cayeron con suavidad, como plumas salidas de un cobertor desgarrado atrapadas por la brisa, como motas de ceniza, como un par de servidores colibríes que desafiaran a la gravedad con unos movimientos tan veloces de las alas que parecían inmóviles en el aire.

El viento de Fenris soplaba por todo el interior del aett. Recorría los pasillos, suspiraba en las criptas, los subterráneos y las cámaras, pero en aquel gran conducto

vertical rugía con la fuerza suficiente como para sostener los objetos que caían y ralentizar su descenso. Aquel huracán los hizo bajar con lentitud mientras sus pieles, los collares de cuentas y las cinchas azotaban el aire.

Varangr extendió un brazo, el que tenía libre y no sostenía el cuerpo inerte del upplander. Lo dejó sobresaliendo igual que el ala de una águila y los fue guiando a través de la corriente. Giró lentamente en ángulo respecto al fuerte chorro. Los ojos llenos de lágrimas del upplander, que no dejaba de parpadear con fuerza debido al viento y al miedo que lo embargaba, vieron el borde de otro risco un poco por debajo de ellos, otra plataforma que daba al pozo de aire. Se dirigieron hacia allí en un ángulo perfecto. Varangr aterrizó con los pies por delante y dio un par de pasos rápidos que le hicieron perder velocidad. Los pies del upplander se movieron con torpeza y tropezaron, haciéndolo caer de bruces. La piel que llevaba sobre los hombros se desplegó por encima de su cabeza como si fuera una capucha.

—Ya aprenderás el truco —le comentó Varangr.

—¿Cómo?

—Haciéndolo más veces —le replicó el astartes.

El upplander, que se había quedado en el suelo apoyado sobre manos y rodillas, sufrió una tremenda arcada y vomitó. De su boca no salió más que saliva y mucosidad, lo único que podía haber en un estómago que había permanecido vacío durante diecinueve años, pero su cuerpo se retorció en un intento brutal por encontrar algo que expulsar.

Bercaw y el sacerdote rúnico aterrizaron detrás de ellos.

—Recogedlo.

Lo tomaron en brazos y lo alejaron del borde del precipicio. La cabeza le colgaba inerte, pero su ojo izquierdo se recuperó de nuevo. Vio una estancia por delante de él, bien iluminada con lámparas biolumínicas y filamentos eléctricos metidos en tubos. Aquella luz repentina fue dolorosa. Tenía una versión anaranjada de la misma escena en su ojo izquierdo, lleno de sombras llameantes y del brillo cálido de las luces de tubo y del suelo de marfil. En el otro ojo, la escena era de un color verde incandescente, de un brillo increíble. Las lámparas y las demás fuentes de iluminación eran tan intensas en su ojo derecho que casi le habían quemado por completo la capacidad de visión y se habían convertido en puntos al rojo blanco y en manchas candentes. Había muy pocas sombras en su ojo derecho, y era incapaz de enfocar la vista.

Los astartes lo dejaron en el suelo.

El upplander captó el olor a sangre, a agua salada y al fuerte hedor del antiséptico. La estancia era una instalación médica o un matadero. O quizá era ambas cosas a la vez, o había sido una y después la otra. También parecía disponer de aparatos de laboratorio y de una pequeña cocina. Vio varias mesas metálicas y camastros

ajustables. Del techo colgaban racimos de lámparas, y también salían de allí manojos de brazos automatizados de servidores y de manipuladores, como si fueran ramas de árbol. Vio unas cuantas losas horizontales de piedra, parecidas a un altar o al tajo de un carnicero. Una maquinaria oculta zumbaba y chirriaba, y de fondo se oía un coro constante de ruidos electrónicos, igual que la lluvia en una selva cibernética. Varios portales de arco de medio punto llevaban a otras estancias similares. El complejo era enorme. Atisbó las puertas cubiertas de escarcha de las unidades criogénicas y los contenedores de tapas de cristal grueso que eran las cubas de reparación orgánica. Las estanterías de la biblioteca se extendían a lo lejos, repletas de pesadas botellas de cristal y de botes de lata, como si fueran enormes tarros llenos de fruta en conserva en el interior de una bodega invernal. Sin embargo, los botes no contenían verduras o manzarrojas sumergidas en líquidos espesos y pegajosos, y además, estaban encajadas en las estanterías para que se mantuvieran conectadas a los sistemas de soporte vital de las instalaciones.

Aparecieron varios cráneos con cuernos, individuos vestidos con túnicas y cráneos de animales como los que lo habían rodeado cuando se despertó por primera vez. El sacerdote rúnico captó la preocupación que lo invadió.

—Sólo son sirvientes. Servidores y ayudantes. No te harán daño.

Aparecieron otras figuras que surgieron de rincones invisibles del desorganizado laboratorio. Eran astartes, por su complexión. Llevaban los rostros cubiertos por cráneos con cuernos de un tamaño y aire amenazante mucho mayores que los de los sirvientes. El borde de las túnicas que vestían llegaba hasta el suelo, y mostraban un aspecto acolchado, con diferentes secciones de cuero blando cosidas en puntos muy concretos. Cuando alzaron las manos para saludar o para agarrar al upplander, éste se dio cuenta de que las llevaban cubiertas por unos guantes del mismo material, y que los guantes, a su vez, estaban cosidos a las propias túnicas, como si los astartes estuvieran en el interior de unas bolsas de piel con extensiones integrales para los brazos que les permitieran trabajar. Las costuras de las diferentes piezas, aunque de una pulcritud extrema, le recordaron demasiado al upplander a las suturas quirúrgicas.

Eran unas figuras siniestras, y no ayudaba el hecho de que Ohthere Wyrdmake les mostrara respeto.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el upplander.

—Son los sacerdotes lobo —le contestó Ohthere en voz baja a la altura del hombro—. Son los tejedores de genes, los creadores de carne. Van a examinarte.

—¿Por qué?

—Porque quieren asegurarse de que estás saludable. Quieren comprobar su obra.

El upplander miró con rapidez al sacerdote rúnico.

—¿Su qué?

—Cuando llegaste al aett estabas herido y viejo, Ahmad Ibn Rustah —le explicó uno de los sacerdotes lobo con una voz que crujía como el hielo escarchado—. Estabas demasiado malherido como para sobrevivir, y demasiado viejo como para curarte. El único modo de salvarte era rehacerte.

Uno de los gigantes con cuernos lo tomó de la mano derecha y otro de la izquierda. Los dejó que lo llevaran hasta la capilla del matadero igual que un niño se dejaría llevar por sus padres. Se quitó la piel de los hombros y se colocó con la espalda pegada a la superficie de cristal negro de un escáner corporal. Ya se habían congregado a su alrededor un buen número de sacerdotes lobo. Eran unas sombras chamánicas con cuernos de aspecto feroz y voces guturales. Algunos se concentraron en ajustar las placas iluminadas de los paneles de control. Otros estaban ocupados en sacudir los saquitos de amuletos y las varas de hueso que empuñaban. Ambas tareas parecían tener la misma importancia.

La mesa del escáner se elevó y luego se inclinó hacia atrás. Unos cuantos brazos manipuladores, algunos equipados con sensores y otros con herramientas de puntas micrométricas, bajaron del techo y lo rodearon casi formando la imagen de una araña posada sobre él. Todos se activaron al mismo tiempo y comenzaron a recorrerle el cuerpo con pequeños espasmos, roces y movimientos apresurados. Notó el cosquilleo de los rayos de exploración, los leves pinchazos, el ardor de un rayo de diagnóstico que le atravesaba los ojos abiertos de par en par.

Alzó la mirada, más allá de las luces quirúrgicas, y se vio a sí mismo por completo, reflejado en el techo oscurecido del escáner corporal.

Tenía el cuerpo atlético y en forma de un individuo de unos treinta años. De hecho, estaba más en forma que él mismo a los treinta años. La definición muscular era impresionante. No mostraba ni una sola pizca de grasa. Tampoco vio señal alguna del viejo implante. Tenía un comienzo de barba y bigote, como si hiciera pocas semanas que hubiera empezado a dejárselos. Llevaba el cabello más corto de lo que solía ser habitual en él, y tuvo la impresión de que le estaba creciendo después de que se lo hubieran afeitado. Lo tenía más oscuro que nunca desde su quincuagésimo cumpleaños.

La cara que la incipiente barba ocultaba seguía siendo la suya. Más joven, pero la suya. Aquello lo tranquilizó y le dio más confianza que nada de lo que le había ocurrido desde que se despertó.

Era el rostro de Kasper Ansbach Hawser con veinticinco años, en la época en que era un joven testarudo y arrogante que, en realidad, no sabía nada sobre nada. Esa última idea le pareció más que apropiada para un momento como aquel.

En el reflejo se veían decenas de manos cubiertas por guantes de cuero parcheado ocupadas en su cuerpo.

—Me habéis reconstruido —les dijo.

—Sufriste graves daños en las extremidades y en los órganos internos —le dijo la voz que crujía como la escarcha—. No habrías sobrevivido. Utilizamos a lo largo de nueve meses uniones minerales y grapas óseas para reconstruir tu masa esquelética, y luego la recubrimos con una musculatura copiada genéticamente de nuestro propio código, aunque reforzada con mallas de plastek y diversos polímeros. Tus órganos son principalmente trasplantes de copias genéticas. La piel es tuya por completo.

—¿Mía?

—La retiramos, la renovamos, la rejuvenecimos y la recosimos a medida.

—Me despellejasteis.

No le contestaron.

—También me modificasteis el cerebro —les dijo—. Sé cosas. Se hablar un lenguaje que ni siquiera conocía antes.

—No te enseñamos nada. No te tocamos el cerebro.

—Pero estamos conversando sin la ayuda de un traductor.

Tampoco en esta ocasión le contestaron.

—¿Qué hay de mi ojo? ¿Por qué me quitasteis el ojo? ¿Por qué me quedo ciego a veces del ojo izquierdo?

—No te quedas ciego del ojo izquierdo. La visión de tu ojo izquierdo es la de un humano normal. Es tu ojo.

—¿Por qué el guerrero me quitó el ojo derecho?

—Lo sabes muy bien. Era un implante. No era tu verdadero ojo. Era un artefacto de grabación visual, algo no permitido. Por eso te lo quitó en cuanto lo detectó.

—Pero soy capaz de ver —declaró el upplander.

—No íbamos a quitarte un ojo y dejarte así —le replicó la voz de escarcha.

El upplander miró con mayor atención su reflejo. El ojo izquierdo era el que recordaba de toda la vida.

El derecho, dorado con un punto negro central, era el de un lobo adulto.

El rector Uwe los llamó para que entraran cuando la luna comenzó a aparecer. Todos los niños habían pasado el día en el exterior, ya que hacía buen tiempo y las previsiones no indicaban la aparición de lluvias radiactivas o de nieblas contaminantes en el desértico páramo alto.

Los niños habían trabajado fuera, sobre todo los mayores. El rector les enseñaba que ése era el propósito de la comunidad. Sus padres, todos los adultos, estaban levantando la ciudad, la gran ciudad de Ur. A veces permanecían fuera varios meses, lejos, en los extensos campamentos de trabajo que rodeaban la enorme planificación urbana que el Arquitecto había marcado en la tierra elegida. El rector Uwe les mostraba a los niños escenas del Aegypto Fareóniko sacadas de viejos libros de imágenes, las cadenas de trabajadores con el mismo corte asimétrico de cabello que

se afanaban en tirar de cuerdas para elevar los bloques de granito con los que construían los monumentos de Aegypto. Les explicó que sus padres estaban trabajando de un modo muy parecido, unidos en un único propósito y fin: construir una ciudad. Añadió que la diferencia era que los obreros constructores en el antiguo Aegypto eran esclavos, y que en Ur, los trabajadores eran ciudadanos libres que acudían al lugar por propia voluntad para realizar la tarea, y todo según las enseñanzas catéricas.

Aunque no podían ayudar con las obras de la ciudad, los niños trabajaban de todas maneras. Recolectaban las frutas y las verduras de los campos cubiertos y luego lo lavaban todo para enviarlo por transporte a los campamentos de trabajo. Cosían y remendaban las ropas gastadas que mandaban en sacos amarillos a las zonas en construcción. Además, escribían mensajes de ánimo y fervor en trozos de papel que metían al azar en los bolsillos para que los encontraran los propietarios de las prendas.

El rector daba clase a los niños por la tarde. Les daba lecciones sobre lenguaje, historia y conocimiento catérico en la larga estancia de la comuna, o bajo los árboles que crecían protegidos por las cubiertas de los campos de cultivo, o incluso en verdadero terreno abierto si hacía buen tiempo. Los niños aprendían a leer, a escribir y a realizar las operaciones aritméticas básicas además de los elementos básicos de supervivencia. También aprendían sobre el mundo que los rodeaba: el nombre de las llanuras altas del desierto, y del largo valle, y del lugar elegido para la construcción de Ur. Aprendían el nombre de todas las demás comunas parecidas a la suya, donde los rectores se encargaban de dar clase a otros grupos de estudiantes, y que en conjunto formaban una gran comunidad. El rector Uwe no disponía de personal a su cargo, a excepción de la niñera y cocinera, Niina, por lo que a medida que los niños mayores iban aprendiendo, tomaba a su cargo la educación de los más pequeños. El rector dejaba que los más inteligentes y dotados utilizaran la medida docena de pupitres que había en el anexo de la biblioteca de la comunidad.

Kas sólo tenía cuatro o cinco años, pero era ya uno de los alumnos más brillantes. Al igual que muchos de los niños que se encontraban bajo el cuidado del rector, Kas era huérfano, al menos por lo que sabía el rector. Uno de los destacamentos de exploración del Arquitecto lo había encontrado un año antes en una cuna dentro de un carromato oruga que había volcado en las llanuras radiactivas. El carromato había caído en una depresión salina y no había forma alguna de recuperarlo. Tenía las células de energía descargadas, y no descubrieron ninguna señal de adultos, a excepción de unos cuantos huesos y restos de prendas a un kilómetro aproximado de allí.

—Supongo que los depredadores los cazaron —comentó el jefe del destacamento cuando llevaron el niño a la comuna—. Su vehículo volcó, así que caminaron en

busca de agua y ayuda, y los depredadores los encontraron antes a ellos. El chico ha tenido suerte.

El rector Uwe hizo un gesto de asentimiento mientras se tocaba la pequeña crux dorada que llevaba al cuello. Era un modo extraño de definir la situación.

—Suerte de que le encontráramos nosotros y de que los depredadores no lo hicieran —le aclaró el jefe de destacamento.

—¿Ven muchos depredadores? —le preguntó el rector.

—Los pájaros carnívoros habituales y algunas huellas de perros. Muchas huellas de perros. Son grandes, incluso es posible que sean de lobo. Cada vez son más atrevidos, y también se acercan más con cada año que pasa.

—Saben que estamos aquí —le respondió el rector, refiriéndose a la humanidad, que volvía a sus viejas costumbres, con todos los desperdicios de comida y basura que ello comportaba.

En la comuna había muchos huérfanos, porque construir una ciudad era un trabajo duro y peligroso, pero la mayoría tenían un nombre. El chico había llegado sin ninguno, así que el rector Uwe eligió uno para él. Uno apropiado. Los miembros del destacamento habían encontrado un pequeño caballo de madera, como el Caballo de Ilios, junto al niño en el carromato, y eso había hecho más fácil la elección.

Los llamó para que entraran cuando comenzó a elevarse la luna. En cuanto terminaron el trabajo y las lecciones, habían echado a correr hacia el bosque abierto y el prado que se extendía al otro lado del río que movía las palas del molino de agua. La hierba del prado era la última del verano, con hojas largas y blanqueadas por el sol y las radiaciones. El cielo era del color azul de la malta fermentada. Las estrellas comenzaban a aparecer en el anochecer. Los niños se perseguían a lo largo de las avenidas formadas por los árboles, bajo los túneles de sus hojas ennegrecidas por el efecto de la radiación. Saltaban y gritaban en sus juegos. El más común entre los chicos era el de los guerreros del trueno. Imitaban los cañones de las armas con los dedos y emitían ruidos mortíferos con la boca, y volvían para cenar con las rodillas despellejadas.

Siempre había quien se retrasaba para la cena. Niina solía amenazarlos con los lobos para que esos rezagados se dieran prisa.

—¡Ahí están los lobos! ¡Los lobos os pillarán ahora que ha salido la luna! —gritaba desde la puerta trasera de la cocina.

Cuando llegaron esa noche, con el rostro encendido y sin aliento, Kas se quedó delante del rector Uwe.

—¿Están ahí los lobos? —le preguntó.

El chico estaba sudoroso y enrojecido. Probablemente habría estado jugando a los guerreros de trueno con los chavales mayores, y habría tenido que correr para mantener el ritmo además de gritar con todas sus fuerzas, pero también parecía

atemorizado.

—¿Los lobos? No, eso es lo que Niina dice —le contestó el rector—. Sí hay depredadores, de modo que debemos tener cuidado. Lo más probable es que haya perros. Muchos perros salvajes que viven en manadas. Son carroñeros. A veces bajan de la zona alta del desierto para escarbar en nuestros montones de basura, pero sólo si se sienten con valor, si el invierno ha sido muy duro. Nos tienen más miedo a nosotros que nosotros a ellos.

—¿Son perros? —quiso saber Kas.

—Sólo perros. Los perros solían vivir con las personas, como animales de compañía. Algunas comunas todavía los utilizan como guardianes y para proteger los rebaños.

—No me gustan los perros, y le tengo miedo a los lobos —contestó el niño.

Echó a correr para unirse al final del ruidoso juego. Lo hizo con la aceleración propia de un chiquillo, de cero a velocidad máxima en un parpadeo. El rector Uwe sonrió, pero sentía cierta congoja en el corazón. Se preguntó cómo habría sido permanecer en el interior de aquel carromato volcado. Se preguntó cuánto sería capaz de recordar un niño de tres años, se preguntó lo cerca que habrían estado los depredadores, lo cerca que habrían estado de conseguir entrar, lo terrorífica que tendría que haber sido una situación como aquella.

El buen tiempo continuó durante bastantes semanas. El otoño tardó en llegar. Al anochecer, la luz dorada se alargaba, perezosa, y también alargaba las sombras de los árboles mustios. El cielo se parecía al cristal de una botella azul. Unas cuantas nubes pequeñas manchaban el horizonte de vez en cuando. Eran de un color blanco como el algodón, y parecían señales de humo que no supieran comunicarse. Los niños jugaban hasta tarde. Era bueno que respiraran aire fresco, que no fuera reciclado.

La mayoría de las noches, después de la cena, al rector Uwe le gustaba sacar su tablero de regicida y jugar algunas partidas con los chicos más inteligentes. Le gustaba enseñarles el juego. Incluso tenía varios manuales viejos que estaba más que dispuesto a prestar. Disfrutaba del desafío de un jugador de carne y hueso, por muy inexperto que fuera, ya que se trataba de algo más entretenido que los rivales programados.

El regicida del rector era muy antiguo y estaba muy desgastado. La caja donde lo guardaba estaba hecha de un material que él llamaba chagrín, con una estructura de marfil descolorido y forrado de terciopelo azul. El tablero, que se desplegaba, era de madera de nogal tallada y estaba levemente combado. Las piezas eran de hueso y de caoba teñida.

Kas aprendía con rapidez, con más rapidez incluso que algunos de los chicos mayores más inteligentes. Tenía el talento necesario para ello. Uwe le enseñó todo lo que pudo, aunque sabía que se tardaría mucho tiempo en formarlo de verdad y en

hacerle aprender un número razonable de movimientos de apertura y de jugadas clave.

Mientras jugaban esa noche (una partida que el rector ganó con facilidad), Kas mencionó a otro alumno y dijo que había oído ladrar a varios perros ese mismo día.

—¿Perros? ¿Dónde?

—En las laderas occidentales —le contestó Kas mientras pensaba su siguiente jugada con la barbilla apoyada en el puño, el mismo gesto que solía hacer el rector.

—Probablemente serían cuervos graznando —le contestó este.

—No, eran perros. ¿Sabe que todos los perros, todos los que hay en nuestro planeta, proceden de una misma manada de lobos que fueron amaestrados en las orillas del río Youngsea?

—No lo sabía.

—Eso ocurrió hace cincuenta y cinco mil años.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Le pregunté a uno de los pupitres sobre los perros y los lobos.

—Les tienes un saludable miedo, ¿no es verdad?

Kas asintió.

—Es lo más sensato. Son depredadores, y devoran todo lo que pueden.

—¿Te dan miedo los pájaros carnívoros?

Kas hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lo cierto es que no, aunque son feos y te pueden hacer daño.

—¿Qué hay de los jabalíes devoradores y de los cerdos salvajes?

—Son peligrosos —admitió el chico con otro gesto de asentimiento.

—Pero ¿no les tienes miedo?

—Tendría cuidado si viera alguno.

—¿Te dan miedo las serpientes?

—No.

—¿Y los osos?

—¿Qué es un oso?

El rector Uwe sonrió.

—Mueve.

—Además, todos son animales —le dijo el chico mientras movía su pieza.

—¿Cómo?

—De lo que me está preguntando, las serpientes y los cerdos… ¿Los osos son animales? Creo que todos son animales, y algunos de ellos son peligrosos. No me gustan las arañas, ni los escorpiones. Ni los escorpiones rojos, esos que son tan grandes. Pero no les tengo miedo.

—¿Ah, no?

—Yaena tiene un escorpión rojo metido en un tarro que guarda en su taquilla,

pero cuando nos lo enseña, no me da miedo.

—Tendré que hablar con Yaena sobre ese asunto.

—Pero no le tengo miedo. No como Simial y los demás. Sí le tengo miedo a los lobos, porque no son animales.

—¿No? Entonces, ¿qué son?

El chico frunció la boca, como si estuviera decidiendo cuál sería el mejor modo de explicarlo.

—Son… Bueno, son como fantasmas. Son demonios, tal como nos dicen las escrituras.

—¿Te refieres a que son sobrenaturales?

—Sí. Vienen a destruir y a devorar, porque ésa es su naturaleza, su única naturaleza. Y pueden ser lobos y tener forma de perro, o pueden caminar con forma humana.

—¿Cómo sabes todo eso, Kasper?

—Todo el mundo lo sabe. Es conocimiento común.

—Puede que no sea cierto. Los lobos no son más que perros. Son animales caninos.

El chico negó ferozmente con la cabeza. Se inclinó hacia adelante y habló en voz muy baja.

—Yo los he visto —le susurró—. Los he visto caminar a dos patas.

Le dieron un poco de comida, un caldo sencillo y nutriente y unas cuantas galletas secas, y luego lo dejaron a solas en una estancia azotada por las corrientes que se encontraba cerca de la morgue-cocina. Las paredes de la estancia estaban cubiertas de paneles de hueso blanco, y tenía un pequeño hogar para el fuego y un camastro. También disponía de una lámpara, una pequeña unidad biolumínica del tipo que se estampaban a millones para el ejército imperial. La luz de la lámpara le permitía ver toda la estancia con los dos ojos. Ya se estaba acostumbrando a la discrepancia entre ambos tipos de visión.

La comida se la habían llevado en una bandeja de metal pulido. Era un mal espejo de mano, pero un espejo al fin y al cabo. Observó su nuevo ojo en la superficie irregular.

Ese ojo tenía una extraordinaria sensibilidad a las condiciones ambientales nocturnas y de escasa luminosidad. Había pasado buena parte del tiempo desde que se había despertado caminando en una oscuridad casi absoluta sin ni siquiera darse cuenta de ello. Por eso había tenido la sensación de que su verdadero ojo se había quedado ciego. También era el motivo por el que todo le parecía teñido de un color verde espectral, y por qué las fuentes de luz verdadera se convertían en fogonazos blancos de un brillo doloroso. Los lobos de Fenris vivían en la oscuridad la mayor

parte del tiempo. No necesitaban demasiado la luz artificial.

Su nuevo ojo carecía de una buena capacidad de visión a media y larga distancia. Todo quedaba levemente desenfocado a distancias superiores a los treinta metros, como si estuviera mirando a través de una lente óptica con un ángulo extremadamente ancho, del tipo que él mismo había utilizado a menudo en unidades pictográficas de gran calidad para grabar elementos arquitectónicos. Sin embargo, la visión periférica y la sensibilidad al movimiento eran asombrosas.

Exactamente lo que cabía esperar del ojo de un depredador.

Sostuvo la bandeja delante de la cara, cerró un ojo, luego el otro, y luego repitió lo mismo una y otra vez. Cuando volvió a mirar por quinta vez con el ojo de lobo, se dio cuenta de que en el reflejo borroso se veía una sombra difusa en la puerta que tenía a la espalda.

—Será mejor que entres —dijo sin darse la vuelta.

El astartes entró en la habitación.

El upplander dejó la bandeja a un lado y se volvió para mirarlo. Era un individuo enorme, como todos los astartes, e iba envuelto por una piel de color gris pizarra. Tanto la piel como la armadura parecían mojadas, como si acabara de llegar del exterior. Se quitó la máscara para mostrarle la cara, curtida y tatuada. El upplander la reconoció.

—Eres Oso —le dijo.

El astartes sólo gruñó.

—Eres Oso —insistió.

—No.

—Sí. No conozco a muchos astartes. No conozco a muchos lobos espaciales… —Vio que el recién llegado hacía una mueca de desagrado al oír aquel término—. Pero conozco tu cara. Recuerdo tu cara. Eres Oso.

—No, pero es posible que recuerdes mi cara —le replicó el guerrero—. Ahora me llaman Godsmote, de Tra, pero hace diecinueve años me llamaba Fith.

El upplander parpadeó.

—¿Fith? ¿Eres Fith? ¿De los ascommani?

El astartes asintió.

—Así es.

—¿Te llamabas Fith?

—Me sigo llamando Fith. Ahora en el Rout me llaman Godsmote o Godsmack, que significa «golpe de dioses», porque cuando empuño mi arma, golpeo como un dios iracundo. Una vez enterré la sonrisa de mi hacha en el cráneo de un caudillo… —Se calló poco a poco—. Esa ya es otra historia. ¿Por qué me miras así?

—Te… te convirtieron en un lobo —musitó el upplander.

—Yo lo quise. Quise que lo hicieran. Mi aett había desaparecido, lo mismo que

mi gente. Apenas me quedaba hilo vital. Quería que lo hicieran.

—Yo se lo dije. Le dije a Oso que te llevara con nosotros. A ti y al otro.

—Brom.

—Sí, Brom. Le dije a Oso que os llevase a vosotros dos. Le dije que tenía que llevaros después de todo lo que habíais hecho por mí.

Fith asintió.

—A ti también te cambiaron. Nos han cambiado a los dos. Nos han hecho hijos de Fenris. Es lo que siempre hace Fenris. Cambia las cosas.

El upplander negó lentamente con la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Todavía no me creo que seas tú. Me alegro de que seas así. Me alegro de verte vivo todavía. Pero es que no me lo puedo creer… ¡Mírate!

Luego bajó la mirada a la bandeja de metal pulido.

—Aunque, ya puestos, mírame a mí. Tampoco me puedo creer esto. —Después se puso en pie y le ofreció la mano al astartes—. Quiero darte las gracias.

Fith Godsmote hizo un gesto de rechazo con la cabeza.

—No tienes por qué darme las gracias.

—Sí, sí que tengo. Me salvaste la vida, y eso te costó todo lo que tenías.

—Yo no lo veo así.

El upplander se encogió de hombros y bajó la mano.

—Y tú no pareces muy contento de que te salvara la vida —añadió el astartes.

—Lo estaba en aquel momento —le aseguró el upplander—. Hace diecinueve inviernos. Ahora… Bueno, todo me parece un poco extraño. Me estoy acostumbrando.

—Todos nos acostumbramos. Es parte del cambio —le explicó Fith.

—Oso… Todavía sigue vivo, ¿no? —quiso saber el upplander.

—Sí. Oso todavía conserva su hilo vital.

—Bien. ¿Por qué no ha venido a verme ahora que ya estoy despierto?

—No creo que tenga muchas razones para hacerlo —le contestó el astartes—. Me refiero a que ya pagó hace mucho tiempo la deuda que tenía contigo. Cometió un error, y lo reparó.

—Sí, acerca de eso… —comentó el upplander mientras se sentaba para tumbarse de nuevo—. ¿Cuál fue su error? Lo que pasó por alto, lo que tuvo que corregir.

—Fue culpa suya que tú acabaras donde acabaste. Fue culpa suya que cayeras del cielo como una mala estrella.

—¿Lo fue?

Fith se limitó a asentir.

—¿De verdad lo fue?

Fith asintió de nuevo.

—Creo que verás a Oso cuando Ogvai te llame para que vayas al Tra.

Probablemente lo verás entonces.

—¿Y por qué me va a llamar Ogvai al Tra?

—Decidirá lo que tenemos que hacer contigo.

—Ah —se limitó a responder el upplander.

Fith metió la mano debajo de la piel que llevaba puesta y sacó un saquete flácido de plastek que parecía estar muy bien cerrado. Tenía un aspecto lastimoso, y la cubierta de la bolsa estaba húmeda, llena de gotas de hielo derretido o casi deshecho.

—Recogí esto cuando me enteré de que te habías despertado. Eran las cosas que llevabas contigo cuando llegaste a Fenris. Bueno, todo lo que pude encontrar. Pensé que quizá las querrías.

El upplander tomó el saquete frío y húmedo y comenzó a deshacer el nudo que lo cerraba.

—Bueno, ¿y dónde está Brom? —preguntó mientras lo hacía.

—Brom no consiguió sobrevivir —le contestó Fith.

El upplander dejó de forcejear con nudo y miró al astartes.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Hay un lugar para cada cosa, y Brom está ahora en los páramos de las Tierras Superiores.

—Ese término… —musitó el upplander—. Recuerdo ese término. Cuando llegué aquí, cuando los ascommani me rescatasteis de la zona del accidente, me llamasteis upplander, un habitante de los páramos de las Tierras Superiores.

—Sí.

—Eso equivale a los «dominios celestiales», ¿no? Se refiere a los lugares que están por encima, encima de este mundo. —Señaló con un dedo al techo—. Un upplander es alguien que baja a la tierra, al plano mortal del Verso. Las estrellas, otros planetas, el cielo, todo es lo mismo, ¿no es así? Creísteis que era una especie de dios caído del cielo.

—O un demonio —le sugirió Fith.

—Supongo. Bueno… lo que quiero decir es que ahora ya sabes cosas del espacio y de las estrellas. Ya conoces otros planetas. Seguro que has estado en algunos de ellos. Te has convertido en un astartes, has aprendido cosas sobre el universo y el lugar que tienes en él.

—Sí.

—Pero sigues utilizando la expresión «las Tierras Superiores». Has dicho que Brom está ahora en los páramos de las Tierras Superiores. El cielo y el infierno son conceptos primitivos, ¿no? ¿O se trata de la tranquilidad que transmiten los términos antiguos?

Fith no le respondió de inmediato. Lo hizo al cabo de unos instantes.

—Por lo que yo sé, siguen existiendo unas Tierras Superiores, lo mismo que un

Verso y un Subniverso. Y por lo que se refiere al Inferno, sé que hay uno. Lo he visto muchas veces.

Cuando llegaron para llevarlo a la presencia del jarl de la Tra, temió por su vida. Pensó que se trataba de un miedo innecesario, ya que los lobos espaciales se habían esforzado mucho en mantenerlo con vida. Le parecía que era muy improbable que hicieran todos esos esfuerzos para luego simplemente eliminarlo.

Sin embargo, el miedo se le agarró a las entrañas y no desapareció. Se quedó colgando sobre él como una de las pieles de lobo. Fueran lo que fuesen, los Lobos Espaciales no mostraban el más mínimo atisbo de sentimentalismo. Tomaban las decisiones, correctas o incorrectas, basándose en lo que parecían ser caprichos, aunque probablemente eran los instintos veloces como rayos de unos guerreros bien entrenados. Para ellos era, como mucho, una curiosidad. La tarea que habían emprendido para salvarle la vida debió de costarles bastante. Para ellos, que tenían una existencia que era medio inmortal, quizá no había sido más que un modo de combatir el aburrimiento durante un largo invierno.

Fue Fith Godsmote quien acudió a recogerlo, acompañado de otros guerreros de la Tra cuyos nombres el upplander conocería más tarde. Fith era el más joven de todos, y de una compañía diferente. Los demás eran unos monstruos enormes de tremendos colmillos y ojos sombríos. El upplander se dio cuenta de que la inclusión de Fith en la guardia de honor era una muestra de respeto que los superiores le mostraban al iniciado. Fue Fith quien salvó al upplander y lo llevó al aett, así que lo apropiado era que formara parte de la escolta, aunque ese tipo de tareas siempre recayeran en los veteranos de la compañía.

Aquello tenía todo el sentido lógico. Lo tenía cuando llegaron a su estancia de hueso blanco y le indicaron que los siguiera con un simple gesto. Para cuando terminaron de ascender al salón de la Tra, una subida en la que habían tardado una hora y en la que habían recorrido enormes escaleras y cruzado grandes pasadizos de roca, además de un ascenso vertiginoso empujados por el propio viento, el miedo había mutado la lógica, y la única razón por la que Fith Godsmote iba a estar presente en su muerte era porque lo consideraban parte de su castigo.

El salón de la Tra era un lugar frío y sin luces. Su ojo lupino captó la radiación fantasmal de unas hogueras casi apagadas. En términos de luz y de calor, los Lobos Espaciales no estaban siendo muy generosos respecto a los límites de tolerancia en cuanto a la comodidad. Le habían dado una piel y un ojo para ver en la oscuridad. ¿Qué más podía pedir?

Se dio cuenta de que no estaba solo. Toda la compañía se encontraba allí. El calor corporal de los presentes era apenas detectable, más apagado incluso que el rescoldo casi frío de las hogueras. La estancia era una inmensa cueva natural, irregular y

quebrada. Los astartes estaban desperdigados por ella, agazapados y cubiertos por sus pieles, tan inmóviles como una manada de depredadores que se hubieran refugiado allí para pasar la noche y estuviesen dormidos y apretujados entre sí en busca de calor. Las caras cubiertas por las capuchas de pieles de animales observaban todos sus pasos. Cuando su ojo comenzó a captar mejor los detalles de la escena, el upplander distinguió algunos atisbos de movimiento. Las manos se movían con despreocupación para llevarse cuencos de plata y platos a la boca y sorber el líquido oscuro que contenían. Vio también unas cuantas figuras encorvadas que jugaban una partida en un tablero, el mismo juego, hneftafl, que el upplander había visto jugar a Skarsi.

No le prestaron demasiada atención. La compañía Tra estaba descansando. No se habían reunido allí para recibirlo en audiencia. El upplander no era más que algo que habían llevado a la estancia para que se resolviera el asunto que le concernía. Era poco más que una distracción pasajera.

En la parte posterior de la estancia, en el punto más elevado de la caverna, se encontraba Ogvai Helmschrot, señor lobo, jefe de la manada, jarl de la Tra. Únicamente por su aspecto, su autoridad no admitía duda alguna. Era un individuo grande, de largas extremidades, un corredor capaz de perseguir a su presa de forma incesante sobre el hielo y sobre la tundra con una energía y resistencia inconmensurables. Llevaba el cabello negro sin recoger, largo y liso, dividido por una raya central. Tenía la cabeza un poco echada hacia atrás, lo que confería a sus ojos rodeados de negro y sus mejillas afeitadas una cierta arrogancia autoritaria. En el centro del labio inferior llevaba un grueso anillo de acero que daba al conjunto una petulancia que parecía infantil y peligrosa.

Se inclinó hacia adelante sobre el montículo de pieles viejas desgastadas que le servía de asiento para echarle un vistazo al upplander.

—¿Así que éste es el aspecto que tiene un mal augurio cuando lo tienes delante de la cara? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a nadie en concreto.

La respiración del upplander se condensaba en aquel aire gélido, pero de la boca de Ogvai apenas escaparon unas volutas de vapor junto a sus palabras. Era indudable que la fisiología de los astartes estaba increíblemente adaptada para la retención del calor corporal.

El jarl llevaba puesta una chaqueta de cuero con cierres de correa y sin mangas. Tenía los brazos largos, y su piel era de un blanco carente de todo contacto con la luz solar. Aquella superficie casi albina estaba cubierta por unos tatuajes de color oscuro. Alargó uno de los brazos y tomó un cuenco de plata que contenía un líquido tan oscuro que parecía tinta. El upplander vio que los dedos que se cerraban alrededor del borde del utensilio de plata estaban cubiertos de anillos de aspecto sucio, y supuso que el jarl los llevaba puestos no tanto por motivos de decoración como por el daño

que podrían provocar en cualquier cosa que golpeara.

Ogvai tomó un sorbo del cuenco y luego se lo ofreció al upplander manteniendo el brazo extendido.

—No puede beberlo —apuntó uno de los miembros de la escolta—. El mjod le derretiría las entrañas como si fuera un ácido.

Ogvai sorbió un poco de aire por la nariz.

—Lo siento —se disculpó ante el upplander—. No querría matarte con un brindis a tu salud.

El upplander fue capaz de olfatear el hedor a petróleo que emanaba de la bebida. También le pareció captar el olor a sangre. Comida líquida, fermentada, destilada químicamente, con un potencial calorífico extremadamente elevado… Parecía más combustible para vehículos aéreos que una bebida que se pudiera consumir.

—Ayuda a mantener el calor del cuerpo —comentó Ogvai mientras dejaba el cuenco a un lado. Luego miró al upplander—. Dime por qué estás aquí.

—Estoy aquí para que el Rout determine qué debe ser de mí.

Ogvai frunció los labios en un gesto de desagrado.

—No, ése es el motivo por el que todavía estás vivo. Te pregunté por qué estás aquí.

—Me invitaron.

—Háblame de esa invitación.

—Envié una serie de mensajes a la baliza de Fenris. En ellos solicitaba permiso para entrar en la zona espacial del planeta, Quería conocer y estudiar a los astartes fenrisianos.

Uno de los escoltas que estaba detrás del upplander soltó un bufido.

—No me parece la clase de petición a la que accederíamos —comentó Ogvai—. ¿Fuiste muy persistente?

—Creo que envié la misma petición, con diferentes redacciones, aproximadamente un millar de veces.

—¿Sólo lo crees?

—No puedo afirmarlo con seguridad. Tenía un archivo con el número preciso, junto a los datos de transmisión. Me han devuelto mis efectos personales, pero me faltan todas las placas de datos y los cuadernos.

—Palabras escritas. Palabras escritas y artefactos de almacenamiento de palabras. No permitimos su uso en Fenris.

—¿En absoluto?

—En absoluto.

—Así que todas mis notas y bosquejos, todo mi trabajo… ¿lo habéis destruido?

—Es lo más probable, si fuiste tan idiota como para traerlos contigo. ¿No tienes una copia fuera de este planeta?

—Hace diecinueve años sí que la tenía. ¿Cómo se almacena la información aquí, en Fenris?

—Para eso está la memoria. Así que enviaste ese mensaje muchas veces. ¿Qué pasó luego?

—Que me concedieron el permiso. Permiso para bajar al planeta. Me indicaron las coordenadas de dónde debía aterrizar. El permiso fue verificado por los astartes. Sin embargo, durante el descenso hacia el planeta, mi lanzadera sufrió una grave avería y se estrelló.

—No se estrelló —lo contradijo Ogvai antes de tomar otro sorbo de la bebida negra como la tinta—. La derribaron del cielo de un disparo. ¿No fue así, Oso?

Una de las masas oscuras de pieles situada cerca de él, a los pies del montículo que servía de asiento al jarl, se agitó.

—Lo derribaste de un disparo, ¿no es así, Oso?

Por toda respuesta sólo se oyó un gruñido. Ogvai sonrió.

—Por eso fue él quien tuvo que salir en tu búsqueda para rescatarte. Porque fue él quien te disparó. Fue un error, ¿verdad, Oso?

—Reconocí mi error, jarl, y me aseguré de corregirlo —le contestó Oso.

—Si todo el mundo sabía eso, ¿para qué preguntármelo? —quiso saber el upplander.

—Sólo quería saber si recordabas lo ocurrido tan bien como yo. —Ogvai frunció el entrecejo—. Aunque lo que has contado no es demasiado. Lo achacaré a que has pasado mucho tiempo en la caja de hielo y probablemente todavía tienes el cerebro escarchado, pero como escaldo, no eres realmente lo que me esperaba.

—¿Cómo escaldo?

Ogvai volvió a inclinarse hacia adelante y apoyó los codos de sus largos brazos blancos en las rodillas. Su piel pálida brillaba en la penumbra, igual que el hielo de un glaciar.

—Sí, como escaldo. Entonces seré yo quien lo cuente. Yo contaré lo ocurrido. A Gedrath, que me precedió, le interesaron tus mensajes. Nos lo comentó en la Tra, y a mí, que era su mano derecha, y a otros jarls, y al propio Rey Lobo. «Un escaldo», nos dijo. Supuso que sería entretenido, hasta divertido. Un escaldo podría traer nuevas historias de las Tierras Superiores, y también podría aprender las nuestras. Podría aprenderlas y luego relatárnoslas.

—¿Eso es lo que pensasteis que yo sería?

—¿Es lo que tu pensabas que serías? —le replicó el jarl—. Querías aprenderlo todo sobre nosotros, ¿no es verdad? Bueno, pues nosotros no revelamos nuestras historias sin más ni más. No se las contamos a cualquiera. Sonabas prometedor, e impaciente.

—Además, estaba el nombre —añadió uno de los escoltas que estaba detrás del

upplander.

Ogvai hizo un gesto de asentimiento, y el veterano de la Tra dio un par de pasos adelante. Era un individuo desgarbado de cabello gris, con unos tatuajes de color azul que entraban y salían por debajo de los bordes de la máscara de cuero que llevaba puesta, y que se extendían a lo largo de su profundo cerio. De la parte inferior de la máscara sobresalían varios mechones de barba trenzada también de color gris.

—¿De qué se trata, Aeska? —inquirió Ogvai.

—Del nombre que nos dio —le explicó Aeska—. Ahmad Ibn Rustah.

—Ah, sí.

—El jarl Gedrath, que su hilo vital esté en descanso, tenía un espíritu romántico —comentó el guerrero.

Ogvai volvió a sonreír.

—Sí, el nombre le llamó la atención. A mí también. Yo era su mano derecha, y me consultó. No quería parecer caprichoso o débil, pero el espíritu de un hombre puede verse conmovido por un viejo recuerdo o el olor de la historia. Eso era lo que pretendías, ¿verdad?

Miró directamente a los ojos del upplander.

—Sí —admitió este—. Para ser sincero, después de un millar aproximado de mensajes, estaba dispuesto a intentarlo todo. No sabía si conoceríais el significado y la importancia del nombre.

—¿Porque somos unos bárbaros estúpidos? —le preguntó Ogvai sin dejar de sonreír.

El upplander quiso contestar afirmativamente a la pregunta, pero respondió otra cosa.

—Porque es un dato muy antiguo y menor según todos los estándares, y eso era antes de que supiera que no disponéis de archivos escritos o registros de ninguna clase. Hace mucho tiempo, antes de la Vieja Noche, antes incluso de que la humanidad saliera de Terra, del Impulso Exterior y de la Era Dorada de la Tecnología, hubo un hombre llamado Ahmad Ibn Rustah, al que también conocían por el nombre de ebn Roste Esfahani. Era un erudito, un conservador que se aventuró por el mundo para descubrir el conocimiento y preservarlo. Quiso hacerlo de primera mano para que fuera lo más exacto posible, para que fuera veraz. Partió de Isfahan, que se encontraba en lo que hoy conocemos como la Región Persa, y viajó hasta Novgorod, donde encontró la tribu de los rus. Eran miembros del kanato de Kievan Rus, parte de un grupo genético mucho más grande y nómada que incluía a los eslavos, a los svedd, a los norsca y a los varangios. Fue el primer forastero en integrarse entre ellos, en apreciar el valor de su cultura y en informar de que eran mucho más que los simples bárbaros estúpidos que todo el mundo creía que eran.

—¿Ves algún paralelismo hasta el momento? —le preguntó Ogvai.

—¿Vos no?

Ogvai inspiró profundamente y se frotó la punta de la nariz con la yema del pulgar. Sus uñas eran gruesas y negras, parecidas a trozos de ébano, y cada una de ellas mostraba un grabado profundo y complejo.

—Gedrath sí que lo vio. Utilizaste el nombre como si fuera una especie de salvoconducto.

—Es cierto.

Se produjo un silencio.

—Tengo entendido que se me ha traído aquí para que podáis decidir qué vais a hacer conmigo —dijo finalmente el upplander.

—Sí, de eso se trata. Soy yo quien debe decidirlo, ya que Gedrath ha muerto y ahora soy el jarl.

—¿No es asunto de… vuestro primarca? —inquirió el upplander.

—¿Del Rey Lobo? No es la clase de decisión de la que suele preocuparse —le contestó Ogvai—. Tra tenía la senescalía del aett en la estación en la que apareciste, así que Gedrath era el senescal en aquel momento. Todo esto se debe a una decisión banal que tomó. Ahora debo descubrir si Tra debe arrepentirse de ello. ¿De verdad quieres aprenderlo todo sobre nosotros?

—Sí.

—Eso significa aprender sobre la supervivencia, sobre matar.

—¿Os referís a la guerra? He vivido la mayor parte de mi vida en Terra, un mundo que sigue azotado por los conflictos mientras recupera su antigua gloria. He visto muchas guerras.

—No me refiero sólo a la guerra —le contestó Ogvai, algo dubitativo—. La guerra no es más que el resultado de la sofisticación y codificación de una actividad mucho más pura: estar vivo. A veces, al nivel más básico, para estar vivo tienes que lograr que otros dejen de estarlo. Eso es lo que hacemos, y somos extremadamente buenos en ello.

—No lo dudo en absoluto, señor —le contestó el upplander.

Ogvai tomó el cuenco con las dos manos y lo sostuvo con gesto pensativo delante de la boca, preparado para beber.

—Vida y muerte —musitó—. En eso consistimos, «upplander» —pronunció su sobrenombre con cierto sarcasmo, como si se estuviera burlando de él—. Vida y muerte, y el punto donde se cruzan. Es en ese lugar donde actuamos. Ese es el hábitat en el que vivimos. Ese es el lugar donde se decide el wyrd. Si quieres venir con nosotros, tendrás que aprender sobre ambos. Tendrás que acercarte a ambos. Dime, ¿has estado cerca de uno de ellos alguna vez? ¿Has estado cerca del lugar donde se cruzan?

Le llegó el sonido de la música. Alguien estaba tocando el clavicordio.

—¿Por qué oigo música? —preguntó en voz alta.

—No lo sé —le contestó Murza.

Era evidente que tampoco le importaba no saberlo. Sobre la mesa desvencijada que ocupaba tenía repartidas varias gruesas pilas de manuscritos y mapas, y estaba eligiendo y descartando papeles.

—Es un clavicordio —comentó Hawser al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado.

Hacía un buen día, soleado. El polvo blanco levantado por los bombardeos del ejército parecía haber secado la lluvia del día anterior y había dejado el cielo azul oscuro, parecido a la tapa de un cofre forrado de terciopelo. La luz del sol llegaba desde la calle a través de las ventanas rotas y del hueco de la puerta, y con ella entraba la música.

El edificio había sido antaño un complejo de oficinas, quizá para patentes o para otros asuntos legales, y un proyectil perforante había atravesado los pisos superiores como una bala traspasaría un cráneo. El suelo de la oficina de atención al ciudadano en la que se encontraban estaba cubierto de manchas de color azul marino por los cientos de botellitas de tinta que habían salido despedidas de las estanterías y se habían roto al chocar contra el suelo. La tinta había empapado la superficie y luego se había secado, ya hacía muchos meses. El azul del suelo hacía juego con el del cielo. Hawser se quedó bajo la luz del sol, escuchando la música. Habían pasado muchos años desde la última vez que había oído a alguien tocar el clavicordio.

—Anda, fíjate en esto —le dijo Murza al mismo tiempo que le pasaba una unidad pictográfica portátil. Hawser estudió con atención la imagen de la pantalla—. Nos lo acaba de enviar nuestro contacto. ¿Crees que es una correspondencia?

—La calidad de la imagen es escasa… —empezó a decir Hawser.

—Pero la de tu mente no —lo cortó Murza.

Hawser sonrió.

—Navid, eso es probablemente lo más agradable que me hayas dicho nunca.

—Pues tendrás que superarlo, Kas. Mira la imagen. ¿Es la caja?

Hawser estudió de nuevo la imagen y la comparó con varias antiguas pictografías de archivo y una serie de dibujos que Murza había colocado en fila sobre la mesa.

—Parece auténtica —dijo finalmente.

—A mí lo que me parece es preciosa —respondió Murza con una sonrisa—. Pero no quiero que nos timen, como nos pasó en Langdok. Tenernos que asegurarnos de que es auténtica, con todos los sobornos que hemos pagado, y eso sin contar el precio que han puesto los que la han encontrado. Y puedes tener la seguridad de que habrá que pagar más. Habrá que persuadir financieramente a los sacerdotes locales para que miren a otro lado.

—¿De verdad? Pues yo pensaba que se sentirían agradecidos. Estamos intentando salvar su herencia cultural antes de que la guerra lo arrase todo. Seguro que se dan cuenta de que estamos esforzándonos por salvar algo de su patrimonio, ¿no?

—Ya sabes que es mucho más complicado que todo eso. Es una cuestión de fe. Algo así debería ser muy obvio para un buen chico catérico como tú.

Hawser no mordió el anzuelo. Jamás había intentado ocultar la tradición creyente en la que se había criado. Todas las enseñanzas espirituales que había recibido en lo que había sido su primer hogar, la comuna, eran de origen catérico, lo mismo que ocurría en todas las comunas involucradas en el proyecto Ur, una ciudad construida por y para los fieles. Era una idea muy interesante, una más entre las tantísimas que se habían intentado, y fracasado, para darle un sentido a la humanidad después de la Vieja Noche. En realidad, Hawser no había sido nunca un creyente fervoroso, pero había escuchado con paciencia y había sentido mucho respeto por las ideas de personas como el rector Uwe. A cambio, el rector jamás había intentado imponerle sus creencias. Había apoyado el deseo de Hawser de asistir al universariado. Muchos años más tarde, casi por casualidad, durante una conversación con un superior de la facultad, Hawser había descubierto que su admisión en Sardis se había debido en gran parte a la carta que Uwe le había enviado al encargado de la selección de alumnos.

Si no hubiera sido por el rector Uwe, Hawser jamás hubiera salido de la comuna ni de Ur, ni tampoco hubiera entrado en el universariado. Si no hubiera sido por esa plaza en Sardis, Hawser habría seguido en la comuna cuando los depredadores, los depredadores humanos, atacaron procedentes de las tierras radiactivas occidentales y acabaron con el suelo de Ur.

Era una salvación que todavía lo incomodaba dos décadas después.

Hawser estaba interesado en la tradición y en la historia de la fe y de la religión, pero era difícil en aquellos tiempos modernos creer en ninguno de aquellos dioses que no se habían molestado en demostrar su existencia, cuando ya había uno que la había demostrado con creces. Se decía que el Emperador se oponía a todos aquellos intentos de calificarlo como un dios, o de otorgarle poderes divinos, pero lo que era imposible negar era que desde que se había hecho con un poder preeminente en Terra, todos los credos y religiones existentes en el planeta habían ido desapareciendo como un diminuto arroyo en pleno verano.

Por lo que se refería a Murza, éste ocultaba sus creencias. Hawser sabía con certeza que también lo habían criado en la fe catérica. A veces hablaban sobre ello. El catericismo albergaba creencias milenaristas. Los proto-credos que habían dado lugar a esa creencia estaban convencidos de que llegaría el fin de los tiempos, un apocalipsis, durante el cual aparecería un salvador que se llevaría a los justos a un lugar seguro. Lo cierto era que sí se había producido un apocalipsis. Lo habían

llamado la Era de los Conflictos y la Vieja Noche. Pero no había aparecido ningún salvador. Algunos filósofos declararon que los crímenes y los pecados de la humanidad eran tan enormes que habían impedido la redención y la habían retrasado. Se había pospuesto la salvación de forma indefinida hasta que la humanidad hubiera realizado una expiación suficiente, y sólo cuando se produjera eso se cumpliría la profecía.

Aquello no convencía demasiado a Hawser. Nadie sabía ni recordaba qué era lo que la raza humana había hecho para disgustar de un modo tan terrible a dios. Hawser argüía que era difícil expiar algo si no sabías qué era en realidad lo que estabas expiando.

Lo otro que lo inquietaba era que muchos empezaban a considerar el ascenso del Emperador al poder como una señal de que esa posposición había llegado a su fin.

—Lo siento. Es fácil burlarse de la religión —le dijo Murza.

—Sí, lo es —asintió Hawser, mostrándose de acuerdo.

—Es fácil burlarse de ella porque está desfasada y es inadecuada. Un montón de estupideces supersticiosas. Ya tenemos la ciencia.

—Así es.

—La ciencia y la tecnología. Estamos tan avanzados que ya no necesitamos una fe espiritual.

—¿Piensas llegar a alguna conclusión con todo esto? —quiso saber Hawser.

—Que hemos olvidado lo que la religión nos ofrecía.

—¿Y qué era?

—Misterio.

Ese era su argumento, el misterio. Todas las religiones exigían al creyente que tuviera fe en algo inexpresable. Había que estar preparado para aceptar que existían cosas que uno jamás conocería o entendería, cosas que había que creer por pura confianza. El misterio que todas las religiones albergaban en lo más profundo de sus creencias no era un misterio que hubiera que comprender, sino que había que valorarlo y mantenerlo, porque existía para recordarnos la inmensa escala del cosmos. La ciencia condenaba semejante punto de vista, ya que todo debería ser explicable, y lo que no, simplemente no había que tenerlo en cuenta.

—No es coincidencia que tantas religiones posean mitos sobre verdades prohibidas, sobre un conocimiento peligroso. Asuntos que la humanidad no debería conocer.

Murza sabía explicar las cosas. Hawser estaba convencido de que Murza sentía más desdén por la fe en la que lo habían criado que el propio Hawser, aunque lo cierto era que Murza creía, y Hawser no. Al menos, Hawser sentía cierto respeto por el código moral del catericismo. Murza se esforzaba por tratar en público como un idiota sin remedio a cualquiera que profesara una fe.

Pero Hawser sabía que le importaba su fe. Murza era creyente. Lo sabía por la pequeña crux que llevaba debajo de la camisa, por la genuflexión que hacía a veces, cuando creía que nadie lo veía. Existía un atisbo de espiritualidad en el sarcástico Navid Murza, y él lo mantenía para conservar su capacidad de sentir el misterio.

Era el misterio lo que impulsaba a Murza y a Hawser a emprender las expediciones con las que intentaban recuperar reliquias de datos de valor incalculable en los rincones más destrozados del planeta. Los datos rescatados desentrañaban los misterios que la Vieja Noche había quemado en el tejido del conocimiento colectivo de la humanidad.

A veces se trataba de un misterio que les hacía emprender la búsqueda de reliquias espirituales, como las cajas de oración de Osetia, por ejemplo. Ninguno de ellos creía en la fe que las había hecho construir, o en el valor sagrado de los objetos que albergaban, pero ambos creían en la importancia del misterio que esos objetos representaban para las generaciones del pasado, y por lo tanto, en su valor para la cultura humana.

Las cajas de oración habían mantenido con vida la fe en aquella parte arrasada de Terra a lo largo de la Era de los Conflictos. Había muy pocas probabilidades de que contuvieran datos de valor práctico o real. Sin embargo, un estudio detallado de esas cajas, incluido el modo en el que habían sido fabricadas y conservadas, podría revelar mucho sobre el pensamiento humano y sus códigos de conducta, además de cómo la humanidad pensaba acerca de su lugar en un cosmos donde la ciencia demostraba ser cada día más hostil.

Se oyó un sonido procedente de la calle, y Vasiliy entró en la estancia iluminada por el sol.

—Ah, capitana. Estábamos a punto de llamarte —le dijo Murza a modo de saludo.

—¿Preparados para avanzar? —les preguntó Vasiliy.

—Sí, a través de la Ciudad Vieja hacia el punto de reunión —le confirmó Hawser.

—Nuestro contacto ha aparecido con la mercancía —añadió Murza.

La capitana parecía reticente.

—Estoy preocupado por vuestra seguridad. Durante esta última hora, toda la región se ha vuelto muy activa. Recibo de forma constante informes sobre enfrentamientos con las fuerzas de la Brigada N a lo largo de todo el valle, hasta llegar a la colmena Roznyka. Si atravesamos la Ciudad Vieja, quedaremos muy expuestos.

—Mi querida capitana Vasiliy, Kas y yo confiamos plenamente en ti y en tus tropas.

Vasiliy sonrió y se encogió de hombros. Era una mujer atractiva de poco más de treinta años, y las placas de blindaje de su mono de combate de los Lombardi Hort no

conseguían disimular los detalles más femeninos de su cuerpo. Llevaba el codo derecho apoyado en la correa del chasqueador que colgaba de su hombro. La luz del sol se reflejaba en las conexiones blindadas de la cinta municionadora que comunicaba el arma con la mochila que llevaba a la espalda. Sus ojos quedaban ocultos por un gigantesco visor deslizante de plastek teñido de amarillo que se asemejaba al casco de un piloto. Hawser sabía que la superficie interior estaba repleta de gráficos de disparo y de seleccionadores de objetivo. Lo sabía porque en una ocasión le había pedido que se lo prestara para probárselo. Ella le había sonreído, se lo había puesto, y tras apretarle con fuerza el barboquejo en la barbilla, había comenzado a explicarle lo que significaban todas las señales y gráficos. Lo cierto era que Hawser se lo había pedido para poder verle la cara. Tenía unos ojos preciosos.

Las fuerzas del regimiento Hort ya avanzaban calle abajo. Los oficiales de comunicaciones corrían de un lado a otro, y recordaban a los escarabajos debido a sus pesados caparazones protectores y las largas antenas que sobresalían de ellos. Los soldados prepararon los chasqueadores y los fundidores y se desplegaron formando grupos de disparo. El sol centelleó en sus visores deslizantes amarillos.

Una pequeña colmena menor dominaba la cima de la colina. Estaba agujereada y destrozada por los combates. En las laderas de la colina, la zona edificada conocida como la Ciudad Vieja, donde las calles seguían una planificación mucho más antigua y los desarrollos urbanos se propagaban como una masa de raíces a partir del tronco de un árbol. Hawser captó el sonido de los bombardeos en el sur, y los cohetes que pasaban por encima de ellos chillaban y rugían en algunas ocasiones.

Hawser y Murza ya llevaban tres meses en la región en busca de las cajas de oración mediante un largo y complejo entramado de contactos e intermediarios. Se decía que las cajas contenían las reliquias de individuos venerables de la época anterior a la Era de los Conflictos y pertenecientes a la tradición local de fe proto-crucifica. Algunos contenían viejos pliegos de escritura sobre papel o incluso disquetes de formato antiguo. Murza estaba muy emocionado con las posibilidades que ofrecería su traducción.

Hasta ese momento sólo habían recuperado dos cajas. Tenían la esperanza de recuperar una tercera, el mejor ejemplo de aquella clase de objetos, ese mismo día, antes de que la brutal guerra entre colmenas los obligara finalmente a abandonar aquella región. El objeto estaba bajo la protección y custodia de un pequeño grupúsculo de creyentes clandestinos, que lo habían mantenido a salvo durante seis siglos, pero los registros de imágenes hechas por un anticuario noventa años atrás eran una prueba de la tremenda importancia que tenía. Los registros del anticuario mencionaban también la considerable cantidad de material escrito que atesoraba.

—Haced lo que os diga —les ordenó Vasiliy, que era lo mismo que les decía todas las mañanas cuando los llevaba a terreno abierto.

Atravesaron la ciudad bajo su protección.

—¿No oís música? —les preguntó Hawser.

—No, pero lo que sí he oído es que es tu cumpleaños —le contestó Vasiliy.

Hawser se sonrojó.

—No tengo cumpleaños. Bueno, me refiero a que sólo tengo una idea aproximada de la fecha en la que nací.

—Pues en tu ficha biológica dice que es tu cumpleaños.

—Has estudiado mi ficha…

Ella fingió desinterés.

—Estás a mi cargo. Debo saber ese tipo de cosas.

—Pues bien, capitana, la fecha que pone en mi ficha biológica es el cumpleaños que me asignó el hombre que me crio. Soy un expósito. Es un día de cumpleaños tan acertado como otro cualquiera.

—Muy bien.

—¿Para qué necesitas saberlo?

—Se me ocurrió que esta noche, después de que hayamos acabado con este asunto, podríamos tomarnos una copa para celebrarlo.

—Creo que es una idea excelente —le contestó Hawser.

—Eso me pareció a mí. Así que cuarenta, ¿eh?

—Es lo que tienen los cumpleaños.

—No pareces tener más de treinta y nueve.

Hawser se echó a reír.

—Cuando hayáis acabado de tontear… —los interrumpió Murza.

Su comunicador acababa de recibir un mensaje pictográfico de su contacto. Era otra imagen de la caja de oraciones, esta vez con la tapa abierta. La pictografía era de mucha mejor calidad que la anterior que habían recibido.

—Me da la impresión de que nos está provocando para tentarnos —comentó Hawser.

—Dice que la caja está a salvo en el sótano de un edificio público que se encuentra a medio kilómetro de donde estamos. Nos está esperando. Ha aceptado las condiciones y el pago a los ancianos del culto. Se alegran de que alguien ponga a salvo la caja antes de que la guerra destroce por completo la ciudad.

—Pero quieren el pago de todas maneras —apuntó Vasiliy.

—En realidad, es para el contacto, no para los ancianos —le aclaró Hawser—. Una mano lava la otra.

—¿Podemos seguir avanzando? —les soltó Murza con voz cortante—. Si no llegamos en veinte minutos anulan el trato.

Vasiliy hizo una señal a los soldados para que reanudaran el avance.

—Es un tipo impaciente, ¿verdad? —le dijo la capitana en voz baja a Hawser al

mismo tiempo que señalaba con el mentón a Murza, que caminaba por delante de ellos.

—Puede llegar a serlo. Le preocupan mucho las oportunidades perdidas.

—¿A ti no?

—Esa es una de las características que nos diferencian. Yo quiero conservar el conocimiento, cualquier clase de conocimiento, porque cualquier clase de conocimiento es mejor que ninguno. Navid… Bueno, creo que está ansioso por encontrar el conocimiento que importa. El conocimiento que cambiará el mundo.

—¿Cambiar el mundo? ¿Cómo?

—No lo sé… Mediante el descubrimiento de alguna verdad científica que hemos olvidado. Mediante el hallazgo de algún arte tecnológico que perdimos. Mediante la revelación del nombre de dios.

—Yo te diré cómo alguien cambia el mundo —le dijo la capitana. Luego sacó una pictografía doblada del bolsillo del muslo. En ella se veía un adolescente que sonreía bajo un día soleado—. Es el hijo de mi hermana. Isak. Todos los hombres de mi familia se llaman Isak. Es una tradición. A ella le tocó casarse y criar hijos. A mí me tocó tener una carrera. Aparte de lo que necesito para poder vivir, todo el dinero que gano se lo envió a ella, a mi familia. A Isak.

Hawser miró otra vez la pictografía y luego se la devolvió.

—Sí, me gusta más tu modo de cambiar el mundo.

Doblaron una esquina y vieron el clavicordio.

Estaba en mitad de la calle. Era un modelo de caja vertical y le faltaba uno de los paneles laterales. Alguien lo había sacado de uno de los edificios bombardeados, y la única razón aparente para haberlo hecho era que había sobrevivido a las bombas. Había un anciano delante del teclado tocando el instrumento. Tenía que encorvarse un poco para acomodar la longitud de los brazos y la falta de una banqueta donde sentarse. Era bueno. Sus dedos todavía se movían con agilidad. Hawser intentó reconocer la melodía.

—Te dije que había oído música —insistió Hawser.

—Despejadme la calle —ordenó Vasiliy a sus soldados.

—¿De verdad es necesario hacerlo? No está haciendo ningún daño —le dijo Hawser.

—Los miembros de la Brigada N han llegado a atar bombas de toxinas a los niños —le replicó ella, cortante—. No voy a correr ningún riesgo con un anciano y una caja de madera lo bastante grande como para esconder una mininuclear.

—Es justo.

El anciano levantó la mirada y sonrió cuando los soldados se le acercaron. Los saludó en voz alta y cambió la melodía que estaba tocando en mitad de una nota, y lo que comenzó a sonar fue la inconfundible *Marcha de la Unidad*.

—Qué cabrón más descarado —musitó Murza.

Los soldados de Vasiliy rodearon al anciano e intentan convencerlo amablemente de que dejara de tocar. El anciano «olvidó» unas cuantas notas y se equivocó en otras. El hombre se echó a reír. La *Marcha de la Unidad* se convirtió en una composición alegre propia de una sala de fiestas.

—Bueno, así que es tu cumpleaños —dijo Murza al mismo tiempo que se volvía hacia Hawser.

—Nunca antes te habías acordado.

—Nunca antes habías cumplido cuarenta años —le respondió Murza mientras metía una mano en el abrigo—. Tengo algo para ti. Es una baratija.

La música dejó de sonar. Los soldados habían logrado por fin apartar al anciano del clavicordio, quien separó el pie del pedal de forte. Se oyó un siseo metálico, semejante al del contrapeso de un reloj de pared, y la espoleta de la nonamina del interior se activó.

El clavicordio y el anciano se desvanecieron en menos tiempo del que tardaba el corazón de una persona en dar su último latido. Los soldados que lo rodeaban se convirtieron en neblina rojiza, como las semillas vaporosas de ciertas plantas. La superficie de la calle desapareció convertida en una lluvia de adoquines, y los edificios situados a ambos lados quedaron destrozados. Murza salió despedido por los aires arrastrado por la onda expansiva. Su sangre cubrió por completo los ojos a Hawser, y éste también salió volando. Todos los secretos del cosmos quedaron iluminados durante un breve momento cuando la vida y la muerte convergieron.

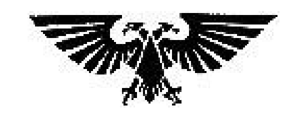
Ogvai hizo que el upplander se marchara mientras él pensaba sobre la decisión que debía tomar. Finalmente, después de lo que el upplander calculó que debieron de ser unas cuarenta o cincuenta horas, durante las cuales no vio a nadie más a excepción del siervo que llevaba los cuencos de comida, el guerrero llamado Aeska apareció en el umbral de su estancia. Lo había enviado el jarl.

—Og dice que puedes quedarte —le comentó de un modo despreocupado.

—¿Tengo que…? Bueno, ¿cómo funciona esto? ¿Existe alguna clase de ceremonia formal? ¿Hay convenciones de estilo o algún denominador común en las historias que debo redactar?

Aeska se encogió de hombros.

—Tienes ojos, ¿verdad? ¿Tienes ojos, voz y memoria? Pues entonces, tienes todo lo que necesitas.



SEGUNDA PARTE

CUENTOS DE LOBOS



CINCO
A LAS PUERTAS DE LA QUIETUD OLÁMICA

Les preguntó si, dadas las circunstancias, debería ir armado. Los siervos y los ayudantes que estaban preparando y ungiendo a los guerreros de la compañía para el desembarco se echaron a reír detrás de sus máscaras de calavera y de sus rostros animales.

Oso le dijo que no sería necesario.

La Quietud había desplegado una división de sus «robustos» en los niveles principales del muelle de gravedad. El muelle era en realidad una estructura esférica inmensa comparable a una pequeña masa lunar. Estaba compuesta por una envoltura blindada y protegida mediante pantallas de vacío que rodeaba un gigantesco entramado con estructura de panal formado por vigas de aleaciones de metales densos, en cuyo centro se encontraba el Instrumento, casi completado, incrustado igual que una piedra en el corazón de una fruta blanda.

Las exploraciones de largo alcance habían revelado muy pocos detalles sobre el Instrumento, aparte de que era un toroide de dos kilómetros de diámetro. No se captaban ecos importantes, por lo que no se había diseñado para que albergara una tripulación. Según la opinión del comandante de la 40.ª Flota Expedicionaria Imperial, una nave sin tripulantes sólo podía ser un vehículo suicida, Ogvai Helmschrot solía estar de acuerdo con él.

La Tra se infiltró en la megaestructura del muelle de gravedad por uno de sus casquetes polares. La compañía procedió a continuación a adentrarse en el interior del muelle descendiendo por el colosal entramado de vigas de apoyo que albergaba el

Instrumento. Los lobos bajaron sin ayuda de cuerdas o cables: se balancearon de la punta de los dedos de las manos o incluso de los pies, se aferraron a los puntales con las rodillas, se deslizaron, se dejaron caer, saltaron de una viga a otra que los esperaba más abajo. Hawser se imaginó que un proceso semejante parecería algo primitivo, casi simiesco, que los astartes, entorpecidos por su equipo de combate, más voluminoso incluso de lo habitual, actuarían de un modo torpe y primitivo, de un modo parecido a unos primates que bajaran por el dosel de un bosque metálico.

No fue así. No hubo nada remotamente parecido a los simios en sus movimientos de descenso. Bajaron entre las vigas y los puntales como un fluido, algo oscuro pero lustroso, parecido al mjod, o a la sangre. Algo que chorreaba y goteaba, se encharcaba y fluía de nuevo, un ente sombrío que encontraba en cada ángulo, en cada viga y en cada puntal la vía más rápida y directa por la que seguir los dictados de la gravedad.

Más tarde, aquella observación fue la primera que le valió un halago a Hawser en su cargo de escaldo.

Los lobos descendieron, y lo hicieron en silencio. No se oyó ni un gruñido de esfuerzo, ni un jadeo de cansancio, ni un zumbido o repiqueteo de los comunicadores, ni el chasquido de una arma desenfundada o de una pieza de armadura accionada con descuido. Todos llevaban el cabello y las barbas recogidos, trenzados o rígidos por la resina aplicada en ellos. Las palmas de los guantes y las suelas de las botas estaban cubiertas de escamas de hrosshvalur terrestre para aumentar la capacidad de agarre. Los bordes salientes de las diferentes secciones de las armaduras estaban tapados con pieles o envueltos en telas. Todos mantenían la boca bien cerrada detrás de las ceñidas máscaras de cuero.

Los robustos de la Quietud tenían una masa y una fuerza equivalentes a la de los astartes. Los habían construido de ese modo. Cada uno de ellos estaba dotado de unos aparatos de detección extremadamente sensibles al movimiento, a la luz, al calor y al rastro de feromonas. Sin embargo, a pesar de todo ello, no captaron la aproximación de los lobos.

«¿Por qué los guerreros de la Tra no empuñan las armas?», se preguntó Hawser. El pánico empezó a invadirlo cada vez con más fuerza. «¡Por Terra, todos se han olvidado de sacar las armas!». Casi se le escapó un grito de aviso, pero los lobos ya habían comenzado a saltar desde las vigas sobre las cabezas de los robustos que patrullaban por debajo de ellos.

La mayoría se lanzaron a por el cuello. Un robusto era una criatura grande, pero el peso de un astartes con armadura completa caído desde una buena altura fue suficiente para derribarlos con fuerza contra el suelo. Los astartes utilizaron las manos, libres de toda arma, para agarrar la cabeza de sus objetivos y retorcerlas en la

dirección contraria a la de la caída, lo que les partió las conexiones cervicales.

Fue una ejecución sencilla e implacable. Los lobos utilizaron sus propios cuerpos como contrapeso para romper las espinas dorsales de malla de acero. Los primeros sonidos audibles del combate fueron los chasquidos en rápida sucesión de cincuenta o más cuellos al partirse. El ruido se solapó de forma casi simultánea, y sonó igual que una ristra de pequeños petardos que estallaran a lo largo de aquella cubierta amplia y pulida.

Las señales de alarma y de atención médica comenzaron a zumbar. Pocos de los robustos derribados estaban realmente muertos, ya que no estaban vivos del mismo modo que los humanos convencionales. La mayoría habían quedado simplemente incapacitados, indefensos, ya que las transmisiones de mando entre sus cerebros y sus cuerpos de combate habían quedado completamente interrumpidas. Un curioso coro de alertas de información comenzó a sonar por toda la megaestructura del muelle. Un nivel tras otro se añadió de forma acelerada a medida que las diferentes capas de las redes sociales de la Quietud se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El sigilo dejó de ser una característica que ofreciera alguna ventaja.

Los lobos se pusieron en pie después de causar las primeras bajas enemigas. De repente, con una rapidez increíble, empuñaban unas armas con las que apuntaron de inmediato a sus enemigos. El modo más rápido de empuñar algo letal había sido apropiarse de las armas que sus víctimas ya tenían preparadas en unas manos paralizadas tras el ataque. Los lobos se irguieron equipados con emisores de calor y rifles de gravedad, unos artefactos alargados y de superficie cromada. No formaba parte de la tarea de Hawser, ni en ese momento ni más tarde, comentar lo delicadas o inapropiadas que parecían aquellas armas en las manos de los miembros del Rout. Era la misma sensación que se tendría al ver una escultura de cristal o un instrumento quirúrgico de acero en la boca de un perro salvaje.

En vez de eso, el relato de Hawser incluyó la siguiente explicación: «Tal y como enseña el Rey Lobo, es conveniente utilizar las armas del enemigo contra él mismo. Cualquier enemigo es capaz de fabricar una armadura increíble, pero como han aprendido los lobos de Fenris mediante la experiencia, la efectividad de la protección del enemigo es proporcional a la eficacia de sus armas. En algunos casos quizá se trate de una filosofía de diseño deliberada, pero suele ser producto de una consecuencia más sencilla e instintiva. Lo que se piensa es que una armadura puede aguantar hasta un grado X de daños porque se es capaz de forjar una armadura de esa resistencia. Por tanto, se necesita desarrollar una arma que a su vez sea capaz de perforar las armaduras de grado X, por si acaso me enfrento a un enemigo con unas armaduras tan buenas como las mías».

Los emisores de calor disparaban finos rayos de una luz blanca efervescente que provocaba dolor de ojos con su intensidad. No emitían dramáticos sonidos de

combate aparte de las explosiones agudas que se producían cuando los rayos impactaban en sus objetivos.

Los rifles de gravedad disparaban proyectiles de metal ultradenso que dejaban en el aire recalentado del muelle unos rastros veloces semejantes a los que dejarían unos dedos grasientos en un cristal. Estas armas hacían más ruido. Emitían unos chasquidos semejantes a los de los látigos al restallar, subrayados por unos borboteos de energía de curiosa modulación. A diferencia de los rayos de calor, que reventaban las armaduras de los robustos provocando estadillos de entrañas cocidas y trozos de blindaje al rojo vivo, los proyectiles de los rifles de gravedad eran perforantes, y abrían unos diminutos agujeros de entrada y unas gigantescas heridas de salida. Los robustos alcanzados se desplomaban hacia adelante cuando sus cavidades torácicas se hundían bajo el ataque de los abrasadores rayos de calor, o salían disparados hacia atrás con las espaldas reventadas y convertidas en surtidores de plástico destrozado, órganos internos licuados y fragmentos de hueso.

Fue algo casi patético. La Quietud tenía una reputación marcial que se extendía a varios siglos y a varios años luz, y los robustos eran sus tropas de élite, pero en esos momentos estaban cayendo como si no fueran más que unos torpes idiotas en un suelo helado, como payasos de una pantomima. Una docena, dos docenas, tres… Caían de bruces o se estrellaban de espaldas contra el suelo, con las piernas dobladas bajo los cuerpos, y ninguno de ellos había conseguido todavía responder a los disparos enemigos. Ni uno solo de ellos.

Cuando los robustos comenzaron a reorganizarse por fin, los lobos jugaron la siguiente carta de la que disponían. Arrojaron a un lado las armas que les habían arrebatado a los primeros robustos que habían eliminado y empuñaron sus propias herramientas de matar, bólters en su mayoría. Las redes sociales de la Quietud habían analizado a un ritmo frenético la naturaleza de la amenaza y habían procesado una respuesta inmediata. En hacer todo aquello tardaron menos de ocho segundos. Los robustos estaban protegidos con capas entrelazadas y solapadas de placas de acero, y aunque ésa era su protección principal, también disponían de unas pantallas de energía variable como cobertura defensiva exterior. Tan sólo ocho segundos después de que los lobos comenzaran a disparar, las redes sociales de la Quietud Olámica identificaron de un modo preciso y correcto la naturaleza de las armas que se estaban empleando contra sus robustos. Ajustaron de inmediato la composición de las pantallas individuales para compensar los ataques.

Como resultado, los robustos quedaron protegidos frente a los rayos de calor y los proyectiles de los rifles de gravedad en el mismo instante que comenzaron a sufrir los impactos de los disparos de bólter.

La reputación militar de la Quietud sufrió una nueva humillación. Los hombres de la Tra se desplegaron sin dejar de disparar con los bólters al hombro y no dejaron de

abatir robustos mientras éstos todavía intentaban reorganizar sus filas.

«Para esto, para estas misiones, para estas hazañas… Para eso se mantienen en reserva a las compañías de lobos», pensó Hawser.

Jamás había visto a nadie disparar un bólter. A pesar de las más de ocho décadas de vida, a pesar de todas las batallas que había presenciado, nunca había visto a nadie disparar un bólter. Los bólters eran el símbolo de la superioridad del Imperio y de la unificación de Terra, tremendamente poderosos e increíblemente simples. Era el arma principal de los astartes, no la única, pero sí la más característica. Pocos seres humanos poseían la constitución necesaria para empuñar una. Era una arma mecánica y primitiva de una era anterior, resistente y fiable, con pocas piezas sofisticadas que pudieran estropearse o encasquillarse. Eran tecnología en su estado primigenio y brutal, y que en vez de verse superada y reemplazada por sistemas de armamento más complejos, simplemente se había perfeccionado y se había aumentado de tamaño. Un astartes con un bólter era el equivalente a un ser humano con una carabina, pero exagerado hasta la pesadilla.

Verlos en combate le recordó a Hawser lo poco humanos que eran en realidad los Lobos Espaciales. Llevaba con ellos el tiempo suficiente como para haberse acostumbrado a su aspecto y al modo en el que sus cabezas se alzaban por encima de él.

A pesar de ello, eran tremendamente tranquilizadores comparados con las fuerzas de la Quietud.

Las mediciones craneales y otros datos biológicos obtenidos de los especímenes capturados de la Quietud habían confirmado su origen terrano. En un momento de la historia previo a la Vieja Noche, una parte de la expansión de Terra había llevado al conjunto genético de los primeros elementos humanos de la Quietud hasta aquel rincón perdido y olvidado de la galaxia. El comandante de la 40.ª Flota Expedicionaria Imperial, junto a los consultores técnicos y demás eruditos, calculaba que aquel éxodo había sucedido durante la Primera Gran Era de la Tecnología, aproximadamente unos quince mil años atrás. La Quietud poseía un nivel tecnológico extremadamente sofisticado y tan diferente al de Terra o incluso al de Marte, que sugería un largo período de soledad y, probablemente, la influencia de una cultura alienígena.

Los humanos de la Quietud habían renunciado en algún momento del inicio de su vida, una vez alejados de Terra, a esa condición de humanos. Actuaban en redes sociales, conectadas mediante entramados de comunicación que se les implantaban al nacer. Sacrificaban la mayor parte de su anatomía física mediante procedimientos quirúrgicos rituales a lo largo de la infancia, que los preparaban para su acoplamiento a un cuerpo artificial. Prácticamente lo único que quedaba de un adulto de la Quietud, orgánicamente hablando, era el cerebro, el cráneo y la espina dorsal. Todo esto se

encontraba engastado en un receptáculo montado en el interior de un chasis humanoide de ingeniería excepcional, que también contenía los órganos mecánicos análogos que alimentaban y mantenían con vida al cerebro.

Eso explicaba por qué los robustos reventados por los disparos yacían sobre charcos de fluidos de color púrpura que les rodeaban el cuerpo en vez de envueltos en sangre.

Los ciudadanos de la Quietud llevaban unas capuchas de circuitos plateados sobre el cráneo y mostraban máscaras holográficas en vez rostros. Cuando un disparo de bólter los alcanzaba, las máscaras parpadeaban unas cuantas veces antes de apagarse y revelar las atrocidades inhumanas a las que se habían sometido.

Aeska había bajado llevando consigo a Hawser, al que había ordenado que se le agarrara del cuello. Él se había aferrado como si fuera una piel de lobo, y Aeska lo había bajado como si el peso de un humano no significara nada para un astartes como él. Hawser había mantenido los ojos abiertos en todo momento, y no los había cerrado ni cuando bajaban de una en una las vigas del entramado interior del muelle ni cuando lo único que impedía que se desplomara hacia su muerte eran los dedos con los que se agarraba al cuello de Aeska. No los había cerrado porque ya estuviese acostumbrado a las alturas después de tantos saltos en los conductos de transporte por aire del aett, lo había hecho porque sabía que debía mantenerlos abiertos, porque era lo que se esperaba de él.

Aeska dejó a Hawser en el suelo de la cubierta cuando comenzó el asalto principal y le ordenó que se quedara a su espalda, pegado a él. La enorme cubierta pulida se prolongaba hacia ambos lados formando una curva semejante a la de un planeta visto desde el espacio. El entramado que se extendía por encima de ellos se asemejaba a las ramas de un denso matorral de espinos.

A Hawser no le hizo falta que se lo repitiera y se pegó a él.

La Quietud consiguió por fin responder al ataque cinco minutos después de que comenzara el asalto. La primera sangre astartes que derramaron fue la de un guerrero llamado Galeg, quien recibió el impacto de un proyectil de un rifle de gravedad. El disparo le convirtió el brazo izquierdo del codo para abajo en una rama rota y ensangrentada de la que colgaban trozos de armadura que chocaban entre sí. Galeg hizo caso omiso del dolor y se lanzó a la carga contra sus atacantes blandiendo su hacha sierra. Del miembro amputado salía vapor y humo por la sangre abrasada.

El disparo no lo había efectuado una de las unidades de robustos. Tres «gráciles», las versiones técnicas más ligeras, habían recuperado el arma de uno de los robustos caídos y se habían apostado en una de las pasarelas que cruzaban el entramado de vigas. Galeg subió a grandes zancadas por la pasarela mientras sus enemigos le disparaban con desesperación otras dos veces y fallaban. Un instante después, los desmembró con su hacha chirriante. Disfrutó al hacerlo, y soltó unos cuantos

gruñidos feroces mientras los chasis rotos emitían aullidos electrónicos estrangulados.

Cuando Galeg acabó por completo con sus oponentes, mostró su capacidad para seguir combatiendo al alzar el muñón desgarrado y sangriento en un remedo de un puñetazo al aire. A Hawser le pareció un gesto inquietante.

Varios robustos habían establecido un punto de defensa en la entrada a un sótano repleto de máquinas, y empleaban lo que parecía ser una versión más pesada del rifle de gravedad, quizá incluso con una dotación de servidores. La tremenda descarga que azotó el pasillo que llevaba al sótano, procedente de un punto sin determinar, vaporizó a Hjad, que fue el primer lobo en ponerse a la vista. Oso indicó al resto de la manada que se alejara de allí. No tenía sentido que le proporcionaran más objetivos a aquella arma pesada. Hawser vio que Oso sacaba una pequeña hacha de mano, forjada en una sola pieza de acero, y marcaba el mamparo que se encontraba al lado del acceso al pasillo que llevaba hasta el sótano. Lo hizo con una serie de golpes rápidos y hábiles. Era evidente que se trataba de una marca que ya había realizado en numerosas ocasiones: cuatro cortes para formar un rombo aproximado, y luego un quinto en el centro que lo cortaba por la mitad. Hawser estudió con atención la marca dibujada a tajos en el mamparo, y se dio cuenta de lo que era en realidad.

Era el símbolo de un ojo, increíblemente simplificado. Era una marca de aversión y hostilidad.

La Quietud Olámica se había comportado de un modo hostil desde el primer momento del primer contacto. Se habían mostrado suspicaces y absolutamente contrarios a formalizar cualquier clase de posible encuentro. Se habían enfrentado a la 40.ª Flota en dos combates navales distintos, en un intento por expulsar a la expedición imperial fuera de su espacio controlado. Las fuerzas de la Quietud lograron en el segundo de los enfrentamientos capturar una de las naves imperiales y a su tripulación.

El comandante de la 40.ª Flota Expedicionaria envió un mensaje de advertencia a la Quietud, donde les explicaba que el principal objetivo de Terra era el contacto pacífico y el intercambio comercial, y que la actitud agresiva de la Quietud no volvería a ser tolerada. Debían devolver la nave y la tripulación, y comenzar las negociaciones y el diálogo con los iteradores imperiales hasta que se llegase a un acuerdo. La Quietud envió su primera respuesta directa. Les explicó, igual que si fueran niños, o quizá una mascota a la que se intentaba entrenar, que la población de la Quietud era la única heredera del legado de Terra. Tal y como sugería su nombre, esperaban en un estado imperecedero de disposición el momento en el que recuperarían el contacto con su planeta natal. Habían esperado con paciencia durante las épocas apocalípticas de tormentas y tempestades.

Los imperiales que habían llegado hasta sus fronteras no eran más que unos farsantes. No eran lo que proclamaban ser. Cualquier estúpido sería capaz de ver que no eran más que un remedo burdo creado por una raza alienígena, que intentaba imitar lo que ellos creían que pasaría por ser vida humana.

La Quietud apoyaba ese veredicto con una abundante serie de pruebas obtenidas de los interrogatorios a los que habían sometido a los prisioneros imperiales. Declararon que cada prisionero mostraba más de quince mil puntos de diferencia, lo que revelaba que se trataba de impostores que no eran humanos, algo que también demostraban las vivisecciones.

El comandante de la 40.ª Flota Expedicionaria envió una petición de ayuda a los astartes más cercanos.

Cuanto más tiempo vivía Hawser entre los miembros del Rout, más astartes se relacionaban con él. Guerreros a los que no conocía, procedentes de compañías a las que todavía no había visitado, lo buscaban para verlo, y al hacerlo lo miraban con suspicacia con sus inhumanos ojos amarillos.

No habían llegado a confiar en él. No era confianza. Más bien se trataba de que se habían acostumbrado a que su olor foráneo impregnara el interior del aett.

Era eso, o que alguien o algo con la autoridad necesaria para convocar a una manada de los asesinos más feroces de Fenris había ordenado que lo aceptaran entre ellos.

Por lo que parecía, tal y como le había indicado Bitur Bercaw, la narración de los acontecimientos ocurridos era algo importante para ellos.

—¿Por qué importan esos relatos? —les preguntó Hawser.

Lo hizo una noche en la que le permitieron comer con Skarssen y su círculo de jugadores. Los juegos de tablero como el hneftafl se utilizaban para agudizar el sentido de la estrategia.

Skarssen se encogió de hombros. Estaba demasiado ocupado metiéndose carne en la boca, y lo hacía de un modo que no parecía humano. Ni siquiera se acercaba al gesto propio de un ser humano presa de un hambre feroz. Era el acto propio de un animal devorando todo lo que podía, ya que no sabía cuándo podría alimentarse de nuevo.

Hawser tenía delante un pequeño cuenco de caldo de pescado y un poco de fruta seca. Los astartes de la Fyf tenían mjod y cuartos traseros de carne cruda tan roja y firme que todavía olían a sangre fría y a conservante.

—¿Se debe a que no escribís nada de nada? —insistió Hawser.

Skarssen se limpió la sangre de los labios.

—Recordar es lo único que cuenta. Si recuerdas algo, puedes hacerlo de nuevo. O al contrario.

—¿Aprendéis?

—Es un aprendizaje —le confirmó Skarssen con un gesto de asentimiento—. Si puedes contar algo como si fuera una narración, es que lo sabes.

—Y esos relatos son el modo de no olvidar a los muertos —añadió Varangr.

—Eso también —admitió Skarssen.

—¿A los muertos? —inquirió Hawser.

—Se quedan solos si los olvidamos. Nadie debería quedarse solo y olvidado por sus camaradas, incluso si es un espectro y ha bajado a lo oscuro y al Subniverso.

Hawser observó el rostro de Varangr bajo la luz de la lámpara. No había otra forma de describirlo más que como la máscara de ojos apagados de un depredador situado en lo más alto de la cadena alimentaria.

—Cuando estaba dormido… —empezó a decir Hawser.

Era el comienzo de una frase, pero no llegó a acabarla, porque ni siquiera había pensado en el final, así que no dijo nada más.

—¿Qué? —lo urgió Skarssen, molesto.

Hawser sacudió la cabeza para salir de aquella especie de breve trance en el que había caído.

—Cuando estaba dormido, en ese sueño frío en el que me manteníais, oí una voz. Me dijo que no le gustaba la oscuridad, que echaba de menos la luz de la hoguera y la luz del sol. Me dijo que ya había soñado todos los sueños un centenar de veces, un millar de veces. Me dijo que él no había elegido la oscuridad.

Alzó la vista y se dio cuenta de que Skarssen, Varangr y los demás miembros de la Fyf que lo rodeaban habían dejado de comer y lo estaban mirando y escuchando atentamente. Un par de ellos todavía tenían la barbilla manchada de sangre, con la curiosidad se les había olvidado limpiársela.

—Me dijo que la oscuridad nos elige.

Los lobos murmuraron para mostrar su conformidad, aunque los murmullos se convirtieron en gruñidos de leopardo en el interior de aquellas gargantas.

Hawser los miró fijamente. La titubeante luz de la hoguera se reflejó en los ojos dorados y en los dientes relucientes de unas siluetas sombrías.

—¿Qué es un espectro? ¿Acaso estaba oyendo una voz del Subniverso?

—¿Tenía nombre? —le preguntó Varangr.

—Cormek Dod —respondió Hawser.

—Entonces no es un espectro —dijo Skarssen. Se hundió de hombros, como si se sintiera decepcionado—. Casi, pero no.

—Es peor, probablemente —comentó Trunc con un gruñido.

—¡No digas algo así! —lo reprendió Skarssen.

Trunc inclinó la cabeza.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —dijo.

Hawser les preguntó a qué se referían, pero no quisieron hablar de ello. Lo que había contado les había llamado la atención, pero ya habían perdido el interés. El jarl volvió a centrarse en el tema de la muerte.

—Quemamos a nuestros muertos —le explicó Skarssen—. Es nuestra costumbre. No hay suelo en Fenris para enterramientos. No existe terreno que no sea duro como el hierro en el largo invierno y ninguno que sea permanente en verano. No dejamos lápidas o tumbas, ni los metemos en zanjas para que los devoren los gusanos, como hacen otros. ¿Para qué querría eso un muerto? ¿Por qué querría que se atara su espectro y se lo anclara a un lugar? Su hilo vital ya está cortado, así que puede ir adónde quiera. No querría una piedra que lo inmovilizara.

—Una saga es mejor que una piedra —comentó Varangr—. Es mejor para recordar a los muertos. ¿Sabes cómo recordar a los muertos, escaldo?

El médico que lo atendió en el hospital de campaña de Ost-Roznyka pasó cierto tiempo explicándole que casi habían sido capaces de salvarle la pierna.

—Los daños producidos por la metralla eran reparables —le comentó como si estuviera hablando de enyesar una pared—. Lo que más daños le ha provocado ha sido el aplastamiento. La explosión lo lanzó contra un edificio y provocó que un dintel se le derrumbara encima.

Hawser no sentía nada. Supuso que sus sentidos estaban completamente ofuscados por los opiáceos. El hospital de campaña de los Lombardi Hort tenía un aspecto desastrado y era evidente que carecía de equipo suficiente. La bata de operaciones, la máscara y el gorro del médico estaban tan sucios que era evidente que los había utilizado todo el día, pero había varios inyectores de opiáceos recién usados en una bandeja de instrumentos que estaba colocada al lado de su camastro. Habían utilizado unos valiosos suministros farmacológicos con él. Exigía una atención especial. Tenía un rango elevado, era un especialista de visita en la zona.

Era bastante probable que unos cuantos soldados rasos murieran o, como mínimo, sufrieran dolores terribles por su culpa.

No sintió nada.

—Creo que un implante sería viable —le siguió explicando el médico para darle ánimos.

Parecía cansado. Sus ojos parecían cansados. Lo único que Hawser era capaz de ver por encima de la máscara eran sus ojos cansados.

—Pero no puedo hacer una valoración en este lugar. Carezco de los recursos necesarios.

Unos ojos, sin nariz y sin boca. Hawser no sentía nada, pero algo se removió en

su fuero interno a pesar del sopor inducido por las drogas. Unos ojos, sin nariz y sin boca, unos ojos por encima de una máscara sucia. Había algo equivocado en todo aquello. Él estaba acostumbrado a verlo al revés. Una boca sin ojos. Una boca sonriente y unos ojos ocultos.

Unos ojos realmente preciosos ocultos bajo un visor deslizante de color amarillo.

—Vasiliy —musitó Hawser.

—¿Cómo? —inquirió el médico.

Alguien estaba gritando fuera. Las unidades portadoras cibernéticas llegaban en ese momento con una nueva carga de heridos en sus camillas.

—Vasiliy. La capitana Vasiliy.

—Ah —exclamó el médico—. No sobrevivió. Intentamos salvarla, pero tenía demasiado dañados los órganos internos.

Hawser no sintió nada. Aquel estado mental no duraría mucho más.

—Murza —dijo a continuación.

Tenía la sensación de que sus labios eran de corcho y de que la voz le salía con la fluidez del pegamento.

—¿Quién?

—El otro inspector. El otro especialista.

—Lo siento. La explosión lo mató al instante. Apenas quedaron restos que se pudieran recuperar.

Hawser recordó los nombres de los muertos cuyo hilo vital se había cortado durante la toma del muelle de gravedad de la Quietud. Habían sido cinco astartes, cinco de la Tra: Hjad, Adthung Barbillagris, Ojo de Tormenta, Tjurl Sobre El Hielo y Fultag Cuchillorrojo.

Fue testigo de dos de aquellas muertes, y se enteró de los detalles de las demás después, para de ese modo conocer un detalle específico de cada uno, algo que constituyera un final adecuado para cada relato.

Por ejemplo, justo antes de que el arma pesada de los robustos lo convirtiera en una nube de humo sanguinolento y un montón de trozos de armadura repiqueteante, Hjad había eliminado a dos de las grandes unidades de combate de la Quietud, enfrentándose a ellas en combate cuerpo a cuerpo. La primera había quedado demasiado destrozada como para ser capaz de levantarse de nuevo. La otra había intentado matarlo con sus garras mientras su holograma facial parpadeaba en busca de una imagen realmente amenazadora. Hjad le había propinado un puñetazo con la mano derecha que le había atravesado el torso, y luego le había arrancado la espina dorsal de un tirón. Así era Hjad, confirmaron los guerreros de la Tra. Inagotable, pragmático. Un buen relato.

Hawser creyó que ya tenía una idea aproximada de la forma de contarlo que

querían.

Adthung Barbillagris había despejado con su espada sierra toda una cubierta de la estructura del muelle de gravedad, después de que un disparo afortunado le hubiera dañado el bólter. Atacó a robustos y a gráciles por igual, y los obligó a desperdigarse. Nadie llegó a ver el momento en que los dos disparos de rifle de gravedad lo habían matado, pero Thel vio su cuerpo en el suelo justo después de que cayera, y le contó a Hawser que la famosa barba gris de Adthung estaba teñida casi por completo de color índigo por las salpicaduras de la pseudosangre del enemigo. Había tenido una buena muerte. Había dejado un rastro de enemigos muertos y un campo entero de hilos cortados. Hawser añadió una salida metafórica sobre dormir en la nieve púrpura para acabar el relato de Adthung, y con aquello se ganó unos cuantos gruñidos apreciativos por parte de los guerreros de la Tra.

Ojo de Tormenta bajó al Subniverso destruido por armas de rayos. Cegado, con la cara quemada, y la boca cerrada porque se le habían fusionado los labios. A pesar de todo eso logró partir un robusto del hombro a la cintura con la espada antes de desplomarse. Hawser había presenciado en persona la hazaña. Un muerto arrastrando a otro a la muerte. El final de aquel relato fue recibido con un silencio sombrío pero lleno de admiración.

Erthung Manorroja le contó a Hawser lo que le ocurrió a Tjurl. A éste se lo conocía como Tjurl Sobre El Hielo porque le gustaba cazar, incluso en mitad del silencio de alabastro del infierno invernal de Fenris. Partía de la montaña con su lanza o con su hacha, y se adentraba en los páramos desolados de Asaheim. Se decía de él que su sangre jamás se helaba, y a Erthung le gustaba añadir que era debido a todo el mjod que había bebido.

Tjurl fue de caza ese día en el muelle de gravedad. Consiguió muchos trofeos. Así fue como lo contó Hawser. En ningún momento se enfrió su furia. En ningún momento se quedó helado.

El último en caer fue Fultag Cuchillorrojo. El último relato en aprenderse y el último en contar antes de que la saga de la toma del muelle de gravedad se pudiera terminar. Fultag encabezó el ataque con el que tomaron el centro de control del muelle y le rajaron la garganta al sistema de redes sociales de la Quietud, por lo que todos los datos se perdieron convertidos en un ruido inservible.

El ataque no se convirtió en el acto de vandalismo que Hawser había esperado. El grupo de Fultag no se dedicó a machacar los sistemas de un modo indiscriminado, con una ferocidad salvaje provocada por el deseo de destrozar los artefactos de una cultura mucho más sofisticada. Inutilizaron varias zonas específicas del centro de control utilizando minas magnéticas, disparos y la fuerza bruta, pero dejaron suficientes partes de la arquitectura primaria del conjunto de redes como para que el Mechanicum lo examinara más adelante, y si llegara el caso, lo revirtiera al estado

operativo.

Era evidente que los seres superiores de la Quietud estaban preocupados por la posibilidad de que una arma se disparara por accidente en el centro de control. Ninguno de los robustos de la zona estaba armado con armas de proyectiles o de energía. El lugar era una estructura con forma de cúpula geodésica situada en el espacio central de muelle, justo debajo del Instrumento enjaulado, y lo defendían escuadras de superrobustos. Estas eran unas criaturas titánicas, con armaduras reforzadas y provistos de mazas de concusión y martillos aceleradores. Algunos de ellos disponían de cuatro extremidades superiores, a semejanza de los dioses de piel azul de la antigua Induz. Algunos incluso tenían dos cabezas, colocadas en monturas gemelas situadas una al lado de la otra, para componentes orgánicos vestigiales, cada una con su propia capucha de circuitos plateados y su holomáscara correspondiente.

El grupo de Fultag les dio toda una lección sobre el manejo del hacha. Ullste, que había acudido en su apoyo, contempló el combate. Dijo que cada uno de los golpes hacía que el suelo se estremeciera, tal era la fuerza de aquellas extremidades. Tanto los lobos como los superrobustos caían derribados por aquellos impactos capaces de convertir en polvo los huesos. Fue una batalla inmisericorde a golpes que rugió en todos los niveles del centro de control, y que como consecuencia destrozó las ventanas relucientes y aplastó las consolas de mando cada vez que un cuerpo chocaba contra ellas. La superficie mate del suelo no tardó en quedar cubierta de fragmentos de cristal, de trozos de plástico y de charcos de aquella pseudosangre de color púrpura.

Fultag derribó a su primer superrobusto en la rampa de entrada al centro. Se agachó para esquivar el golpe de maza dirigido a su cabeza, un golpe que si lo hubiera alcanzado, habría destrozado incluso su anatomía fenrisiana. El paso del arma produjo un sonido muy semejante a un bufido al cruzar el aire, como el que soltaría una fjorulalli, la gran madre foca, que se hubiera quedado sin aliento.

Fultag quedó algo desequilibrado al tener que agacharse para esquivar el golpe, y no tuvo tiempo de afianzar mejor los pies para lanzar un tajo con la sonrisa del hacha antes de que la maza regresara para intentar golpearlo. En vez de eso, logró lanzar un golpe hacia arriba que impactó con la parte posterior de la cabeza del hacha. La sección roma del arma partió la hombrera de la armadura del superrobusto y afectó a la capacidad de movimiento de esa extremidad, lo que hizo que el golpe valiera la pena.

Fultag giró de inmediato el hacha mientras reafirmaba los pies y blandió el arma en un golpe de arriba abajo que cortó uno de los brazos del superrobusto a la altura del codo y el otro a la altura de la muñeca. Los trozos amputados cayeron al suelo con un ruido sordo sin soltar la maza que empuñaban. De los tubos hidráulicos de las extremidades cortadas salieron chorros de pseudosangre púrpura.

El superrobusto pareció titubear un momento, como si no supiera qué debía hacer a continuación.

—¡Vamos, cáete ya! —rugió Fultag, y le propinó una patada que lo envió de vuelta al otro lado de la puerta por la que había entrado.

Varios miembros de su grupo de ataque ya se habían trabado en combate con las unidades enemigas en la entrada situada en la parte superior de la rampa. La abertura había quedado completamente bloqueada por aquella lucha salvaje. Fultag saltó por encima de la barandilla de la rampa y echó a correr por el parapeto que rodeaba la superficie exterior de la cúpula. En cuanto llegó a la primera ventana, la reventó de un hachazo y saltó al interior.

Los gráciles que se encargaban de las consolas habían comenzado a desconectarse y a huir en el mismo instante en el que la ventana estalló y lanzó una lluvia de fragmentos de cristal sobre toda la zona de control. Fultag logró derribar a uno de ellos de una patada para luego partirlo por la mitad de un hachazo. Un superrobusto lo atacó, y el lobo utilizó el mango del hacha para desviar el golpe. Luego, igual que haría un experto en el combate de varas, levantó el extremo del mango del hacha hasta la altura del pecho y le propinó un golpe en el esternón al guerrero de Quietud. Un instante después, la sonrisa del hacha se clavó en el hombre derecho del superrobusto.

El arma se quedó atascada, bien clavada. La criatura no había muerto y lo apartó de un empujón. Fultag desenvainó su cuchillo largo, el arma que había cortado tantos hilos vitales, el arma con la que se había ganado su nombre, y cargó contra la criatura. La fuerza de choque la lanzó de espaldas contra una de las consolas, y el peso sumado de ambos la arrancó parcialmente de su anclaje en el suelo partió unos cuantos cables subterráneos. El superrobusto lo agarró de la garganta con una mano, pero Fultag le clavó el cuchillo en mitad de la cara.

La criatura murió al instante, y tanto la cabeza como las piernas y los brazos quedaron inertes colgando sobre la consola, como si fuera una víctima propiciatoria sobre la losa de un altar de sacrificios.

Sin embargo, antes de que Fultag tuviera tiempo de separarse de la criatura muerta y recuperar el equilibrio, recibió un tremendo impacto en la espalda, que le propinó otro superrobusto con un martillo acelerador. El golpe le partió la armadura y la cadera derecha.

El lobo lanzó un rugido mientras se daba la vuelta para encararse a su atacante con los ojos dorados y negros abiertos de par en par por la furia que lo poseía. Su biología astartes sobrehumana ya había anestesiado el dolor y desviado el flujo sanguíneo de las venas y arterias rotas, inyectando grandes dosis de adrenalina para que Fultag siguiera moviéndose a pesar de la pelvis medio rota.

El superrobusto que lo había atacado era uno de los que estaban equipados con

cuatro brazos y dos cabezas. Su torso y sus hombros eran más anchos que la cabina de un land speeder de la clase Typhoon. Empuñaba el martillo de concusión con las extremidades superiores como si fuera el portador de un cetro ceremonial. Fultag consiguió esquivar el siguiente ataque que dobló hasta aplastar la consola dañada y al superrobusto que yacía sobre ella. El golpe que vino a continuación le dio en la hombrera derecha y lo lanzó de costado contra otro banco de consolas. Fultag soltó un gruñido y le enseñó los dientes en una mueca feroz. Unas cuantas gotas de sangre le salieron de entre los labios. Era un lobo herido, dolorido y letal.

Se lanzó contra el superrobusto y le rodeó con los brazos las extremidades superiores para detener los golpes de martillo. El guerrero de la Quietud se vio obligado a dar unos pasos hacia atrás. No fue capaz de liberar las extremidades superiores, por lo que se dedicó a atacarlo con las extremidades superiores secundarias. Lo golpeó con fuerza en la parte rota de la armadura y en la cadera machacada, y consiguió que el lobo aullara de dolor. Fultag propinó un cabezazo a la cabeza izquierda de la criatura, lo que hizo que la holomáscara se cortocircuitara. El verdadero rostro que se encontraba detrás era un cráneo humano despellejado, conectado a un cuenco de plástico lleno de circuitos. Unos ojos sin párpados le devolvieron la mirada. El impacto había provocado que uno de los ojos se llenara casi de inmediato de pseudosangre.

Fultag lanzó otro gruñido desde lo más profundo de la garganta y le propinó otro cabezazo. Aprovechó que el superrobusto retrocedió de nuevo y le arrancó el martillo de las extremidades superiores, pero la empuñadura estaba resbaladiza por la savia púrpura y se le escapó de las manos.

Lo que hizo a continuación fue arrancarle la cabeza izquierda a su oponente. La sacó directamente de la junta de rótula del hombro en la que se encontraba encajada. Lo sacó todo: cráneo, montura del cuello y espina dorsal, como si fuera la placenta de un parto. Fultag escupió y luego agarró aquella pieza de anatomía con la mano derecha por la base de la columna y empezó a hacerla girar por encima de él, igual que si fuera una honda. En cuanto tomó fuerza suficiente, le propinó un golpe tras otro al superrobusto, y no dejó de hacerlo hasta que la otra cabeza quedó aplastada por completo.

Los guerreros de la Tra mostraron su aprobación ante aquello.

Una nueva oleada de enemigos se lanzó contra Fultag, y la única arma que tenía a mano era el martillo acelerador. Aquello fue su perdición. Todavía conmocionados por el uso de sus propias armas contra sus guerreros, la Quietud había ajustado las condiciones operativas de las mismas. Cuando Fultag intentó defenderse con el martillo, el arma lanzó una gigantesca descarga de energía a través del mango que le abrasó y lo mató de inmediato.

Los guerreros que lo rodeaban asintieron con gesto grave. Un truco, una trampa,

un engaño del enemigo; todo aquello formaba parte de los peligros de la guerra. Todos hubieran tomado la misma decisión que Fultag. Había muerto con honor, y había contenido a los superrobustos el tiempo suficiente para que los guerreros de la Tra se apoderaran del centro de control.

Los sacerdotes lobo se encargaron de los muertos. Hawser vio algunas de las figuras oscuras que había atisbado en la cocina convertida en hospital y luego en morgue el día que se había despertado. El sacerdote que se encargaba de los guerreros de la Tra era Najot Threader.

Lo que más le preocupó a los miembros de la Tra fue la muerte de Fultag. Todos sus órganos internos se habían abrasado. Según oyó Hawser, no quedaba nada que Threader pudiera recuperar.

Hawser no supo a qué se referían.

Una nave de combate se acercó en cuanto la Tra anunció que habían tomado el muelle de gravedad. Notaron cómo temblaba la megaestructura al sufrir los impactos de los disparos lanzados desde las gigantescas baterías de la nave de combate. Los disparos destruyeron las cubiertas secundarias y las naves de apoyo, lo que anuló cualquier capacidad de lanzamientos de nave que tuviera el muelle de gravedad.

El suelo vibró. Luego se oyó un sonido mortecino y apagado, semejante al de un gong gigantesco que resonase de forma arrítmica en un palacio de mármol situado en un lugar muy lejano. El aire comenzó a oler de un modo muy distinto, más seco, como si hubiera hollín o ceniza flotando en los conductos. Hawser sintió temor, un miedo más intenso que el que había sentido mientras se encontraba en mitad del fragor del combate con los guerreros de la Tra. Se imaginó a la dotación de calculadores de bombardeo, con sus capuchas monásticas, desplegados en fila en las tribunas doradas colocadas en pendiente alrededor del puesto de control de disparo de la nave, que recitaban sus largos y complejos algoritmos de puntería con demasiada rapidez a los servidores conectados a las baterías. Se podían cometer errores, e incluso bastaba un pequeño error, un dígito fuera de lugar, para que el disparo de un láser de un megavatio o de un acelerador de partículas se desviara un metro o dos a la izquierda o a la derecha a una distancia de sesenta mil kilómetros. El muelle de gravedad se rasgaría y reventaría como una lámpara de papel encendida a causa de la enorme carga de gas inflamable que había en su interior.

Hawser se dio cuenta de que sentía ese temor porque confiaba en que los guerreros de la Tra lo mantendrían a salvo, incluso del superrobusto más mortífero. Tan sólo temía aquellas cosas que ellos eran incapaces de controlar.

La siguiente fase de la guerra comenzó a desarrollarse. Les llegó la noticia de que habían comenzado los asaltos principales de la flota expedicionaria contra el planeta natal de la Quietud. Los guerreros de la Tra se dirigieron a los hangares de los

extremos del muelle de gravedad para observarlo todo.

Los hangares de los extremos del muelle habían quedado abiertos para permitir la entrada de las numerosas escuadras de naves del Mechanicum y del ejército que transportaban personal a la estructura del muelle. Hawser se reunió con los lobos que estaban mirando a través del entramado de puntales del muelle y de las lanzaderas ancladas. Debajo de todo aquello se veían las hojas de las enormes compuertas y de los portones de carga, abiertos como las alas de los míticos pájaros llamados rocs.

Al otro lado de esas aberturas se encontraba el planeta, que llenaba todo el campo de visión como si fuera una naranja gigante. La aguda claridad sin atmósfera del panorama hacía que la luz reflejada del sol tuviera una intensidad casi semejante a una lámpara de neón.

Los guerreros de la Tra se desplegaron a lo largo del entramado de vigas y de puntales para conseguir la mejor vista de las operaciones que se desarrollaban bajo ellos. No hicieron caso alguno a la tremenda caída. Hawser procuró parecer despreocupado, pero tuvo que contenerse para no agarrarse a todo lo que se encontraba en su camino y que se pudiera considerar un asidero.

Se dirigió hacia una viga del muelle en pos de Aeska Labiorroto, Godsmote y Oje. Otros lobos se apiñaron en las pasarelas de alrededor.

Una formación de naves de despliegue de tropas de gran capacidad apareció a la vista a unos tres kilómetros por debajo de ellos, y los guerreros se mostraron impacientes por ver qué ocurriría. Lo que más sorprendió a Hawser fue el modo en que se comportaban los tres lobos a los que acompañaba. Bajaron hasta la viga como unos animales ansiosos que hubieran divisado a una presa desde la cima de una colina. Oje estaba en cuclillas, agazapado, y los otros dos, tumbados. A Hawser le recordaron a unos perros tendidos bajo el sol que jadearan tras un gran esfuerzo físico, pero que a pesar de ello estaban alerta, preparados para ponerse en marcha de nuevo en cualquier momento. Las enormes armaduras que llevaban no parecían suponerles carga alguna.

Una oleada de destellos diminutos pero cegadores centelleó a lo largo del paisaje de neón anaranjado y anunció el comienzo del bombardeo orbital. Varias manchas negras empezaron de inmediato a desfigurar la atmósfera del planeta de la Quietud, debido a las inmensas cantidades de humo y de partículas que inundaron el aire. La piel de la naranja se oscureció. Las lentas naves de despliegue empezaron a sembrar sus vehículos: las nubes de cápsulas de desembarco y de contramedidas electrónicas cayeron al paso de los monolíticos transportes.

Los lobos se dedicaron a hacer comentarios. Oje se burló un poco del comandante de la 40.ª Flota Expedicionaria y su consejo de tácticos, por no sincronizar el asalto a la superficie con el avance de la línea nocturna, como habría hecho él, y de ese modo aprovechar al máximo las ventajas tácticas y psicológicas de la noche. Aeska se

mostró de acuerdo, pero añadió que él hubiera efectuado el ataque en el lado nocturno del planeta, si no fuera porque al ejército imperial no le gustaba combatir de noche.

—Tienen mala vista —comentó, como si hablara de inválidos o de animales de los que no mereciera la pena hablar—. Lo siento —añadió.

Aquel último comentario lo dirigió por encima del hombro a Hawser, que estaba colgado detrás de ellos, agarrado a una de las vigas con los nudillos blancos.

—¿Por qué?

—Se está disculpando con tu ojo humano —le aclaró Godsmote.

—Quizá alguien debería hacerte un favor y sacarte ése también —apuntó Oje.

Los tres lobos se echaron a reír. Hawser también se rio para demostrar que se había dado cuenta de que se trataba de una broma.

Los lobos volvieron a centrarse en la invasión que se estaba llevando a cabo debajo de ellos.

—Por supuesto, si yo hubiera estado al mando, habría dejado a Ogvai en su principal centro habitado y hubiera vuelto una semana después para recogerlo y limpiarlo a manguerazos.

Los tres lobos se rieron de nuevo y dejaron los dientes al descubierto. Soltaron unas carcajadas tan estentóreas que la viga sobre la que se encontraba Hawser vibró levemente.

Se oyó un grito, y todos se dieron la vuelta para ver qué ocurría.

Oso y otro lobo de la Tra llamado Orcir habían conseguido por fin hacer salir a la dotación de robustos que habían vaporizado a Hjad delante del sótano. Los sacaron a rastras a terreno abierto, donde un grupo de guerreros de la Tra se reunió a su alrededor y los mató de un modo a la vez sanguinario y ritual. A pesar de la falta de rasgos humanos de las criaturas de la Quietud, Hawser no pudo evitar apartar la mirada, ya que no quería tener que recordar aquella escena. Los dos guerreros dejaron lo peor para el jefe grácil de la dotación del arma. Los guerreros de la Tra que lo contemplaban les gritaron para animarlos. Disfrutaban con aquel desmembramiento.

—Están expulsando el maleficarum —le explicó Ogvai.

Hawser levantó la mirada. No había oído acercarse al enorme jarl, cubierto de hollín tras la batalla, ni siquiera cuando ya estaba a su lado.

—¿Qué?

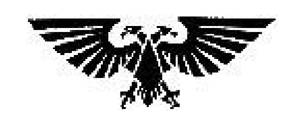
—Están expulsándolo. Le están haciendo tanto daño que sabrá que no debe volver. Lo están castigando, le están explicando lo que es el dolor, para que no tenga ganas de volver a molestarnos.

—Ya veo.

—Asegúrate de que así sea —le replicó Ogvai.

El grácil ya estaba muerto. Los lobos dejaron todos los cuerpos donde habían caído.

Oso cruzó la rampa que bajaba hasta el sótano, y Hawser contempló cómo utilizaba el hacha para borrar la marca de aversión que había grabado minutos antes.



SEIS
CIUDAD RADIANTE

—He visto pasar setenta y cinco años por delante de mis ojos, y he trabajado cincuenta de ellos en este proyecto… —estaba diciendo Kasper Hawser.

—Y el Prix Daumarl confirma vuestro magnífico tra…

—¿Puedo terminar? ¿Por favor?

Henrik Slussen hizo un gesto de asentimiento con una de sus manos enguantadas.

Hawser tragó saliva. Tenía la boca seca.

—He trabajado durante cincuenta años creando y dirigiendo el concepto del Conservatorio desde la nada hasta esto, hasta lo que es hoy en día. Me crio y educó un hombre que comprendía el valor de la información, de la conservación del conocimiento.

—Eso es algo en lo que todos creemos, doctor Hawser —expresó uno de los treinta y seis rubricadores que estaban sentados a las mesas de escritura, situadas a la espalda de Slussen formando un semicírculo. Hawser le había pedido a Vasiliy que organizara la reunión en la sala Innominandum, la sala de conferencias con paredes de paneles de madera, en vez de en el despacho del preboste, tal y como lo había pedido el propio Slussen. Se trataba de una treta psicológica: en aquel lugar podía hacer que Slussen y su séquito se sentaran en los asientos plegables de los alumnos, y así disminuirlo ante su propia autoridad.

—Creo que al doctor todavía le falta bastante para terminar —le dijo Vasiliy al rubricador.

El tono con el que habló fue suave, pero había un matiz indudable de reprobación en la voz. Vasiliy estaba al lado izquierdo de Hawser, y éste estaba seguro de que su mediadora tenía una mano metida en el bolsillo del abrigo, donde guardaba discretamente un pequeño frasco con medicación por si la tensión del momento se le

hacía insoportable al doctor.

Vasiliy se preocupaba mucho. Era algo encantador.

—El trabajo que el Conservatorio ha realizado… —siguió diciendo Hawser—. El trabajo que yo he realizado… se ha centrado únicamente en expandir el conocimiento de la humanidad sobre el cosmos. No ha consistido en recuperar datos y en guardarlos en un archivo inaccesible.

—Explíqueme cómo cree que está ocurriendo eso, doctor —le pidió Slussen.

—Explíqueme usted el proceso mediante el cual un ciudadano normal puede acceder a la información que contienen los archivos de datos del Administratum, subsecretario —le replicó Hawser.

—Existe un protocolo. Se debe hacer una solicitud…

—Que requiere la aprobación de alguien. De una autoridad. El permiso para ese acceso a los datos puede tardar años. La negativa al mismo no se le explica al ciudadano, y esa decisión no puede ser recurrida. La información muy valiosa, la información de valor incalculable, se está metiendo en el mismo saco que los datos administrativos globales sin valor alguno. ¿Vasiliy?

—Los estudios actuales realizados por el Departamento de Eficiencia predicen que el depósito centralizado de datos del Imperio se multiplica por dos cada ocho meses. No tardará en ser difícil simplemente buscar un archivo concreto. Dentro de un año o dos…

Slussen ni siquiera miró a la mediadora de Hawser.

—De modo que se trata de un problema de acceso y de la arquitectura de nuestros archivos. Son dos asuntos que estaré encantado de solu…

—No creo que sean simplemente unos asuntos, subsecretario —lo interrumpió Hawser—. Creo que se trata de síntomas y de excusas. Son un modo suave de ejercer la censura y la prohibición. Son un modo sutil de controlar los datos y de decidir quién consigue qué.

—Eso es toda una acusación —le respondió Slussen con un tono de voz completamente neutro.

—No es la peor acusación que voy a hacer hoy, subsecretario, ni de lejos, así que agárrese bien —le replicó Hawser—. Ya es bastante malo de por sí algo como un control de la información global desde las altas esferas. Ya es bastante malo de por sí algo parecido una conspiración, si no le importa la palabra, que restringe y manipula la libre colaboración para compartir el conocimiento general por toda la humanidad, pero lo peor de todo es la implicación de una ignorancia increíble.

—¿Qué? —exclamó Slussen.

Hawser alzó la mirada hacia el techo del salón de conferencias, donde unos ángeles de témpera volaban y brincaban entre nubes de yeso pintado. Lo cierto era que se sentía un poco mareado.

—Ignorancia —repitió—. El Imperio está tan ansioso por conservar el poder y el control sobre todo el conocimiento disponible que simplemente lo está almacenando todo sin evaluarlo o examinarlo. Tenernos los datos pero no aprendemos nada de ellos. No sabemos lo que sabemos.

—Debemos tener en cuenta la seguridad del Imperio —le recordó uno de los rubricadores.

—¡Eso lo entiendo muy bien! —le bufó Hawser—. Lo único que pido es un poco de transparencia. Quizá se podría crear una especie de foro de análisis en el que se revisen los datos a medida que vayan llegando, para valorarlos. Han pasado seis meses desde que Emantine lo pusiera al mando, subsecretario. Seis meses desde que comenzó a dirigir al Conservatorio hacia la espesa niebla que forma el Administratum, y ya estamos perdiendo nuestro rigor científico. Ya no procesamos o cuestionamos los datos.

—Creo que exagera.

Hawser tomó en la mano una placa de datos que Vasiliy le pasó.

—Sólo en esta semana han sido ciento ochenta y nueve investigaciones arqueológicas o etnológicas de gran calibre las que han pasado a ser archivadas directamente por el Administratum a través de su departamento, sin pasar por el Conservatorio. Noventa y seis de ellas las financiamos nosotros directamente.

Slussen no dijo nada.

—Hace muchos años, tantos que me preocupa contarlos, le hice a alguien una pregunta. En muchos sentidos, fue esa pregunta la que nos ha traído hasta aquí, la pregunta que impulsa todo el ethos del Conservatorio. Tiene dos partes, y me encantaría saber si tiene la respuesta a cualquiera de ambas.

—Adelante —le indicó Slussen.

—¿Sabe alguien siquiera por qué se produjo la Era de los Conflictos? ¿Es que alguien sabe cómo acabamos en mitad de la oscuridad de la Vieja Noche?

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Vasiliy.

—Acabar de hacer las maletas. A lo mejor querrías ayudarme —le respondió Hawser.

—No puedes irte.

—Sí que puedo.

—No puedes dimitir.

—Pues lo hice. Tú estabas delante. Le expresé al subsecretario Slussen mi deseo de apartarme del proyecto durante una temporada. Creo que lo llaman descanso sabático.

—¿Adónde vas a ir?

—A Caliban quizá. Han organizado una misión de investigación para auditar los

Grandes y Temibles Bestiarios de las bibliotecas del bastión. La idea me interesa. O quizá a Marte. Tengo pendiente una invitación para estudiar en el Symposia Adeptus. Quiero ir a un sitio que sea un desafío, que sea interesante.

—Esto no es más que una reacción exagerada —insistió Vasiliy.

La luz del atardecer atravesaba las persianas de rejilla del habitáculo situado en la parte alta de la colmena, en el distrito de los académicos. Era un lugar completamente amueblado, casi lujoso. De todos los objetos que albergaba, muy pocos eran en realidad propiedad de Hawser, sin embargo los estaba guardando en su equipaje modular. Metió unas cuantas prendas de ropa, algunas de sus placas de datos y de sus libros favoritos y, por último, su tablero de regicida.

—La respuesta del subsecretario sólo fue frívola —dijo Vasiliy volviendo a la carga—. Vulgar. En realidad, no lo decía en serio. Fue la tontería de un político, y estoy segura de que en cuanto se lo piense mejor, la retirará.

—Dijo que no importaba —le soltó Hawser. Dejó durante un momento lo que estaba haciendo y miró a su intermediaria. Tenía en la mano un juguete viejo, un caballito de madera, y estaba decidiendo si lo metía o no en el equipaje. Lo tenía desde hacía mucho tiempo—. Dijo que no importaba, Vasiliy. Que las causas que habían provocado la Era de los Conflictos no tenían importancia para esta nueva era dorada. ¡Jamás había oído una estupidez tan grande!

—Está claro que fue algo arrogante —admitió Vasiliy.

Hawser sonrió levemente. Le dolía la pierna, como siempre le pasaba en momentos de tensión. Dejó el caballo de madera de nuevo en la estantería. No lo necesitaba.

—Me voy. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que hice un trabajo de campo. Estoy más que harto de todas estas tonterías políticas y de andar preocupado con la contabilidad. No estoy hecho para eso. Jamás, en ningún momento de mi vida, quise ser un burócrata. ¿Lo entiendes, verdad, Vasiliy? Jamás. No está en mi naturaleza. Yo tengo que trabajar en la zanja marcada de una excavación, o en una biblioteca, con una paleta, un cuaderno de notas o un pictógrafo. No estaré fuera mucho tiempo. Unos pocos años como mucho. El tiempo suficiente para despejar la cabeza y recuperar la perspectiva.

Vasiliy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sé que no voy a convencerte para que no lo hagas —le dijo—. Conozco muy bien esa mirada, la que tienes ahora mismo en los ojos, la que dice «mantente alejada de este loco».

Hawser le sonrió.

—¿Lo ves? Sabes los augurios que debes buscar. Estás advertida.

El planeta natal de la Quietud, la bola de neón de color naranja, estaba cubierto de

hielo en las zonas importantes. Por lo que parecía, la Quietud había extendido de un modo artificial los casquetes polares para formar una especie de cubierta blindada.

Ogvai recibió un mensaje en el que se le solicitaba ayuda.

—Vamos a bajar a la superficie —le dijo Fith Godsmote a Hawser—. Vendrás con nosotros. Compondrás una narración.

Casi sonó como una pregunta, pero en realidad era una declaración de lo que iba a ocurrir.

Varios Stormbird habían llegado a las extravagantes instalaciones del muelle de gravedad. Los guerreros de la Tra prepararon sus armas y equipos y se colocaron en fila para subir a bordo de las naves, y Hawser se fijó en que discutían de buen humor y medio en broma mientras se disponían a partir.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó a Godsmote.

—Están discutiendo en qué nave deberías ir —le explicó el lobo—. Cuando llegaste a Fenris eras una mala estrella, y caíste del cielo. Nadie quiere ir por el cielo con una mala estrella.

—Es comprensible.

Miró a los grupos de astartes y los llamó con un grito.

—¿En qué nave irá Oso?

Algunos de los guerreros señalaron uno de los Stormbird.

—Pues entonces yo iré en ése —declaró Hawser mientras se dirigía hacia el vehículo—. Oso no permitirá que me caiga del cielo dos veces.

Todos los guerreros de la Tra se echaron a reír excepto Oso. Las risas tenían un trasfondo de gruñidos gorgoteantes de leopardo.

Hawser tuvo que taparse la nariz y la boca con una máscara respiratoria de plastek, ya que existía algún elemento en la atmósfera del planeta que afectaba a la biología humana normal. Los astartes no necesitaron ninguna clase de aparato de ayuda. Muchos iban con la cabeza completamente descubierta.

El paisaje era extraordinario. El cielo, apenas cubierto de finas nubes de vapor, era una cúpula oceánica de color ámbar de una claridad tan brillante que parecía hecha de vidrio soplado. Todo tenía una cierta tonalidad amarillenta, un matiz anaranjado. Aquello le recordó algo a Hawser, y tardó un poco en darse cuenta de qué era.

Cuando por fin lo hizo, fue un recuerdo sorprendentemente vívido: Osetia, unos pocos días antes de su cuadragésimo cumpleaños. Recordó a la capitana Vasiliy riéndose mientras le permitía ponerse su pesado equipo visual; él parpadeó mientras contemplaba a través del enorme visor deslizante un mundo teñido de color naranja.

Luego oyó en la cabeza la *Marcha de la Unidad*, que alguien tocaba en un clavicordio viejo, e intentó pensar en otra cosa.

Habían aterrizado en una gran llanura de hielo. El paisaje bajo el cielo era liso pero estaba lleno de pequeñas depresiones, semejante a un suelo artificial levemente rugoso salido de una máquina. Sin embargo, era hielo. Las pequeñas depresiones eran los puntos donde el líquido se había congelado casi al instante, y los miembros del cuerpo de ingenieros de las brigadas imperiales que avanzaban por el sector ya habían tomado muestras de esos puntos. La composición química coincidía con lo que se había detectado mediante los sensores orbitales. Había unas torres enormes, del tamaño de la cúpula de una ciudad colmena, pero que mostraban un diseño parecido al del muelle de gravedad que flotaba en la órbita del planeta. Las torres sobresalían de la extensión de hielo separadas entre sí una distancia de seiscientos setenta y cinco kilómetros formando intervalos regulares, igual que unas agujas en un alfiletero.

—Aquí no hay caza —fue casi lo primero que dijo el lobo que estaba al lado de Hawser.

Se refería a que aquel hielo era una extensión estéril. Hawser también fue capaz de sentirlo. Aquello no era el paisaje blanco y absolutamente salvaje de Asaheim. Era algo creado de forma artificial. Llegó a la conclusión de que las torres eran las generadoras de todo lo que se veía. Al verse enfrentada a una invasión planetaria de semejante escala, la Quietud había utilizado su avanzada tecnología para extender los casquetes polares y así formar unos escudos. El grosor y la composición eran tales, que buena parte de los bombardeos orbitales habían fracasado porque el hielo había resistido.

Había ciudades bajo ese hielo, y la Quietud se preparaba para contraatacar desde ellas.

El ejército imperial había tomado como objetivos varias de las torres, y estaba atacándolas con un gran número de tropas. Hawser vio las oleadas de infantería y de máquinas de combate blindadas que cruzaban el hielo en dirección a una de ellas y que ya se estaban colando entre los pilones de los puentes y las vigas de apoyo. Un tremendo bombardeo artillero había acribillado esa zona de la llanura helada, y la corteza que rodeaba la estructura de la torre había comenzado a fundirse, lo que sugería que había sufrido daños en parte de sus mecanismos.

Había fuegos ardiendo por doquier. Miles de columnas de humo sucio ascendían hacia el cielo de color ocre hasta donde alcanzaba la vista. Cada una de aquellas columnas surgía de una máquina destruida, que no eran más que puntos sobre el hielo en mitad de una masa general de atacantes. Todo aquello ocurría a una escala que él no era realmente capaz de comprender. Era igual que la escena de trasfondo del retrato de un general o de un comandante supremo, esos en los que aparecían con la espada en alto y una bota pisando un casco caído en el suelo. Hawser siempre había supuesto que las apocalípticas escenas de batalla que se veían en el fondo de las

pinturas eran, en realidad, una exageración, y que sólo servían para resaltar la importancia del retratado.

Sin embargo, aquello que estaba contemplando era algo más grande que cualquier otra escena que hubiera visto a lo largo de su vida. El campo de batalla tenía el tamaño de un continente, la hueste armada la componían millones de soldados, y esa hueste sólo era una de los cientos de miles que el Imperio había lanzado a un cosmos que se despertaba. En un acceso de repulsión, vio la escala contradictoria en que se movía la humanidad: su enorme estatura como especie, que le permitía dominar la galaxia, y la estatura individual del soldado común, uno de miles, que caía y desaparecía bajo las botas lanzadas a la carga de los camaradas que asaltaban las puertas enemigas.

Las defensas de la Quietud acribillaron las líneas imperiales con un desdén mortífero. El aire sobre la vanguardia del ataque parecía distorsionarse cada vez que los disparos de las armas de la Quietud impactaban y destrozaban armaduras, hielo y cuerpos humanos. En lo más alto de la ominosa torre, unas torretas semejantes a lámparas gigantescas rotaban lentamente y lanzaban rayos de energía aniquiladora como si fueran los haces de luz de unos faros letales. Los rayos dejaban unas cicatrices negras, humeantes y pegajosas abiertas en las filas densas y apretadas de los soldados imperiales que avanzaban.

Varias formaciones de tanques superpesados se detuvieron para disparar con precisión sobre el hielo y comenzaron a devastar los niveles inferiores de la torre. Diferentes partes de la misma estallaron y lanzaron una gigantesca lluvia de escombros. Las explosiones parecían pequeñas desde lejos, y las nubes de restos poco más que chorros de polvo, pero Hawser sabía que tan sólo se debía a una cuestión de escala. La torre era inmensa. Las nubes de escombros eran equivalentes a las que caerían después de la destrucción de un bloque de edificios en una ciudad.

Toda la sección que formaba uno de los puentes se desplomó y lanzó a los soldados imperiales al abismo que se estaba abriendo entre la propia torre y la banquisa de hielo. Cayeron cientos de soldados, unas motas diminutas que daban vueltas sobre sí mismas, y la luz se reflejó en las armaduras y en las charreteras doradas. Numerosos vehículos blindados se desplomaron también al vacío, después de deslizarse con las cadenas chirriando y soltando chispas sobre la superficie del puente a medida que se doblaba y cedía. Aquel destacamento se había lanzado al asalto de una de las puertas exteriores principales, que se había mantenido cerrada y firme en todo momento. Otra sección de puente se colapsó cinco minutos más tarde, cuando una de las subtorretas sucumbió al bombardeo de los tanques superpesados y se desplomó como una avalancha, con su estructura desdibujándose en la caída, y su peso arrancando la cara posterior de la torre principal estallar contra el gigantesco puente que cruzaba el abismo.

¿Cuántas miles de vidas imperiales se habrían apagado en ese segundo? ¿En ese instante? ¿En ese rugir insensato?

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó también Hawser.

—Vamos. Tú, escaldo, vamos.

Dio la espalda a aquel espectáculo del fin del mundo y vio el rostro de Oso iluminado por las llamas. No vio una sonrisa en su cara, ni expresión alguna de aprecio. Hawser había descubierto que era uno de los rasgos característicos de aquel lobo huraño. Supuso que Oso se comportaba de un modo más huraño con él porque había sido precisamente él, un humano, quien había provocado que Oso, un astartes, tuviera una serie de problemas bochornosos a los ojos de sus camaradas de compañía en particular y de los Vlka Fenryka en general.

—¿Adónde? —quiso saber Hawser.

Oso pareció molestarse un poco.

—Adónde yo te diga —le replicó antes de volverse e indicarle con un gesto de la cabeza que lo siguiera.

Se alejaron del borde amarillento de una cresta helada, donde la mayoría de los guerreros de la Tra se habían acomodado para ver el combate. Detrás de ellos, una gruesa columna creciente de polvo espeso de color crema se extendía lentamente por el cielo ambarino. Surgía del torbellino que rodeaba el asalto de la torre, y ascendía hacia el cielo como un glaciar manchado, lento, poderoso y amenazador. La parte superior, donde se ensanchaba, ya medía más de setenta kilómetros de diámetro, y las formaciones de cañoneras y de naves de ataque a superficie del ejército desplegadas para apoyar el asalto tenían que confiar sólo en los instrumentos de vuelo cuando penetraban en aquella neblina sulfurosa.

Hawser siguió a Oso por la ladera. El fino polvo de nieve amarilla se pegaba a la armadura gris oscuro del lobo. Hawser tropezaba y resbalaba cuando la suave pendiente se deslizaba o se hundía bajo sus pies, pero todos y cada uno de los pasos que dio Oso fueron firmes. Daba unas grandes zancadas y plantaba el enorme pie con la bota blindada que lo envolvía. No tuvo que mantener el equilibrio ayudándose de una mano ni una sola vez. Empezó a dejarlo atrás.

Hawser se concentró en las trenzas de cuero negro y en las figurillas rúnicas que el lobo llevaba atadas al cinto y a la propia armadura. Se imaginó que se agarraba a ellas y se mantenía colgado, e intentó alcanzarlo de nuevo.

Subieron serpenteando por la ladera del risco, a través de los grupos de lobos que esperaban, más allá de los monstruos amenazantes que eran los exterminadores, con su enorme armadura pulida y reluciente bajo el sol. Dejaron atrás los equipos de sirvientes que realizaban ajustes y pequeñas reparaciones puntuales a las junturas y articulaciones de las armaduras de sus señores, mientras éstos esperaban impacientes a que terminaran para poder volver a contemplar la batalla. Los exterminadores

estaban tan inmóviles como estatuas de bronce, y con el mismo aspecto siniestro; todos encarados hacia el punto donde se libraban los combates.

Lejos del perímetro sin marcas pero bien definido que ocupaba el punto de observación de los guerreros de la Tra, el escalón de retaguardia y los campamentos de suministros de aquel grupo del ejército imperial estaban desplegados como un zoco. Había una zona muerta, una franja de una anchura de unos dos kilómetros aproximadamente, entre las posiciones de los astartes y el puesto del ejército más cercano, lo que indicaba la profunda reticencia que sentía cualquier soldado, oficial o incluso intermediario del ejército imperial ante la idea de ponerse a la vista de un lobo fenrisiano.

«Si lo supieran… —pensó Hawser—. No hay lobos en Fenris».

—¡Mantén el paso! —le gritó Oso tras darse la vuelta para mirarlo.

Al menos, ya mostraba una expresión clara en el rostro. Era enfado. Su cabello negro formaba una cortina desigual que le dejaba los ojos envueltos en sombras y los hacía brillar con malevolencia nocturna.

Hawser tenía el cuerpo cubierto de sudor bajo el mono de combate y la piel que llevaba sobre los hombros. Estaba sin respiración y el sol le quemaba el cuello.

—Ya voy —le contestó.

Se limpió el sudor de la cara y tomó un largo sorbo del conducto de hidratación del interior de su máscara respiratoria. Se detuvo a propósito para recuperar el aliento. Quería saber hasta dónde podía llevar a Oso. Quería saber qué haría Oso.

Esperaba que no lo golpeara.

Oso lo observó. Se había recogido el cabello negro en una serie de trenzas que luego se había anudado alrededor de la cabeza antes del ataque contra el muelle de gravedad para que el casco de la clase Mark IV se le acomodara bien. Una de las trenzas se había soltado y era la que le dibujaba aquella cortina sobre sus ojos. Oso comenzó a trenzar de nuevo el mechón de cabello mientras esperaba a Hawser.

Este inspiró profundamente, movió el cuello bajo el calor cosquilleante, y se reunió con Oso.

Entraron en el campamento del ejército. Tan sólo habían transcurrido unas pocas horas, pero ya parecía un pueblo de colonos de buen tamaño. Los transportes transatmosféricos de la clase Arvus y Aves aterrizaban y despegaban para continuar con el flujo de suministros en mitad de la neblina del vapor de hielo del otro extremo. El vapor reflejaba la luz del sol y creaba una serie de arco iris parciales. El campamento era un burdo entramado de tiendas prefabricadas y módulos ambientales mezclados con cápsulas, contenedores, cajas de munición y vehículos. Algunos eran de color beige, otros dorados, otros verdes, otros rojizos, otros grises, y el conjunto le pareció a Hawser una mancha de moho o de liquen que se extendía sobre la superficie limpia de la llanura de hielo. Cuando lo mencionó más tarde, la descripción le ganó

unos cuantos gruñidos de aprobación por parte de los lobos.

Nadie les discutió el derecho a entrar en el campamento. Los límites de la base móvil estaban vigilados por piquetes de los Halcones Savarenos, con sus chacós y sus lanzas de puntas doradas, y por las tropas de élite que formaban la división G9K, con unos largos guardapolvos sobre sus trajes de combate servopotenciados. Ni una sola de las armas se volvió hacia ellos. Cuando el lobo se acercó, seguido del humano que correteaba a su espalda, todos los soldados encontraron algo mucho más interesante a lo que dirigir la mirada. El personal militar que se afanaba en las «calles» de aquel asentamiento de tiendas se apartaron y les dejaron un amplio espacio por el que caminar.

El lugar era semejante a un zoco, un mercado bullicioso, sólo que todos los comerciantes eran abastecedores de suministros militares, y todos los productos eran municiones y material de combate.

—¿Adónde vamos? —insistió Hawser.

Oso no le contestó. Siguió caminando a grandes zancadas por el campamento.

—¡Eh! —le gritó Hawser, y corrió para alcanzarlo.

Cuando llegó a su altura, lo agarró de la gruesa muñequera de la armadura y dio un tirón. La ceramita estaba tan fría como para dejar sin sensibilidad la piel.

Oso se detuvo en seco y se volvió con enorme lentitud. Luego miró a Hawser, y a continuación bajó la vista a la vulnerable mano humana que le estaba tocando el brazo.

—No ha sido buena idea, ¿verdad? —dijo Hawser al mismo tiempo que la retiraba con precaución—. ¿Por qué no te caigo bien?

Oso se dio media vuelta y comenzó a caminar de nuevo.

—No me caes ni bien ni mal, pero creo que no deberías estar aquí —le contestó Oso.

—¿Aquí?

—Con el Rout.

Oso se detuvo de nuevo para mirarlo.

—¿Por qué viniste a Fenris?

—Es una buena pregunta —le contestó Hawser.

—¿Y cuál es la respuesta?

Hawser se encogió de hombros.

Oso se volvió una vez más y comenzó a caminar de nuevo.

—El jarl quiere que veas algo.

Habían erigido un refugio de mando de gran tamaño en el centro del extenso campamento, que cada vez más y más le recordaba la explanada de un circo. Habían colocado amplias extensiones de lona para que su sombra sirviera de protección frente a la inclemente luz del sol de aquel desierto de hielo. También se habían

erigido varios muros de placas reforzadas como prevención ante cualquier disparo perdido o afortunado. Cerca de allí había una dotación de servidores plateados que estaban afanándose en instalar y activar un generador portátil de escudo de vacío que, para el anochecer, protegiera aquella sección tan valiosa del campamento bajo un parasol azul sibilante. Las extensiones de lona y los muros de placas distorsionaban el rugido que llegaba procedente del conflicto que se libraba al otro lado del risco, y, de algún modo, lo aumentaban de volumen y de intensidad hasta superar el que llegaba a la ladera donde se encontraban concentrados los lobos.

Bajo el pabellón central se habían reunido unas doscientas personas. Estaban alrededor de una mesa móvil de strategium, cuya parte superior no cesaba de centellear con despliegues hololíticos activos.

Aquel grupo, compuesto exclusivamente por oficiales del ejército imperial, se dividió para dejar paso a Hawser y al enorme astartes que lo acompañaba. Hawser sintió un chasquido en los oídos y un cierto frescor en la cara cuando subió al estrado autorregulado de piezas entrelazadas. Aquello indicaba que acababa de entrar en una burbuja de medio ambiente artificial. Se quitó la máscara y la dejó colgando del cuello. Olió el aire limpio, y también el sudor de unos individuos acalorados, nerviosos y cansados.

Ogvai se encontraba en el centro de la reunión, al lado de la mesa de strategium. No lo acompañaba ningún guerrero de la Tra, y se había quitado el casco y las piezas de la armadura que le cubrían los brazos, los hombros y el torso. De la cintura para abajo estaba blindado con el resto de la armadura, lo que le daba un aspecto desproporcionado. Los largos brazos blanquecinos sobresalían del blanco vulcanizado del chaleco sin mangas que le cubría el torso, del que sobresalían los tubos de alimentación y los disipadores de calor como si fueran capilares que hubieran sufrido necrosis. Si a eso se añadía su cabello negro, largo y dividido en dos mitades desde el centro de la cabeza, Ogvai parecía más bien un luchador de pozo rodeado por el público en mitad de una feria de pueblo.

Hawser había visto individuos semejantes en muchas ocasiones durante su niñez en la comuna. El rector Uwe llevaba a veces a los críos a los festivales que se celebraban en los campamentos de trabajo de Ur, donde, a la vista de los monolíticos planes de la ciudad soñada, que se iban llevando a cabo poco a poco, los trabajadores dejaban sus labores para celebrar las fiestas periódicas de Catherismas, Radmastide y del Arquitecto Divino, además de los días de guardar de las logias de constructores. Aquellos días de fiesta eran básicamente excusas para celebrar ferias y festivales llenos de diversión. Algunos de los trabajadores más corpulentos se desnudaban de cintura para arriba e invitaban a todos los recién llegados a enfrentarse a ellos poniendo como premio cerveza, monedas y la diversión de la multitud. Normalmente les sacaban la cabeza y los hombros a la mayoría de los espectadores.

Sólo que, en esa ocasión, los espectadores eran miembros del personal de servicio del ejército, muchos de ellos individuos grandes e imponentes. Ogvai parecía un puro monstruo en mitad de ellos. Su piel tan blanca le daba el aspecto de haber sido tallado en hielo, pero lo hacía inmune al tremendo calor del interior del pabellón, donde todos los demás sudaban y tenían el rostro enrojecido. Con aquel grueso arete que le rodeaba el labio inferior daba la impresión de que los estaba provocando a todos.

Hawser se preguntó por qué se habría quitado la armadura. Tenía un aspecto… informal. Además, ¿para qué querría Ogvai que estuviese presente?

Oso se detuvo en el borde de la circunferencia formada por los espectadores, con Hawser a su lado. Ogvai los vio. En esos momentos estaba discutiendo con tres oficiales de rango superior del ejército alrededor de la mesa. El lobo se inclinó hacia adelante y apoyó en ella las palmas de las manos. Fue un gesto bastante despreocupado pero un tanto despreciativo. Los oficiales dieron muestras de sentirse incómodos. Uno era un mariscal de campo de los Outremars, y sostenía de forma obediente la imagen holográfica del rostro de su señor khedive, que asistía a la reunión a distancia, igual que lo haría un camarero con la cabeza de un grox presentada en una bandeja. A su lado se encontraba un fornido señor de combate de la División Asesina G9K, que estaba colérico. Llevaba puesta una chaqueta blindada y la gorra acolchada de un piloto de tanque. El tercero era un individuo pecoso y pálido, de cabello rubio, que vestía con el austero uniforme perteneciente a los regimientos Jaggedpanzor. Le resultó curioso oír hablar en gótico bajo a Ogvai. Era curioso que supiera hablarlo, y también oír cómo con aquella mandíbula y aquellos dientes conseguía emitir unos frágiles sonidos humanos.

—Estamos perdiendo tiempo. Este asalto carece de la fuerza necesaria —les decía en esos momentos a los oficiales.

La imagen hololítica del khedive de Outremar lanzó un chillido electrónico de rabia, un sonido que llegó distorsionado por la transmisión digital.

—Eso es un insulto claro y directo a los organizadores de este ataque planetario —declaró la imagen—. Os habéis propasado, jarl.

—No, no lo he hecho —lo corrigió Ogvai con voz amable.

—Vuestro comentario ha sido sin duda muy crítico con la competencia de este ataque —replicó el oficial de los Jaggedpanzor.

El oficial le habló con un tono mucho más conciliador que el que había utilizado el khedive, probablemente porque él sí se encontraba físicamente delante de Ogvai.

—Lo ha sido —le confirmó el jarl.

—¿Os parece que esto «carece de la fuerza necesaria»? —le preguntó el comandante de la G9K al mismo tiempo que señalaba con un gesto de la mano el despliegue de imágenes que tenían delante.

—Sí. Sin duda se trata de asalto en masa a la superficie muy bien organizado.

Supongo que vos lo planeasteis.

—Tuve el honor de racionalizar el plan de invasión en nombre del comandante de la expedición —le confirmó el khedive.

Ogvai asintió, y luego miró al oficial de los Jaggedpanzor.

—¿Podéis matar a un hombre con un rifle? —le preguntó.

—Por supuesto —le respondió el oficial.

—¿Podéis matar a un hombre con una pala? —le preguntó a continuación.

El oficial frunció el entrecejo.

—Sí.

Ogvai miró al oficial de la G9K.

—Y vos, ¿podéis cavar un agujero con una pala? —quiso saber Ogvai.

—Por supuesto —respondió de inmediato el oficial.

—¿Y podéis cavar un agujero con un rifle?

Esta vez no respondió.

—Hay que utilizar la herramienta adecuada para cada tarea —les explicó Ogvai —. Tenéis un ejército numeroso con el apoyo adecuado y un planeta que debéis tomar. No es algo automático que si se lanza el primero directamente contra el segundo, conseguirán lo que quieren.

Ogvai miró a Oso.

—No se intenta cazar un urdarkottur con una hacha, ¿verdad, Oso?

Oso se echó a reír con el gruñido gorgoteante de un leopardo.

—¡Hjolda, no! Necesitas una lanza de diente largo para atravesarle bien el pellejo.

Ogvai miró a los comandantes del ejército.

—¿Lo veis? La herramienta adecuada para cada tarea.

—¿Y acaso ustedes son la herramienta adecuada para esta tarea? —le preguntó el khedive.

Hawser oyó como al oficial de los Jaggedpanzor se le escapaba una exclamación en voz baja y se echaba hacia atrás.

—No os paséis —le dijo Ogvai al holograma—. Intento ayudaros a salvar la cara. Va a ser el comandante de la flota el que lo lance por la borda si la situación no empieza a mejorar.

—Agradeceremos cualquier consejo que puedan ofrecernos los astartes —dijo de repente el mariscal de campo que llevaba la bandeja con el holograma.

El oficial movió hacia un lado la bandeja por si acaso su lejano superior, representado por aquel holograma, decía algo que resultara ser demasiado ofensivo.

—Para eso os pedimos que vinierais —dijo el oficial del G9K.

Ogvai asintió.

—Bueno, todos servimos al gran Emperador de Terra, ¿no? —les respondió con una sonrisa. El gesto dejó al descubierto sus dientes blancos—. Todos luchamos en el

mismo bando y con los mismos objetivos. Él creó a los Lobos de Fenris para que destruyeran a los enemigos que no se podían destruir de otra manera, así no tienen que pedirlo dos veces, ni siquiera hacerlo de un modo educado.

Ogvai se volvió hacia la imagen titilante del holograma, hacia el rostro del khedive.

—Aunque siempre viene bien un poco de educación básica. Sin embargo, hay algo que quiero que quede claro. Si queréis que hagamos esto, no interfiráis. Regresad con vuestros superiores y aseguraos de que cada uno envía un mensaje oficial al comandante de la flota expedicionaria donde se le comunique que mis astartes tienen el control absoluto de este teatro de operaciones para acabar de una vez por todas con esta guerra. No pienso mover un dedo hasta que se nos confirme este punto.

Hawser se preguntó para qué querría que viera aquello. ¿Querría impresionarlo? ¿Sería eso? ¿Querría que viera cómo intimidaba y acobardaba a comandantes superiores de la Cruzada? Y si era así, quería que lo viera cómo lo hacía sin la parte superior de la armadura, como si estuviera relajado.

La reunión comenzó a disolverse. Ogvai se acercó a Oso y a Hawser.

—¿Lo has visto? —le preguntó en juvjk.

—¿Ver el qué? —le contestó Hawser.

—Te he traído aquí para lo que vieras —le espetó Oso.

—¿Qué todo el mundo te teme?

Ogvai sonrió.

—Sí, eso también, pero que, además, sigo el código de la guerra. Que seguimos el código de la guerra. Que los Vlka Fenryka cumplimos los códigos de conducta.

—¿Por qué es importante que comprenda eso? —quiso saber Hawser.

—La VI Legión Astartes tiene una reputación —comentó Oso.

—Todas las legiones astartes tienen una reputación —le contestó Hawser.

—No como la nuestra —terció Ogvai—. Somos famosos por nuestra ferocidad. Somos considerados primitivos e indisciplinados. Hasta algunas legiones hermanas piensan que somos salvajes y bestiales.

—¿Y no lo sois? —inquirió Hawser.

—Si hace falta serlo, sí —le replicó Ogvai—. Pero si ésa fuera nuestra auténtica naturaleza básica, a estas alturas estaríamos todos muertos. —Se inclinó sobre Hawser como un padre que le estuviera hablando a su hijo—. Hace falta un enorme autocontrol para ser tan peligrosos como somos.

Hawser pidió permiso para quedarse en el campamento del ejército durante una o dos horas, hasta que llegara el momento de partir. Ogvai ya se había marchado, y Oso le entregó una pequeña vara localizadora. Le dijo que regresara al punto de desembarco

en cuanto sonara.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Hawser había estado en compañía de seres humanos normales. De hecho, casi toda una vida, para después renacer como algo que ya no era enteramente humano. Después de despertarse, había pasado casi todo un gran año en el Colmillo con el Rout, aclimatándose y aprendiendo sus costumbres, aprendiendo sus historias, aprendiendo a orientarse en el interior de las entrañas sombrías del aett.

A lo largo de todo ese tiempo, había tres cosas a las que no había tenido acceso. La primera era el Rey Lobo. Hawser ni siquiera llegó a saber si el sexto primarca había estado o no en Fenris durante ese período de tiempo. Lo dudaba mucho. El Rey Lobo probablemente estaba en las Tierras Superiores, a la cabeza de compañías de lobos al servicio del Emperador. Hawser tuvo que aceptar la idea de que Skarssen y Ogvai serían los lobos de mayor rango que conocería.

Lo segundo fue un secreto, algo sobre el propio Hawser. Le costaba trabajo expresar cómo era posible que lo supiera, pero lo sabía. Era algo instintivo, que le surgía de las entrañas. Los lobos a menudo le describían algunos momentos del combate en términos semejantes. Sentían unos estímulos viscerales en su fuero interno que constituían la diferencia entre la vida y la muerte. Siempre sonaban orgullosos de ser capaces de sentir aquello. Hawser se felicitó a sí mismo por adaptarse y encontrarse tan inmerso en aquella sociedad que había aprendido a reconocer esa misma sensación.

Si era así, aquello le indicaba algo. Los astartes y sus sirvientes le estaban ocultando algunos detalles sobre sí mismo, algo en concreto. Se trataba de algo tremendamente sutil. No se producían interrupciones bruscas en las conversaciones cuando entraba una estancia, o las frases se detenían de repente cuando quien hablaba se pensaba mejor lo que estaba diciendo.

Lo tercero era la compañía humana.

La compañía Dekk regresó al aett hacia el final del primer gran año después de un largo turno de servicio en la Segunda Guerra Kobolt, y la Tra fue enviada a la línea del frente con la orden de seguir y de apoyar a la 40.ª Flota Expedicionaria en el Racimo Gogmagog.

Nadie puso en duda que Hawser iría con ellos. Formaba parte de la unidad, parte del apoyo de la compañía, junto a los sirvientes, los armeros, los pilotos, los servidores, los músicos, los suministradores y los carniceros.

Embarcaron en la *Nidhoggur*, una de las naves de combate sombrías y carentes de toda comodidad que se encontraban al servicio de la VI Legión, y realizaron la traslación al Immaterium con una flotilla de naves de transporte de apoyo. Nueve semanas después, en un punto mandeville cercano a Gogmagog Beta, efectuaron el regreso al espacio real y se reunieron con la 40.ª Flota Expedicionaria, que en esos

momentos estaba intentando penetrar de un modo infructuoso en el territorio de la Quietud Olámica.

—¿Qué clase de criatura eres?

Hawser levantó la vista de la mesa del strategium y descubrió que quien le hablaba era el señor de combate de la División Asesina G9K, uno de los que había conferenciado con Ogvai.

—¿Tienes permiso para estar aquí? —le preguntó el oficial. Era evidente que se sentía envalentonado ante la ausencia del enorme astartes.

—Sabe muy bien que sí —le contestó Hawser con una confianza que lo sorprendió incluso a él.

El oficial parecía dispuesto a discutírselo, así que Hawser se apartó de la cara el cabello, que le había crecido mucho durante el gran año que había pasado en el aett, y dejó bien a la vista el ojo dorado de pupila negra.

—Soy un observador, elegido por el favor mostrado por la VI Legión Astartes —añadió Hawser.

En el rostro del señor del combate apareció una expresión de disgusto.

—Pero ¿eres humano?

—En términos generales, sí.

—¿Cómo puedes vivir con esas bestias?

—Bueno, para empezar, tengo cuidado con lo que digo. ¿Cómo se llama?

—Pawel Korine, señor de combate de primera clase.

—Tengo la impresión de que nadie se siente cómodo con la idea de que los lobos sean sus aliados.

Korine miró a Hawser con gesto de incertidumbre.

—Creo que sí, que tendré cuidado con lo que digo. No quiero que me vean a través de tus ojos y decidan que me hace falta una lección sobre el sentido de la obediencia.

—No es así como actuamos —le dijo Hawser con una sonrisa—. Puedo ser selectivo y discreto. Me gustaría mucho saber lo que piensa.

—Entonces, ¿qué eres? ¿Un cronista? ¿Un rememorador?

—Algo parecido. Confecciono relatos.

Korine dejó escapar un suspiro. Era un individuo fornido con rasgos étnicos prusianos, y se comportaba como un soldado de carrera. G9K tenía una reputación formidable como fuerza de combate de primera línea. También era famosa por mantener un modelo arcaico de paga y ascenso que se decía tenía sus orígenes en las tradiciones antediluvianas de los mercenarios patrocinados y pagados por mercaderes. Que Korine hubiese alcanzado el grado de señor de combate de primera clase indicaba que sin duda había tenido un servicio activo de considerable duración.

—Cuénteme qué es lo que quiere decir —le insistió Hawser.

Korine se encogió de hombros.

—He presenciado muchas cosas. Lo sé, lo sé. Es lo que cabe esperar de la vida de un soldado, pero fíate de lo que te digo. He pasado treinta y siete años en esta cruzada. Treinta y siete años y ocho campañas. Sé lo horrible que puede llegar a ser una situación. He visto combatir cuatro veces a los astartes, y en todas ellas me he sentido atemorizado.

—Están diseñados para atemorizar. No podrían ser completamente efectivos si no lo hicieran.

Korine no pareció muy convencido por el razonamiento.

—Bueno, eso es algo completamente distinto —le contestó—. Lo que yo digo es que, si la humanidad va a recuperar este gran imperio, tiene que hacerlo con el sudor de su frente y con la fuerza de sus brazos, y no construir unos puñeteros superhombres que le hagan el trabajo.

—Ya he oído esos argumentos con anterioridad. Tienen cierto mérito. Sin embargo, ni siquiera hubiéramos sido capaces de reunificar la propia Terra sin que los astartes nos…

—Sí, sí. ¿Y qué haremos cuando acabemos con nuestra tarea? —le preguntó Korine—. Cuando se acabe la Cruzada, ¿qué haremos con los todopoderosos marines espaciales? ¿Qué se hace con algo que sólo puede ser una arma cuando se haya acabado la guerra?

—Quizá la guerra no se acabará nunca —comentó Hawser.

Korine frunció sus finos labios en una mueca de desagrado.

—Entonces, sólo estamos desperdiciando nuestras vidas —le replicó.

El comunicador de muñeca que llevaba puesto, envuelto por una gruesa protección de goma negra, soltó un pitido, y Korine consultó la pantalla.

—Acaban de anunciar la evacuación para dentro de seis horas. Tengo que ver qué está ocurriendo. Puedes venir conmigo si quieres.

Salieron de nuevo a terreno abierto y al sol abrasador. Hawser notó que la burbuja de atmósfera artificial chasqueaba a su alrededor y se puso la máscara respiratoria. El nivel de actividad del campamento se había acelerado. Las naves de transporte, desplegadas al otro lado de la franja de vapor situada más allá del límite del campamento, estaban esperando su turno sobre el desierto de hielo formando una fila temblorosa en el aire, hasta que les llegara el momento de virar y aterrizar para cargar. Las más lejanas parpadeaban bajo el aire, que rielaba a causa del extraño calor.

—Entonces, ¿no aprueba la existencia de los astartes, señor de combate? —le preguntó Hawser mientras caminaban por el campamento.

—Por supuesto que sí. Son seres extraordinarios. Como ya he dicho, los he visto combatir en cuatro ocasiones.

Entraron en el puesto de mando del señor de combate, una gran tienda que decenas de oficiales y técnicos de la G9K estaban desmantelando para retirarse. Korine se acercó a una mesa pequeña y comenzó a recoger sus pertenencias y equipo personal.

—La Guardia de la Muerte en una ocasión —le dijo, levantando un dedo para comenzar la cuenta—. Una eficiencia mortífera con un número tremendamente reducido de efectivos. Los Ángeles Sangrientos. —Levantó otro dedo—. Un enfrentamiento que se nos complicó, y mucho, durante el asalto a unas fortificaciones de una de las lunas de Fraemium. Llegaron… llegaron igual que ángeles. No pretendo ser un simplón. Nos salvaron. Parecieron llegar a tiempo de salvar nuestras almas.

Korine miró a Hawser y alzó el tercer dedo.

—Los Cicatrices Blancas. Luchamos codo con codo junto a ellos durante seis meses en las llanuras de X173 Plural en la erradicación de unas formas de vida alienígenas. Una concentración y una dedicación absolutas, inmisericordes. No puedo atribuir fallo alguno a su cumplimiento del deber, ni a la devoción que sienten por la causa de la Cruzada, ni a sus enormes esfuerzos como guerreros.

—Dijo cuatro veces —lo presionó Hawser.

—Así es —admitió Korine, y alzó un cuarto dedo en un gesto que a Hawser le recordó una rendición—. Los Lobos Espaciales, hace dos años, más o menos. La compañía Dekk. Así era como se llamaban a sí mismos. Llegaron para apoyarnos en los combates durante la campaña Kobolt. Había oído cosas sobre ellos. Todos habíamos oído cosas sobre ellos.

—¿Qué clase de cosas?

—Que hay marines espaciales y marines espaciales. Que hay supehombres y que hay monstruos. Que con tal de conseguir la perfección de los astartes, el Emperador, que nos guía a todos, había ido demasiado lejos en una o dos ocasiones, y que había creado cosas que no deberían existir. Cosas que deberían haber sido abortadas o ahogadas en un saco.

—¿Criaturas salvajes?

—Las peores de todas son los Lobos Espaciales —le contestó Korine—. ¡Eran animales, Gran Terra! Lo que combatió a nuestro lado eran animales. Cuando sientes compasión por el enemigo, es que sabes que tienes la peor clase de aliados posible. Lo mataron todo, y lo destruyeron todo, y lo peor fue que disfrutaron enormemente del apocalipsis que desencadenaron sobre sus enemigos. No hubo nada admirable en sus actos, nada que elevara el espíritu. Sólo nos dejaron un regusto amargo en la boca, como si, al haberles pedido que nos ayudaran, nos hubiéramos rebajado en nuestras ansias de vencer.

Korine detuvo el relato un momento y se dio la vuelta para dar unas órdenes a unos cuantos de sus soldados. Eran obedientes, bien entrenados, atentos. Hawser se

dio cuenta de que Korine era un soldado que esperaba que un ejército fuese enormemente disciplinado para funcionar correctamente. Uno de sus soldados, un subteniente fornido con barba de perilla, le entregó a Korine una placa de datos para que diera el visto bueno a la información, y luego miró con hostilidad a Hawser.

Korine le devolvió la placa de datos al oficial.

—Retirada total de la superficie —le dijo con una voz que le sonó profundamente desanimada—. Todas las fuerzas. Debemos marcharnos y despejar la zona para que los lobos se encarguen de la situación. Menuda mierda. Este asalto nos ha costado miles de soldados y ahora nos echan a patadas.

—Mejor eso que perder varios miles más.

Korine se sentó, abrió una mochila y sacó una petaca metálica algo abollada. Sirvió una ración generosa en el ancho tapón y se lo pasó a Hawser, y luego tomó un sorbo directamente de la propia petaca.

—Cuando la 40.ª descubrió que los lobos eran los únicos astartes que se encontraban lo bastante cerca como para ayudarnos a combatir la Quietud, casi anulamos la petición. Eso se lo he oído decir a uno de los oficiales superiores del círculo de ayudantes del comandante de la flota. Nos pensamos muy seriamente vernos involucrados en cualquier asunto con los Lobos Espaciales.

—¿Acaso preferían ser derrotados?

—Se trata de fines, y de los medios que utilizas para llegar a ellos —le replicó Korine—. Se trata de hacerse una pregunta: ¿Para qué se crearon los Lobos Espaciales? ¿Por qué el Emperador los hizo de esa manera? ¿Qué propósito tendría realmente al fabricar algo tan inhumano?

—¿Tiene una respuesta para alguna de esas preguntas, señor de combate Korine? —quiso saber Hawser.

—Pues que o bien el Emperador no es el arquitecto perfecto de esta nueva era, como nos gusta suponer, y que es capaz de crear pesadillas, o que ha previsto unas amenazas que ni siquiera somos capaces de imaginarnos.

—¿Cuál de ellas prefiere?

—Ninguna de ellas me inspira una gran confianza en lo que nos depara el futuro. ¿Tienes tú una respuesta, ya que convives con ellos?

—No la tengo —admitió Hawser, y luego se bebió de un trago lo que lo quedaba en el tapón.

Korine se lo volvió a llenar. Era un licor bastante fuerte, un amasec o un *schnapps*, y a Korine se le encendieron un poco las mejillas, pero Hawser no sintió nada aparte de una ligerísima quemazón en la garganta. Era evidente que la vida en Fenris le había proporcionado una constitución mucho más robusta.

—Las criaturas contra las que luchamos en el espacio Kobolt eran mortíferas y muy orgullosas —le explicó Korine—. No sentían el más mínimo interés en el estilo

de vida o en los asuntos de los humanos, y fueron más que capaces de detener nuestros ataques. Disponían de unas naves enormes, grandes como ciudades. Vi una de ellas. Tomé parte en el asalto para abordarla. Algunos la llamaron *Ciudad Radiante* porque centelleaba igual que si estuviera hecha de cristal. Más tarde descubrimos que ellos la llamaban *Thuyelsa* en su propio idioma, y que a esa clase de estructura la denominaban mundo astronave. En cualquier caso, nunca supimos por qué estaban luchando contra nosotros o qué era lo que estaban defendiendo, excepto que quizá estaban intentando mantenernos a raya, o proteger fuera lo que fuese lo que tenían, pero todos, todos sabíamos que debía de ser algo que mereciera la pena defender de ese modo. Un legado, una historia, una cultura. Y todo eso se perdió.

Korine bajó la mirada hacia la petaca, como si en su interior oscuro albergara alguna clase de verdad. Hawser sospechó que quizá había estado buscando una respuesta en ese mismo sitio desde hacía ya cierto tiempo.

—Cuando llegó el final, comenzaron a suplicar. Los lobos ya se les habían echado encima y la nave ciudad se desmoronaba a su alrededor, así que se dieron cuenta de que iban a perderlo todo. Comenzaron a suplicarnos que estableciéramos los términos de la rendición, como si cualquier cosa fuera mejor que perderlo todo. Nunca llegamos a entender qué estaban intentando decirnos, o qué clase de rendición intentaban conseguir. Personalmente estoy convencido de que todos habrían entregado sus vidas si hubiéramos permitido que *Ciudad Radiante* hubiera seguido existiendo. Pero ya era demasiado tarde. No hubo forma de detener a los lobos. Lo destrozaron todo. Los Lobos Espaciales lo destruyeron todo. No quedó nada que pudiéramos recuperar, ningún tesoro que pudiéramos saquear, nada de valor que pudiéramos reclamar como botín. Los lobos lo destruyeron todo.

Korine se quedó callado.

La vara localizadora que Oso le había dado a Hawser emitió un pequeño pitido.

Hawser dejó el tapón sobre la mesa y le hizo un gesto de asentimiento al señor de combate.

—Gracias por la bebida y por la conversación.

Korine se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que quizá calumniamos un poco a los lobos —añadió Hawser—. Quizá se trata de que malinterpretamos sus intenciones.

Korine emitió un sonido que quiso ser una risa.

—¿No es eso lo que dicen todos los monstruos? —le preguntó a Hawser.

Hawser salió de la tienda de mando de la G9K. Todo el personal que había alrededor se afanaba en desmantelar el campamento para partir con rapidez.

Se quedó quieto un momento para consultar el indicador de la vara de localización. Alguien lo insultó a su espalda.

Se dio la vuelta.

El subteniente de Korine, el individuo de la perilla, y unos cuantos soldados más de la G9K estaban cargando unas cajas resistentes a los impactos en la parte posterior de un camión.

—¿Me has dicho algo? —le preguntó Hawser.

La mirada de «Perilla» era venenosa. Dejó el extremo de la caja que estaba levantando y se dirigió hacia Hawser. Sus hombres se quedaron contemplando la escena.

—Eres un pedazo de mierda animal —le dijo Perilla con voz sibilante.

—¿Qué?

—Que te vuelvas con la basura con la que vives. Deberías sentirte avergonzado. No son humanos. ¡Son animales!

Hawser se dio la vuelta. El suboficial era un individuo grande y agresivo, y era evidente que estaba iracundo. Hawser se había esforzado por evitar durante la mayor parte de su vida aquel tipo de enfrentamiento.

Perilla le agarró del brazo derecho. A Hawser le dolió.

—Díselo de mi parte. Mil setecientos soldados de la división muertos en un día durante un asalto de superficie, ¿y ahora esos estúpidos animales nos dicen que nos larguemos? ¡Mil setecientas vidas desperdiciadas!

—Es evidente que estás molesto —le respondió Hawser—. Ha sido una batalla muy costosa en soldados, y comprendo que…

—Anda y que te jodan.

Los demás soldados, los miembros del grupo de carga de Perilla, se les habían acercado.

—Suéltame el brazo —le advirtió Hawser.

—¿O qué? —lo desafió Perilla.

—¡Corre! —le gritó Murza.

Murza solía tener razón en aquel tipo de cosas. No se trataba de que fuese un cobarde. Hawser suponía que se debía a que era el más racional de los dos. Después de todo, ninguno de ellos era un luchador nato. Eran académicos, arqueólogos de campo, unos individuos normales con unas mentes normales. Ninguno de ellos tenía instrucción militar, y ni uno ni otro habían recibido entrenamiento en programas de defensa propia. Las únicas armas de las que disponían eran su ingenio y sus papeles de acreditación, en los que aparecían sus nombres, el hecho de que ambos habían cumplido hacía poco su trigésimo cumpleaños y su rango como conservadores que trabajaban en Lutecia para el Consejo de Unificación.

Nada de eso les iba a servir de mucho.

—No podemos permitir que se salgan con la suya… —empezó a decir Hawser.

—¡Echa a correr, idiota! —le gritó Murza otra vez.

Los demás miembros del equipo de emplazamiento ya estaban corriendo. No había hecho falta que les insistiera. Sus botas repiqueteaban contra el suelo de adoquines del callejón trasero mientras se dispersaban por el laberinto de calles desconocidas que no aparecían en el mapa y que eran el corazón de los barrios bajos de Lutecia, alrededor de la catedral muerta.

La catedral en sí no era más que el cadáver de un gigantesco edificio. Había muerto como lugar de culto durante la Decimonovena Guerra de Sucesión Uropea, tres mil años atrás, y su estructura se había empleado para otros usos desde entonces: fue sede del parlamento durante trescientos años, mausoleo, fábrica de hielo, casa de acogida y, en sus últimos tiempos, un mercado, hasta que cayó lo que quedaba del techo. A lo largo de los ochocientos años anteriores no había sido más que un cascarón vacío, un recuerdo físico, que elevaba su costillar de hierro oxidado hacia el cielo cubierto de nubes.

Los rumores sobre su pasado habían sobrevivido tanto como aquellas costillas metálicas, si no más. Murza no había sido capaz de que la voz le sonara emocionada cuando informó al equipo dos días antes. Aquel emplazamiento había sido un lugar de culto religioso hasta donde recordaban los archivos conservados, y la catedral se alzaba en un trozo de terreno que había albergado otras estructuras previas llamadas catedrales, y de hecho, se la llamaba catedral sólo por ese legado masónico.

En el subsuelo había sótanos, abiertos en las profundidades de los cimientos, en las bases de otras edificaciones más antiguas, incluso con cisternas enterradas bajo los restos de otros edificios ya derruidos. Algunos decían que si uno conseguía orientarse en la oscuridad, se podía llegar al centro de la Tierra, y a las catacumbas de los antiguos francos.

Como era habitual en Murza, el investigador disponía de una red de informadores bien pagados que vigilaban el tráfico de artefactos y de reliquias por toda la zona del nódulo urbano de Lutecia. Uno de esos contactos le había informado de que un grupo de trabajadores había excavado la entrada a un sumidero de drenaje mientras buscaba piedras viejas para reutilizarlas. Unos cuantos amuletos de plata y un anillo sacado de los escombros habían sido suficiente para convencer al contacto de que merecía la pena echar un vistazo a la zona, y que también merecería la pena la tarifa que los conservadores tendrían que pagarles al grupo de trabajadores para que revelaran la localización exacta del sumidero.

Hawser había desconfiado desde el principio. Los trabajadores, todos nativos de la zona, eran individuos enormes cubiertos de barro negro a causa de sus tareas en la calle. Todos ellos mostraban signos de mutaciones atómicas, una característica muy común en los barrios bajos. Hawser se sintió amenazado de inmediato por ellos, con una intimidación física, del mismo modo que se había sentido con los chicos mayores

y los de mayor tamaño de la comuna del rector Uwe. No era luchador por naturaleza. Cualquier enfrentamiento, sobre todo el enfrentamiento físico, hacía que se bloqueara y se quedara inmóvil.

El distrito de los barrios bajos era un laberinto. No quedaba nada identificable de la ciudad planificada que antaño había ocupado el área. Las calles se habían convertido en callejones y en pasadizos subterráneos, en callejas y en lugares sin salida, todas ellas oscuras y cubiertas de restos mugrientos, y ninguna de ellas aparecía registrada en un mapa bajo ningún nombre. Los niños jugaban entre montones de basura, y el sonido de los bebés que lloraban y de los adultos que gritaban resonaba por todos los niveles de los habitáculos que se alzaban por encima de ellas. Las cuerdas con ropa tendida iban de un edificio a otro, como el dosel de una jungla sucia creada por la propia humanidad. Toda la zona era sombría y el aire olía a estancado.

Los trabajadores los condujeron a través de aquel laberinto de callejones. A Hawser le pareció una ruta innecesariamente tortuosa, y así se lo hizo saber a Murza, quien le contestó que se callara. Después de caminar unos veinte minutos, los trabajadores se dieron media vuelta y le dijeron a Murza que había llegado el momento de pagarles la tarifa establecida.

El jefe del grupo añadió a continuación que lo que él entendía por tarifa establecida era una cantidad muy superior a lo que Murza había hablado con el grupo.

Hawser se dio cuenta de que tenían problemas. Se dio cuenta de que todo aquello no había sido más que una trampa pensada para extorsionarlos, y las consecuencias más probables serían una paliza o un secuestro. Iba a salirle caro al programa del Conservatorio, ya fuera en gastos médicos, o en pagar un rescate o simplemente en liquidaciones de gastos desmesuradas. Era posible que incluso les costara la vida. Sintió rabia. Se sintió estúpido por haber permitido que Murza los hubiera metido en otra situación que no era precisamente brillante.

—¡No es el momento de sentirse encolerizado! —le chilló Murza.

La banda, de aspecto infame, se les estaba echando encima rugiéndoles amenazas. Algunos empuñaban palas o piquetas.

—¡Corre! —aulló Murza de nuevo.

Hawser reconoció que echar a correr era la única cosa sensata que podían hacer, pero la amenaza física se había sobrepuesto a su indignación y la intimidación lo había dejado clavado en el suelo. Uno de los trabajadores se le acercó lanzándole maldiciones a través de unos dientes marrones y torcidos, y alzó un puño provisto de una nudillera de kielbasa. Hawser se esforzó por hacer que las piernas se le pusieran en movimiento.

Murza lo agarró del brazo con tanta fuerza que le hizo daño, y lo arrastró dándole un tremendo tirón.

—¡Vamos! ¡Vamos, Kas!

Hawser recuperó el uso de las piernas y comenzó a trotar. El trabajador casi se les había echado encima, y Hawser se dio cuenta de que había desenfundado una arma, una especie de pistola.

Murza volvió a tirar de Hawser y miró por encima del hombro. Le gritó algo al trabajador, una sola palabra. Se produjo un curioso temblor, un chasquido sordo semejante al de la nivelación de la presión del aire en la cubierta de una burbuja medioambiental. El trabajador lanzó un grito y cayó hacia atrás retorciéndose de dolor.

Corrían uno al lado del otro, pero Murza no le soltó el brazo.

—¿Qué has hecho? —le chilló Hawser—. ¿Qué has hecho? ¿Qué le has dicho?

Murza no fue capaz de contestarle. Le salía un hilo de sangre de la boca.

Perilla le clavó unos dedos como garfios en el brazo. Hawser se sintió atemorizado, así que le propinó un empujón. Lo hizo simplemente para apartarlo, para poder seguir andando y pasar entre ellos para, finalmente, dejarlos atrás.

Perilla se estrelló contra la pila de cajas con protecciones de goma que había en la parte posterior del camión. Había salido disparado de espaldas por el aire. El impacto del choque lo recibieron los hombros y la espina dorsal, y luego el cráneo chocó con fuerza contra la caja que estaba en la parte superior de la pila. Se desplomó hacia adelante y se estrelló de bruces contra el suelo, flácido como un saco de piedras. La cara chocó contra el hielo manchado y la máscara respiratoria se partió.

Uno de los hombres de Perilla intentó darle un puñetazo en la nuca a Hawser mientras su superior todavía estaba volando por el aire. A Hawser le pareció que el golpe se le acercaba con una lentitud ridícula, como si su oponente quisiese ser deportivo y darle la oportunidad de esquivarlo. Hawser levantó la mano para impedir que el puño se estrellara contra su cara y lo detuvo con la palma. Casi no sintió el impacto. Notó cómo unos dedos se partían y unos nudillos se aplastaban, pero ninguno de esos sonidos procedía de su mano.

El tercer individuo decidió matar a Hawser, e intentó clavar una pesada palanca metálica de abrir cajas en mitad del cráneo de su oponente. Una vez más, sin embargo, Hawser tuvo la impresión de que el ataque le llegaba a cámara lenta, igual que un puñetazo exagerado en una representación, que pasa cerca del objetivo pero sin darle y que resulta convincente para el público. Hawser no quería que la palanca ni siquiera le pasara cerca. Alzó el brazo izquierdo en un gesto de barrido para apartar el brazo que la empuñaba.

El soldado chilló. Pareció haber desarrollado un segundo codo en mitad del antebrazo. La piel de la extremidad se dobló como si fuera un calcetín vacío. Se desplomó en el suelo y la palanca rebotó con fuerza contra el hielo.

Los demás soldados huyeron corriendo.

Oso le estaba esperando a los pies de la rampa del Stormbird.

—Llegas tarde —le dijo.

Hawser le devolvió la baliza localizadora.

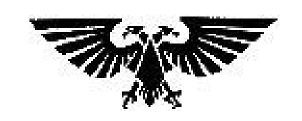
—Pero ya estoy aquí.

—Nos habríamos ido sin ti si llegas a tardar mucho más.

—Seguro que lo hubierais hecho.

—Hueles a sangre —apuntó Oso.

—Sí, es verdad —le confirmó Hawser. Miró fijamente a Oso—. ¿Por qué nadie me dijo lo mucho que me habíais reconstruido? —le preguntó.



SIETE

«COLMILLOLARGO»

La solución del jarl Ogvai a la resistencia de la Quietud fue tan directa como efectiva. Una vez que el comandante de la flota expedicionaria le concedió de un modo inequívoco el mando sobre aquel teatro de operaciones, reunió a sus sacerdotes de hierro, les dio una serie de órdenes y los puso a trabajar.

Tardaron dos días en completar los cálculos y las tareas de preparación. Para entonces, las inmensas fuerzas que la flota había desembarcado en el planeta ya lo habían abandonado por completo.

Llegado el momento del tercer día que los consejeros más cercanos al jarl consideraron propicio, los sacerdotes de hierro pusieron en marcha su plan.

Una serie de explosiones colosales pero controladas sacaron al muelle de gravedad de su órbita estable. Las columnas de escombros metálicos lo siguieron como la cola de un corneta, relucientes bajo la intensa luz solar. El muelle cruzó el aire por encima de la vasta superficie anaranjada del planeta, convertido en un gemelo unido a él por los lazos de la gravedad. Ambos bailaron juntos, dos objetos que daban vueltas cada vez más cercanos entre sí, igual que el juguete giratorio de colores brillantes de un niño.

Tuvieron que transcurrir dieciocho rotaciones para que el muelle inutilizado entrara en la última órbita, la inevitable y terminal. Las columnas de escombros ya habían formado para entonces unos finos hilos de color marrón alrededor del planeta, semejantes a unos delicados anillos que rodearan a un gigante de gas. La fricción y la deceleración causadas por la atmósfera comenzaron a quemar el muelle de gravedad, a abrasar su superficie. Empezó a brillar mientras caía, igual que un lingote de metal en la fragua. Primero lo hizo con un leve resplandor rojizo apagado, y luego pasó a un brillo rosáceo, para acabar reluciendo al rojo blanco debido al intenso calor. La

curva descendente que trazaba, el paso orbital continuo y sin cambio alguno, era hipnóticamente lento.

Cayó como caen las malas estrellas. Hawser lo sabía muy bien. En lo que se refería a las malas estrellas, aquélla era la peor.

Impactó contra una llanura de hielo que se extendía entre dos de aquellas gigantescas torres que se alzaban en unos intervalos aproximados de seiscientos setenta kilómetros, y que probablemente llevaban allí miles de años. Al principio sólo se produjo un parpadeo de luz, que se transformó con rapidez en una bola brillante que dio la impresión de ser un sol que estuviera reventando desde el interior del hielo. La bola brillante se convirtió en una cúpula de luz cegadora que se extendió en todas direcciones con una tremenda rapidez y vaporizó la corteza de hielo para luego derribar las torres como si no fueran más que árboles en mitad de un tremendo huracán.

El impacto creó una onda letal de radiación infrarroja. Los escombros eyectados abarrotaron el propio aire y cubrieron la atmósfera con una vasta oscuridad formada por polvo y ácido sulfúrico en estado de aerosol. Los fragmentos incendiados vomitados hacia el cielo por el impacto de tipo meteórico comenzaron a caer de regreso a la superficie y se sumaron al diluvio de aquella tormenta de fuego.

Los guerreros de la Tra se habían reunido en la cubierta de embarque de la nave, para contemplar aquel golpe mortífero mediante el enlace pictográfico con numerosas pantallas repetidoras de gran tamaño, que en realidad habían sido diseñadas para las reuniones de información previas a los asaltos. Los sirvientes y los tripulantes de la cubierta también se habían reunido frente a ellas. Algunos de ellos todavía llevaban herramientas o trapos de pulir en las manos, o incluso armas que estaban en proceso de reparación o de limpieza.

Todos mantuvieron un silencio general mientras contemplaban el lánguido descenso, un silencio que apenas fue roto por algún murmullo, por algún siseo de impaciencia. Cuando por fin se produjo el impacto, los lobos estallaron en gritos. Patalearon con sus pies calzados con botas e hicieron chocar el extremo de los mangos de las hachas y los martillos contra el suelo de la cubierta, batieron las pesadas hojas contra los escudos de tormenta, echaron la cabeza hacia atrás y aullaron.

El sonido lo aturdió y provocó una onda de choque que sacudió a Hawser de los pies a la cabeza. Los gigantes con armadura que lo rodeaban no dejaron de bramar. Sus gargantas se hincharon, las bocas se abrieron hasta un punto que parecía imposible, y los goterones de saliva salieron de entre los caninos y los carnasiales que también quedaban a la vista. Nunca antes la forma pronunciada, casi de morro, del rostro propio de la fisonomía de Fenris le había resultado más evidente a Hawser.

Sólo se dio cuenta de eso más tarde. En el calor del momento, allí, en la cubierta

de embarque, de lo único de lo que fue capaz de darse cuenta de un modo consciente fue del choque de todo aquel ruido bestial. El salvajismo de la alegría que sentían los lobos lo asaltó como un trauma físico. Le alcanzó el pecho y lo apretó allí con unos dedos rematados por unas garras prodigiosas. Los sirvientes encapuchados de Fenris, e incluso algunos de los tripulantes de la nave, empezaron a gritar y a aullar al mismo tiempo que sacudían los puños. El rugido fue tribal y primigenio.

Y justo cuando creía que no iba a poder soportarlo ni un segundo más, Hawser echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y comenzó a aullar con ellos.

Tras el impacto inicial y sus consecuencias inmediatas, comenzó a caer un diluvio de lluvia ácida, y la estratosfera empezó a colapsarse. Los Stormbird de la Tra encabezaron el descenso hacia la nube de polvo tóxico a través de los bancos de humo atravesados por relámpagos.

Las naves oscuras de alas anchas le parecieron a Hawser una bandada de cuervos negros, como unas nubes cargadas de tormenta que descendieran sobre el corazón roto y expuesto de las antiguas ciudades de la Quietud.

Se lo dijo a los lobos, y uno de ellos le preguntó qué era un «cuervo».

El proceso de pacificación duró tres semanas, según el cómputo de tiempo de la nave. Hawser decidió que utilizaría ese tiempo para aprender cosas. Algunas de ellas serían sobre sí mismo.

Ya habían comenzado a acumularse los relatos para las sagas. Algunos llegaban de labios de las manadas que habían luchado bajo la superficie y que regresaban para reaprovisionarse, mientras que otros los enviaban los miembros de las manadas que esperaban en reserva, relatos que llegaban desde el planeta a través de las diferentes líneas de comunicación.

Algunos eran dignas gestas de combates. Otros, en cambio, le dieron la impresión a Hawser de que mostraban los rasgos característicos de lo adornado, de lo recargado. «Cuentos de mjod», los llamaba Aeska Labiorroto; hazañas exageradas por la fuerza del mortífero ímpetu de los lobos fenrisianos.

Sin embargo, no parecía probable que se tratase de cuentos de mjod, porque Aeska también había dejado muy claro que ningún miembro del Rout digno de ese nombre, y sin duda, ningún guerrero de la Tra, sería tan jactancioso. La fanfarronería era una de las manifestaciones más despreciables según las tradiciones de los Vlka Fenryka. Los relatos de un guerrero indicaban lo que valía, y la verdad que había en ellos era la medida de esa valía. El campo de batalla dejaba a la vista con rapidez las mentiras del fanfarrón. Ponía a prueba su fuerza, su valor, su capacidad de combate.

Además, había añadido Aeska, ésa era otra razón para que existieran los escaldos.

Eran los garantes de la verdad, mediadores neutrales que no permitirían que ninguna fluctuación como el orgullo, la parcialidad o el mjod afectasen al valor intrínseco del hecho verdadero.

—Así que los escaldos componen sagas para manteneros entretenidos, para manteneros en la senda de la sinceridad y para mantener la historia —declaró Hawser.

Aeska sonrió.

—Sí, pero sobre todo, para mantenernos entretenidos.

—¿Qué es lo entretiene a los Lobos de Fenris? —insistió Hawser—. ¿Qué es lo que más les divierte?

Aeska se quedó pensando durante unos momentos.

—Nos gustan los relatos sobre las cosas que nos dan miedo —le contestó por fin.

Aparte de los relatos que parecían ser exageraciones, había otros que desconcertaban a Hawser.

Según se desprendía de la impresión general, la batalla que se estaba librando en el planeta era apocalíptica. Al desaparecer los escudos de hielo, las ciudades principales de la Quietud habían quedado expuestas, como la madriguera de un animal que un cazador hubiera excavado hasta dejarla a la vista. Las condiciones de combate eran infernales. Había lluvia ácida y un subclima pestilente que incluía nubes de gases venenosos y pedrisco. Los lados irradiados del cráter abierto por el impacto seguían desplomándose hacia el interior del agujero, del tamaño de un continente. Las ciudades estaban destrozadas, aplastadas como los pasajeros de un vehículo siniestrado, y de ellas se escapaban la vida y el calor; se escapaba la energía.

Las fuerzas de la Quietud no tenían ningún sitio adonde huir, por lo que lucharon hasta el último individuo.

La compañía Tra formó la punta de lanza estratégica del ataque imperial. Las huestes del ejército imperial, equipadas para la guerra química y el medio ambiente contaminado, los siguieron.

Los relatos que desconcertaban a Hawser eran los extraños fragmentos que llegaban y que informaban de una brutalidad casi perniciosa. Los lobos parecían incluso ansiosos por registrar aquellos momentos que no los mostraban como guerreros heroicos o valientes o incluso afortunados. Casi parecían alegrarlos aquellos detalles que sólo mostraban atrocidades.

No eran en realidad relatos, ya que no tenían sentido final, sin comienzo, trama o fin. No tenían causa y efecto. No eran más que simples descripciones de muertes y desmembramientos cometidos contra los combatientes de la Quietud.

Hawser se preguntó si lo que se esperaba de él era que tejiese alguna clase de hilo conductor narrativo uniendo todas aquellas anécdotas, entretejerlas para formar un

contexto narrativo que las hiciese parecer más heroicas y dramáticas. También se preguntó si habría malinterpretado algo, algo cultural que ni siquiera los procesos implantados nanóticamente en su cerebro habían sido capaces de traducir del modo adecuado.

Luego recordó el asalto contra el muelle de gravedad, y el momento en el que Oso y Orcir habían conseguido por fin hacer salir a la dotación de robustos que habían vaporizado a Hjad en la rampa de acceso al sótano tan sólo unos minutos antes. Rememoró la sangrienta matanza ritual que se había producido a continuación.

«Están expulsando el maleficarum —le había explicado Ogvai—. Están expulsándolo. Le están haciendo tanto daño que sabrá que no debe volver. Lo están castigando, le están explicando lo que es el dolor, para que no tenga ganas de volver a molestarnos».

Hawser decidió que aquellos pequeños relatos eran lo mismo, unas marcas de aversión pero en forma de palabra. Estaban pensadas para atemorizar al maleficarum.

Se preguntó finalmente qué sería lo que atemorizaba a los lobos.

—Pareces incómodo —le comentó Ulvurul Heoroth.

Heoroth, al que llamaban *Colmillolargo*, era el sacerdote rúnico de la Tra, y también mucho más viejo que Ohthere Wyrdmake. Al igual que Ogvai y muchos de los guerreros de la Tra, tenía una piel con aspecto de hielo, pero no relucía con un brillo interior semejante al de un glaciar, como le ocurría a la piel de Ogvai. La de *Colmillolargo* era oscura igual que la placa de hielo medio translúcida de un lago en mitad del invierno.

Su piel no era la única muestra de su avanzada edad. Era delgado y huesudo, y su largo cabello era ralo y blanco. Parecía jorobado y esclerótico en su armadura rúnica. La edad no lo había castigado del mismo modo que había alterado a otros lobos mayores. Lo había blanqueado y secado, además de hacer que sus caninos crecieran hasta convertirse en los dientes que le habían dado su nombre de guerra. Algunos decían que ya habría otros colmillos largos algún día, si alguno de los guerreros del Rout sobrevivía el tiempo suficiente. Sólo el wyrd había mantenido sin cortar el hilo vital de Heoroth *Colmillolargo*. Era tan viejo como lo podía ser un lobo espacial, el más anciano de los pocos guerreros de la VI Legión Astartes que habían sido creados en Terra y enviados a Fenris como base para el séquito del Rey Lobo.

La enorme cubierta de embarque de la nave de combate era una larga galería con los Stormbird colgados de raíles laterales situados en el techo y preparados para el lanzamiento, y estaba más silenciosa que en el momento del impacto del muelle de gravedad. El sacerdote estaba de rodillas, como un caballero cruzado de la Vieja Terra dentro de un santuario de la Crux. Estaba contemplando las pantallas repetidoras. Las dos manadas que estaba a punto de encabezar hacia la superficie para

apoyar a Ogvai se encontraban preparándose cerca de allí. Hawser oyó el zumbido agudo de los tornos de acoplamiento que fijaban las placas de las armaduras en sus sitios correspondientes. También le llegó el siseo de los aparatos hidráulicos y el chirrido de los transportadores de carga. A cincuenta metros de él, en la zona principal de la cubierta de embarque, un círculo de lobos se había congregado para arrodillarse alrededor de su jefe de escuadra con el fin de jurarle obediencia, el ritual que en otras legiones astartes era conocido como el «juramento del momento».

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Hawser al sacerdote rúnico.

Era una pregunta brusca y directa, pero la hizo de todos modos. Aunque había pasado más tiempo con los guerreros de la Tra que con cualquier otra unidad de la VI Legión Astartes, apenas había hablado con el taciturno sacerdote. *Colmillolargo* jamás le había contado nada para que lo mantuviera a salvo, ni le había comentado nada sobre cualquiera de las sagas que Hawser había compuesto en su condición de escaldo. *Colmillolargo* era mucho menos comunicativo que Wyrdmake, y eso que Wyrdmake apenas le hablaba.

Al ver a *Colmillolargo* a solas un momento, Hawser había decidido aprovechar la oportunidad. *Colmillolargo* no había necesitado mirar a su espalda para saber que se trataba de Hawser, ni siquiera para saber la expresión que tendría la cara del escaldo.

La pantalla repetidora mostraba el mundo natal de la Quietud desde la órbita, con la claridad intensa del espacio, con el brillo de la luz directa del sol. El planeta se parecía a una naranja que hubiera recibido el fuerte golpe de un atizador al rojo vivo en el hemisferio superior.

No. Parecía una manzarroja procedente de algunas de las últimas cosechas, gorda y de un color rosa rojizo, pero estropeada por una enorme mancha de podredumbre.

Colmillolargo siguió mirando la pantalla repetidora.

—Estoy esperando —le contestó.

—¿A qué?

—A la rotura de los hilos vitales. A la creación del wyrd.

—Entonces, ¿no estás viendo nada?

—Sólo el reflejo de tu cara en la pantalla —le contestó *Colmillolargo*.

Hawser soltó un pequeño bufido ante su propia estupidez. A los lobos les gustaba envolverse en una capa de misterio y solemnidad, de poder sobrenatural, pero aquellas tonterías eran las cháchara supersticiosas propias de los bárbaros, algo heredado de los fenrisianos de los que sacaban sus fuerzas. Lo realmente anormal de los lobos era la tremenda agudeza de su percepción. Se habían enseñado a sí mismos a percatarse de todo lo que ocurría o había a su alrededor, y utilizar hasta la más mínima brizna de información de que disponían. Su reputación los ayudaba. Nadie se esperaba que unos bárbaros que parecían obsesionados con los rituales, que aquellos tribeños bestiales, albergaran en su interior una inteligencia de combate sin parangón.

Era eso lo que los convertía en unas armas tan eficientes.

—¿A qué se debe esa infelicidad que se te ve en la cara? —le preguntó *Colmillolargo*.

—Sigo sin tener muy claro cuál es mi lugar entre vosotros, cuál es mi propósito.

Colmillolargo chasqueó la lengua.

—Lo primero, decirte que a todos nos toca preguntarnos cuál es nuestra propia naturaleza. En eso consiste la vida. Preguntarse sobre el wyrd que nos ha tocado, ése es el estado contemplativo eterno para la mayoría de los individuos. No eres el único en eso.

—¿Y lo segundo? —le preguntó Hawser.

—Lo que me desconcierta, Kasper Ansbach Hawser, que es Ahmad Ibn Rustah, que es escaldo de la Tra, es que no te conozcas a ti mismo cuando es más que evidente que existen muchos de ti mismo a los que conocer. Me desconcierta que hayas elegido querer venir al Mundo de Invierno Eterno pero que no puedas explicar el motivo de esa elección. ¿Por qué viniste a Fenris?

—He pasado toda mi vida aprendiendo, recogiendo datos, reuniéndolos, conservándolos —le contestó Hawser—. Mi único impulso para ello ha sido siempre la mejora de la humanidad. Llegó un momento en el que sentí que el esfuerzo de toda mi vida lo estaban… desperdiciando. Que estaba siendo considerado algo de importancia insignificante.

—¿Hirieron tu orgullo?

—¡No! No se trata de nada de eso. No era algo personal. Lo que ocurría simplemente era que las cosas que me había preocupado tanto por conservar las estaban olvidando por completo. No las estaban utilizando en absoluto.

Heoroth *Colmillolargo* hizo un pequeño movimiento dentro de su caparazón tallado y cubierto de cuentas que podría haber sido, o no, un encogimiento de hombros.

—Sea cual sea la verdad que hay en todo eso, sigue sin explicar por qué viniste a Fenris.

—Cuando vi que la obra de toda mi vida parecía estancada, sentí que debía iniciar un último viaje, que llegara más lejos y que fuera más atrevido que ninguno de los que había realizado hasta entonces, y descubrir alguna verdad, alguna realidad, que fuera más importante que nada que hubiera experimentado hasta ese momento a lo largo de mi carrera. En vez de buscar entre los misterios ocultos del pasado, decidí investigar las curiosidades de un asunto más actual: las legiones astartes. Cada una está rodeada por su propio halo de misterios, cada una está envuelta en sus propios rituales y leyendas. La humanidad ha confiado su futuro al servicio infalible de esas legiones, pero no las conoce. Pensé en escoger una legión, dirigirme a ellos, y aprenderlo todo de ellos.

—Una idea muy ambiciosa.

—Quizá —admitió Hawser.

—Y peligrosa. Ninguna legión hace de su fortaleza un lugar donde dar la bienvenida.

—Es cierto.

—Así pues, ¿había un cierto elemento de bravuconería en esa idea? ¿De ganas de correr riesgos? Pondrías fin a tu carrera con un toque final y atrevido que dejaría confirmada tu reputación como académico y que curaría tu orgullo herido.

—No era eso lo que pretendía —le replicó Hawser con voz cortante.

—¿No?

—No.

Colmillolargo fijó la mirada en Hawser. El comunicador que llevaba incorporado en la gorguera de la armadura emitió un zumbido y un barboteo, pero *Colmillolargo* no le hizo caso.

—Sin embargo, veo ira en tu rostro —le dijo el sacerdote—. Creo que me he acercado a la verdad más de lo que tú lo has logrado hasta este momento. Además, sigues sin haberme contestado a la pregunta. ¿Por qué Fenris? ¿Por qué no el planeta de otra legión? ¿Por qué no un sitio más seguro?

—No lo sé.

—¿De verdad que no?

Hawser no fue capaz de contestarle, aunque tuvo la angustiosa sensación de que debería haber sido capaz de hacerlo.

—Alguien me dijo una vez que era bueno enfrentarse a los temores que uno tenía. Siempre le he tenido miedo a los lobos. Siempre. Desde que era un crío.

—Pero no hay lobos en Fenris —le contestó *Colmillolargo*.

El sacerdote comenzó a moverse para ponerse en pie. Hawser tuvo la impresión de que se estaba teniendo que esforzar, como si fuera un hombre viejo y artrítico. De repente, y sin darse cuenta de lo que hacía, Hawser alargó una mano para ofrecerle ayuda.

Colmillolargo miró la mano que le ofrecía como si fuera un palo con el que hubiera revuelto en un basurero. Hawser tuvo la certeza durante un momento de terror de que el sacerdote se lanzaría contra la mano y se la arrancaría de un único y feroz mordisco, pero estaba demasiado asustado como para retirar la oferta de ayuda.

Sin embargo, en vez de eso, *Colmillolargo* le sonrió y luego le rodeó la mano con uno de sus enormes guanteletes de plastiacero para aceptar su ofrecimiento. Se puso en pie, y Hawser tuvo que apretar los dientes, aunque no pudo evitar que se le escapara un pequeño gruñido de esfuerzo mientras luchaba por no desplomarse bajo el tremendo peso que el enorme sacerdote rúnico apoyó en su mano.

Una vez en pie, *Colmillolargo* se alzó muy por encima de él. Soltó al escaldo y

bajó la mirada hacia su rostro.

—Te lo agradezco. Mis articulaciones ya son muy viejas, y mis huesos están tan fríos como un pez muerto atrapado en un lago de hielo.

Se alejó casi arrastrando los pies hacia las manadas que lo esperaban. La luz de las lámparas de la cubierta centelleó sobre su cabello ralo y suelto, como si fuera la pelusa de un cardo. Hawser se frotó la mano, que se le había quedado entumecida.

—¿Vas a dirigir un desembarco? —le preguntó en voz alta mientras el sacerdote se alejaba—. ¿En la superficie? ¿Un desembarco de combate?

—Sí. Deberías venir.

Hawser parpadeó sorprendido.

—Pero ¿es que puedo ir?

—Puedes ir adonde tú quieras —le contestó *Colmillolargo*.

—Llevo tres semanas en esta nave, donde me transmiten relatos de segunda mano sobre lo que está ocurriendo en la superficie —declaró Hawser esforzándose por no sonar demasiado fastidioso—. Creí que tendría que pedir permiso. Creí que tendría que esperar hasta que me lo permitieran o hasta que me invitaran a ello.

—No, puedes ir a donde tú quieras —le insistió *Colmillolargo*—. Eres un escaldo. Ese es el mayor privilegio que tiene ser lo que eres. Nadie del Rout puede impedirte el paso, o mantenerte fuera de un lugar, o impedir que metas las narices donde quieras.

—Creí que tenían que protegerme.

—Y te protegeremos.

—Creí que estorbaría.

—Nosotros nos encargaremos de eso.

—¿Así que puedo ir a cualquier sitio? ¿Puedo elegir lo que quiero ver?

—Sí, sí.

—¿Por qué a nadie se le ocurrió decírmelo? —exclamó Hawser.

—¿Por qué no se te ocurrió preguntarlo? —le replicó el sacerdote.

—¿Así es como funciona la lógica de los Vlka Fenryka?

—Sí. Se te engancha en la mente como un anzuelo, ¿verdad? —le contestó *Colmillolargo*.

Hawser no conocía a las manadas que *Colmillolargo* iba a dirigir en el desembarco. Tan sólo le sonaban algunos guerreros por el nombre y por su reputación.

Estaban enardecidos para el combate, pero también parecían curiosamente apagados. Aquel había sido el tono general entre los lobos desde hacía días. Hawser se colocó el arnés de seguridad al lado de *Colmillolargo* mientras los Stormbird iniciaban el largo y silencioso descenso desde la nave de combate.

—Dices que yo parezco inquieto, pero en esos ojos capto una mirada sombría —

le dijo Hawser.

—Todos los guerreros de la Tra quieren estar lejos de aquí —le contestó *Colmillolargo*—. Esta guerra ya ha perdido toda su gloria.

—Ahora está en Ullanor —dijo un lobo que se encontraba en uno de los soportes de seguridad de la fila que tenían delante.

«Svessl», pensó Hawser, poniéndole un nombre a aquel rostro.

—¿Qué es Ullanor? —quiso saber Hawser.

—Querrás decir dónde se encuentra —le contestó otro lobo, Emrah.

—¿Dónde está?

—Fue una gran victoria —le informó Svessl—. Ocurrió hace diez meses, pero la información nos acaba de llegar. El Padre de Todas las Cosas ha llevado a cabo una increíble matanza entre los pielesverdes. Los ha dejado a todos sobre el suelo rojo. Después de hacerlo, clavó su espada en la tierra y dijo que había acabado.

—¿Qué había acabado? —inquirió Hawser—. ¿Qué quieres decir? ¿Estás hablando del Emperador?

—Dice que ya ha acabado con la cruzada —le explicó Emrah—. Se vuelve a Terra. Ha dejado a un sucesor ungido para que continúe la guerra en su ausencia.

Colmillolargo se volvió para mirar a Hawser. Tenía los ojos hundidos y llenos de sombras, como un estanque sin luz.

—Horus ha sido el escogido para ser el señor de la guerra. Entramos en una nueva era. Quizá la cruzada se acerca a su fin y nos dejarán a un lado para que se nos emboten los dientes.

—Lo dudo mucho —le contestó Hawser.

—Ullanor fue una gran guerra. La más grande de todas, la culminación de varias décadas de campañas contra los pielesverdes. El Rout oyó hablar de ellas, y esperábamos poder encontrarnos al lado del Padre de Todas las Cosas cuando llegara la culminación de toda esa lucha, pero nos negaron ese honor. Los Lobos de Fenris estaban demasiado ocupados en otras tareas, librando las batallas más sucias, las que nadie más quería librar en otros rincones de la galaxia.

—¿Batallas como esta? —le preguntó Hawser.

Los lobos asintieron, y se oyeron unos cuantos gruñidos.

—Nadie nos agradecerá lo que hemos hecho aquí —declaró *Colmillolargo*.

La amarga verdad se descubrió más tarde, después de que le concedieran a Ogvai el mando de aquel teatro de combate, después de que el comandante de la flota hubiera permitido que los sacerdotes de hierro sacaran el muelle de gravedad de la órbita, después de que impactara contra la superficie del planeta. El Instrumento que albergaba el entramado de vigas y soportes del interior del muelle no era el vehículo de destrucción por impacto que los asesores de amenazas de la expedición se temían.

El Mechanicum había comenzado a estudiar las instalaciones después de que los guerreros de la ira las tomaran. Los tecnoadeptos dedicaron una atención especial a la zona de control del centro de mando, que el asalto de Fultag había respetado de un modo tan escrupuloso. Por desgracia, las conclusiones que se sacaron de dicho estudio sólo quedaron claras después de que el muelle de gravedad, con el permiso del comandante de la flota, se utilizara como una gigantesca bola de demolición.

El Instrumento era un almacenador de datos. La Quietud Olámica se encontraba en pleno proceso de cargarlo con la suma total de todos sus conocimientos, sus obras artísticas, sus pensamientos filosóficos y sus secretos. La intención más probable habría sido lanzarla al espacio profundo, como una botella en mitad del océano, con la esperanza de que alguien la recuperara, o quizá hacia una desconocida, lejana y enigmática colonia del entramado de la Quietud.

Tras saber lo que se había perdido y, quizá, a sabiendas de en qué situación lo iba dejar aquello a los ojos de sus superiores, el comandante de la flota entró en un frenesí de recriminaciones enfurecidas. Culpó a la mala información del servicio de inteligencia, culpó al lento funcionamiento del Mechanicum, culpó a la existencia de facciones dentro del propio ejército imperial, pero por encima de todo, culpó a los astartes.

Ogvai se encontraba en la superficie del planeta cuando ocurrió aquello, en el punto más encarnizado del conflicto. Cuando se enteró del ataque de rabia del comandante de la flota, le transmitió un breve comunicado en el que le recordaba, tanto a él como al resto de los oficiales de rango superior, que habían sido ellos quienes habían insistido en que les resolviera el problema y rompiera el punto muerto en el que se encontraban. Le habían concedido permiso para utilizar todos los recursos que tenía a su disposición. Le habían entregado el mando de aquel teatro de combate. Como siempre, no habían sido los astartes quienes habían cometido un error. Simplemente habían hecho lo que se esperaba que hicieran.

Una vez terminó de comunicar el mensaje, Ogvai desahogó en los guerreros de la Quietud la rabia de lo que realmente les hubiera querido responder.

El Stormbird cayó como caían las malas estrellas.

Hawser ya había bajado a la superficie del planeta con los guerreros de la Tra, pero en esta ocasión se trataba del descenso suicida de una misión de combate. Las cinchas de cierre inercial y la jaula de inmovilización lo mantenían pegado al conjunto del asiento. La compresión variable del mono ceñido que llevaba puesto como base para el traje de protección ambiental mantenía los sistemas sanguíneo y linfático en funcionamiento. El corazón le palpitaba como un púlsar. Le repiqueteaban los dientes.

—¿Qué relato vas a componer después de esta experiencia? —le preguntó Svessl

al ver el miedo que sentía Hawser, y disfrutando con ello.

—No hay muchas cosas que contar al calor del fuego sobre cagarte encima —soltó Emrah, y los demás lobos se echaron a reír.

—¿Qué es lo que más os enfureció? —les preguntó a su vez Hawser, gritando con todas sus fuerzas para que alguien lo oyera.

—¿Qué? —exclamó Emrah.

Otros sólo giraron la cabeza en su dirección. Los cascos y las máscaras de cuero repujado lo miraron fijamente.

—Quiero saber qué fue lo que más os cabreó, lobos de la Tra —preguntó otra vez Hawser, alzando la voz por encima del aullido de los motores y los crujidos del fuselaje—. ¿Fue que os perdisteis la lucha en Ullanor? ¿La gloria? ¿O fue que nuestro Padre de Todas las Cosas eligió a Horus como señor de la guerra, y no al Rey Lobo?

«Quizá me maten, pero al menos mientras lo hacen dejaré de pensar en este descenso infernal», pensó Hawser. Además, ¿qué mejor momento para preguntarles algo tan incómodo a una manada de lobos que cuando estaban prisioneros en las jaulas de inmovilización?

—Nada de eso —le respondió Emrah.

—Nada de eso —le confirmó otro lobo, un monstruo de cabello rojo llamado Horune.

—Nos habría gustado disfrutar de nuestra parte de gloria —admitió Svessl—. Participar en una gran guerra y que se nos tuviera en cuenta.

—Ullanor no fue una campaña más importante que el centenar que se libraron a lo largo del último decenio —le recordó *Colmillolargo* al guerrero.

—Pero fue aquella en la que el Padre de Todas las Cosas clavó su espada en el suelo y dijo que había acabado su cruzada —le contestó Svessl—. Será la única campaña que se recordará con toda seguridad.

«Y eso es lo que de verdad cuenta para vosotros», pensó Hawser.

—Además, el Emperador jamás hubiera nombrado señor de la guerra al Rey Lobo —declaró Emrah.

—¿Por qué? —quiso saber Hawser.

—Porque ése jamás fue su wyrd —le aclaró *Colmillolargo*—. El Rey Lobo no estaba destinado a ser el señor de la guerra. No se trata de una ofensa. No ha sido menospreciado. El Padre de Todas las Cosas no ha nombrado a Horus Lupercal por ser su favorito.

—Explícate —le pidió Hawser.

—Cuando el Emperador creó a todos sus cachorros, le concedió un wyrd distinto a cada uno —le contó el sacerdote—. Cada uno de ellos tenía su propia vida que vivir. Uno debía ser el heredero del trono del Emperador. Otro debía fortificar las defensas del Imperio. Otro debía proteger el hogar. Otro debía vigilar el perímetro

lejano. Otro debía estar al mando de los ejércitos. Otro debía controlar la inteligencia. ¿Lo ves, escaldo? ¿Ves que sencillo es?

Hawser se esforzó en que su gesto de asentimiento fuera evidente a pesar de las vibraciones que lo estaban sacudiendo.

—Entonces, ¿cuál es el wyrd del Rey Lobo, Heoroth *Colmillolargo*? —le preguntó—. ¿Qué vida escogió para él?

—La del verdugo —le contestó el viejo lobo.

Los lobos se quedaron callados durante unos instantes. El Stormbird siguió estremeciéndose con fuerza. El rugido de los motores había alcanzado un tono agudo, semejante a un aullido que Hawser no hubiera creído posible.

—Lo que nos cabrea es que no estábamos presentes en el Gran Triunfo —exclamó Emrah, de repente.

—Cuentan que fue un espectáculo magnífico —comentó Horune—. Todo un planeta allanado para acoger el ascenso de Horus.

—Nos hubiera gustado estar allí —declaró *Colmillolargo*—. Allí, hombro con hombro con nuestros hermanos astartes, en un número jamás visto desde el comienzo de la cruzada.

—Hombro con hombro con compañías de lobos a los que no hemos visto desde hace decenios —añadió Svessl.

—Nos hubiera gustado alzar la voz y unirnos al rugido general —afirmó Emrah—. Nos hubiera gustado levantar el puño al cielo y mostrar nuestra orgullosa lealtad al nuevo señor de la guerra.

—Eso es lo que nos cabrea —recalcó Svessl.

—Eso, y que tú nos lo recuerdes —añadió Horune.

Los Stormbird atravesaron la espesa capa de humo provocada por el impacto, y los vapores venenosos formaron largas estelas tras chocar con las delgadas alas y levantaron pequeños torbellinos en las nubes de tormenta que dejaban atrás, igual que un chorro de tinta en una corriente de agua rápida. Bajo esas nubes se extendía una pesadilla de tempestades de fuego que ardían formando una circunferencia alrededor de la gigantesca herida de la superficie del planeta. Era el tiro de gracia que había acabado con un planeta. La profundidad de esa herida era asombrosa. A Hawser no le pareció algo geológico. Parecía algo más bien anatómico, y cada vez lo pensaba con más fuerza a medida que su imaginación iba creando más analogías. Era un vacío quirúrgico expuesto al aire que contenía órganos, músculos y huesos pulverizados teñidos de color naranja, todos parcialmente ennegrecidos como si los hubiera reventado un proyectil perforante incendiario.

Varias naves de desembarco del ejército imperial, con una capacidad de carga mucho mayor, descendían también hacia aquel pozo hirviente. Los Stormbird pasaron

aullantes a su lado y las dejaron atrás, lo mismo que a las Thunderhawk y a las otras cañoneras que las escoltaban. Las naves de los astartes, sin dejar de mantener una formación cerrada, pasaron por debajo del borde ardiente de aquel pozo inmenso y entraron a toda velocidad en el vacío subglacial, a través del humo, a través del aire ardiente, a través de las ruinas destrozadas de las ciudades de la Quietud.

Las ciudades se extendían hacia las profundidades. Hawser se quedó asombrado al distinguir las complejas capas entrelazadas que formaban, que se alzaban como torres ciclópeas desde sus profundos cimientos geológicos. También se sintió aturdido por el tremendo grado de destrucción. Los niveles superiores habían quedado completamente vaporizados, y debajo de ellos, las zonas y las secciones municipales habían quedado aplastadas. Las estructuras de las torres se habían derrumbado sobre sí mismas y se habían convertido en una serie de capas prensadas, y se mantenían en pie sólo por el manto de hielo extremadamente grueso que quedaba y que actuaba como una resina alrededor de los restos destrozados y delicados. A Hawser le recordó el modo en el que el rector Uwe guardaba las cáscaras de las almendras y las nueces dentro de una servilleta blanca después de comer. Luego golpeaba el montoncito con la parte convexa de una cuchara. Los trozos habrían volado por todas partes si no hubiera sido por el tejido de la servilleta.

De repente, los cohetes de la nave comenzaron a emitir un tipo de aullido completamente distinto.

—¡Llegamos en diez segundos! —gritó *Colmillolargo*.

Los lobos comenzaron a golpear de un modo rítmico los escudos de tormenta con las espadas y las hachas.

Un salvaje cambio de aceleración revolvió las entrañas de Hawser. La nave acababa de utilizar a fondo toda su potencia de frenado y el tremendo giro de elevación del morro para disminuir al máximo su enorme velocidad. Antes de que le diera tiempo a ajustarse al cambio, se produjo un choque increíblemente violento. Simplemente cayeron. Cayeron con fuerza contra algo con el mismo sonido que supuso que harían las puertas de acero del Palacio Imperial al soltarse de sus bisagras.

Habían aterrizado… Porque habían aterrizado, ¿no? Hawser no lo tenía claro. Por lo que parecía, todavía se estaban moviendo, pero quizá se trataba tan sólo de su cabeza y sus sentidos aturdidos. En el exterior se oía un chirrido de metal contra metal. Los lobos comenzaron a abrir las jaulas y a levantarse de un salto.

—¡Vamos, vamos! —gritó *Colmillolargo*.

Hawser se dio cuenta en ese momento de que llevaban diez minutos hablando en wurgen.

La rampa de desembarco ya se estaba abriendo. La luz inundó la penumbra verdosa del interior del compartimento de transporte. El calor llegó con la luz, un calor abrasador, el calor de una bola de fuego, y Hawser sintió que le bajaba por la

garganta hasta los pulmones, como si acabara de inhalar en mitad de un incendio, a pesar de que llevaba puesta la máscara respiratoria blindada.

—¡Por Terra! —dijo entre toses.

El chirrido de metal contra metal procedente del exterior sonaba cada vez con más fuerza. Todavía se estaban moviendo. Todo el fuselaje se estremecía y se movía hacia atrás.

Todo el Stormbird se deslizaba.

Unas siluetas fugaces y espasmódicas tapaban el hueco iluminado por las llamas de la rampa abierta que tenía delante. Eran los lobos, que ya se estaban desplegando. Los oyó aullar.

No, no eran aullidos. Era el gruñido húmedo del leopardo, pero amplificado. El rugido resonante procedente de lo más profundo del pecho de un depredador superior. El bufido paralizante e infrasónico de una pantera antes de salir resonando gorgoteante de las laringes especialmente adaptadas para ello de los carnívoros de la cúspide de la pirámide alimentaria.

Los siguió hacia la luz y el calor asfixiante. Algunos de los lobos lo rozaron al bajar a la carga por la rampa y casi le derribaron, o lo dejaron girando sobre sí mismo. No tenía ni idea de lo que debía hacer en un momento como aquel. Una gigantesca mano de plastiacero lo agarró por el cuello del traje y sus pies se movieron en el aire fuera de la rampa durante un segundo.

—¡Quédate a mi lado! —le gruñó *Colmillolargo* en wurgen.

Hawser siguió al anciano sacerdote mientras éste avanzaba dando grandes zancadas. Se concentró en los detalles de la armadura de *Colmillolargo,* como había hecho cuando le ordenaron que siguiera a Oso. La armadura de Oso era muy sencilla comparada con la de *Colmillolargo,* aunque Oso era un joven malhumorado al lado del veterano sacerdote. Su armadura gris mostraba menos elementos decorativos y adornos.

La armadura de *Colmillolargo* era antigua, y una obra de arte que debía su riqueza visual tanto al forjador de la armadura como al grabador de los detalles. Estaba cubierta de símbolos rúnicos, algunos de los cuales estaban trabajados en bronce o en pan de oro, incluso con esmalte rojo. En las hombreras llevaba grabados de forma enfática unos ojos apotropaicos. Además de la capa de piel de color blanco puro, *Colmillolargo* iba cubierto de tiras de cuentas, de trofeos de pequeño tamaño y de amuletos que repiqueteaban al chocar contra la armadura.

Salieron de la sombra que ofrecía el Stormbird y quedaron bajo el resplandor de la tormenta de fuego químico. Los Stormbird se habían posado en una serie de plataformas de decoración recargada que sobresalían de las torres alargadas y monumentales medio enterradas en el manto de hielo que las rodeaba. Un gran número de secciones de esas torres y de las estructuras de mayor tamaño que se

encontraban cerca estaban envueltas en llamas. El muro de calor era opresivo. Las lenguas de fuego de un brillo intenso rugían y se retorcían por el abismo de hielo en dirección a la parte superior del pozo, atraídas como si se encontraran en una conducción de aire. Aquellas tormentas de fuego se veían alimentadas de forma frecuente por unas fuentes que Hawser fue incapaz de identificar, y se hinchaban y destellaban, poniéndose al rojo blanco y arrojando una lluvia de chispas y de rescoldos incendiarios que caían como un vendaval hacia las profundidades. Hawser se dio cuenta de que algunas de esas columnas de llamas eran de mayor tamaño que algunas de las ciudades en las que había pasado buena parte de su vida. Su mente apenas fue capaz de aceptar la escala de lo que estaba ocurriendo. Acabó concentrándose en las chispas solitarias que flotaban a la deriva en el aire delante de él, unos recordatorios de buen tamaño de las tormentas que se encontraban lejos. Concentrarse en una solitaria chispa que se deslizara por el aire era aferrarse a un valioso momento de cordura.

El aire estaba lleno de chispas. También estaba cargado de un olor extraño, algo aparte de la podredumbre y de los incendios. Era el olor de una sustancia sintética que jamás debería haber sido expuesta al calor.

Varias partes de la ciudad vertical del pozo se estaban desplomando hacia el abismo que las esperaba abajo. La guerra se libraba en niveles diferentes. Hawser vio a las tropas del ejército imperial desembarcando en varias plataformas situadas por encima de él e iluminadas por los disparos enemigos, mientras se dirigían hacia unas superficies con forma de hoja. Hacia el oeste de su posición, y un poco por debajo, una oleada de tropas de desembarco se lanzaron al asalto a través de tres o cuatro puentes intactos que se extendían entre las torres, al mismo tiempo que las lanzaderas artilladas y las naves de ataque pasaban por encima de ellos y acribillaban las fachadas de aquellas ciudadelas antiguas.

Las manadas de *Colmillolargo* estaban cruzando las plataformas decoradas hacia unas imponentes mansiones sombrías. El material naranja que recubría las mansiones y la superficie de la plataforma estaba ennegrecido por las quemaduras y cubierto de agujeros. Todo era naranja. El mundo era naranja. En parte se debía al resplandor de los terribles incendios, pero, sobre todo, al material omnipresente con el que la Quietud construía sus edificaciones.

Una vez más, y durante una dolorosa fracción de segundo, Hawser recordó a Vasiliy. Pensar que ella se encontraba en un planeta y en una vida anteriores no era ni siquiera irónico.

La superficie de la plataforma estaba cubierta de escombros, incluidos varios trozos de mampostería de un tamaño considerable. Hawser se preguntó qué habría sido aquel lugar mientras avanzaba corriendo en mitad de un calor infernal y una lluvia de chispas. Quizá sería la pista de aterrizaje de acceso a un parlamento. ¿Quizá

la plataforma de un puesto de defensa? ¿La pista privada de una residencia aristocrática? ¿Acaso los habitantes de esa residencia contemplaron antaño el paisaje de las cavernas de hielo relucientes que se extendían más abajo, o para ellos no serían más que una cavidad funcional? ¿Habría existido la belleza en aquel lugar, antes del ataque mortífero de Ogvai? ¿Una belleza deliberada, o tan sólo la maravilla accidental propia de la naturaleza y que sólo los ojos humanos eran capaces de reconocer? ¿Tendrían alma los seres que pertenecían a la Quietud?

Supuso que así sería. Las plataformas mostraban numerosos elementos decorativos, sobre todo en la parte inferior, donde se extendían formando entramados de lirios o de hojas de acanto. Igualmente, los amplios y altos espacios que rodeaban los anchos umbrales de las puertas y las columnas laterales de las mansiones que atacaban mostraban unas sencillas líneas de relieves que sugerían una intención estética.

Los disparos enemigos se esforzaban por alcanzarlos. La mayoría eran proyectiles de los rifles de gravedad que pulverizaban la superficie de la plataforma y la convertían en polvo. Oyó también el sonido inconfundible de los disparos de bólter, y vio que Horune y los demás ya avanzaban por delante de él. Se alejaban a grandes zancadas entre las losas derribadas y las piedras aplastadas. Tomó nota mentalmente de que tendría que mejorar su próximo relato. No tenía ni idea de que un astartes fuese capaz de moverse a tanta velocidad.

Se oyó de nuevo el chirrido del metal contra el metal. Hawser se dio la vuelta.

El Stormbird que los había llevado hasta allí se estaba deslizando hacia atrás. A diferencia de los demás Stormbird de la escuadrilla de *Colmillolargo*, que se habían posado de forma segura en otras plataformas de aterrizaje y ya estaban acelerando los motores para despegar, esa nave en concreto se había visto obligada a utilizar el extremo de la plataforma que le habían asignado debido a un desprendimiento. Que hubiera llegado a aterrizar era una prueba palpable de la devoción al deber de la tripulación.

La debilitada plataforma se estaba partiendo. La mitad posterior del Stormbird ya se estaba asomando por el borde. El chirrido provenía de las patas de aterrizaje de la nave, al intentar aferrarse a la superficie y detener el deslizamiento. Los patines abrieron unos surcos chirriantes mientras resbalaban hacia atrás. El piloto intentó lanzar varios cables de anclaje desde debajo del morro, pero los garfios que llevaban en el extremo rebotaron contra las pulidas baldosas anaranjadas.

Un Stormbird era una nave transatmosférica de gran tamaño con un perfil ancho y amenazante diseñada para infundir temor. Era mucho más grande y de mayor sofisticación técnica que las naves de producción masiva como las Thunderhawk o los otros modelos de desembarco que habían salido en gran número de las factorías como solución pragmática a corto plazo para satisfacer las demandas de la cruzada.

Una Thunderhawk no estaba pensada para durar. No era más que un elemento desechable producto de un diseño de construcción barata y funcional.

Las Stormbird eran un legado de las Guerras de Unificación libradas en Terra. Eran unas máquinas soberbias mucho más costosas y que requerían mucho más tiempo para ser construidas. Se montaron flotas enteras de esas naves para la Expansión, y sólo cuando la verdadera escala de la Gran Cruzada fue evidente, se dieron cuenta los organizadores de que haría falta un transporte más barato. No eran el tipo de vehículo que debía parecer vulnerable o falto de gracilidad. Eran los señores del aire, unas criaturas altivas capaces de descender desde la órbita directamente hasta los fuegos del infierno, y sobrevivir a todo ello.

Sin embargo, aquella nave estaba acabada. Estaba condenada. El movimiento de deslizamiento hacia atrás se aceleró. El morro se elevó y el ángulo de esa elevación aumentó a cada instante que pasaba. El metal siguió chirriando contra el metal hasta que las patas del tren de aterrizaje se separaron del suelo, incapaces ya de sostener la caída de la cola. Hawser vio con claridad la expresión frenética de los rostros de la tripulación mientras se esforzaban por estabilizar la situación. De repente, los motores rugieron, y unos huracanes de escombros y de gravilla entraron en las tomas de aire cuando alguien aumentó la potencia en un intento de… ¿De qué? ¿De hacer subir la nave de nuevo a la plataforma? ¿De despegar?

El Stormbird comenzó a volcarse. Hawser lo vio cruzar el punto sin retorno. La rampa de desembarco seguía desplegada, y la silueta le recordó a un pico abierto, como si la nave fuera un pájaro pequeño, incapaz de volar, que piara de terror al caerse del nido.

Finalmente, desapareció por completo con una sacudida repentina y estremecedora, y el borde desgarrado de la plataforma también se desvaneció. Hawser sintió cómo el suelo retemblaba cuando el Stormbird definitivamente se perdió.

Murmuró algo, algo indecente e incoherente, incapaz de aceptar lo que acababa de ver. Una parte de sí mismo le dijo que él. Stormbird pondría de nuevo en marcha los motores y volvería volando a ellos haciendo una aparición magnífica, semejante a la de una ave fénix. Otra parte le dijo que pensar aquello era de estúpidos.

Se dio cuenta de que *Colmillolargo* le estaba gritando algo. Había un asunto mucho más urgente que ese.

El peso del Stormbird, y el modo tan violento en el que había abandonado el punto en el que se encontraba posado, habían perjudicado de un modo irreparable la integridad de la plataforma, ya dañada de por sí.

La superficie sobre lo que se encontraban en ese momento estaba cediendo.

En una ocasión había presenciado la demolición explosiva de una favela estratificada de Sud Mérica. La colmena insalubre, vaciada de habitantes y de

manifestantes por la autoridad de la Unificación, era un zigurat gigantesco, una montaña de restos de vertedero que había proyectado su sombra sobre la cuenca de un río durante sesenta generaciones. Se vería sustituida por varios proyectos hidroeléctricos, y Hawser y Murza tendrían permiso durante el proceso de construcción para acceder y explorar los cimientos increíblemente antiguos de las reliquias de una fe proto-cruxiana que se decía había sobrevivido allí igual que un isótopo en una capa freática.

La demolición había derribado la gigantesca estructura convirtiéndola en una avalancha que se desplomaba nivel a nivel, que se colapsaba un piso sobre otro, del mismo modo que un castillo de naipes. Se había sentido asombrado por la violencia sísmica de aquella destrucción y por el sonido ensordecedor. Sin embargo, lo que más lo había asombrado, hasta casi el punto de la incredulidad, era la cantidad de polvo que formó semejante aniquilación.

La plataforma se deshizo del mismo modo. Se desintegró poco a poco, lo que permitió a los escombros y a los inmensos fragmentos que habían caído desde arriba deslizarse hacia el abismo. El ruido era vibración, y la vibración, sonido, y no había diferencia alguna entre ambos, y los dos eran poco más que un borrón visual. Las losas naranjas y las vigas de apoyo estallaron y se deshicieron igual que si estuvieran hechas de harina.

Hawser corrió hacia las mansiones. Su futuro caía detrás de él hacia el abismo en un deslizamiento rugiente. El suelo se inclinó, y se dio cuenta de que estaba corriendo ladera arriba. Un gigantesco bloque de piedra, parte de alguna de las estructuras urbanas que se alzaban por encima de él, resbaló por la superficie en su dirección. Sin duda, su impacto había contribuido al debilitamiento de la plataforma.

Se subió de un salto a la parte superior mientras el bloque se deslizaba hacia él, un momento antes de que lo convirtiera en una larga mancha de color rojo. Al aterrizar, lo hizo torpemente y con fuerza, y se hizo daño en la cadera y en el tobillo, pero logró permanecer allí, aferrado con ambas manos al reborde de un remate arquitectónico destrozado.

El bloque siguió deslizándose. Hawser se incorporó de nuevo y saltó dejando atrás el bloque para caer al otro lado, en la pendiente que formaba la plataforma moribunda. Subió a trompicones, con las piedras sueltas rebotándole en los hombros y en la máscara respiratoria. Una de ellas lo hizo con tanta fuerza que le agrietó la lente izquierda y lo dejó un poco aturdido.

El rugido del tumulto alcanzó su clímax. Ciego, sin dejar de avanzar a trompicones, Hawser chocó contra algo y descubrió que se trataba de una pared.

—¡Siéntate, siéntate! —le gruñó una voz en wurgen—. Aquí estarás a salvo, escaldo.

Apenas era capaz de ver. La mayor parte de la plataforma había desaparecido y

sólo había dejado atrás una franja desigual de rococemento de la que sobresalían vigas partidas y conductos de energía cortados. La destrucción había levantado tanto polvo, que el aire se había espesado con una neblina de una extraña textura farinácea.

Hawser se encontraba en cuclillas al pie de una de las paredes de la mansión, apartado de aquel vacío insondable por un borde irregular, que era lo único que había sobrevivido de la plataforma, que apenas medía dos metros en su parte más ancha. Había varios lobos también en cuclillas a su lado, todos con las armaduras y las pieles cubiertas de un polvo amarillento.

—¿Estás vivo? —le preguntó el lobo que tenía justo a su lado.

Hawser no sabía cómo se llamaba. El lobo había dejado a un lado el casco de la armadura y llevaba puesto un protector de cuero tallado con la silueta de orms marinos de Fenris que daban forma a la protección nasal y a las cejas protuberantes.

—Sí —le confirmó Hawser.

—¿Estás seguro? —insistió Máscara de Serpiente—. Veo miedo en ese ojo malo tuyo, y no queremos que nos maten por culpa de ese miedo.

—Estoy seguro —le replicó Hawser—. ¿Cómo te llamas? Quiero asegurarme de que mi relato incluye tu preocupación por mí.

Máscara de Serpiente se encogió de hombros.

—Jormungndr. Me llaman Serpiente de Dos Espadas. Escaldo, me insultas si me dices que no has oído hablar del famoso Dos Espadas.

—Sí que he oído —le mintió con rapidez Hawser—. Lo que ocurre es que he quedado conmocionado por ese roce con la muerte y he tardado en reconocer las marcas características de tu protección facial.

Jormungndr Dos Espadas asintió, como si aquella explicación fuera aceptable.

—Sígueme —le dijo.

Svessl había abierto un agujero para entrar en la estructura más próxima de las que Hawser consideraba que eran mansiones.

Atravesaron un portal que daba a un patio. Vio entre los restos los primeros enemigos muertos. Había gráciles y robustos, y también otras formas de menor tamaño que le resultaron desconocidas. El pálido polvillo de color amarillento que flotaba en el aire se pegaba en los charcos de sangre púrpura de la Quietud.

Los lobos se adentraron en el patio y se desplegaron en todas las direcciones. Los claustros y las entradas interiores llamaban. Hawser, sin saber hacia dónde dirigirse, oyó los disparos del enemigo, y luego las ráfagas de disparo de bólter que les respondían. Los bólters, que a menudo comenzaban disparando uno por uno y a los que luego se les unía un coro rugiente cuando múltiples armas convergían sobre el mismo objetivo identificado, dejaban una nota chirriante y metálica característica en el aire después de cada disparo retumbante, algo parecido a un regusto amargo.

También se oían otros sonidos, más profundos, más potentes. Era el retumbar

inmenso y resonante de los ruidos que surgían de las ciudades inestables, que crujían y se estremecían, que murmuraban su lento y monumental plañido de muerte por todo el inmenso vacío que era el abismo provocado por el impacto.

Hawser caminó lentamente y sin rumbo alguno por la mansión. Pasó del patio a un claustro y luego deshizo el camino. Se sintió inmune a la batalla que rugía a su alrededor, cercana, esporádica, pero no lo bastante como para preocuparlo. Las chispas recorrían el aire polvoriento como si fueran estrellas. Salió de las sombras de una de las galerías cubiertas y quedó bajo el intenso brillo naranja de una área abierta, donde la luz de los incendios provocaba sombras delgadas y alargadas de sí mismo sobre el suelo embaldosado. Contempló su sombra, tan distorsionada y extendida, de largas extremidades y cambiante bajo la luz de las llamas. Sobre los hombros todavía llevaba la piel que Bitur Bercaw le había regalado la noche que se había despertado en el aett. La llevaba en todo momento. La capa de piel gris de lobo proporcionaba a su sombra espectral un cuello curiosamente jorobado y una espalda peluda.

Buena parte de la infraestructura del complejo que formaba la mansión estaba destrozada. Vio que el interior de las paredes y de los techos había quedado a la vista. Los paneles pulidos habían resultado arrancados, lo que había revelado unas curiosas capas orgánicas de mecanismos. El propósito de aquellos sistemas internos no era evidente por su composición. Parecían ser entramados complejos, diseños que eran al mismo tiempo circuitos y válvulas orgánicas, con cables de energía y conductos de sangre entrelazados. Unos chorros de humo abrasadores surgían de los tubos rotos que estaban colgando. Unos fluidos inidentificables salían goteando de los conductos reventados.

Miró a su alrededor. Miró hacia arriba. La ciudad fragmentada se alzaba por encima de él como si intentase abrirse paso para salir de su tumba helada. Las ráfagas luminosas de los proyectiles trazadores dibujaban un entramado brillante al cruzarse en el aire cargado de humo. Los rayos de energía de las armas pesadas abrían líneas destructoras de varios kilómetros de longitud a través de la oscuridad del abismo tras ser disparados por las naves de ataque. Allá donde impactaban los rayos, las estructuras de la ciudad se disolvían convertidas en paredes de luz y vomitaban arcos de gas incandescente parecidos a las llamaradas solares. Las andanadas de misiles, visibles sólo por las estelas que dejaban a su paso, cruzaban el aire a toda velocidad, como racimos de cometas, tras ser disparados desde las cañoneras, demasiado oscuras como para que se las viera entre el humo. A la altura del tejado, a su izquierda, se veía a dos lejanos titanes de la clase Warlord que encabezaban un ataque del ejército contra los bastiones de una puerta a lo largo de un horizonte formado por un puente que unía dos torres. Multitud de nubes de diminutos impactos de proyectiles flotaban en el aire alrededor de aquellas figuras de avance inexorable igual que si fueran luciérnagas en la oscuridad.

Oyó de nuevo la inestabilidad retumbante de trasfondo de las ciudades. Sonaba igual que una campana que tañera en el corazón del planeta.

Un sonido más agudo y penetrante hizo que se sobresaltara. Una onda expansiva lo sacudió. Una formación de transportes pesados, desplegada muy por encima de su cabeza, se esforzaba por desembarcar los pelotones de Outremar que llevaban en su interior sobre las plataformas superiores que sobresalían como balcones en un teatro. Una de las naves había sufrido varios impactos del fuego antiaéreo y había estallado, convirtiéndose en una bola de fuego y restos sibilantes. Los transportes que se encontraban en formación con la nave destruida intentaron virar para alejarse de la explosión. Uno de ellos chocó levemente con otro, y ambos tuvieron que alejarse de la zona de desembarco con los motores aullando, debido al sobreesfuerzo que se les exigió. Una tercera nave sufrió en un lado del fuselaje el impacto directo de uno de los trozos llameantes procedentes del transporte destruido. Toda la nave se estremeció al recibir aquella herida mortífera. De los motores de babor comenzaron a salir grandes chorros de humo negro. El transporte se esforzó en tomar altura para intentar acercarse a la plataforma, y una vez allí, bajar la rampa y desembarcar su cargamento de soldados.

En vez de eso, se estrelló contra la plataforma. El impacto le reventó la panza del fuselaje y se la arrancó poco a poco, igual que la tapa de una lata de comida. El casco principal comenzó a desintegrarse, y los cuatro motores estallaron en llamas en rápida sucesión, tras lo cual empezaron a caer cuerpos.

Los soldados de Outremar que salieron despedidos de la nave cayeron sobre el complejo de la mansión. Se desplomaron sin poder evitarlo, dando vueltas sobre sí mismos, agitando las extremidades. Algunos de ellos ya estaban muertos, otros todavía gritaban cuando se estrellaron. Impactaron contra los tejados, las terrazas, las cubiertas de los claustros, las losas al aire libre de los patios abiertos. Rebotaron contra las paredes inclinadas y chocaron varias veces más antes de detenerse. Junto a ellos cayó una lluvia de restos ardientes. Algunos de los cuerpos estaban envueltos en llamas o desmembrados en parte. Varios se estrellaron con tanta fuerza que las manchas de sangre se esparcieron cinco o seis metros sobre las paredes. Otros cayeron sin sufrir muchos daños, y se quedaron tendidos como si estuvieran durmiendo.

Hawser miró hacia arriba, hipnotizado por la lluvia de seres humanos, y tardó unos segundos en darse cuenta de que cabía la posibilidad de que uno de aquellos cuerpos que caían lo hiciera justamente sobre él. Uno de ellos cayó en su dirección, y Hawser saltó de forma inconsciente hacia la izquierda. El cuerpo se estrelló contra el suelo del patio con un sonido semejante al de los huevos al romperse y al del tallo de un apio al partirse de golpe. Bajó la mirada hacia la postura anatómicamente imposible que había escogido para yacer durante el resto de la eternidad.

Otro cuerpo impactó a pocos metros de él, pero a su derecha. Fue igual que si alguien hubiese lanzado un saco de sangre que hubiera reventado al chocar contra el suelo. Levantó la mirada de nuevo, justo a tiempo de ver un trozo de motor en llamas que bajaba girando a toda velocidad sobre sí mismo y directamente hacia él.

Echó a correr. Se apresuró a ponerse a cubierto en el claustro más cercano al mismo tiempo que el resto ardiente se estrellaba contra el suelo. Un instante después, un cuerpo humano se estampó contra el tejadillo del lugar donde se encontraba. Se reventó al destrozar las losetas anaranjadas, y de él surgió un chorro repugnante de sangre que goteó contra el suelo. Corrió de nuevo y buscó un refugio mejor en una de las arcadas de piedra de la mansión.

Se quedó allí durante unos breves momentos, algo acobardado. El terrible diluvio de cuerpos cesó por fin. Alzó la mirada y dio un paso fuera de la arcada envuelta en sombras.

Un superrobusto de la Quietud se lanzó a por él. La enorme criatura tenía dos cabezas y le quedaban tres de las cuatro extremidades superiores. El disparo de una arma parecida a un rifle de plasma le había volado la cuarta. Las placas faciales de sus cabezas mostraban máscaras holográficas con unas caras poseídas por una rabia psicópata. Empuñaba dos grandes armas de filo con extremos curvados parecidas a tulwars en las extremidades superiores del torso. Empezó a propinarle tajos a Hawser.

El escaldo ni siquiera llegó a saber cómo consiguió apartarse. Saltó hacia atrás y cayó con fuerza contra el suelo del patio a varios metros de distancia de la arcada. Aterrizó de un modo torpe y doloroso. El superrobusto lo siguió de inmediato dando un mandoble tras otro con las espadas. La punta curvada de una de las hojas arrancó una lluvia de chispas de las baldosas del suelo, al mismo tiempo que la tercera extremidad intentaba inmovilizarlo y así poder destriparlo.

Volvió a esquivar los ataques, esta vez más consciente de lo que estaba haciendo, de la velocidad sobrehumana a la que reaccionaba. Los sacerdotes lobo, los tejedores de genes y creadores de carne de los Vlka Fenryka, habían hecho mucho más que curarle las heridas y rejuvenecerlo muchos años. Le habían concedido mucho más que la visión mejorada de un lobo.

Le habían acelerado tanto los sentidos como los reflejos, la rapidez, la fuerza, el poder muscular, la densidad ósea. Había partido los brazos a los agresores de la G9K, que lo superaban en número, sin nunca haber recibido ninguna clase de entrenamiento de combate.

A pesar de ello, un superrobusto de la Quietud Olámica, cargado de estímulos de combate, podría matarlo con facilidad.

Se agachó para esquivar un mandoble lateral y luego rodó por el suelo para evitar que le diera de lleno un tajo vertical. El superrobusto siguió atacando, siguió lanzando mandobles. Hawser resbaló en el charco de sangre que había salido de un

cadáver outremar y cayó al suelo.

Colmillolargo se estrelló contra la espalda del superrobusto. El sacerdote había aparecido sin previo aviso, como un fantasma. Hawser no vio señal alguna de debilidad en él, ninguna señal de decrepitud. Los ojos le brillaban llenos de energía y de salvajismo, y el largo cabello blanco se agitaba como la melena de un depredador. Aquel no era un individuo que necesitara la ayuda de la mano de un camarada para ponerse en pie.

Colmillolargo entrecruzó con una maniobra experta los brazos alrededor del superrobusto desde detrás de lo que parecía una presa de lucha libre. Luego levantó al guerrero enemigo apartándolo de Hawser al mismo tiempo que le mantenía inmovilizadas las extremidades, para que no pudiera utilizar ninguno de los dos tulwars. *Colmillolargo* dejó escapar un gruñido por el esfuerzo. Tras conseguir apartarlo, lanzó hacia adelante al superrobusto, haciéndolo trastabillar de una fuerte patada en el trasero, y de ese modo consiguió un poco de margen de seguridad. Después desenvainó su espada, una arma enorme de hoja ancha que guardaba en una vaina de cuero tallado que llevaba a la espalda. Era una hoja rúnica a dos manos, que brillaba como la escarcha. En cuanto salió de la vaina comenzó a gemir un cántico inquietante que sólo los espectros o los seres sin alma eran capaces de cantar. La energía chasqueaba y siseaba a lo largo de su filo reluciente.

El superrobusto se dio media vuelta y se dispuso a enfrentarse y a matar al intruso que lo había interrumpido en su ataque. No pareció atemorizado por el brillo abrasador de la hoja glacial que susurraba un lamento fúnebre por su próxima muerte. Se lanzó hacia adelante con sus poderosas extremidades superiores levantadas en el aire y comenzó a dejar caer una lluvia de mandobles y tajos con los tulwars. *Colmillolargo* gruñó, reaccionó, y dejó que la protección del antebrazo izquierdo absorbiera los múltiples impactos. El superrobusto era tan fuerte como una prensa de estampación, y Hawser vio que el viejo sacerdote tenía que plantar firmemente un pie atrás para resistir aquel asalto.

Colmillolargo soltó un gruñido y cargó todo el impulso de su cuerpo al girar y todo el peso de los hombros en el mandoble de respuesta. El tajo cercenó de un corte limpio la tercera extremidad que salía del torso del guerrero de la Quietud. Su enemigo trastabilló unos pasos hacia atrás, pero no sintió dolor alguno. Reanudó su ataque contra *Colmillolargo* y lo golpeó de forma alternativa con cada una de las espadas. Esta vez consiguió lo que quería. La aleación híbrida de uno de los tulwars atravesó el avambrazo de la intrincada armadura del sacerdote rúnico. Las tiras de cuero se partieron, y las piedras serpiente, los bezoares, las conchas marinas y las cuentas de nácar cayeron repiqueteando sobre las baldosas del patio. Brotó un chorro de sangre, que le bajó hasta el puño de la armadura y goteó por los bordes del enorme guantelete.

Colmillolargo soltó un rugido gorgoteante de leopardo que a Hawser le resonó en las entrañas. Lanzó un mandoble tras otro con su colmillo de hielo contra el superrobusto y lo obligó a retroceder de espaldas por el patio iluminado por las llamas y cubierto de charcos de sangre. El último golpe de aquella serie de ataques salvajes le rebanó al superrobusto los últimos quince centímetros de la hoja de uno de los tulwars y le abrió una profunda brecha en el ancho pecho blindado.

En ese momento, otros dos superrobustos entraron en el patio. El primero, armado con un martillo acelerador, se dirigió de inmediato a apoyar a la unidad que se estaba enfrentando a *Colmillolargo*. La segunda se lanzó a por Hawser después de que su rostro holográfico expresara primero curiosidad y luego un odio evidente al verlo.

Heoroth *Colmillolargo* no tenía intención alguna de romper el pacto que tenía con el escaldo. Le había dicho a Hawser que podía ir adonde quisiera porque los guerreros de la Tra lo protegerían, y era un trato que pensaba cumplir con honor o perder la vida en el intento. Existía una larga herencia, secreta en su mayor parte, de ingeniería genética cuyos conocimientos habían culminado en la capacidad de la Terra imperial de manufacturar hiperorganismos como *Colmillolargo*. El sacerdote dio un salto con toda la energía y agilidad que le permitía esa herencia genética, pero no como saltaría una persona para pasar por encima de un obstáculo, sino como lo haría un animal para abatir a su presa. Dejó a sus dos adversarios más cercanos de pie, solos, casi asombrados al carecer de forma abrupta de enemigo contra el que combatir.

Aterrizó detrás del superrobusto que se disponía a atacar a Hawser, y le salvó la vida por segunda vez en menos de noventa segundos. El sibilante colmillo de hielo se alzó por encima de la cabeza de larga melena blanca empuñado a dos manos, y luego bajó en un único golpe de fuerza extraordinaria que partió por la mitad el torso del superrobusto. Las dos mitades se separaron envueltas en una nube explosiva de fluido biológico de color púrpura y se desplomaron lentamente y con pesadez en direcciones opuestas.

El fino cabello blanco de *Colmillolargo* quedó cubierto de gotas de sangre púrpura centelleante. El sacerdote miró a Hawser con sus cansados ojos negros y dorados. Sabía lo que iba a ocurrir.

—Ponte a cubierto —le dijo.

El impacto se lo llevó. Se oyó un estruendo semejante al que se producía cuando algo rompía la barrera del sonido. Heoroth *Colmillolargo* simplemente desapareció del campo de visión de Hawser.

El propio Hawser salió despedido hacia atrás por la onda expansiva del golpe. Se quedó aturdido, algo confuso, con la máscara respiratoria agrietada y la nariz llena de sangre de los capilares que se le habían reventado ante aquella sobrepresión repentina. El martillo acelerador del superrobusto había impactado en el costado

izquierdo de *Colmillolargo* y lo había lanzado al otro extremo del patio. El sacerdote se estrelló contra una pared, reventó las losas, y luego cayó al suelo.

Los dos superrobustos se apresuraron para rematarlo mientras *Colmillolargo* todavía estaba intentando ponerse en pie. La sangre le salía a borbotones de los labios, de la juntura donde se unían torso y piernas y de los sellos de la cadera de su armadura rúnica.

El sacerdote alzó una mano mientras los dos superrobustos se le acercaban, como si fuera capaz de detenerlos sólo con su fuerza de voluntad, como si fuera capaz de lanzar magia, o incluso un maleficarum, bajo semejante terrible sufrimiento. Hawser casi creyó durante un momento que lo conseguiría. Casi creyó que los espectros del Subniverso aparecerían aullando como una tormenta de hielo en respuesta a la feroz fuerza de voluntad de *Colmillolargo*.

No ocurrió nada. Ni magia, ni tormenta de hielo ni maleficarum. Ni espectros del Subniverso gimiendo con una alegría entusiasta.

Hawser recogió del suelo un rifle láser manchado de sangre del regimiento Outremar. Tuvo que tirar de la correa, todavía enganchada al brazo roto de su anterior propietario. El rifle había caído del cielo, pero su mecanismo estaba intacto. Abrió fuego y acribilló a los dos superrobustos. Los disparos les impactaron en la espalda y en los hombros y abollaron la superficie pulida de las armaduras, donde abrieron pequeños agujeros y dejaron sendas manchas negras. El superrobusto armado con el martillo acelerador llegó a recibir un impacto directo en la nuca, lo que hizo que su cuello se moviera con brusquedad durante un instante.

Ambos se detuvieron y se dieron la vuelta con lentitud. De los daños mínimos que les había provocado salían unas cuantas volutas de humo.

—¡Tra! ¡Tra! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —aulló Hawser en wurgen.

Comenzó a disparar de nuevo, dispuesto a descargar toda la energía que contenía el cargador contra los superrobustos. Comenzaron a caminar hacia él, y los pasos se hicieron más rápidos hasta convertirse en zancadas. Alzaron el martillo y los tulwars preparados para golpear. Hawser retrocedió aullando y sin dejar de disparar.

Jormungndr Dos Espadas entró en el patio. Bajó de un salto de uno de los tejados del claustro sembrado de cuerpos de soldados de Outremar, que se habían acumulado como hojas otoñales. Fiel a su nombre, empuñaba una espada en cada mano, un par idéntico de armas de energía, más cortas y anchas que el sibilante colmillo de hielo de *Colmillolargo*.

Rugió con más fuerza que nadie y aterrizó con violencia delante de los superrobustos que se disponían a atacar a Hawser. El impacto sonó como un yunque que hubiera chocado contra el suelo, y las losas se partieron bajo su peso. Se enfrentó al ataque combinado de sus dos oponentes de un modo agresivo: desvió al superrobusto con los dos tulwars con la espada derecha y luego bloqueó al martillo

con la izquierda.

El superrobusto con los tulwars se lanzó de nuevo al ataque sin dudarlo. Dos Espadas bloqueó todos los golpes con una velocidad equivalente, y no permitió que ninguno de los dos tulwars superara su guardia. Al mismo tiempo, repelió el siguiente ataque del martillo del otro superrobusto.

Uno de los tulwars había perdido parte de la hoja durante el combate contra *Colmillolargo*, y la diferencia de longitud entre ambas armas jugó a favor del superrobusto. Puesto que su espada izquierda estaba ocupada con su otro enemigo, a Dos Espadas le costó enormemente detener la lluvia de golpes de las espadas antes gemelas de su oponente a no ser que lograra parar los golpes a la altura de la empuñadura. El tulwar roto pasó dos veces de largo ante un bloqueo que había detenido el extremo de su compañera y logró impactar en Dos Espadas. A los pocos segundos de comenzar el combate, Dos Espadas ya estaba sangrando por una herida profunda que había sufrido en el brazo derecho.

Decidió atajar el problema de raíz. Se agachó para esquivar un feroz pero lento golpe de barrido del martillo acelerador y luego le propinó una patada al superrobusto armado con los tulwars. Le acertó de lleno en la rodilla izquierda. El impacto de la enorme bota de plastiacero hizo que el superrobusto perdiera el equilibrio, y Dos Espadas aprovechó para atravesar una de sus caras con la espada de la mano derecha.

El superrobusto se tambaleó hacia atrás expulsando una lluvia de chispas y chisporroteos por las grietas de la máscara facial rota. Del corte salió un reguero de sangre púrpura que le manchó la placa pectoral.

Jormungndr Dos Espadas no se detuvo a disfrutar de la satisfacción de la ventaja que había adquirido. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás con rapidez para esquivar de nuevo el martillo. Lo logró por apenas un pelo. El portador del arma había puesto tanto impulso en ese último golpe que el martillo casi describió un giro completo. La cabeza del martillo, tras no acertar a Dos Espadas en el tramo de descenso del ataque, acabó estrellándose contra el suelo del patio y produjo un estallido explosivo y doloroso, además de abrir un cráter en el embaldosado que parecía el agujero de un proyectil en un espejo o las ondas causadas por una piedra en la superficie de un lago tranquilo.

Dos Espadas atacó al superrobusto con la espada de la mano izquierda. Su oponente desvió el ataque con el largo mango del martillo, colocándolo delante de él como si fuera una vara antes de alzarlo de nuevo para intentar propinarle otro golpe definitivo de arriba abajo. Dos Espadas consiguió alzar sus armas a tiempo y cruzarlas para detener el golpe atrapando el mango cerca de la cabeza del martillo en el cruce de ambas espadas. A pesar de ello, el impacto lo hizo caer sobre una rodilla.

Dos Espadas tuvo que esforzarse por mantener cruzadas las armas. El superrobusto con los tulwars ya casi se había recuperado a medida que la cabeza

secundaria fue tomando el control de las operaciones biológicas. Se movió a un lado para atacar a Dos Espadas mientras éste tenía trabadas sus armas.

Jormungndr deslizó las dos espadas a la vez con un gruñido de esfuerzo. Las armas cortaron como unas tijeras el mango del martillo acelerador. La cabeza del martillo no se desprendió por completo, pero la parte del mango que se encontraba justo debajo explotó y se dobló cuando las espadas del astartes cortaron la superficie de agarre, el cilindro de cobertura interior, el cableado y el núcleo.

Dos Espadas se puso en pie y se lanzó contra el superrobusto con la cabeza por delante. Comenzó a propinarle una estocada tras otra contra el torso con unos golpes letales lanzados desde abajo. Primero lo atacó con la espada derecha, y luego con la izquierda, y siguió así de forma alternada clavándole las puntas de sus armas una y otra vez con tremenda ferocidad. Lo hizo retroceder mientras lo mataba tres o cuatro veces para asegurarse de que realmente estaba muerto. Al final, sólo las espadas mantenían en pie a la criatura.

La dejó caer. El otro superrobusto llegó a su altura, y el astartes giró sobre sí mismo para hacer frente a sus tulwars. Le propinó un mandoble lateral con tanta fuerza que lo derribó. La criatura cayó boca abajo, e intentó ponerse en pie, pero Dos Espadas se lanzó sobre su espalda y lo mantuvo en esa posición clavándole una rodilla entre los hombros para, de inmediato, atravesarlo con una de sus armas y dejarlo definitivamente inmovilizado.

Debajo del superrobusto comenzó a formarse un gran charco de líquido de color púrpura.

Hawser cruzó el patio hacia el lugar donde *Colmillolargo* yacía tendido. Jormungndr arrancó la espada del cadáver del superrobusto y lo siguió.

Su metabolismo astartes acelerado ya se había puesto en funcionamiento y sus heridas habían dejado de sangrar.

En cambio, las heridas de Heoroth *Colmillolargo* continuaban sangrando. El sacerdote había conseguido apoyar la espalda en una pared, con las piernas extendidas por delante de él. Respiraba con dificultad. Salía sangre por diferentes junturas de su armadura.

—Menudo día para plantar el culo en el suelo —le comentó Jormungndr Dos Espadas.

—Es que me gusta el tiempo que hace —le contestó *Colmillolargo*.

—Entonces nosotros tendremos que hacer todo el trabajo —le replicó a su vez Dos Espadas, quien luego se quedó en silencio mientras miraba fijamente al sacerdote rúnico—. Le diré a Najot Threader que venga en cuanto lo vea.

—No es necesario —le respondió *Colmillolargo*.

—No dejaré que te vayas sin honor —le insistió Dos Espadas, y Hawser se sintió sorprendido al captar una leve nota aguda en su voz—. Cuando encuentre a Najot

Threader…

—No —lo interrumpió *Colmillolargo* de un modo más enfático—. Por mucho que te apetezca que me largue, no pienso ir a ningún sitio. Sólo necesito descansar. Voy a disfrutar un poco más de este buen tiempo.

Hawser miró a Dos Espadas, y vio que estaba sonriendo de oreja a oreja bajo la máscara, lo que le dejaba a la vista todos los dientes frontales.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo.

—Buen chico —le contestó *Colmillolargo*—. Ahora, vete y mata algo. El escaldo se quedará y me hará compañía.

Dos Espadas miró a Hawser.

—Entretenlo —le ordenó.

—¿Qué? —preguntó Hawser desconcertado.

—He dicho que lo entretengas —le replicó Dos Espadas—. Eres el escaldo de la Tra. Entretenlo. Procura que no piense en lo que va a ocurrir.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que va a ocurrir?

Dos Espadas soltó un bufido.

—¿Tú qué crees?

El enorme lobo se dejó caer con rapidez sobre una rodilla e inclinó la cabeza ante *Colmillolargo*.

—Hasta el próximo invierno —le dijo.

Colmillolargo le contestó con un gesto de asentimiento. Luego entrechocaron las manos y las cerraron un instante, y un momento después, Dos Espadas se puso en pie y se alejó sin mirar atrás. Los pasos de sus enormes botas de plastiacero crujieron al pisar los cascotes que cubrían el suelo embaldosado del patio. Para cuando llegó al otro extremo y casi desapareció de la vista, ya había echado a correr.

Hawser volvió a mirar a *Colmillolargo*.

—Sé que se trata de una pregunta muy poco delicada, pero ¿qué es lo que va a ocurrir?

Colmillolargo se echó a reír y negó con la cabeza.

—Te vas a morir, ¿verdad?

—Quizá. No sabes mucho acerca de la anatomía de los astartes. Somos capaces de soportar una tremenda cantidad de heridas, pero a veces, mientras las soportamos, también hay una increíble cantidad de dolor, y nunca tienes la certeza de que lograrás soportar ambas cosas.

—¿Qué debo hacer? —quiso saber Hawser.

—Cumplir con tu función —le replicó *Colmillolargo*.

Se sentó al lado del sacerdote.

La piel de *Colmillolargo* tenía un aspecto todavía más translúcido que antes.

Estaba cubierto de manchas de sangre, tanto rojas como púrpuras, tanto humana como del enemigo. Algunas ya estaban secas, otras todavía le bajaban en chorreones.

Le costaba respirar. Era evidente que había sufrido heridas graves en los pulmones. Con cada exhalación se escapaba una nubecilla rojiza.

—Entonces… ¿debo entretenerte? —inquirió Hawser—. ¿Quieres que te recite un relato?

—¿Por qué no?

—Porque quizá querrías contarme alguno de los tuyos —sugirió Hawser—. Quizá quieras contarme algo que es importante para ti. Por si acaso.

—¿Quieres ser mi confesor? ¿Es eso lo que quieres?

—No quería decir eso. Aeska Labiorroto me dijo que los relatos que más entretienen a los guerreros del Rout son los que los atemorizan.

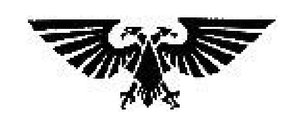
—Es muy cierto.

—Entonces, ¿qué es lo que os atemoriza?

—¿De verdad quieres saberlo?

—De verdad quiero saberlo.

—Lo que más nos atemoriza son aquellas cosas que ni siquiera nosotros somos capaces de matar —le contestó Heoroth *Colmillolargo*.



OCHO
EL SUEÑO DE INVIERNO DE «COLMILLOLARGO»

—Somos los asesinos creados por el Padre de Todas las Cosas —dijo el sacerdote rúnico.

—Sois soldados —lo contradijo Hawser—. Sois astartes, nacidos así. Los astartes son los mejores guerreros que Terra jamás haya creado. Todos sois asesinos en ese sentido.

Colmillolargo tosió. La sangre de la nubecilla rojiza que escapaba con cada exhalación había comenzado a acumulársele alrededor de la boca y en la barba. Unas gotas mancharon la piel blanca que llevaba puesta.

—Es un modo muy simple de verlo. Ya te lo dije. Cada uno de los hijos primarcas tiene su función. Hay defensores y paladines, tropas de asalto y pretorianos… Todos tenemos nuestro deber. Los guerreros de la VI Legión somos los verdugos. Somos el último recurso. Cuando todo lo demás falla, lo que se espera de nosotros es que hagamos lo necesario para arreglarlo.

—¿No es eso aplicable a todas las legiones? —quiso saber Hawser.

—Sigues sin entenderlo, escaldo. De lo que estoy hablando es de los diferentes niveles. Existen líneas que otras legiones no cruzarían jamás. Existen límites de honor, de fidelidad y de devoción. Existen actos tan implacables, hechos tan insoportables, que sólo los Vlka Fenryka son capaces de realizarlos. Para eso nos crearon. Así fue como nos diseñaron. Sin sentimientos ni remordimientos, sin dudas o titubeos. Nos enorgullecemos de ser los únicos astartes que jamás, bajo ninguna circunstancia, nos negaremos a atacar en nombre del Padre de Todas las Cosas, sin importar cuál sea el objetivo, sin importar cuál sea la causa.

—¿Por eso todos consideran a los guerreros de la VI Legión Astartes unos seres

bestiales?

—Eso es algo secundario. Es una consecuencia de nuestro comportamiento despiadado. No somos salvajes primitivos. Lo que ocurre es que nos hemos ganado esa reputación después de los dos siglos que llevamos haciendo lo que otras legiones encuentran repugnante. Las demás legiones creen que somos perros salvajes, sin adiestrar, pero lo cierto es que somos la legión que ha recibido el entrenamiento más duro.

Colmillolargo estaba a punto de decir algo más, pero un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo y cerró los ojos durante un momento.

—¿Dolor? —le preguntó Hawser.

—No es nada —lo tranquilizó *Colmillolargo* con un gesto despreocupado de la mano—. Se me pasará.

El sacerdote se limpió la sangre de la boca.

—Somos los asesinos creados por el Padre de Todas las Cosas —le repitió—. Para nosotros es una cuestión de honor que nos enfrentemos a lo que haga falta. Eso también explica por qué los demás piensan que estamos enloquecidos. Nos negamos a tener miedo. No tiene sentido alguno en nuestras vidas. Una vez nos desplegamos en combate, el miedo desaparece por completo. No nos acompaña. No se queda en nuestro interior. Lo expulsamos de nuestros corazones y de nuestras mentes.

—Entonces… ¿los relatos…?

—Piensa en las condiciones extremas de nuestras vidas —lo interrumpió *Colmillolargo*—. El castigo implacable e incesante de Fenris, el combate interminable contra los enemigos de la humanidad. ¿Dónde podremos encontrar un descanso de todo eso? No en los placeres delicados de los humanos normales. Ni en el vino o en las canciones, o en las mujeres o en los festines de los banquetes.

—Entonces, ¿en qué?

—En lo único que no podemos tener.

—El miedo.

Colmillolargo se echó a reír, aunque las risas quedaron medio ahogadas por la sangre.

—Ahora ya lo entiendes. En el aett, al lado de la hoguera, cuando el escaldo habla, entonces, y sólo entonces, permitimos que regrese el miedo, y eso sólo si el relato es lo suficientemente bueno.

—¿Permitiros a vosotros mismos sentir miedo? ¿Eso es vuestro descanso?

Colmillolargo asintió.

—Así pues, ¿qué clase de relato os gusta? ¿Uno sobre guerra, sobre la caza de un orm marino, o…?

—No, no —le interrumpió otra vez *Colmillolargo*—. Esas son cosas que podemos matar, aunque sea difícil y no lo consigamos siempre. No hay miedo alguno

en eso. El escaldo debe componer un relato sobre algo que no podamos matar. Ya te lo dije. Algo que no podamos matar con nuestras hachas y nuestros bólters. Algo que no caiga desplomado cuando lo golpeas con un rompeespaldas. Algo con un hilo vital que no se puede cortar.

—El maleficarum —concluyó Hawser.

—El maleficarum —le confirmó *Colmillolargo*.

Miró a Hawser y tosió de nuevo, soltando unas cuantas partículas más de sangre.

—Tendrá que ser muy bueno —le advirtió *Colmillolargo*.

—Yo nací en Terra —empezó Hawser.

—Igual que yo —le contestó el sacerdote, lleno de orgullo.

—Igual que tú —le confirmó Hawser antes de retomar el relato—, nací en Terra. En la Vieja Tierra, como se la llamaba en la Primera Era. La mayor parte de mi vida trabajé como conservador para el Consejo de Unificación. Cuando tenía unos treinta años, me encontraba en la Vieja Franc, en el centro del gran nódulo urbano llamado Lutecia. Aquel lugar eran, sobre todo, ruinas, ruinas y colmenas vertedero. En aquel entonces tenía un amigo. Bueno, un colega de trabajo. Se llamaba Navid Murza. Ya está muerto. Murió en Osetia, diez años después. En realidad, no era mi amigo. Éramos rivales. Era un académico extremadamente capaz, muy erudito. Pero también era implacable. Utilizaba a las personas. No le importaba pasar por encima de quien hiciera falta con tal de conseguir lo que él quería. Trabajábamos juntos porque así era como habían salido las cosas. Siempre estaba ojo avizor con él. A menudo llevaba las cosas demasiado lejos.

—Sigue. Descríbeme a ese Murza para que pueda verlo —le dijo *Colmillolargo*.

Se oía el sonido de un clavicordio. Era una grabación, uno de los archivos sonoros de elevada calidad que Seelia insistía en escuchar en la pensión. Hawser estaba seguro de que había sido Murza quien lo había puesto. Hawser estaba seguro de que Murza se estaba acostando con Seelia. Era una mujer tremendamente atractiva, de piel oscura, con una melena de cabello de color leonado. Durante los primeros días de estancia en Lutecia había parecido estar bastante interesada en Hawser. Luego, Murza había utilizado todos sus encantos y a ella se le acabó el interés.

Si era Murza quien había puesto la música, es que había conseguido volver a la pensión mucho antes que él. Se habían separado durante la precipitada huida. Hawser había entrado por una puerta lateral utilizando el teclado de código genético, y se aseguró de que todo estaba bien cerrado. El grupo de trabajadores que les había tendido la trampa en la vieja catedral sabía muy bien dónde se hospedaban. Algunos de ellos habían acudido a la pensión para discutir unos cuantos detalles con los miembros del equipo del Conservatorio.

Hawser se quitó el abrigo. Le temblaban las manos. Casi les habían dado una

paliza. Los habían amenazado y casi atacado. Se habían visto obligados a huir corriendo por temor a perder la vida, y la adrenalina todavía le martilleaba por todo el cuerpo, pero a pesar de todo, ése no era el motivo principal por el que se sentía tan conmocionado.

Estaba oscureciendo. Encendió unos cuantos globos luminosos. Todos los miembros del equipo se habían dispersado entre las callejas secundarias de la zona. Regresarían a la pensión uno por uno si tenían suerte y se les daba el tiempo suficiente.

Hawser se sirvió un amasec para calmarse un poco. La botella con el licor de diez años, su preferido, no estaba en su sitio, así que tuvo que conformarse con la más barata. La botella tintineó contra el vaso en sus manos temblorosas.

—¿Navid? ¿Navid? —llamó a voz en grito.

La única respuesta que obtuvo fue la melodía del clavicordio, que tocaba una vieja obra pastoral.

—¡Murza! ¡Contéstame! —gritó de nuevo.

Se sirvió otro amasec y luego subió hacia el nivel de los dormitorios. La pensión era una mansión fortificada en un bloque rodeado de murallas llamado Boborg, a un lado de la avenida llamada Sanantwun. Era una de las casas seguras que una gran corporación mercantil de Uropa utilizaba para albergar a las delegaciones comerciales visitantes, y el Conservatorio la había alquilado para un período de tres meses. Estaba amueblada y disponía de su propio equipo de servidores, y era un lugar tan seguro como el más seguro de todo Lutecia. La ciudad era un lugar ennegrecido, hipertrofiado, burdo, de una antigüedad venerable, pero que se había deteriorado hasta convertirse en un simple conjunto de barrios bajos. Aunque Hawser se sentía atraído por su historia, no comprendía cómo nadie en su sano juicio querría vivir allí, a menos que no le quedara más remedio. Los ricos y aristócratas que todavía vivían en el nódulo urbano, y había muchos enclaves, sin duda encontrarían en las plataformas atlánticas una calidad de vida mucho más elevada, y en las placas supraorbitales, una seguridad muy superior.

A mitad de la escalera, en el rellano, había una ventana larga y estrecha que permitía tener una vista de la ciudad por encima de la muralla que rodeaba al bloque de edificios. Estaba anocheciendo. Los tejados eran una ladera negra y desigual, semejante a la espalda cubierta de escamas de un reptil. La protuberancia desigual de mayor tamaño, y que sobresalía como una espina rota, era la catedral muerta. Parecía una montaña con forma de colmillo, que empequeñecía a las montañas que la rodeaban. El sol, que ya había desaparecido del cielo, había dejado grandes jirones rosados en el horizonte occidental. La mayor parte de la luz nocturna procedía ya de la iluminación de brillo artificial y curiosamente irreal que emitía la placa que en ese momento estaba deslizándose sobre la ciudad en dirección noroccidental. Hawser no

estaba seguro de cuál de ellas era exactamente, pero dada la hora del día y la geografía de su parte delantera, supuso que se trataba de Lemurya.

Hawser tomó un sorbo de la copa y miró hacia arriba, hacia el tramo que quedaba de la escalera.

—¿Murza?

Siguió subiendo. La música sonó con más fuerza. Se dio cuenta del calor que hacía dentro de la pensión. No se trataba del amasec que tenía en el estómago. Alguien había subido, y mucho, la potencia del sistema de calefacción.

—¿Murza? ¿Dónde estás?

La mayoría de los dormitorios estaban a oscuras. La luz y la música salían de la habitación que Murza había elegido el día que el equipo llegó a la pensión.

—¿Navid?

Entró. Las habitaciones eran bastante pequeñas, y en la de Murza el calor era asfixiante. Además, estaba abarrotada de puro desorden, con montones de bolsas de lona y mochilas, ropa sucia, libros y placas de datos. La música salía de un pequeño aparato colocado al lado de la cama. Hawser vio unas cuantas prendas femeninas entre la ropa tirada por el suelo, junto a una mochila que no era de Murza. Era evidente que Seelia se había mudado llena de amor y confianza.

Murza había abandonado a Seelia para que huyera sola por las peligrosas callejas de Lutecia después de la hora del toque de queda, lo que representaba un comportamiento muy normal en Murza.

Hawser tomó otro sorbo de amasec y se esforzó por contener la rabia. Murza los había metido a todos en una situación tremendamente peligrosa, y no era la primera vez que lo hacía. Pero aquello no era lo peor. Lo peor de todo era algo en lo que no quería pensar, pero a lo que sabía que tendría que enfrentarse.

El aire de la habitación era sofocante y estaba cargado de humedad.

Hawser abrió la puerta corredera que daba al cuarto de baño.

Murza estaba sentado en el suelo del pequeño cubículo de ducha, con la barbilla apoyada en las rodillas y los brazos alrededor de los tobillos. Estaba completamente desnudo. El agua muy caliente que salía a chorro del extremo del tubo de ducha le caía con fuerza sobre el cuerpo. Parecía desamparado, con la mirada perdida. Tenía el cabello negro pegado al cráneo y a la cara, y la botella de amasec de diez años agarrada por el cuello.

—¿Navid? ¿Qué haces?

Murza no le respondió.

—¡Navid! —le gritó Hawser, y luego lo llamó golpeando con los nudillos la mampara de plastek transparente.

Murza levantó la cabeza y lo miró. Enfocó poco a poco la vista, y a Hawser le dio la impresión de que tardaba mucho en reconocerlo.

—¿Qué haces? —le preguntó de nuevo.

—Tenía frío —le contestó Murza.

Su compañero hablaba arrastrando las palabras, y en voz tan baja que le costó trabajo oírlo por encima del gorgoteo del agua.

—¿Tenías frío?

—Volví aquí y necesitaba calor. ¿Has tenido alguna vez tanto frío, Kas?

—¿Qué ocurrió, Navid? ¡Ha sido un auténtico desastre!

—Lo sé. Sé que lo ha sido.

—Navid, sal de la ducha y habla conmigo.

—Tengo frío.

—Navid, sal de una puñetera vez de la ducha. Sal y cuéntame en qué estabas pensando cuando cerraste un trato como ese.

Murza lo miró y parpadeó. El agua le cayó goteante de las pestañas.

—¿Han vuelto los demás?

—Todavía no —le informó Hawser.

—¿Y Seelia?

—Ninguno de ellos.

—No les pasará nada, ¿verdad? —le preguntó Murza, arrastrando otra vez las palabras.

—No, pero no será gracias a ti —le replicó Hawser. Suavizó un poco el tono de voz al ver la expresión de angustia que apareció en la mirada de Murza—. Estarán bien, seguro. A ella tampoco le pasará nada. Tenemos previstas cosas así. Todos conocen el plan de contingencia, el de emergencia. Ninguno de ellos es estúpido.

Murza hizo un gesto de asentimiento.

—Aunque no estoy seguro de que pueda decir lo mismo de ti.

Murza se limitó a torcer el gesto y a llevarse a la boca la botella de amasec. Buena parte del licor de la botella ya había desaparecido. Tomó un gran sorbo, se tragó una parte y el resto lo retuvo dentro de la boca, removiéndolo como si fuera un enjuague bucal.

Cuando escupió ese resto de licor al suelo de la ducha, Hawser se fijó en que por el desagüe cromado también se escurrió un poco de sangre.

—¿Qué fue lo que hiciste, Navid? —le preguntó—. ¿Qué demonios le hiciste a ese individuo? ¿Cómo sabías hacer lo que hiciste?

—Por favor, no me lo preguntes —fue la respuesta de Murza.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—¡Te salvé la vida! ¡Te salvé la vida! ¿O no?

—No estoy seguro, Navid.

Murza lo miró fijamente.

—No tenía por qué hacerlo. Te salvé la vida.

Escupió de nuevo, y otro chorro de sangre salió entremezclado con el agua.

—Sal de ahí —le ordenó Hawser—. Vas a tener que explicármelo todo.

—No quiero.

—Pues ¡qué mala suerte! Sal del cubículo. Volveré dentro de diez minutos. Tendrás que estar preparado para explicarme lo que ha ocurrido. Luego decidiremos si se lo contamos a los demás.

—Kas, nadie más tiene por qué saber…

—Sal de ahí y lo hablaremos.

Hawser bajó al salón común, se llenó de nuevo el vaso y se sentó en un sillón, donde se esforzó por ordenarse las ideas. Llevaba allí sólo cinco minutos cuando llegaron los demás. Los primeros fueron Polk y Lesher, luego los gemelos de Odessa, después Zirian y su pálida y llorosa asistente, Maris. Por último, y justo cuando Hawser comenzaba a preocuparse de verdad, apareció Seelia, acompañada por Thamer.

—¿Hemos vuelto todos? —preguntó ella.

Intentó hablar con voz confiada, pero era evidente que se encontraba exhausta y conmocionada. Varios miembros del grupo ya se habían marchado a sus habitaciones a lavarse y a cambiarse para cuando ella llegó.

—Sí —le confirmó Hawser.

—¿Hasta Navid? —quiso saber Seelia.

—Sí.

—Ese cabrón —murmuró Thamer.

—Voy a tener una charla con él, así que déjalo, por favor —le dijo Hawser.

—Muy bien —le respondió Thamer, aunque no sonó muy convencido.

Hawser les dijo a Polk y a los gemelos que prepararan algo de comer para el grupo, y a Lesher y a Zirian que pensaran en otras ideas para que la estancia en la ciudad no fuese una pérdida de tiempo completa. Sabía que acabaría siéndolo de todas maneras, pero el menos ese espejismo de actividad les mantendría a todos la mente ocupada, para que no pensaran en lo que les había ocurrido. A él resultó imposible olvidarse de la pistola. Seguía viendo el agujero negro del cañón que lo apuntaba directamente a él.

Subió de nuevo. Murza ya había salido de la ducha y le esperaba sentado en el borde de la cama, con una camiseta y unos pantalones de combate. Ni siquiera se había molestado en secarse. El agua le chorreaba del cabello. Se había servido algo de amasec en una pequeña taza de porcelana, y en ese momento estaba tomando un sorbo sosteniéndola con las dos manos y gesto taciturno. La botella estaba en el suelo, a su lado.

—No deberíamos haber pasado por esto —le soltó Hawser, directo al asunto y sin preámbulo alguno.

—No —respondió Murza mostrándose de acuerdo pero sin alzar la vista.

—Tomaste una decisión, y fue desastrosa.

—Es cierto.

—Nos aseguraste que los informes de inteligencia eran fiables, y que estaríamos a salvo. No tendría que haberte hecho caso. Debería haber comprobado la seguridad de la situación, además de establecer una ruta adecuada para una extracción de emergencia, quizá incluso con un vehículo.

Murza alzó la mirada.

—Sí, pero no lo hiciste, y no lo hiciste porque se suponía que tenías que confiar en mí.

—¿Por qué lo haces, Navid?

Murza se encogió de hombros, y luego se llevó una mano a la boca. Metió un dedo debajo de los labios y toqueteó el interior, como si tuviera un diente suelto. Hizo un gesto de dolor.

—¿Te has vuelto codicioso? —le preguntó Hawser.

—¿Codicioso?

—Sé cómo uno se siente, Navid. Somos muy parecidos. Nos impulsa el ansia tremenda de descubrir y conservar cosas como estas, de encontrar los tesoros perdidos de nuestra especie. Es una causa muy, muy noble, pero también es una obsesión. Tú sabes muy bien que nos parecemos más de lo que ninguno de los dos estamos dispuestos a admitir.

Murza alzó las cejas en un gesto de aquiescencia ligeramente divertida.

—A veces vas demasiado lejos —siguió diciendo Hawser—. Lo sé muy bien, porque yo también lo he hecho: insistí demasiado, pagué demasiado por un soborno, fui a donde no debería haber ido, falsifiqué documentos…

Murza soltó un bufido, una especie de risa.

Hawser se sentó en un extremo de la cama, a su lado.

—La única diferencia es que tú lo llevas todo más lejos que yo.

—Lo siento.

—Da la sensación de que no te importa quién sale herido. Da la sensación de que sacrificarías a todo el mundo con tal de conseguir lo que quieres.

—Lo siento, Kas.

—Eso es codicia a un nivel muy superior.

—Lo sé.

—Me hace pensar que es una codicia de un tipo muy distinto. No de la que vale la pena, sino de la egoísta.

Murza bajó la mirada al suelo.

—¿Hay algo de verdad en todo eso? —le preguntó Hawser—. Es una debilidad egoísta, ¿no crees?

—Sí. Sí, creo que lo es.

—Muy bien.

Hawser tomó la botella que Murza tenía en el suelo y se sirvió un trago en su propio vaso. Luego se inclinó hacia adelante y puso un poco más de amasec en la taza de porcelana de Murza.

—Escúchame bien, Navid. Hoy podríamos haber acabado heridos, o algo mucho peor, por tu culpa. Ha sido una completa mierda. Ya han ocurrido cosas como ésta antes, pero no voy a permitir que ocurran de nuevo. Vamos a seguir las reglas. No vamos a jugárnosla en asuntos de seguridad, ni vamos a arriesgarnos más de lo estrictamente necesario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo, Kas.

—Muy bien, pues demos el tema por finalizado. Se acabó. Fin de esta conversación. A partir de mañana comenzaremos con una placa de datos vacía, nueva. En realidad, esto no es lo que más me preocupa, y lo sabes.

Murza asintió.

—Hiciste algo esta noche, algo a la sombra de la catedral muerta. No sé lo que fue. Jamás he visto o he oído hablar de algo así. Creo que dijiste una palabra, o algo parecido a una palabra, que tumbó al matón con la pistola y lo dejó inconsciente.

—Creo… —empezó a decir Murza en voz muy baja—. Kas, creo que lo más probable es que lo haya matado.

—Que me den… —murmuró Hawser—. Navid, necesito saber cómo es eso posible.

—No, no lo necesitas —le replicó Murza—. ¿Es que no podemos dejarlo así? Si no lo hubiera hecho, te habría pegado un tiro.

—Es cierto, lo admito —aceptó Hawser—. Admito que lo hiciste por una buena razón. Admito que probablemente me salvaste la vida y que reaccionaste en una situación extrema. Pero necesito saber cómo lo hiciste.

—¿Por qué? Sería mucho mejor para ti que no lo supieras.

—Pues por dos razones —le replicó Hawser—. Si vamos a trabajar juntos a partir de ahora, después de todo lo que ha pasado, necesitaré confiar en ti. Necesitaré saber de todo lo que eres capaz.

—Es justo. ¿Y la otra razón? —quiso saber Murza.

—Yo también soy un tipo codicioso.

Hawser dejó de hablar. Durante un momento pensó que *Colmillolargo* se había quedado dormido, o algo peor, pero el sacerdote rúnico abrió de inmediato los ojos.

—Te has callado —le dijo *Colmillolargo* en juvjk—. Sigue hablando. Ese hombre del que hablas… Murza, tiene el maleficarum en su interior, pero brindas con él como si fuera un hermano.

La neblina de sangre le seguía saliendo de la boca con cada exhalación jadeante y con cada palabra. La parte de la capa de piel que le quedaba bajo la barbilla estaba bastante oscura y húmeda.

Hawser inspiró profundamente. Se notó la garganta reseca. Los rugidos retumbantes y los fogonazos del fin de las ciudades de la Quietud continuaron oyéndose por todo el enorme vacío de oscuridad que los rodeaba, roto tan sólo por la luz de las llamas. En la lejanía, más allá de los altos muros embaldosados del complejo de la mansión, unos incendios de proporciones apocalípticas rugían en el otro extremo del inmenso pozo y devoraban las estructuras de las ciudadelas entre lluvias de chispas, igual que una enorme pila de leña amontonada en una hoguera. Los disparos de bólter y de plasma azotaban el aire un poco más cerca de ellos.

—Ese hombre, ese Murza, ¿lo mataste? Por su maleficarum, me refiero. ¿Le cortaste el hilo vital?

—Le salvé la vida —le contestó Hawser.

—Nunca me has hablado mucho de tu niñez, ni de tu formación básica —le comentó Hawser.

—Ni pienso comenzar a hacerlo ahora —rezongó Murza. Luego titubeó un momento—. Lo siento. Lo siento. No quería ser brusco. Es que todo es tan… complicado. Llevaría mucho tiempo, y no lo tenemos. Te daré una versión reducida. Mi formación básica fue en una institución privada, donde se combinaba la educación tradicional con un énfasis en lo esotérico.

—El esoterismo es una rama muy importante de los estudios clásicos. Los conocimientos sobre lo oculto se han guardado y protegido de un modo apasionado y fanático a lo largo de milenios.

Murza sonrió.

—¿Y por qué crees que ha sido así, Kas?

—Porque las personas siempre han creído en unas fuerzas sobrenaturales que les concederán grandes poderes además del dominio sobre el cosmos. Hemos pensado de ese modo desde que veíamos moverse las sombras en las paredes de las cuevas.

—Pero también existe otra explicación posible para eso, ¿no crees? —inquirió Murza—. Me refiero a que tiene que haberla desde el punto de vista de la lógica.

Hawser tomó un sorbo del vaso y luego miró a Murza, que seguía a su lado.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —dijo al cabo de un momento.

—¿No te parece que esté hablando en serio, Kas?

—Estás sonriendo como un idiota.

—Muy bien, vale… ¿Lo que hice esta noche te parece serio?

—¿Me estás sugiriendo que eso fue… algo? ¿Alguna clase de… qué? Fue un truco.

—¿Lo fue? —insistió Murza.

—Fue alguna especie de truco.

—¿Y si no lo fuera, Kas? ¿Y si no lo fuera? Entonces tendríamos otra razón, una razón lógica, para que ciertos conocimientos siempre se guardaran y se protegieran de un modo apasionado y fanático. ¿No te parece?

Hawser se puso en pie. Lo hizo de forma bastante repentina, y se tambaleó. Se sintió sorprendido de que el amasec se le hubiera subido a la cabeza.

—Esto es ridículo, Navid. ¿Me estás diciendo que… que eres capaz de hacer magia? ¿De verdad esperas que me crea que eres algo así como un hechicero?

—Por supuesto que no.

—Bien.

—No he estudiado tanto tiempo como para llegar a convertirme en uno.

—¿Qué?

—Hechicero no es la palabra adecuada. El término más correcto sería adepto, o magus. Yo todavía estoy en un nivel muy básico, de acólito o aprendiz.

—No. No, no, no. Tenías una arma de alguna clase. Algo pequeño, escondido. Debajo de la manga, o en uno de tus anillos. Algo digitalizado.

Murza levantó la cabeza para mirarlo. Luego se pasó la mano izquierda por el cabello para intentar peinárselo con los dedos y echárselo hacia atrás. Los ojos le brillaban con una expresión depredadora y atrayente. Navid Murza siempre había poseído un exceso de carisma. Era lo que lo había hecho llegar donde quería hasta ese momento.

—Querías saberlo, Kas. Pediste saberlo. Te lo estoy contando. ¿Quieres oírlo?

—Sí.

Murza se vistió. Hawser bajó al salón con los demás y se inventó la excusa de que tenía que salir a dar un paseo con Murza para tener «una charla en profundidad sobre sus carencias».

Murza lo estaba esperando en la pequeña plataforma de aterrizaje oxidada de la parte posterior de la pensión. Estaba oscuro y, sorprendentemente, hacía frío. El tufillo petroquímico de los tubos de escape se mezclaba con el de los extractores de las cocinas de los restaurantes junto a Sanantwun. Después de las seguras murallas Boborg, las luces de Lutetia brillaban como si fuera una constelación.

Murza llevaba un abrigo largo, y tenía una pequeña mochila sobre los hombros. Había llamado a un aerogiro para que los recogiera, y el vehículo ya estaba posado en la plataforma, con sus pequeños pero potentes motores en marcha. Ambos le mostraron sus pases al guardia de turno del Boborg, firmaron con sus códigos genéticos a la salida del perímetro vallado y se llevaron consigo el pequeño transpondedor que les permitiría entrar de nuevo en el espacio aéreo de la pensión

cuando regresaran.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Hawser mientras se metían debajo de la cubierta protectora, antes de sentarse en los asientos colocados detrás del servidor piloto, situado en el centro del aparato.

—Es un secreto —le contestó Murza con una sonrisa a la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad—. Todo tiene que ver con los secretos, Kas.

Murza apretó el botón de encendido y el aerogiro se elevó sobre la plataforma con un fuerte zumbido, impulsado por sus tres motores, los dos que se encontraban bajo la cabina de los pasajeros y el tercero, situado bajo el morro. En cuanto superó la altura de los tejados, viró para encararse hacia el norte y luego aceleró considerablemente hasta alcanzar un elevado número de nudos de velocidad. Desde aquel magnífico punto de observación, con el viento frío en la cara, Hawser contempló un paisaje que parecía abarcar toda Lutecia envuelta en las sombras de la noche. El vehículo compartía la oscuridad con la luces de señalización de otros aerogiros y aerodeslizadores.

—Pareces nervioso —le comentó Hawser a Murza.

—¿Ah, sí?

—¿Estás nervioso?

Murza se echó a reír.

—Un poco —admitió—. Kas, es una noche muy importante para mí. Ha tardado mucho en llegar. He querido contarte esto desde hace años. La verdad es que, en realidad, desde que nos conocimos. Creí que lo entenderías. Sabía que lo entenderías.

—¿Pero?

—¡Es que eres tan serio! Siempre que hablamos cabe la posibilidad de que desapruebes todo lo que hago, que te pongas en plan hermano mayor y que lo estropees todo.

—¿De verdad soy así?

—Sabes que lo eres —le respondió Murza con unas risas.

—Entonces, ¿llevas con ese interés tuyo desde hace mucho tiempo?

—Cuando todavía era muy joven, al terminar mi formación básica, me admitieron en una sociedad dedicada al redescubrimiento y la recuperación de los poderes que la humanidad solía tener bajo su control.

—Una especie de club juvenil alocado.

—No, la sociedad es muy antigua. Existe desde hace como mínimo varios cientos de años.

—¿Y tiene nombre?

—Por supuesto —le contestó Murza con una sonrisa—. Pero todavía es demasiado pronto.

—Pero en esencia, es básicamente lo mismo que el Conservatorio.

—Sí, sólo que con un objetivo más concreto.

—¿Sólo le interesa lo que se pueda considerar como material de ocultismo?

—Así es —le confirmó Murza.

—Navid, ¿por eso te uniste al Conservatorio?

—El trabajo en el Conservatorio me proporcionó un excelente acceso a cierto tipo de material que estaba buscando la sociedad, lo admito.

Hawser lo miró furibundo. Volvió la vista hacia el exterior del aerogiro para darse tiempo a sí mismo y contener esa ira. La placa supraorbital de Lemurya ya había pasado de largo hacía bastante rato, pero la inmensa sombra lunar de Gondavana cruzaba en silencio el suelo de este a oeste, igual que un gigantesco sistema ciclónico. La silueta fantasmal y de menor tamaño de Vaalbara discurría por debajo, de suroeste a nordeste.

—¿Y qué conclusión es la que tengo que sacar de todo esto, Murza? —le preguntó Hawser al cabo de unos instantes—. ¿Qué llevas años pasándoles información y material a tus amigos de esa sociedad misteriosa? ¿Qué el trabajo en el Conservatorio no es más que una tapadera para ti? ¿Qué te has aprovechado de los presupuestos aprobados por el Consejo para…?

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Igual que un hermano mayor! Escúchame bien, Kas, jamás he traicionado al Conservatorio, jamás. Nunca retuve u oculté información, ni un solo descubrimiento, ni un libro, ni una sola página, ni un botón ni una cuenta de collar. Me he dedicado en cuerpo y alma a este trabajo. Jamás le entregué a la sociedad nada que no hubiera entregado ya al Conservatorio.

—Pero compartiste descubrimientos.

—Sí. En ciertas ocasiones he compartido determinados descubrimientos con la sociedad. Pero ¿no se trata de compartir? ¿No es ése el objetivo principal del Conservatorio?

—No de un modo tan clandestino, Navid. Sabes muy bien que existe un matiz diferenciador. Estás cumpliendo la letra de la ley, pero no el espíritu.

—Quizá todo esto no ha sido más que un error —dijo Murza con voz hosca—. Voy a hacer que el aerogiro regrese.

—No, ya hemos ido demasiado lejos —replicó Hawser.

—Sí, creo que sí —admitió Murza.

Colmillolargo se echó hacia adelante cuando otro espasmo de dolor le sacudió todo el cuerpo. Hawser retrocedió un poco. No estaba seguro de qué debía hacer. No era mucha la ayuda que podía ofrecer. No podía hacer que el sacerdote rúnico se encontrara más cómodo, y se sentía hasta cierto punto en un peligro físico ante aquellas convulsiones. Un astartes con armadura, aunque estuviera moribundo, no era una criatura que un humano normal fuese capaz de tener en brazos.

—No me muero —le dijo *Colmillolargo*.

—No he dicho que te estuvieras muriendo —le contestó Hawser.

—Lo veo con claridad en tus ojos, escaldo. Soy capaz de verte los pensamientos.

—No.

—No me digas que no. Tienes miedo de que me muera. Tienes miedo de no saber qué hacer si eso ocurre. Tienes miedo de quedarte aquí, a solas con un cadáver.

—No lo tengo.

—Y no me muero. Esto es parte del proceso de curación. A veces duele.

Hawser oyó un ruido seco procedente de algún punto cercano. Miró a *Colmillolargo*. El sacerdote también lo había oído. Antes de que *Colmillolargo* tuviera tiempo de moverse o de hacer algún gesto, Hawser se llevó un dedo a los labios y le indicó que no hiciera ruido. Se puso en pie y empuñó el arma más cercana.

Avanzó lentamente por el patio con el arma preparada, y comprobó cada arcada y cada claustro. No vio señal alguna del enemigo. El sonido probablemente lo habría provocado algún escombro caído de un tejado. Había sido una falsa alarma.

Hawser regresó junto a *Colmillolargo*, se sentó de nuevo a su lado, y le devolvió el arma.

—Lo siento. Necesitaba algo.

Colmillolargo bajó la vista hacia su espada, el colmillo de hielo que el escaldo tenía en las manos, y luego miró de nuevo a Hawser.

—Eres consciente de que habría matado a cualquier otro que la hubiera empuñado sin mi permiso, ¿verdad? —le dijo.

—Para eso tendrías que levantarte antes, ¿verdad? —le replicó Hawser.

Colmillolargo se echó a reír. Las risas se convirtieron en unas toses llenas de sangre.

—No recuerdo Terra —dijo.

—¿Qué?

—Que no recuerdo Terra. Soy el más anciano de todos, y no la recuerdo. Me hicieron allí, uno de los últimos, y me acuerdo de todos los hermanos y de nuestra orgullosa relación con la esfera donde nacimos, pero lo cierto es que recuerdo muy poco. Unas fortalezas con unos barracones oscuros, campamentos de ejercicio, zonas de combate, expediciones fuera del planeta. Eso es todo. No recuerdo Terra.

—Quizá algún día puedas volver —le sugirió Hawser.

—Quizá algún día acabarás de contarme esto y podrás hablarme de ella —le replicó *Colmillolargo*.

El aerogiro aterrizó en mitad de una plaza bañada por las luces de los focos, justo delante de un edificio monstruoso situado en el distrito occidental del núcleo urbano.

—La Bibliotécnica —dijo Hawser.

—Así es —le confirmó Murza con una sonrisa, pero era evidente que cada vez estaba más nervioso—. Los he llamado para avisarlos. Espero que todos ellos quieran recibirte.

—¿Ellos?

Murza encabezó la subida por los escalones que llevaban al enorme pórtico. Las antiguas columnas de piedra se alzaban muy por encima de ellos y se perdían en la oscuridad. El suelo era de baldosas negras y blancas. Hawser captó el olor del aire seco propio del control de ambiente. Había estado en la Bibliotécnica en numerosas ocasiones, tanto por estudio como por investigación. Sin embargo, nunca lo había hecho en mitad de la noche. Las lámparas de sodio emitían un brillo frío y amarillo que lo teñía todo de ese color.

—La sociedad ya te tenía echado el ojo —le explicó Murza—. De hecho, desde hace bastante tiempo. Les hablé de ti, y creen que les puedes resultar muy útil. Un aliado útil, como yo.

—¿Te pagan por proporcionarles información, Navid?

—No —se apresuró a contestarle Murza—. Nada de dinero. No me compensan de un modo financiero.

—Pero te compensan de alguna manera, ¿no? ¿Cómo?

—Con… secretos.

—¿Cómo el de matar a una persona con una sola palabra?

—No debería haber hecho eso.

—No, no deberías haberlo hecho.

Murza movió la cabeza en un gesto negativo.

—No. Me refiero a que eso es algo que se encuentra más allá de las capacidades de mi nivel. Muy por encima, de hecho. Fue un exceso de poder. No dispongo de ese nivel de control, y por eso me hice daño en la boca al hacerlo. Además, Enuncia no debería utilizarse para hacer daño.

—¿Qué es eso de Enuncia, Navid?

Murza no le contestó. Habían tomado dosis de estimulantes para disminuir los efectos del alcohol en sus cuerpos, además de utilizar vaporizadores de enzimas para neutralizar el fuerte olor a amasec de sus bocas. Los sacerdotes de la Bibliotécnica los estaban esperando vestidos con sus ropajes ceremoniales y en completo silencio. Murza y Hawser se quitaron los zapatos y las prendas exteriores, y los sacerdotes les entregaron las túnicas de visitantes, unos ropajes de una sola pieza de tela suave acompañados de unos guantes y unas zapatillas. Los sacerdotes bibliotecarios les abrocharon las túnicas alrededor del cuello y luego les recogieron el cabello para colocarles un capacete de tela ajustado. Murza sacó un par de placas de datos de su mochila y se dirigió al interior de la Bibliotécnica. Los sacerdotes bibliotecarios abrieron las gigantescas puertas.

La gran sala central estaba vacía. Ninguna de las largas mesas de lectura estaba ocupada. Trescientas lámparas colgaban del alto techo mediante unas largas cadenas de bronce e iluminaban toda la longitud de la prolongada estancia por parejas que se alejaban hacia el fondo. La sensación era la misma que entrar en el estómago de una ballena gigante. La luz de las lámparas se reflejaba con suavidad en la superficie lisa de la madera de las mesas de lectura y centelleaba sobre el entramado pulido de las estanterías metálicas que se extendían a lo largo de las paredes.

—Bueno, ¿y dónde están? —quiso saber Hawser.

—Están por todo el mundo —le contestó Murza con cierta pedantería en la voz —. Pero tengo la esperanza de que unos cuantos miembros que se encuentran destinados en Lutecia puedan reunirse con nosotros aquí.

—Entonces, ¿lo que quieres es que me recluten?

—Esta podría ser la noche más excepcional de toda tu vida, Kas.

—¡Contéstame de una puñetera vez!

—Vale, vale —le respondió Murza con un susurro—. Baja la voz. Los sacerdotes bibliotecarios nos están mirando.

Hawser miró a su alrededor y vio un gesto de desaprobación en los rostros de los sacerdotes, que los observaban a través de los agujeros decorativos de la puerta de pantalla. Bajó la voz.

—¿Lo que quieres es que me recluten?

—Sí. No sé lo que les ocurre, Kas. Tengo la sensación de que no soy capaz de mantenerlos contentos. Siempre están pidiendo más. Creí que si te traía…

—No me gusta nada este asunto, Navid. No me gusta nada el rumbo que está tomando.

—Tú espera aquí, ¿vale? Espera aquí y escucha lo que te digan.

—¡Probablemente nunca están contentos contigo porque eres un peligro, Navid! ¡No quiero verme involucrado en ninguno de tus juegos!

—¡Kas, por favor! ¡Por favor! ¡Necesito esto! ¡Necesito que vean que soy capaz de cumplir! ¡Y tú lo verás! ¡Verás lo que pueden hacer por ti!

—No pienso hablar con nadie sin saber su nombre.

Murza le entregó una de las placas de datos.

—Siéntate ahí. Léete esto. He marcado el archivo. Volveré en un minuto.

Luego se alejó con pasos presurosos.

Hawser suspiró y luego retiró una de las sillas de la mesa de lectura que tenía más cerca. Activó la placa de datos, encendió la pantalla, vio el archivo que Murza había marcado como «Para Kasper», y lo seleccionó. Tenía un pequeño marcador de imagen con la forma de un caballito de juguete. Hawser prefería leerlo todo con letras bien grandes, así que conectó la placa a la terminal de lectura de la mesa y abrió la pantalla completa. En el extremo de la superficie de madera apareció una abertura de

la que surgió una pantalla hololítica de un metro cuadrado que se proyectó justo delante de Hawser y tituló hasta alcanzar el ángulo de inclinación óptimo.

Las imágenes comenzaron a formarse y a moverse.

Al principio no eran más que notas al azar, páginas digitales en facsímil que habían sido copiadas del diario de trabajo de campo algo estropeado de Murza. Hawser ya había visto material semejante en otras ocasiones, porque había revisado y ampliado muchos elementos del trabajo de Murza a lo largo de los años. Contaban el uno con el otro para eso. Después de una expedición para el Conservatorio era bastante frecuente que uno de ellos se dedicara a supervisar el archivado físico de los objetos recuperados mientras que el otro revisaba y pasaba a limpio las notas de trabajo para el Catálogo Imperial y para la publicación escolástica. Estaba acostumbrado a las abreviaturas de Murza, a sus manías irritantes, la costumbre que tenía de saltarse cosas, e incluso, a veces, de tomar notas verticalmente en un lateral del diario.

Era sin duda el cuaderno de campo de Murza. Hawser se dio cuenta de que estaba sonriendo ante la tipografía antigua con la que Murza siempre trabajaba, y los garabatos y bocetos ocasionales que también había incluido en la memoria de la placa.

Las páginas parecían proceder de varias fuentes distintas. Eran extractos, partes que Murza había recortado y sacado de diferentes épocas de su diario. Hawser reconoció anotaciones tomadas durante más de una docena de expediciones distintas que habían realizado a lo largo de los últimos años. Si todo aquello estaba relacionado con la obsesión oculta de Murza, era evidente que su locura venía sin duda de mucho tiempo atrás. Hawser vio la referencia a una expedición a Tartus, y sabía que Murza había participado en ella un año antes de que se conocieran.

Apartó la mirada de la pantalla. Un ruido.

Quizá se trataba de uno de los sacerdotes bibliotecarios. No vio a nadie.

Siguió leyendo e intentó sacarle algún sentido a lo que Murza había cargado en aquel archivo. No parecía haber una relación concreta entre los hechos y los lugares que su compañero había reunido allí. ¿Qué era lo que no veía? ¿Qué era lo que Murza había encontrado?

¿Sólo su propia locura?

Levantó de nuevo la vista.

Habría jurado que había oído pasos. Unas suaves pisadas de fieltro que se acercaban a lo largo de las baldosas de piedra del suelo de la Bibliotécnica. Quizá era Murza, que ya regresaba.

Allí no había nadie.

Hawser se puso en pie. Recorrió la mesa hasta el otro extremo, y luego volvió al mismo sitio. Se detuvo en seco y se dio la vuelta con rapidez.

Le pareció ver la silueta de alguien que pasaba al otro lado por delante de los agujeros de las puertas principales. Tan sólo una silueta. Una figura encapuchada.

—¿Navid? —preguntó en voz alta.

No tuvo respuesta alguna.

Volvió al lado de la pantalla y se sentó de nuevo para pasar la imagen a la siguiente secuencia de páginas. En esta ocasión se trataba de dibujos anotados de los objetos descubiertos en las excavaciones, artefactos sacados de hallazgos arqueológicos procedentes de todas partes del mundo. Todas las anotaciones tenían el estilo de Murza. Dos de los artefactos procedían de excavaciones lunares.

¿Murza había estado en la Luna? Jamás lo había comentado. Aquello implicaba una autorización especial. Hacía falta un permiso directo del Consejo.

Hawser se recostó contra el respaldo de la silla durante unos momentos. Quizá Murza estaba simplemente estudiando los artefactos que otros investigadores de campo habían descubierto. Intentó encontrar datos digitales y códigos de fuente.

No encontró nada.

Todos los artefactos eran figurillas o amuletos, de piedra, barro, o metal. Representaban de un modo desordenado una muestra de las incontables culturas étnicas que habían formado el largo y medio desconocido entramado de la historia de la humanidad. Algunos tenían mil años de antigüedad, mientras que la edad de otros ascendía a varias decenas de miles. Algunos eran incluso tan antiguos o de un origen tan desconocido que resultaba imposible determinar a qué cultura pertenecían. No había un denominador común respecto a la época, ni a la localización geográfica, ni a un hilo conductor compartido de significado ritual o de prácticas religiosas. Tampoco había coherencia respecto a los alfabetos o lenguajes empleados. Un estandarte de batalla de la Dumaica Panpacífica, de unos quinientos años de antigüedad, estaba colocado entre un capacitador ceremonial de sinapsis de unos cuatro mil años de la Dominación Nanotérida y un cuenco votivo de treinta mil años de la Konstantinopal Bizantina. No había ningún…

¡Sí que existía un elemento común!

Hawser comenzó a verlo. Lo habían instruido y formado para captar aquel tipo de detalles, y llevaba mucho tiempo haciendo su trabajo, y haciéndolo muy bien. Tenía una memoria que tendía a lo eidético, y a medida que fue pasando de imagen en imagen holográficas, de hacer girar algunas en tres dimensiones con rápidos gestos de las manos enguantadas, vio lo que Murza había visto.

Ojos. Ojos estilizados. Toda una variedad sobre la simbología de los ojos, de ojos como puntos, como circumpuntos, como mónadas, como ónfalos, como marcas de aversión.

—La singularidad que todo lo ve —musitó Hawser.

«Eres idiota, Navid. Todas las culturas de la historia de la humanidad han

reconocido y reflejado la importancia del ojo, y lo han hecho tanto en los rituales como en el arte. Estás creando relaciones donde no existen relaciones. Todas esas ínfimas similitudes sólo se deben a que todos los artefactos son obra de seres humanos. Menuda cagada, Navid. Lo que quieres ver es alguna clase de conspiración en la historia de la humanidad, alguna especie de herencia de iluminación, una continuidad oculta, ¡y no es más que una tontería! ¡Tu mente le está sacando significado a unas cuantas sombras en las paredes de una cueva! ¡Y nada de esto tiene sentido! Sólo son sombras, Navid, sólo son…».

Hawser parpadeó. Notó una sensación cosquilleante en la piel. Era el calor seco de la Bibliotécnica y el exceso de temperatura corporal que provocaba la túnica de fieltro. Se había detenido en una imagen anotada de un «uraeus» o «wedjat». Se trataba de un amuleto, parcialmente dañado, que tenía la forma tradicional de «ojo y gota de lágrima». La minuciosa nota de Navid indicaba que tenía entre treinta mil y treinta y cinco mil años de antigüedad, y que estaba labrado con cornalina, oro, lapislázuli y mayólica. Luego la nota comenzaba a desvariar:

> El uraeus/wedjat ~~representa a la perfección~~ es el ejemplo típico de la ambigüedad ABSOLUTA del ojo como símbolo/motivo, especialmente en la Era Faerónika. Al parecer, era un talismán de protección y salvaguarda ADEMÁS de uno de ira y malignidad. Es benigno y maligno AL MISMO TIEMPO. Es el bien y la luz y la oscuridad, es lo positivo y lo negativo. Se puede decir que el wedjat, conocido más tarde como el «Ojo de Horus», representa la DUPLICIDAD: una cosa o persona que es capaz de presentar una cara ante el mundo y luego volverse para presentar otra completamente distinta. Pero esta interpretación «traidora» o «traicionera» puede ser compensada/modificada/cualificada por la noción de que el wedjat es COSMOLÓGICAMENTE NEUTRAL. El ojo es al mismo tiempo agresivo y pasivo, protector y agresor. El alineamiento depende de QUIÉN o QUÉ utiliza el artefacto.

Era una conclusión demasiado simplista, y a Hawser le pareció que estaba muy por debajo de las capacidades intelectuales y eruditas de Murza. ¿Por qué Navid habría anotado todas aquellas ideas de un modo tan apresurado e impreciso? Hawser se preguntó…

Hawser se preguntó por qué no podía dejar de mirar la imagen de la proyección hololítica. La imagen le devolvía la mirada, como si estuviera desafiándolo a apartar la mirada y lo desdeñara por su rechazo a las anotaciones de Navid Murza. Lo estaba mirando fijamente, sin parpadear. La pupila se mantenía estática, un iris negro engastado en azul, tan intenso como el cielo. La imagen hizo que le lagrimearan los

ojos. Fue incapaz de apartar la mirada. Intentó girar la cabeza o resistirse a la fuerza que lo obligaba a mantener abiertos los párpados, que le provocaba picores en los propios globos oculares y que lo hacía lagrimear. Tenía las manos apretadas alrededor del borde de la mesa de lectura. Intentó apartarse, echarse hacia atrás, romper el contacto, como si la imagen fuese un cable cargado de energía eléctrica que hubiera tocado y del que no fuera capaz de soltarse. Era la misma sensación que si estuviera esforzándose por dejar atrás una pesadilla que no quisiera borrarse de la memoria.

El ojo ya no era azul.

Era dorado, con una pupila negra.

La cabeza le chocó contra el suelo con un chasquido. El dolor le inundó el interior del cráneo. Había logrado empujar el asiento hacia atrás hasta caer de espaldas. Se quedó con los pies calzados con por las zapatillas de fieltro pataleando en el aire, y habría sido cómico si no fuera por el tremendo dolor que sentía. Se había dado un golpe realmente fuerte al chocar contra el suelo.

Quizá había sufrido una conmoción. Sintió náuseas.

Se sintió muy raro.

¿Qué era lo que acababa de ocurrir? ¿Habría incorporado Murza alguna clase de estimulación hipnótica en la placa de datos? ¿Tendría algún tipo de imagen subliminal?

Se puso en pie y se apoyó en el borde de la mesa para mantenerse erguido. Luego sacó la placa de datos de la conexión de la mesa sin mirar directamente a la imagen hololítica. La pantalla luminosa se apagó. Inspiró profundamente varias veces y después se inclinó para poner en pie la silla. El simple acto de agacharse hizo que le palpitara la cabeza y que el estómago se le removiera. Se irguió de nuevo para recuperar un poco el equilibrio.

Había alguien en el otro extremo de la sala.

La figura se encontraba a unos veinte metros de distancia, al final de las mesas de lectura, entre las estanterías interiores situadas al otro lado de entrada de las puertas. Lo estaba mirando.

No logró verle la cara. Llevaba puesta la misma túnica suave de fieltro beige propia de la Bibliotécnica que le habían dado a él, pero se había subido la capucha, como si fuera un monje. Tenía los brazos pegados a los costados. La silueta del individuo tenía una cualidad blanda, casi fofa. Con aquellas vestiduras de color crema parecía el cuerpo desnudo de una persona que hubiera perdido una tremenda cantidad de peso de forma casi repentina y cuya piel se hubiera quedado floja y vacía. Bajo la media luz de la Bibliotécnica parecía un fantasma.

Hawser se dirigió a él.

—¿Hola?

Su voz resonó por la caverna en penumbra que era la Bibliotécnica igual que una

canica en el interior de un armario. La figura no se movió. Lo estaba mirando fijamente. Hawser no era capaz de distinguirle los ojos, pero sabía que lo estaba haciendo. Quiso verle los ojos. Tuvo la sensación de que necesitaba hacerlo.

—¿Hola? —lo llamó de nuevo.

Dio un paso hacia la figura.

—¿Navid? ¿Eres tú? ¿Qué haces?

Empezó a caminar hacia la figura, que se quedó donde estaba mirándolo fijamente. Su forma de color claro era tan suave en la penumbra que parecía fantasmal.

—¿Navid?

La figura encapuchada se dio la vuelta de repente y comenzó a alejarse hacia la pantalla de hierro negro grabado que daba paso a las estanterías interiores.

—¡Espera! ¡Navid, vuelve! ¡Navid!

La figura encapuchada siguió caminando. Pasó bajo la estructura de hierro y desapareció entre las sombras.

Hawser empezó a correr.

—¿Navid?

Entró en la zona de las estanterías interiores. Las hileras de anaqueles se extendían ante él bajo la escasa luz. Las bellas estanterías de madera tenían doce metros de altura y llegaban hasta donde le alcanzaba la vista. Cada una de ellas tenía acoplada a intervalos una escalera de bronce propia de las bibliotecas con una serie de mecanismos complejos incorporados. Se deslizaban sobre unos raíles libres de inercia que permitían a los lectores acceder a los niveles superiores de las estanterías. Al entrar Hawser, el calor de su cuerpo activó los sensores de catalogación de las estanterías más cercanas. Se encendieron varias pantallas hololíticas y sonó una voz agradable.

—Literatura oriental, de Hol a Hom.

—Literatura oriental, subsección, Homezel, Tomas, obras dé.

—Literatura oriental, de Hom a Hom, continuación.

—Silencio —ordenó Hawser.

La voz agradable se calló, pero las pantallas hololíticas siguieron encendiéndose a medida que se acercaba a ellas, para luego apagarse poco a poco mientras se alejaba de forma apresurada.

—¿Hola? —llamó una vez más.

Retrocedió y se puso a buscar en otra hilera. ¿Cómo era posible que una figura que se había alejado caminando se hubiera desvanecido con tanta rapidez?

Captó un movimiento con el rabillo del ojo, y se volvió justo a tiempo de ver a la figura encapuchada, aunque tan sólo durante un segundo, mientras cruzaba un hueco entre estanterías. Echó a correr a toda velocidad hacia ese punto para alcanzarlo, pero

cuando llegó al hueco no vio señal alguna de su presencia.

A excepción de un par de pantallas hololíticas que se estaban apagando como si el calor pasajero de un cuerpo las hubiera activado unos segundos antes.

—¡Navid! ¡Ya estoy harto! —gritó Hawser—. ¡Basta de jueguecitos!

Algo le hizo darse la vuelta. La figura encapuchada estaba a su espalda, justo a su espalda, silenciosa y fantasmal. Alzó lentamente las manos, separándolas de los costados como si fueran alas, o como un sacerdote en mitad de la ceremonia de invocación de una deidad.

La mano derecha, cubierta por un guante suave, empuñaba un cuchillo.

Era una arma ceremonial. Un athame. Hawser la reconoció de inmediato. Un cuchillo para realizar sacrificios.

—No eres Navid —le susurró.

—Hay que tomar decisiones, Kasper Hawser —dijo una voz.

No era la de la figura, ni tampoco la de Navid. Hawser sintió que se le agarrotaba el corazón por el miedo.

—¿Qué decisiones? —logró preguntar.

—Tienes mucho que ofrecer, y estaríamos encantados de establecer una relación contigo. Sería en nuestro mutuo beneficio. Pero tienes que tomar una decisión, Kasper Hawser.

—Sigo sin entenderlo —le contestó Hawser—. ¿Dónde está Murza? Me dijo que habíamos venido para reunirnos con la gente con la que trabaja.

—Así es. Lo hizo. Navid Murza es una decepción. Es un imprudente. No es fiable. No es un colaborador fiable. No es un testigo fiable.

—¿Y?

—Buscamos a alguien más adecuado para nuestras necesidades. Alguien que sepa lo que está buscando. Alguien que sea capaz de reconocer la verdad. Alguien que sea capaz de observar con mejor criterio. Tú.

—Creo que os habéis equivocado y me habéis tomado por uno de esos idiotas que querría unirse a vuestro penoso club secreto —le respondió Hawser con agresividad —. Quítate esa capucha ridícula. Déjame verte la cara. ¿Eres tú, Murza? ¿Se trata de otro de tus juegos estúpidos?

La figura dio un paso adelante, pero casi pareció flotar en el aire.

—Tienes que tomar una decisión, Kasper Hawser —insistió la voz.

Hawser se dio cuenta de que la voz procedía de todas partes a la vez. Era evidente que no procedía de la figura que tenía delante. Era la voz agradable y suave del sistema de audio de las estanterías. ¿Cómo podía nada ni nadie hablarle a través del sistema de comunicación artificial de la Bibliotécnica?

—Tienes que tomar una decisión, Kasper Hawser.

Hawser oyó gritar a Navid. No fue una palabra, sino un grito tembloroso de

pánico. Le dio la espalda a la figura y comenzó a recorrer a grandes zancadas el pasillo formado por las estanterías. No echó a correr, pero sí que avanzó a mayor velocidad que a un paso normal.

—Tienes que tomar una decisión —le susurraron las estanterías mientras pasaba a su lado—. Tienes que tomar una decisión. Observa en nuestro nombre, y nosotros te mostraremos maravillas.

—¿Navid? —gritó Hawser sin hacer caso de la voz.

Delante tenía un cruce de cuatro pasillos de estanterías. Una de las escaleras de bronce de la biblioteca se encontraba fijada en el extremo de una de las estanterías, y habían atado a Murza por las muñecas a los pasamanos laterales. Estaba tendido en el suelo, medio retorcido, con las piernas extendidas hacia el centro del cruce, con los brazos dolorosamente aprisionados por las ataduras. Parecía medio drogado, o mareado, como si lo hubieran sometido mediante algún golpe violento en la cabeza.

Había otras seis figuras encapuchadas rodeándolo formando un semicírculo:

—Tienes que tomar una decisión —repitió la voz.

—¿Qué le habéis hecho? —exigió saber Hawser.

—Tienes que tomar una decisión. Observa en nuestro nombre y nosotros te mostraremos maravillas. Maravillas que ni siquiera eres capaz de imaginarte.

Murza soltó un leve gemido.

Hawser hizo caso omiso de las figuras y se puso en cuclillas al lado de Murza. Le levantó un poco la cabeza y vio que su compañero estaba sonrojado y sudoroso. Tenía la mirada llena de miedo.

—Kas. Kas…, ayúdame —tartamudeó Hawser—. Lo siento mucho. Les gustas. Les interesas.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡No quieren decírmelo! Yo sólo quería presentaros, eso es todo. Demostrarles que también les puedo ser útil, que podía traerles la gente que necesitan.

—Navid, eres tan estúpido…

—Por favor, Kas.

Hawser levantó la vista hacia las figuras encapuchadas que le rodeaban.

—Nos vamos a largar de aquí ahora mismo —les dijo con más convicción de la que realmente sentía—. Navid y yo nos vamos a poner en pie y nos vamos a largar.

—Tienes que tomar una decisión, Kasper Hawser —repitió una vez más la voz agradable y artificial.

—No, no tengo por qué hacerlo.

—Sí. Te hemos hecho una invitación. No hacemos invitaciones como ésta a cualquiera. Eres una criatura excepcional, y ésta es una oferta excepcional. No subestimes el poder de lo que te estamos invitando a compartir. Son las cosas que has

pasado toda la vida buscando.

—Todo esto no es más que un error —le contestó Hawser.

—El único error sería que dijeras que no, Kasper Hawser —le replicó la voz—. Un sí sería mucho más sencillo. El significado de un sí sería mucho más fácil de reconocer para un individuo de tu formación. Está a tu alrededor.

Hawser parpadeó y miró a Murza. Luego a las figuras humanas, a las siluetas ominosas de las estanterías y a la perspectiva de los pasillos que formaban.

—Claro… —musitó—. Un ritual realizado en un punto de encuentro central que representa la unidad de las direcciones que se acercan. Ocho adeptos que le ofrecen la admisión a un novicio. Las identidades se mantienen ocultas para representar los misterios que lo esperan más allá de la iniciación. Esto es una variante de los ritos de iniciación de los cultos de hechiceros de la Era de los Conflictos. ¿Cuál de ellos? ¿La Secta del Conocedor? ¿El Iluminado? ¿El Cognitae?

—Eso no importa —le contestó la voz.

—No, porque de eso se trata, ¿verdad? *Caveat emptor*. El iniciado no sabrá nada, ni verdades, ni nombres ni identidades, hasta precisamente después de la iniciación, cuando ya es demasiado tarde. La revelación rompe el acuerdo de silencio. Sé lo que queréis de mí.

—Tienes que tomar una decisión.

—Ocho adeptos, pero sólo puede haber ocho. El número sagrado. Uno de ellos debe ser apartado para permitir que el sustituto tome su puesto. Y uno ya ha cometido un error y ha roto el acuerdo de silencio.

Murza gimió de nuevo y tiró débilmente de sus ataduras, lo que provocó que la escalera de peldaños de bronce traqueteara.

La figura encapuchada que tenía el athame en la mano le entregó el arma a Hawser.

—Por favor, Kas. Por favor —gimoteó Murza.

Hawser empuñó el cuchillo.

—Esta vez sí que te has metido en un buen lío, Navid.

Hawser lanzó un rápido tajo con la daga y Murza soltó un chillido agudo. La cuerda que le ataba las manos quedó cortada.

Hawser se volvió hacia las figuras encapuchadas blandiendo el athame.

—¡Y ahora, que os den por saco! ¡Largo!

La semicircunferencia de figuras titubearon un momento, y luego todas comenzaron a temblar. Las túnicas empezaron a estremecerse, como si alguien les hubiera conectado mangueras de aire presurizado para inflarlas. Se hincharon levemente, de un modo desagradable y desigual que sugirió la existencia de malformaciones y defectos, y luego comenzaron a retorcerse, agitadas por los seres etéreos que se movían en su interior. Las túnicas de fieltro se hincharon poco a poco

como si fueran globos. Se empezó a oír un quejido sibilante, una nota aguda que subió y subió de volumen. Era un gemido penetrante que procedía del sistema de voces de las estanterías. Murza y Hawser se llevaron las manos a los oídos. Cuando el sonido alcanzó su punto máximo de agudeza, dejó de sonar de repente. Las capuchas de las figuras temblorosas cayeron hacia atrás y unas nubes de vapor escaparon hacia el aire sombrío. El vapor tenía un color dorado, y se desvaneció prácticamente en cuanto apareció, como si fuera humo, tras escapar de los cuellos vacíos de las túnicas. Vacías y lacias, las siete vestimentas de fieltro cayeron con suavidad al suelo.

Hawser se las quedó mirando, la imposibilidad que representaban. Allí dentro había habido personas. Ni siquiera la teletransportación más precisa y ajustada a escala podría haberlos hecho salir del interior de sus propias ropas. Se dio cuenta de que estaba jadeando, e intentó contener el pánico que amenazaba con embargarlo. Notó un miedo muy concreto en su fuero interno, uno que muy rara vez experimentaba, uno que lo perseguía desde su infancia en la comuna, el de las pesadillas que había tenido de algo que arañaba la puerta desde el exterior.

Murza se agarraba a la base de la escalera a la que lo habían atado. Estaba sollozando.

—En pie, Murza —le dijo Hawser.

Notó algo en la mejilla, algo demasiado frío como para ser una lágrima.

Había comenzado a nevar dentro de la biblioteca.

La nieve caía con suavidad y en silencio. Surgía flotando levemente de la oscuridad apolillada que reinaba en la parte superior de las estanterías, y los copos brillaban como estrellas cuando pasaban por delante del resplandor de las lámparas del pasillo.

—¿Nieve? —susurró Hawser.

—¿Qué? —murmuró Murza.

—¿Nieve? ¿Cómo puede ser nieve? —se preguntó Hawser.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Murza, aunque lo cierto era que no estaba interesado en realidad.

Hawser se apartó de él y alzó la mirada hacia la oscuridad, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba, y notó la frialdad punzante de los copos.

—Gran Terra —musitó—. Esto no debería ser. Nieve. No debería ser posible.

—¿Por qué sigues hablando de nieve? —gimió Murza.

—No fue así como ocurrió.

—Es lo bastante parecido como para que el relato no pierda autenticidad —le explicó *Colmillolargo*.

El sacerdote rúnico de la Tra estaba tendido en el suelo, al comienzo del pasillo que se extendía a la izquierda de Hawser. Tenía la espalda apoyada en una estantería,

como si fuera la pared de baldosas de color naranja de la mansión de una ciudad situada cerca de otra estrella. La sangre que le cubría la parte superior del pecho ya se había secado y tenía un color parecido al óxido, pero ya no le salía la nubecilla de sangre con cada respiración. Sin embargo, tenía los labios húmedos y enrojecidos, lo que contrastaba con la tremenda palidez de su piel, casi incolora ya.

—¿Cómo puedes estar aquí, conmigo? —le preguntó Hawser.

—No lo estoy —le respondió *Colmillolargo* con una voz que era apenas un susurro—. Tú estás aquí conmigo. ¿No te acuerdas? Esto no es más que tu relato.

«—¿Kas? ¿Kas, con quién estás hablando? —quiso saber Murza.

»—Con nadie».

La nieve comenzó a caer con un poco más de fuerza. Hawser se arrodilló al lado de *Colmillolargo*.

—Entonces, ¿te ha gustado mi relato?

—Sí. Sentí tu miedo. Sentí más todavía el suyo —le respondió *Colmillolargo* señalando con un gesto del mentón a Murza.

«—¿A quién le estás hablando, Kas? —le preguntó Murza casi a gritos—. ¡Kas! ¿Qué pasa?».

—Se metió en algo que se le fue de las manos —le comentó Hawser a *Colmillolargo*.

—Nunca fue de fiar —le contestó el sacerdote—. Deberías haberlo olido eso en él desde el principio. En tu relato era más agradable y mejor amigo contigo de lo que en realidad lo fue, ahora que lo veo bien. Eres demasiado confiado, escaldo. Por eso te utiliza la gente.

—No creo que eso sea cierto —le replicó Hawser.

«—¿Qué es lo que no es cierto? —gimió Murza».

—Pareces viejo —comentó *Colmillolargo* mirando bien a Hawser.

—En este momento soy mucho más joven que cuando me conoces en realidad.

—Te mejoramos —le contestó *Colmillolargo*.

—¿Por qué está nevando aquí? —quiso saber Hawser.

—Porque la nieve me reconforta —le explicó *Colmillolargo*—. Es la nieve de Fenris, del invierno que se aproxima. Ayúdame a ponerme en pie.

Hawser le alargó la mano, y el sacerdote la tomó para incorporarse. Esta vez no parecía pesar nada. Dejó un charco de sangre en el suelo de la biblioteca.

La nieve cayó con un poco más de fuerza todavía.

—Vamos —le dijo, y comenzó a recorrer el pasillo con pasos cansados. Hawser lo acompañó.

—«¡Kas, Kas! ¿Adónde vas? —le gritó Murza a su espalda».

—¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó *Colmillolargo*.

—Lo llevaré de vuelta a la pensión y le daré un baño. Haremos un poco de

examen de conciencia. Intentaré determinar si compensa el enorme valor que representa para el programa del Conservatorio en términos de erudición, de capacidad y de pura tenacidad frente a la tremenda responsabilidad negativa que representa el hecho de haberse asociado con un grupo de ocultistas aficionados.

—¿Qué es lo que decidirás?

—Que era un individuo valioso, y que debería mantener aquella investigación en secreto. Le creí cuando me juró que renunciaría a todas sus antiguas relaciones y asociaciones y que se entregaría por completo a…

—Pero deberías haber olido su traición.

—Quizá. Pero a lo largo de los diez años que siguieron a aquella noche trabajamos juntos. Jamás se volvió a producir el más mínimo problema. Era un soberbio investigador de campo. Seguimos colaborando hasta… hasta que murió en Osetia.

—¿Jamás se volvió a producir el más mínimo problema? —inquirió *Colmillolargo*.

—No.

—¿Jamás?

—Jamás —le confirmó Hawser.

«—¿Kas? —El eco de la voz de Murza le llegó desde lejos, apagado por la distancia y la nieve—. ¿Kas? ¿Kas?».

—Entonces, ¿te ha gustado el relato? —le preguntó Hawser—. ¿Te ha entretenido? ¿Te ha distraído?

—Ha sido bastante entretenido —admitió *Colmillolargo*—. Aunque no es el mejor que tienes.

—Te aseguro que es así —le confirmó Hawser.

Colmillolargo movió la cabeza en un gesto negativo. De la barba salieron despedidas varias gotas de sangre.

—No. Aprenderás relatos mejores. Mucho mejores. Ni siquiera ahora es el mejor que sabes.

—Fue lo más inquietante que me ocurrió en mi vida anterior —le insistió Hawser con un cierto tono de desafío en la voz—. Es el relato que posee más… maleficarum.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —le insistió a su vez *Colmillolargo*—. En tu fuero interno lo sabes muy bien. Te estás engañando a ti mismo.

—¿Qué quieres decir?

La nevada caía ya con mucha intensidad. La nieve cubría todo el suelo, y sus pisadas la hacían crujir. Hawser vio que el aliento se le condensaba delante de la boca. Cada vez había más luz. Las estanterías sólo eran unos rectángulos negros en mitad de la ventisca, semejantes a unos monolitos negros o los troncos de unos árboles de tamaño imposible.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Hawser.

—Al invierno.

—Así que esto también es un sueño, ¿no?

—No más de lo que lo era tu relato, escaldo. Mira.

La nieve despedía un brillo semejante al de un neón blanco, y hacía daño a la vista con el reflejo del sol, que se encontraba en lo más alto del cielo, el breve período de luz intensa de un día de invierno.

El aire era transparente como el cristal. Unas montañas se alzaban al oeste de donde se encontraban, más allá de una enorme llanura nevada y un denso bosque de árboles de hoja perenne. Las montañas eran blancas, de bordes tan delimitados y afilados como los dientes carnasiales de la mandíbula de un carnívoro. Hawser se dio cuenta de que el horizonte gris metalizado que se alzaba detrás de ellas no eran nubes de tormenta, sino más montañas, unas montañas más grandes todavía, unas cimas tan inmensas que su tamaño era capaz de hundirle el ánimo a cualquier ser humano normal. La ira de corazón oscuro de las tormentas fenrisianas del invierno se acumulaba y rugía allá donde las cimas se perdían de vista, clavadas en el cielo igual que unas espinas inmensas. Las nubes parecían tan furiosas como unos dioses patriarcales y tan malignas como unos demonios traicioneros. En menos de una hora, dos como mucho si la naturaleza atendía a las plegarias más fervorosas de algún ser humano, el sol desaparecería, y la luz también, y las tormentas se abalanzarían desde las cimas de las montañas con su intención asesina. La furia de los elementos sería mortífera, igual que una carga contra una pared de escudos bien firme, y las nubes de tormenta se despanzurrarían contra los picos de las montañas de menor tamaño y desparramarían su contenido sobre el valle.

—Asaheim —dijo Hawser, aunque hacía tanto frío que apenas era capaz de hablar. Tenía la sensación de que hasta la propia sangre se le había congelado.

—Sí —le confirmó *Colmillolargo*.

—He vivido todo un gran año en el aett, y nunca salí de allí. Jamás vi la cima del mundo.

—Ya la estás viendo —declaró *Colmillolargo*.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora nos quedamos callados. Este es mi relato.

El sacerdote rúnico avanzó a lo largo de una cresta de la extensa llanura nevada. Mantuvo la cabeza agachada sin dejar de mirar hacia todos lados. La capa de piel de color blanco que llevaba sobre los hombros hizo que prácticamente se desvaneciera sobre el manto de nieve. En la mano derecha llevaba una larga lanza de punta de acero.

Hawser lo siguió con la cabeza agachada, poniendo los pies sobre las huellas que

dejaba *Colmillolargo*. Las pisadas no eran muy profundas, ya que la nieve estaba casi tan dura como una piedra. El aliento salía de sus bocas formando unas largas vaharadas de vapor que casi parecían estandartes de seda.

La nieve dejó de caer lentamente y con suavidad y comenzó a soplar procedente de las montañas. Los copos sueltos empujados por el viento formaron un torbellino vertiginoso a su alrededor. Hawser notó cómo le azotaban la cara. La tonalidad de la luz que los rodeaba cambió. Una sombra cubrió el cielo. El horizonte comenzó a llenarse de vapor gris. El sol pareció apartarse del mundo. El resultado fue igual que si alguien hubiera corrido una cortina o hubieran cubierto el hueco de una puerta con un velo. La luz del sol seguía brillando con un fuerte resplandor amarillo en lo más alto del cielo, y ese resplandor se reflejaba con un brillo intenso en el reborde superior de la cresta nevada, pero allí abajo, donde ellos se encontraban, la nieve había adquirido de repente un color oscuro y frío, un blanco nacarado.

Colmillolargo señaló hacia un punto. A lo largo de la línea de árboles del bosque se distinguía una fila de sombras que avanzaban con paso pesado. Eran unos herbívoros cuadrúpedos enormes, una mezcla de bisonte y de alce, cubiertos de pieles lanudas de color oscuro. Las cornamentas múltiples tenían el tamaño de ramajes de árbol. Hawser oyó los bufidos y los resoplidos que soltaban.

—Saeneyti —le susurró *Colmillolargo*—. Mantente agachado y en silencio. Utilizan sus cornamentas como reflectores acústicos. Nos oirían mucho antes de que nos acercáramos lo bastante como para poder arrojarles una lanza.

Hawser se dio cuenta en ese momento de que también empuñaba una lanza.

—¿Estamos de caza?

—Siempre estamos de caza —le respondió *Colmillolargo*.

—Si nos oyen, ¿se nos escaparán?

—No, se volverán contra nosotros para defender a las crías. Fíjate bien, escaldo, esas cornamentas son más largas y afiladas que nuestras propias lanzas. Recuerda incluir eso en tu relato.

—Creí que éste era tu relato, sacerdote.

Colmillolargo sonrió.

—Sólo quiero que te quedes bien con los detalles.

—Muy bien.

—Y vigila el límite del bosque —añadió *Colmillolargo*.

Hawser se volvió para observar el linde de los árboles. Vio la oscuridad sombría y permanente al otro lado de la nieve. Los enormes troncos de los árboles le recordaron a las estanterías de libros de la Bibliotécnica. Sabía que ni siquiera bajo el brillo del sol más intenso se atrevería la luz a penetrar la penumbra musgosa de aquel bosque de abetos.

—¿Por qué? —quiso saber Hawser.

—Porque es posible que no seamos los únicos que estemos cazando —le contestó *Colmillolargo*.

Hawser tragó saliva.

—Sacerdote.

—¿Sí?

—¿Cuál es el propósito de este relato? ¿Qué sentido tiene que me lo cuentes?

—Su propósito es su propósito.

—Muy gnómico. Lo que quiero saber es qué se supone que voy a aprender de todo esto.

—Ha llegado el momento de que te confiemos uno de nuestros secretos —declaró *Colmillolargo*—. Uno bueno. Un secreto de sangre.

Como si aquello enfatizase lo que acababa de decir, Hawser se dio cuenta de repente que era capaz de oler sangre. Era capaz de oler la sangre de *Colmillolargo*. Inmediatamente después olió algo más: el hedor a estiércol y a almizcle propio del ganado. Era capaz de oler a los saeneyti.

El viento había cambiado y llevaba hasta ellos el olor de la manada. Las nubes se movieron, empujadas por ese mismo viento, a una gran velocidad. El sol volvió a salir y fijó su intenso brillo en ellos, igual que un foco. Quedaron convertidos en un par de puntos negros sobre una llanura de nieve blanca como una lámpara de neón.

Eran tremendamente visibles.

El gran animal que lideraba la manada volvió su cabeza rematada por una barba hacia ellos y emitió un potente mugido retumbante por unas fosas nasales que tenían el tamaño de unas tuberías de desagüe. Luego sacudió la enorme cornamenta. La manada se puso en marcha llena de agitación entre bramidos y resoplidos. Se alejaron trotando y sus grandes corpachones levantaron una lluvia de polvo de nieve.

El jefe se apartó de la manada fugitiva y echó a correr por la ladera.

—¡Mierda! —exclamó Hawser.

No se había dado cuenta hasta ese momento del verdadero tamaño de aquella criatura. Tenía cuatro o cinco metros de altura. ¿Cuántas toneladas pesaría? La anchura de aquella cornamenta debía de ser equivalente a la envergadura de una nave de desembarco.

—¡Lárgate! —le gritó *Colmillolargo*.

El sacerdote tenía el brazo echado hacia atrás, con la lanza preparada para ser arrojada, y mantenía la posición. El saeneyti siguió corriendo hacia ellos. Era demasiado grande, demasiado alto, demasiado torpe como para conseguir una verdadera velocidad de carga, pero era una masa inexorable, y furiosa.

—¡Te he dicho que te largues! —aulló *Colmillolargo*.

Hawser echó a correr sobre la nieve para alejarse del sacerdote.

—¡No, no! ¡A un lado! ¡A un lado! —le ordenó *Colmillolargo*.

Hawser estaba huyendo en línea recta de *Colmillolargo* y del saeneyti lanzado a la carga. Si la criatura mataba a *Colmillolargo*, simplemente le pasaría a él luego por encima. Lo que quería el sacerdote era que corriera hacia un lado para apartarse de la línea de ataque de la bestia.

Dada la anchura de su cornamenta, iba a tener que correr un buen trecho para lograrlo.

Costaba correr sobre la nieve. No tardó en quedarse sin aliento. Tuvo la sensación de que estaba realizando aquel esfuerzo con su antiguo cuerpo humano, el que tenía antes de su llegada a Fenris, el débil y anciano Kasper Hawser. Cada paso requería el esfuerzo titánico de alzar lo suficiente el pie como para poder sacarlo de la nieve. Prácticamente tuvo que avanzar a saltos. La luz, intensa como un fluorescente, le hirió la vista.

Miró hacia atrás a tiempo de ver cómo *Colmillolargo* arrojaba la lanza. El arma centelleó bajo la luz del sol. Pareció impactar contra la enorme bestia, pero desapareció entre la densa maraña de su pelaje. El saeneyti siguió avanzando y *Colmillolargo* desapareció en una explosión de nieve pulverizada.

Hawser no pudo contenerse y gritó el nombre del sacerdote. La bestia se volvió hacia él.

Hawser dio media vuelta y huyó de nuevo. Sabía que era inútil. Oyó el tronar apagado de su perseguidor, sus resoplidos y mugidos, el resonar de sus cavidades gástricas. Olió su aliento fétido, su saliva, su enorme lengua de color malva. Bramó como una de las trompetas de guerra de las antiguas tribus humanas.

Hawser supo que no iba a ser capaz de dejarlo atrás a la carrera, así que se dio la vuelta y arrojó la lanza mientras esperaba que en cualquier momento la punta de uno de los ramales de la cornamenta se le clavara y le atravesara el cuerpo de un lado a otro.

El arma pesaba demasiado. Ni siquiera llegó hasta el saeneyti, aunque la criatura había acortado la distancia que los separaba, que ya era de unos escasos cinco metros.

Hawser cayó de espaldas. Observó indefenso y con los ojos abiertos de par en par la muerte que se abalanzaba contra él con la cabeza agachada.

Un lobo negro chocó contra el costado del saeneyti. Parecía un lobo normal, hasta que Hawser comparó su tamaño con el del saeneyti, que sabía que medía aproximadamente lo mismo que uno de los mayores saurios prehistóricos de Terra. El lobo se había lanzado a por la parte de otras del cuello. Cerró sus fauces justo delante de la masa que formaba la articulación del hombro, donde el saeneyti tenía acumulada la grasa invernal.

La bestia alzó la cabeza y soltó un bramido de dolor. Intentó girar el cuello para ensartar a su atacante con la cornamenta y sacárselo de encima, pero el lobo fue tenaz y mantuvo su presa. Apretó más todavía las mandíbulas y emitió un gruñido

gorgoteante, parecido al de un leopardo, que sonó medio apagado debido al pellejo del saeneyti.

Una sangre tan negra como la tinta cayó por el morro de la bestia y manchó la nieve delante de sus patas delanteras. Bajaba chorreando entre la espesa lana negra. El saeneyti bramó de nuevo y una espuma rojiza le salió de la boca y de los ollares. Tenía los ojos extraviados abiertos como platos, inyectados en sangre, y miraban enloquecidos desde debajo de la espesa capa de pelo invernal.

La bestia se desplomó pesadamente. Lo primero que cedió fueron sus patas delanteras. Se dobló sobre las rodillas y luego siguió la parte posterior. Por último, su cuerpo cayó de un modo brutal sobre un costado, igual que el casco de un yate que zozobrara. Hawser vio con claridad la enorme lengua temblorosa del saeneyti, que sobresalía entre los dientes amarillentos y los labios echados hacia atrás. El aliento le salía en chorros irregulares, igual que de una máquina de vapor que no funcionara bien. De su boca brotó un chorro de sangre que manchó la nieve y se quedó allí, humeante.

El lobo no aflojó su presa hasta que la enorme bestia exhaló su último bufido tembloroso, y luego la soltó. La sangre le caía del morro en gruesos goterones. Dio dos vueltas con rapidez alrededor del enorme cadáver con la cabeza agachada y sin dejar de olisquear.

Se detuvo al lado de su presa y levantó la cabeza con las orejas enhiestas para mirar fijamente a Hawser. El lobo tenía los ojos dorados con la pupila muy negra. Hawser le devolvió la mirada, y supo que aunque se pusiera de pie y se irguiera por completo, la cabeza del lobo seguiría alzándose por encima de él.

—No hay lobos en Fenris.

Hawser alzó la vista. *Colmillolargo* estaba a su lado y también miraba fijamente al lobo.

—Es evidente que eso no es nada cierto —le respondió en voz muy baja.

Colmillolargo bajó la vista para mirarlo, y le sonrió.

—Procura espabilar, escaldo. No había lobos en Fenris hasta que llegamos nosotros.

El sacerdote volvió a mirar al lobo.

—Ya son dos las veces que te ha ayudado y protegido —comentó.

—¿Cómo? —preguntó Hawser, confundido.

—Tenía otro nombre la última vez que estuvisteis juntos. En aquel entonces se llamaba Brom —le explicó *Colmillolargo*.

El lobo negro se dio media vuelta y echó a correr hacia el bosque. Tomó velocidad como sólo un depredador superior podría hacerlo. Luego se desvaneció en la profunda oscuridad de los árboles de hoja perenne.

Tras unos cuantos segundos, Hawser vio unos ojos que los miraban desde allí,

unos orbes luminosos, dorados y con la pupila negra.

Tardó unos cuantos segundos más en darse cuenta de que había otros diez mil pares de ojos observándolos desde las sombras del bosque.

—Creo que deberías explicarte —declaró Hawser. Sentía rabia, y curiosamente, también frío, a pesar del calor que azotaba el patio—. ¿Qué quieres decir con eso de que se llamaba Brom? ¿Qué quieres decir con eso?

Colmillolargo no le contestó. Miró a Hawser con una expresión burlona que impedía toda discusión.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Hawser—. ¡Esto no es más que parte de vuestros mitos inventados! ¡No es más que un cuento de mjod! ¡Un cuento de mjod!

Tuvo la esperanza de que aquello provocara alguna clase de reacción en *Colmillolargo*, que le hiciera revelar algún dato real y verdadero. *Colmillolargo* se mantuvo en silencio.

—Bueno, pues a mí tampoco me ha impresionado mucho tu relato —dijo finalmente Hawser.

Oyó unos pasos a su espalda y se dio la vuelta. Oso se dirigía hacia ellos, seguido muy de cerca por Aeska Labiorroto. Ambos llevaban la armadura cubierta de la sangre de los guerreros de la Quietud. Hawser fue consciente de nuevo del ruido incesante que los rodeaba, de los rugientes sonidos de la batalla que se desarrollaba a su alrededor.

—¡Dile que me hable con claridad! —le pidió a Oso al mismo tiempo que se ponía en pie—. ¡Dile que no me insulte con acertijos!

Oso se puso en cuclillas al lado del sacerdote. Dejó el hacha apoyada en la pared de baldosas anaranjadas y alargó la mano hacia la garganta de *Colmillolargo*. Aeska lo miró mientras se limpiaba la nariz de sangre de color púrpura.

Oso se puso en pie de nuevo y miró a Aeska.

—¿Qué? —preguntó Hawser.

—Heoroth *Colmillolargo* ha muerto —declaró Aeska.

—¿Qué? No, no. Está malherido, pero se está curando.

—El archivo de sus lecturas biológicas indica que su hilo vital se partió hace doce minutos —le respondió Oso con voz seca.

—Pero acabo de hablar con él… Acabo de hablar con él. Lo estaba acompañando mientras se curaba.

—No, escaldo, lo acompañabas en sus últimos estertores agónicos —afirmó Aeska—. Espero que tu relato fuera bueno.

—¡Lo estaba acompañando mientras se curaba! —insistió Hawser.

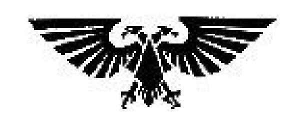
Oso negó con la cabeza.

—Estuvo resistiendo todo lo que pudo para protegerte —le dijo.

Hawser bajó la mirada al cuerpo del sacerdote rúnico, con la espalda apoyada en la pared alienígena. Las palabras se le acumularon en la boca, pero ninguna fue capaz de salir.

Se acercaron más lobos. Hawser vio que uno de ellos era Najot Threader, el sacerdote lobo de la Tra. Lo acompañaba un séquito de siervos vestidos con abrigos de piel cosida.

—Aparta la mirada —le ordenó Aeska Labiorroto.



NUEVE
DOCE MINUTOS

Pensó en aquellos doce minutos a lo largo de todo el viaje de cuarenta semanas.

Una vez cumplida su misión, los guerreros de la Tra dejaron que la 40.ª Expedición acabara con los restos de la resistencia de la Quietud Olámica, una tarea deprimente de limpieza funeraria que en realidad llegarían a tardar tres años en llevar a cabo. Habían llamado a la Tra para que se encargara de otra operación. Nadie le dijo a Hawser de qué se trataba. No lo preguntó. No esperaba que se lo dijeran.

Lo que sí se esperaba fue quizá alguna clase de reprobación por la muerte de Heoroth *Colmillolargo*. Sentía que su muerte era básicamente culpa suya, lo que añadido al elevado rango del sacerdote como veterano de la compañía, hacía que no albergara muchas esperanzas de la continuidad de su relación con los Vlka Fenryka.

De hecho, ni siquiera esperaba que lo dejaran vivir.

Nadie le reprochó nada. La compañía se limitó a reunirse en silencio para mostrarle sus respetos mientras la nave partía. A Hawser le dieron una serie de órdenes muy sencillas.

—Vendrán uno por uno —le indicó Oso—. Memoriza sus relatos.

—¿Quiénes vendrán? —quiso saber Hawser.

—Todos —le contestó Oso hoscamente, como si fuera una pregunta estúpida.

—Ha sido una pregunta estúpida, ¿verdad?

—Son las únicas que haces —le replicó Oso—. Memoriza sus relatos.

Así fue. Todos acudieron a él. Todos y cada uno de los guerreros de la Tra, de uno en uno o en grupos pequeños. Acudieron a Hawser y le contaron los relatos de los momentos que habían compartido con Heoroth *Colmillolargo*.

Había muchos. Algunos eran versiones distintas del mismo acontecimiento contadas por diferentes testigos. Algunos eran contradictorios. Algunos eran cortos. Algunos eran largos y torpes. Algunos eran divertidos. Algunos daban miedo. La mayoría eran impresionantes y sangrientos. Muchos de ellos describían los incidentes en los que *Colmillolargo* le había salvado la vida a quien lo contaba, o le enseñaba una lección muy valiosa al narrador. Hubo declaraciones de gratitud, de respeto, de aprecio.

Hawser los escuchó a todos y se aprendió todos los relatos de memoria utilizando los trucos eidéticos de los que disponía y la formación que había recibido en el Conservatorio. Para cuando terminó todo el proceso, tenía en la cabeza cuatrocientos treinta y dos relatos sobre el sacerdote rúnico.

Algunos de los relatos se los habían contado con voz seca y monótona, de un modo casi indiferente. Otros guerreros le hablaron con voz grave, conmovidos todavía por su pérdida. Algunos se los contaron individuos que eran a todas luces unos narradores pésimos, y tuvo que retroceder en numerosas ocasiones para revisar lo que le estaban contando para que tuviera sentido. Algunos pasaban accidentalmente por alto hechos cruciales debido al entusiasmo. Otros relatos eran una masa confusa de acontecimientos que había que desenredar. Unos cuantos estaban impregnados de alegría y en ellos se recordaba a *Colmillolargo* con gran afecto. En esos casos, el relato se veía interrumpido a menudo porque los narradores tenían que esforzarse en dejar de reírse para poder terminar de contar las cosas.

Mientras escuchaba todo lo que le contaban con un rostro sonriente o serio, según fuera lo más apropiado, Hawser no dejaba de pensar en aquellos doce minutos. Heoroth *Colmillolargo* se había quedado con él doce minutos más, hablando, acabando su relato, contándole la verdad. Doce minutos con sus señales vitales en línea plana. Doce minutos de supervivencia post mórtem.

Heoroth *Colmillolargo* le había robado doce minutos a su estancia en el Subniverso por una razón. ¿Para mantenerlo a salvo? ¿Para mostrarle algo a Hawser? ¿Para demostrarle algo?

Una vez todos los relatos quedaron en su memoria, comenzó la despedida. Enviaron a Fenris el cuerpo de *Colmillolargo* en el interior de un ataúd de éstasis, para que lo incineraran en las llanuras de Asaheim, en un punto alto que dominara las rutas de migración por los bosques que seguían los saeneyti, donde le había gustado cazar al viejo sacerdote. Sin embargo, aquello sólo era uno de los diferentes tipos de despedida. La compañía se reunió en una de las cámaras principales de la nave para celebrar un festín en honor a *Colmillolargo* que duraría todos los días y las noches que tardara Hawser en contar todos los relatos.

Godsmote se apiadó un poco de Hawser y le advirtió que debía ensayar mucho, que practicara la recitación dramática y que repartiera las narraciones de modo que

las pequeñas anécdotas quedaran intercaladas entre las sagas más largas. También lo avisó de que no debía apresurar la narración bajo ninguna circunstancia. Debía incluir descansos, unos descansos largos, de unas diez horas o más de duración. Esos períodos de reflexión también prolongarían los festejos. Debía recitar en juvjk, el canto del hogar, porque ése era uno de los usos solemnes y sagrados de aquel tipo de canto. Los términos del wurgen sólo se podrían utilizar como elemento decorativo y descriptivo.

La compañía Tra viajaba a bordo de una nave de combate llamada *Nidhoggur*. Hawser no creía que las naves de los Vlka Fenryka se parecieran a las de las demás legiones astartes, excepto quizá en su estructura más básica. No había viajado en ninguna otra nave astartes, aunque sí lo había hecho en varias de las pertenecientes a las flotas expedicionarias, y la *Nidhoggur* era una nave extraña en comparación. Le dio la impresión de que los miembros del Vlka Fenryka consideraban tanto a las naves estelares como a las transatmosféricas unos botes grandes, y al vacío espacial como una simple extensión de los océanos azotados por tormentas de su planeta natal. Los espacios interiores estaban rematados con huesos, marfil y madera pulidos, a semejanza del interior del aett. La nave era un crucero de la Era de la Unificación, modificado y adornado poco a poco hasta que había perdido la mayor parte de su antigua identidad y se había impuesto la nueva.

Los controles medioambientales estaban bastante por debajo de la media estándar en las naves imperiales, por lo que el *Nidhoggur* era más oscuro y frío que ninguna de las otras naves en las que hubiera viajado. Hawser recordó, mientras temblaba en el rincón de uno de los espacios habitables de la nave, que demasiada tibieza hacía que las personas se volvieran lentas. Si había demasiada luz, un individuo perdía agudeza visual. En la mayoría de los lugares transitados de la nave sólo existía la penumbra proporcionada por una simple lámpara.

La cámara empleada para la despedida era un espacio de carga que no se utilizaba excepto para ese tipo de acontecimientos. Sólo un guerrero tan venerable del Vlka Fenryka como *Colmillolargo* se merecía semejante ceremonia.

La bodega le recordó a Hawser un sector urbano de alguna colmena subterránea, la zona de una favela de los barrios bajos de alguna de las ciudades de la antigua Terra. Era un lugar sucio y lleno de desechos, apenas iluminado. La mayoría de las superficies estaban cubiertas de hollín. Las pilas de cables sueltos, de paneles de aislamiento rotos, de vigas metálicas partidas, de tubos del techo y de alambres retorcidos sugerían que el lugar había sido saqueado o adaptado a lo largo de los años, o quizá ambas cosas.

Habían llevado material combustible hasta allí para amontonarlo y luego encenderlo debajo de las rejillas quemadas de los conductos extractores del espacio de carga. Un humo irritante para los ojos llenó el lugar. Hawser supuso que en aquella

cubierta no funcionarían los sistemas de detección y contención de emergencia de la nave, bien fuera porque estaban desconectados o porque se habían fundido ya hacía mucho tiempo.

Se quedó sentado al lado de una pared mientras contemplaba cómo la ceremonia tenía lugar. Con el tiempo, los que se habían sentado exactamente en el mismo punto que él se habían entretenido con la pared que tenían delante. La superficie de marfil de la cubierta de paneles que ocupaba la mayor parte del espacio estaba llena de grabados a mano de un diseño intrincado, del mismo tipo que cubría las armas y las armaduras del Rout, sobre todo en las partes de cuero. Tanteó la superficie con la punta de los dedos en la sombra, y notó dónde terminaba un trazado y otro retomaba el grabado. Las marcas de cuchillo eran tan características como la escritura o las voces. Se dio cuenta de lo viejo que era el *Nidhoggur*. De doscientos a doscientos cincuenta años como mínimo. Pensaba en los miembros del Vlka Fenryka como una orden bien establecida, con tradiciones antiguas y honrosas, pero aquella nave había salido de los astilleros espaciales antes incluso de que la VI Legión Astartes hubiese abandonado Terra y hubiera sido destinada a vivir en el desolado Fenris. Hawser había dedicado la mayor parte de su vida a la investigación histórica, pero jamás se había detenido a pensar en sus intensidades variables. Los largos y lentos períodos de estabilidad, las duraderas Eras de la Tecnología, eran semejantes a veranos cálidos e interminables, aburridos y en los que no ocurría nada si se los comparaba con los violentos dos siglos que había presenciado el *Nidhoggur*. La nueva forja del destino de la humanidad. La recuperación y la reconstrucción de sus dominios. Se preguntó si alguna nave lograría durar tanto o ver tanto de lo que realmente importaba.

Los guerreros de la Tra se reunieron. Llegaron vestidos con las pieles y las prendas de cuero tallado. Eran sombras con rostros de bestias, siluetas con máscaras talladas. Hawser olió el hedor a combustible del mjod, que había en cantidades copiosas. Los sirvientes con tocados de animales con cornamenta y vestidos con largos abrigos de pellejo cosido se movían entre la muchedumbre de guerreros llenando una y otra vez las copas y las jarras. También habían llevado cestas llenas de carne roja para alimentar el metabolismo acelerado de los astartes.

Le llegó el sonido de tambores. No había un ritmo uniforme. Parecía más bien una cuestión de orgullo para cada uno mantenerse de un modo casi belicoso fuera de toda coincidencia y armonía con los tambores vecinos. También había trompetas y flautas de manufactura primitiva, de hueso y de cuerno. Los tambores estaban pensados y diseñados para hacer ruido, una especie de asalto sónico antimusical. Algunos de los tambores eran simples aros de madera o de hueso, incluso cuernos calentados y doblados a los que se había cubierto con pellejos muy tensos. Otros no eran más que unas escamas de pez enormes o placas de metal batido que Hawser tardó en reconocer como piezas de armaduras de los enemigos a los que habían

matado y que habían tomado como trofeos. Aquellos tambores de piel se tocaban en hilera, como si fuera una fila de timbales o de sistros.

Los guerreros se acercaron a los fuegos principales sin ningún orden aparente de rango, y al parecer, de forma espontánea, colocaron ofrendas en los montones de cenizas. Hawser vio que depositaban cuentas o trofeos de pequeño tamaño, como garras o dientes de peces, o pequeñas figuras talladas en trozos de hueso o de cera, además de conchas con la superficie cubierta de grabados y decoradas con plumas de aves marinas. Cuando dejaban una de aquellas ofrendas, tomaban un puñado de ceniza, y después de retirarse la máscara, o el tocado que les cubría la cabeza en algunos casos, se marcaban la cara con trazos grises. Najot Threader, que llevaba la cabeza cubierta por una máscara de cuero ceñida rematada por dos enormes cornamentas de color negro, se encontraba cerca de los distintos fuegos, y contemplaba cómo los guerreros se pintaban las marcas. Habló con algunos de ellos tras detenerlos poniéndoles una mano en el hombro, y en ocasiones les pintó alguna mancha más con ceniza o una pasta rojiza en la zona de las cejas o en los pómulos, justo debajo de los ojos.

—¿Qué puedo ofrecer? —se preguntó Hawser.

Fith Godsmote estaba sentado junto a él y mascaba un trozo de carne cruda. Hawser olió con claridad la sangre, y ese olor metálico omnipresente le revolvió el estómago.

—Tienes un relato que ofrecer, así que eso es más que suficiente —le explicó Godsmote—. Pero sí que deberías acercarte al sacerdote para que te marque.

—Tengo una mala sensación —le explicó Hawser.

—¿Cuál? —quiso saber Oje, que estaba al otro lado.

—Que todo esto va a acabar conmigo sacrificado de forma ceremonial en recuerdo de *Colmillolargo*.

—¡Hjolda! —exclamó Oje entre risas—. ¡Hay unos cuantos a los que les gustaría esa idea!

—No es así como funciona esto, pero si quieres, lo hablo con el jarl —comentó Godsmote después de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

Hawser lo miró con mala cara.

—¿Crees que te culpamos por la muerte de *Colmillolargo*? —le preguntó Godsmote.

Hawser se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—No es así como funciona esto —le repitió Godsmote—. El wyrd a veces da y a veces quita. Algunas cosas parecen más importantes que otras, cuando no lo son. Y otras cosas parecen tener menor importancia, cuando en realidad son, de hecho, las más importantes de todas. No nos arrebataste a *Colmillolargo*. Era su momento de irse. Y tú has traído cosas al Rout, cosas por las que te están agradecidos.

—¿Cómo por ejemplo?

Godsmote se encogió de hombros.

—A mí.

—Tienes una opinión muy elevada de ti mismo, Fith de los ascommani.

—No me refiero a eso —le aseguró Godsmote—. Se trata de que soy útil, de que mi fuerte brazo es útil. He cumplido muy buenas tareas para el jarl y el Rout. No estaría aquí si éste no fuera el lugar donde debo estar, pero lo cierto es que no estaría aquí si no hubieras caído de las Tierras Superiores esa primavera.

—Entonces, no fui tan mala estrella para ti.

—Ninguno de nosotros estaría aquí a menos que debiéramos estar aquí. ¿Ves a lo que me refiero? —le explicó Godsmote.

—Sigo teniendo la sensación de que sólo se me tolera —respondió Hawser.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sólo se me tolera porque no se puede hacer mucho más conmigo.

—Oh, no, hay muchas cosas que podríamos haber hecho contigo —le respondió con toda tranquilidad Oje antes de morder otro trozo de carne.

—No le hagas caso —lo tranquilizó Godsmote—. Mira, ya están cerrando los límites para que podamos comenzar. Levántate ya y muestra lo que de verdad vale un escaldo, y así te darás cuenta de que si estás aquí no es porque te toleremos.

Los guerreros de la Tra estaban utilizando hachas de plastiacero para hacer marcas de aversión en las compuertas y en las escotillas de las entradas y salidas del espacio de carga. Eran las mismas señales que Hawser había visto a hacer a Oso en el muelle de gravedad. La zona había quedado aislada, y el acceso desde el exterior estaba prohibido hasta que la ceremonia se desarrollara por completo. El sonido antimusical alcanzó su clímax, y luego cesó de repente.

Hawser se aproximó a las hogueras.

Najot Threader, sacerdote lobo, se alzó por encima de él como el macho saeneyti, con la cabeza rematada por cuernos recortada por la luz de las hogueras. A pesar del calor del fuego y del humo capaz de resecar gargantas, Hawser sintió frío. Se cerró un poco más alrededor del cuello la piel que le había regalado Bitur Bercaw, pero se estremeció dentro del mono ceñido y ya pegajoso. Alguien, el sacerdote quizá, había arrojado unas semillas con cáscara y unas hojas secas al fuego, y todo ello ardía con un desagradable aroma dulzón.

—Di tu nombre —le ordenó Najot Threader.

—Ahmad Ibn Rustah, escaldo de la Tra —le contestó Hawser.

—¿Qué traes al fuego?

—La saga de Ulvurul Heoroth, llamado *Colmillolargo*, como es mi deber.

El sacerdote asintió y le marcó la cara con la pasta gris. Luego se inclinó un poco

hacia adelante con un pequeño tubo fabricado con una espina de pescado hueca. Hawser cerró los ojos justo a tiempo, antes de que Najot Threader utilizara el tubo para soplarle un chorro de pintura negra en el rostro.

Hawser sintió que le escocían los conductos lagrimales, pero se dio la vuelta para encararse con los guerreros de la compañía, y rodeó la hoguera principal con toda la osadía de la que se sintió capaz. Se esforzó por controlar la respiración al mismo tiempo que intentaba recordar cómo mantener el paso y proyectar la voz. Notó la garganta reseca.

Alargó una mano con un gesto lleno de confianza y autoridad. Uno de los sirvientes le entregó obedientemente una jarra, y Hawser se bebió el contenido sin ni siquiera comprobar si se trataba de mjod. No lo era. Los sirvientes conocían muy bien sus limitaciones biológicas y tuvieron buen cuidado de no dejarlo lisiado por accidente.

Hawser tomó otro sorbo de vino aguado, lo hizo correr entre las encías y luego le devolvió la jarra al sirviente.

—El primer relato es la historia de Olafer.

Olafer se puso en pie en uno de los grupos y asintió a la vez que alzaba su jarra. Se oyó un coro desigual de vítores.

—En Prokofief, hace cuarenta grandes años —empezó a contar Hawser—, Olafer y *Colmillolargo* lucharon contra los pielesverdes. Un invierno crudo, unos mares oscuros, unas islas negras, donde los pieles-verdes se agolpaban como guijarros en la playa. Un combate duro. Cualquiera que haya estado allí lo recordará. El primer día…

Algunas partes del relato fueron recibidas con rugidos de entusiasmo, mientras que otras las escucharon en un silencio lúgubre. Algunas provocaron risas, y otras, exclamaciones de pena o sufrimiento. Hawser se concentró en la tarea y comenzó a reconocer cuáles de sus técnicas funcionaban bien y cuáles eran las que menos impresionaban.

Su único error ocurrió cuando describió en uno de los relatos la muerte de unos enemigos como «finalmente sucumbieron a los gusanos del suelo».

Alguien lo interrumpió. Era Ogvai.

El jarl alzó una mano cargada de anillos. El gesto de confusión de su cara se vio acentuado por el grueso aro que le atravesaba el labio inferior.

—¿Qué significa esa palabra? —le preguntó.

Hawser supuso que la palabra «gusanos» era desconocida para todos los lobos. Había dejado de hablar en juvjk sin darse cuenta y había vuelto a su gótico bajo natal.

Era algo muy extraño, ya que sabía muy bien cuál era la palabra para «gusanos» en juvjk.

—Ah —asintió Ogvai al mismo tiempo que se sentaba de nuevo—. Ahora lo entiendo. ¿Por qué no lo dijiste así antes?

—Lo siento. He viajado mucho, y he aprendido tantas palabras como relatos a lo largo de mi vida.

—Continúa —le indicó Ogvai.

Siguió narrando. Intercaló los descansos que Godsmote le había aconsejado hacer y durmió unas cuantas horas entre relatos mientras los guerreros seguían bebiendo mjod y charlando. De vez en cuando, el retumbar de los tambores y la antimúsica resonaban de nuevo, y algunos de los guerreros se lanzaban a bailar una especie de antidanza furiosa en un frenesí salvaje, extático y desenfrenado. Daban toda la impresión de haber sido poseídos o de sufrir en masa una corea psicogénica. Empezó a hacer tanto calor en la estancia que Hawser acabó quitándose la piel de lobo cada vez que lo llamaban al lado del fuego.

Fue una prueba de resistencia. Comió lo que le llevaron los sirvientes, y bebió abundantemente para mantener el nivel de fluidos de su cuerpo. Tuvo la sensación de que los relatos, incluso los más breves e incompletos, eran interminables, y que detallaban la vida de *Colmillolargo* de un modo lento y meticuloso, como en el mejor de los grabados. Llevaba su tiempo contar de un modo apropiado cuatrocientos treinta y dos relatos.

El último de ellos sería el relato de la muerte de *Colmillolargo*, una narración que combinaría los recuerdos de Hawser con los de Jormungndr Dos Espadas. Hawser sabía muy bien que ya estaría agotado cuando llegase ese momento.

También sabía que debía ser el mejor relato de todos.

Todavía le quedaba bastante para llegar a ese punto, unas sesenta narraciones, cuando Ogvai se puso en pie. Habían parado a descansar. Aeska despertó a Hawser con unas cuantas sacudidas. El retumbar de los tambores estaba disminuyendo poco a poco después de otro paréntesis de frenesí, y los bailarines se desplomaban en el suelo entre carcajadas al mismo tiempo que pedían más mjod.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Hawser.

—Parte de la despedida es la elección del sustituto —le explicó Aeska.

Había unos cuantos guerreros de la Tra que parecían poseer la misma visión psíquica de *Colmillolargo*. También cumplían funciones sacerdotales, y uno de ellos sería elegido para asumir las funciones de rango superior de *Colmillolargo*.

Todos los aspirantes se acercaron a Ogvai y se arrodillaron a su alrededor formando un círculo. La raya central que le dividía el cabello hacía que la melena le cayera a cada lado de la cabeza formando dos cataratas gemelas de agua negra. Estaba desnudo de cintura para arriba. Echó la cabeza hacia atrás, extendió las manos hacia los lados y flexionó los poderosos músculos de los brazos, de los hombros y del

cuello. Tenía la piel, blanca como la nieve, cubierta de manchas de ceniza gris. Al igual que Hawser, tenía la zona de los ojos rodeada de pintura negra.

En la mano derecha empuñaba un cuchillo ceremonial. Un athame.

El jarl comenzó a hablar y recitó las virtudes de cada candidato.

Hawser no lo escuchaba. El athame, la postura con los brazos extendidos, le recordaron vivamente la figura de la situación que había vivido en la Bibliotécnica de Lutecia, una historia que se había mantenido encerrada en su propia cabeza durante decenios, una historia que sólo había aflorado de nuevo cuando se la contó a Heoroth *Colmillolargo*.

Se quedó mirando fijamente el athame.

No se trataba de que fuera parecido. Kasper Hawser era un experto en aquel tipo de objetos. Conocía los distintos tipos y clases. Aquello no era un error de identificación provocado por una gran semejanza.

Era exactamente el mismo cuchillo.

Se puso en pie.

—¿Qué haces? —le preguntó Godsmote.

—Siéntate, escaldo —le ordenó Oje—. No es tu turno.

—¿Cómo es posible que sea el mismo? —preguntó Hawser en voz alta sin apartar la mirada de la ceremonia.

—¿Cómo es posible que sea el mismo qué? —le preguntó Aeska a su vez, visiblemente molesto.

—Siéntate y cállate —le espetó otro lobo.

—¿Cómo es posible que sea el mismo cuchillo? —insistió Hawser señalando el arma.

—¡Siéntate! ¡Hjolda! ¡Te sentaré de un porrazo si no lo haces tú sólo! —le gruñó Godsmote.

Ogvai ya había elegido. Los demás candidatos bajaron la mirada hacia el suelo en reconocimiento de la autoridad de la decisión. El elegido se puso en pie para mirar cara a cara al jarl.

El nuevo sacerdote rúnico de la Tra era un guerrero joven, uno de los candidatos más jóvenes. Era Aun Helwintr, también llamado Cabezanívea, por tener, a pesar de su juventud, una melena de cabello tan blanco como la nieve de la época más fría del invierno. El cuero tallado de su máscara era tan oscuro que casi parecía negro, y llevaba sobre los hombros un pellejo de color leonado. Era conocido por su comportamiento distante y extraño, su porte inquietante y la costumbre que tenía de lanzarse al fragor de unos combates encarnizados a los que siempre sobrevivía de un modo milagroso. El wyrd se acumulaba en el interior de Aun Helwintr de un modo que Ogvai quería controlar.

Estaba a punto de tener lugar alguna especie de rito, y Hawser sintió cómo el

silencio se apoderaba del lugar. Tuvo la certeza de que él era el motivo.

Pero no era así. Todos los lobos se volvieron para mirar hacia una de las compuertas de la cámara, y sus ojos dorados relucieron con un brillo peligroso a la luz de las hogueras.

Allí se encontraba un grupo de sirvientes, que acompañaban a un aterrorizado miembro de la tripulación del puente de mando del *Nidhoggur*. Habían entrado a pesar de las marcas de aversión grabadas en las entradas.

Ogvai Helmschrot se pasó el athame a la mano izquierda y empuñó su hacha de combate. Luego cruzó la bodega de carga a grandes zancadas para desmembrarlos por su atrevimiento.

A mitad de camino se detuvo en seco y recuperó el control de sí mismo, Sólo un idiota se atrevería a hacer caso omiso de una marca de aversión y a interrumpir una ceremonia tan privada e importante.

Sólo un idiota, o un individuo con un mensaje tan importante que no podía esperar.

—Entonces, ¿te ha gustado el relato? —le preguntó Hawser—. ¿Te ha entretenido? ¿Te ha distraído?

—Ha sido bastante entretenido —admitió Colmillolargo—. Aunque no es el mejor que tienes.

—Te aseguro que es así —le confirmó Hawser.

Colmillolargo movió la cabeza en un gesto negativo. De la barba le salieron despedidas varias gotas de sangre.

—No. Aprenderás relatos mejores. Mucho mejores. Ni siquiera ahora es el mejor que sabes.

—Fue lo más inquietante que me ocurrió en mi vida anterior —insistió Hawser con un cierto tono de desafío en la voz—. Es el relato que posee más… maleficarum.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —insistió a su vez Colmillolargo—. En tu fuero interno lo sabes muy bien. Te estás engañando a ti mismo.

Hawser se despertó con un sobresalto. Durante un momento fugaz y terrible creyó estar de nuevo en la Bibliotécnica, o en la llanura de hielo junto a Colmillolargo, o incluso en el patio rodeado de llamas de la ciudad arrasada de la Quietud.

Sin embargo, no había sido más que un sueño. Se apoyó de espaldas en los codos y se calmó, esforzándose por ralentizar tanto su respiración atemorizada como su corazón acelerado. Sólo un sueño. Sólo un sueño.

Volvió a tumbarse en la cama. Se sentía cansado e incómodo, como si no hubiera dormido bien, o como si lo hubiera hecho ayudado por un sedante. Le dolían las extremidades. La gravedad artificial prolongada siempre le provocaba lo mismo.

Una luz amarillenta se colaba en la estancia a través de la persiana de la ventana y lo doraba todo, lo que daba a la habitación un aspecto suave y pulido.

Oyó un campanilleo electrónico.

—¿Sí?

—¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco —dijo la voz modulada y suave de un servidor.

—Gracias.

Se incorporó para sentarse en el borde de la cama. Se sentía muy agarrotado, muy cansado. No se sentía así desde hacía mucho tiempo. Le dolían las piernas. Quizá guardaba algún analgésico en los cajones.

Se acercó cojeando y apretó el botón que abría la contraventana. Se elevó a lo largo del marco con un leve zumbido, lo que dejó que la luz dorada inundara la estancia. Miró al exterior. La vista era magnífica.

El sol, fuente de todo aquel brillo etéreo, acababa de salir al otro lado del hemisferio que se encontraba debajo de él. Lo que estaba viendo directamente era Terra en todo su magnífico esplendor. Ante él se extendía el lado nocturno y las constelaciones que sobre su superficie formaban las luces de las ciudades colmena sumidas en la oscuridad que se extendía más allá del horizonte que separaba el día de la noche. También divisó el azul resplandeciente del borde de los océanos y el blanco vaporoso de las nubes, y justo debajo de donde él se encontraba se veían las luces centelleantes de placa supraorbital Rodinia, que flotaba de un modo majestuoso bajo la placa en la que él se encontraba, que era…

Lemurya. Sí, eso era. Lemurya. Una suite de lujo en la parte inferior de la placa Lemurya.

Enfocó la vista y vio su propio reflejo iluminado por el sol en el grueso cristal de la portilla de observación. ¡Viejo! ¡Qué viejo! ¡Tan… viejo! ¿Qué edad tenía? ¿Ochenta? ¿Ochenta años estándar? Retrocedió un par de pasos. Aquello no podía ser. En Fenris lo habían rehecho por completo, lo habían…

Pero todavía no había llegado a Fenris. Ni siquiera había partido aún de Terra.

Atónito, se quedó mirando el reflejo bañado por la luz dorada del sol. Vio la cara de la otra figura reflejada en el cristal, la figura que se encontraba justo a su espalda.

El terror se apoderó de su alma.

—¿Cómo puede ser que estés aquí?

Y se despertó.

La estancia estaba envuelta en la oscuridad y en el frío, y él se encontraba en el suelo, arrebujado en la piel. Sintió el gruñido lejano de los motores del *Nidhoggur*. Notó el sudor frío y pegajoso de la pesadilla sobre el vello erizado de la piel.

Nadie había vuelto a ver a Ogvai desde la interrupción de la ceremonia. Fith le

contó que la Tra había recibido un mensaje urgente y que a la compañía le habían asignado una nueva tarea, pero que no se sabía nada concreto todavía. Como era habitual, Hawser no esperaba que le contaran demasiado. Aguardó durante un tiempo por si se reanudaba la ceremonia, pero era evidente que el momento ya había pasado. Dejaron que las hogueras se apagaran y los guerreros de la Tra se dispersaron. Hawser encontró a la mayoría en las cámaras de armamento, preparando su equipo de combate y sus armas, o en las jaulas de entrenamiento. Todo el mundo afilaba las hachas y las espadas para que tuvieran el filo lo más mortífero posible, además de pulir y de ajustar las armaduras. También añadían pequeños detalles y elementos decorativos. Las cuentas y los colgantes llenos de dientes los fijaban usando alambre. En las puntas de los proyectiles de bólter grababan marcas de aversión. Al verlos bajo la luz más intensa de la zona de las cámaras de armamento, Hawser reflexionó sobre lo mucho que los lobos se parecían a humanos despellejados debido a las piezas de cuero que llevaban puestas. Los relieves grabados y los trozos oscuros semejaban tendones, ligamentos y grandes manojos de músculos.

Nadie le prestó la más mínima atención. La cabeza le seguía palpitando con sueños infelices y la sensación de que había dormido demasiado tiempo y que eso le había sentado mal, así que regresó a la bodega de carga.

El aire olía a humo frío. Tocó las señales de aversión de los marcos de las puertas, y notó los bordes irregulares de metal donde, al igual que las demás señales que las habían precedido, las habían desfigurado y arrebatado todo su poder.

Hawser entró sin rumbo fijo en el espacio de carga y se quedó al lado de los rastros todavía humeantes de la hoguera principal. Vio el brillo de las ofrendas que los guerreros habían dejado entre las cenizas y las manchas de mjod en el suelo. También vio los tambores y los sistros tirados. Los sirvientes habían recogido las copas, las jarras y los platos. No vio señal alguna de los objetos rituales que habían utilizado Najot Threader, el sacerdote lobo, o el propio Ogvai.

«Puedes ir donde tú quieras».

Eso era lo que le había dicho *Colmillolargo*.

«Eres un escaldo. Ese es el mayor privilegio que tiene ser lo que eres. Nadie del Rout puede impedirte el paso, o mantenerte fuera de un lugar, o impedir que metas las narices donde quieras».

Hawser se dirigió a los aposentos del jarl.

Ogvai ocupaba una estancia cercana al núcleo de la nave de combate. Si el *Nidhoggur* era la madriguera de los guerreros de la Tra, la cámara del jarl era la oscuridad que dominaba en la parte más profunda de la cueva, el lugar reservado para el macho alfa. Apenas tenía mobiliario, y los espacios estaban separados por velos de eslabones metálicos que parecían cortinas de cota de malla. El ojo fenrisiano de Hawser no captó calor corporal alguno en las sombras heladas del lugar, y su olfato

apenas captó feromonas en las pieles que estaban esparcidas por toda la estancia.

Ogvai tenía una armería al lado del aposento para dormir. La mayoría de los objetos y artefactos que se veían eran trofeos que el jarl había tomado de sus enemigos derrotados. Había armas alienígenas con unas formas y funciones que Hawser apenas era capaz de imaginar. Había varas, cetros, bastones de mando, pequeñas máquinas de aspecto delicado. En otras estanterías y anaqueles se veían armas de origen biológico: dientes, garras, zarpas, espinas, mandíbulas, aguijones. Algunas se conservaban en suspensión en tarros llenos de fluidos, mientras que otras se habían secado. Unas pocas las habían bruñido, como si estuvieran preparadas para ser utilizadas en cualquier momento. Hawser se detuvo asombrado del grotesco tamaño de algunos de los objetos. Había una garra con forma de guadaña que medía lo mismo que su brazo, y una pluma tan grande como un arpón. Se esforzó por imaginarse las proporciones de las criaturas a las que pertenecieron en el pasado.

En otras estanterías se veían armas de fuego y de filo. Hawser recorrió las hileras hasta que encontró la colección de dagas y espadas cortas.

Había numerosos athames. Algunos eran fenrisianos. El conservador que Hawser todavía albergaba en su interior deseó con todas sus fuerzas saber cómo Ogvai había conseguido todos los demás. Eran reliquias de un valor incalculable anteriores a la Era de los Conflictos.

—Podrías preguntárselo.

Hawser dio la vuelta en redondo. Mientras lo hacía, empuñó sin dudarlo uno de los athames que había colgados de unos ganchos y lo dirigió hacia la sombra que había hablado.

—Es una de las preguntas que quieres hacerle, ¿verdad?

—Sal para que pueda verte —le replicó Hawser.

Algo le arrebató el athame de la mano. Hawser notó un doloroso golpe y luego sintió cómo lo estrangulaban mientras pataleaba en el aire.

Alguien le había enganchado la punta de la garra en forma de guadaña en la capa de piel y lo había alzado en el aire. El athame que había empuñado estaba clavado en una pared, donde todavía retemblaba. Intentó deshacer el nudo que mantenía la capa cerrada alrededor de la garganta. Eso era lo que lo estaba estrangulando. No logró liberar la cabeza, y pataleó con mayor frenesí todavía.

El desconocido lo descolgó y luego lo arrojó al suelo, donde se quedó tosiendo y jadeando.

Aun Helwintr se puso en cuclillas a su lado, con los codos apoyados en las rodillas.

—No me importa quién seas —le dijo el nuevo sacerdote rúnico—. No te atrevas a apuntarme con un cuchillo.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —le dijo Hawser entre toses,

pero con cierto sarcasmo furioso.

—Estabas buscando algo, ¿verdad? —le preguntó Helwintr—. Estabas buscando algo y resulta que no está aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu mente casi grita, escaldo.

—¿Qué mi mente qué?

Aun Helwintr señaló con gesto los anaqueles que contenían los athames y las dagas.

—No está aquí. El arma que buscas.

La piel de Helwintr tenía un color casi azul gélido bajo la mata de pelo blanco y liso. Sus rasgos eran alargados y angulosos, como los de la hoja de una arma de filo, y llevaba los bordes de los párpados pintados con kohl. Parecía divertido, como si fuera una especie de dios boreal, bromista, astuto y peligroso.

Hawser levantó la mirada hacia el sacerdote rúnico con una sensación de inquietud. Aunque oía con claridad la voz de Aun Helwintr, los labios del sacerdote no se habían movido en ningún momento.

—Ahmad Ibn Rustah, el grado de enormidad de tu sorpresa refleja el desprecio inconsciente que sientes hacia la VI Legión Astartes —añadió el sacerdote rúnico sin mover todavía los labios.

—¿Desprecio? No…

—No puedes ocultarlo. Somos bárbaros, salvajes árticos, modificados genéticamente y a los que se les han dado armas avanzadas, a los que se envía para cumplir las tareas más desagradables en beneficio de sus señores, más civilizados. Es una creencia muy extendida.

—Jamás dije que… —empezó a protestar Hawser.

—Ni siquiera lo pensaste de un modo consciente, pero en lo más profundo de tu fuero interno existe un sentimiento de superioridad despectiva. Eres un individuo civilizado, y has venido a estudiarnos, igual que un magos biologis haría con una tribu de humanos primitivos. Vivimos como animales, y tenemos a chamanes como guías, y sin embargo… ¡Gran Terra! ¿Es posible que esos chamanes posean verdaderos poderes? ¿Unos poderes genuinos? ¿Es posible que sean algo más que unos gothi cubiertos de collares de cuentas que se dedican a sacudir huesos, que se drogan con setas y aúllan hacia el cielo?

—Poderes psiónicos —musitó Hawser.

—Poderes psiónicos —repitió Aun Helwintr sonriendo. Esta vez utilizó su voz física.

—Había oído decir que algunas legiones poseen unidades de psíquicos —comentó Hawser.

—La mayoría de ellas las tienen —lo corrigió Helwintr.

—Pero son tan extremadamente excepcionales esos casos… Esa mutación es…

—La mutación psíquica es un tesoro de valor incalculable para nuestra especie —lo interrumpió Helwintr—. Sin ella, nos habríamos visto reducidos a la cautividad en Terra. Las Grandes Casas de los Navegantes nos permiten expandirnos más allá de los límites de nuestro sistema solar. Los astrotelépatas nos permiten comunicarnos a través del vacío sideral. Sin embargo, se debe tener precaución. Se debe tener cierto control.

—¿Por qué?

—Porque cuando utilizas tu mente para mirar al exterior, nunca se sabe qué te devolverá la mirada.

Hawser se puso en pie y se colocó delante del sacerdote rúnico.

—¿Toda esta demostración ha tenido algún propósito, aparte de atemorizarme?

—El propósito era que sintieras miedo —le replicó Helwintr—. Durante un segundo, creíste que alguna especie de magia maligna te había levantado en el aire. Alguna clase de maleficarum. Sentiste exactamente lo mismo que aquella noche, hace ya tantos años, al lado de la catedral muerta.

Hawser lo miró fijamente.

—Capto el recuerdo agudo que compartiste con *Colmillolargo* —le explicó Helwintr.

—¿Me estás diciendo…? ¿Me estás diciendo que mi colega Navid Murza tenía poderes psíquicos y que yo jamás lo supe?

—Escaldo, procedes de una sociedad que acepta y utiliza a los psíquicos. En la Vieja Terra caminaban entre la gente como tú en la vida diaria. ¿Los reconociste a todos? Y en Fenris, ¿serías capaz de distinguir a un chamán que desvaría en voz alta de un individuo que realmente tiene la visión bruja?

Hawser frunció los labios. No tenía la respuesta para aquello. Helwintr se inclinó y lo miró directamente a los ojos.

—La verdad sobre todo ese asunto es que lo más probable es que tu amigo no fuera un psíquico. Había encontrado un atajo un tanto primitivo a otro poder. Y ésa es la cuestión. Esa es la lección. La capacidad del psíquico no es un poder en sí mismo. Es algo que nos permite canalizar un poder muy superior. Es otro camino a ese otro algo. El mejor camino. El más seguro. Pero incluso éste tiene sus peligros. Si quisieras pensar en ello detenidamente, definirías maleficarum como cualquier brujería que no se realice bajo la aplicación más estricta de un control psíquico.

—Y así, sin más, me dices que vivo en un universo de magia —le soltó Hawser.

—Exacto, así sin más —le confirmó Helwintr—. ¿Es tan difícil reconciliar esa idea con las demás maravillas y horrores de la galaxia?

—¿Y qué hay del cuchillo? Era el cuchillo.

—No era el mismo —le aseguró Helwintr—. Pero había algo en ti que quería

pensar que lo era. Algo quería que pensaras que la VI Legión Astartes te había manipulado y había intervenido en tu vida en algún momento de tu pasado. Algo quería que desconfiaras de nosotros y nos convirtiéramos en tu enemigo.

El sacerdote rúnico tomó un athame de la estantería y se lo enseñó a Hawser.

—Este fue el cuchillo que utilizó Ogvai. Lo reconoces ahora, ¿verdad?

—Sí —le confirmó Hawser.

—Algo hizo que tomará un aspecto idéntico al arma que tú recordabas. Algo se metió en tu memoria y alteró los recuerdos para que te volvieras contra nosotros.

Hawser tragó saliva.

—¿Qué podría hacer algo así? ¿Quién lo haría?

Helwintr se encogió de hombros, como si en realidad no le importara mucho.

—Quizá fueron los mismos que se aseguraron de que supieras juvjk y wurgen desde el mismo momento que llegaste a Fenris.

Aun Helwintr alzó la mano izquierda e hizo un simple gesto, aunque Hawser estaba seguro de que ni siquiera le hubiera hecho falta hacerlo. Fith Godsmote desconectó la jaula donde se hallaba entrenando y se bajó de un salto para dirigirse hacia ellos.

Había muchísimo ruido en la sala de entrenamiento de la cubierta que la compañía tenía asignada en el *Nidhoggur*. La jaula de Godsmote se estaba deteniendo ya con un zumbido, pero la mayoría seguían en funcionamiento, y las armazones mecánicas de hojas afiladas de los servidores de combate emitían unos sonidos agudos y penetrantes con cada movimiento. Los lobos con armadura de cuero entrenaban el combate cuerpo a cuerpo con unas largas varas de hueso sobre las esterillas colocadas en las zonas abiertas del puente.

Godsmote, como todos ellos, parecía un humano despellejado con las piezas de cuero de la armadura. Sus ojos dorados de pupila negra centelleaban detrás de las ranuras de su reluciente máscara marrón. Había estado entrenando con dos hachas, y se las llevó consigo mientras se dirigía hacia ellos en vez de dejarlas en sus estanterías correspondientes.

—Sacerdote —dijo a modo de saludo.

—Tengo una tarea para ti —le respondió Helwintr.

—Estoy para servir —dijo Godsmote al mismo tiempo que asentía. Helwintr miró a Hawser.

—Dile lo que me has dicho a mí —le ordenó el sacerdote.

—Nunca he sido un luchador…

Godsmote soltó un bufido.

—Eso lo sabemos muy bien todos —comentó en tono jocoso.

—¿Puedo terminar de hablar? —le soltó Hawser.

Godsmote se encogió de hombros.

—Nunca he sido un luchador, pero los Vlka Fenryka vieron apropiado reconstruirme y hacerme más fuerte y veloz. Tengo la capacidad física, pero ninguna habilidad de lucha.

—Quiere aprender a manejar una arma —apuntó Helwintr.

—¿Por qué? Es nuestro escaldo. Nosotros lo protegeremos —declaró Godsmote.

—Si quiere aprender, es su decisión. Convéncete pensando que parte de tu deber de protegerlo es enseñarle a protegerse a sí mismo.

Godsmote miró a Hawser con gesto de duda.

—No tiene sentido que intente enseñártelo todo. Escogeremos una cosa y nos concentraremos en eso.

—¿Qué sugieres? —le preguntó Hawser.

El hacha era una arma de un solo filo, con un acabado casi plateado en la cabeza de plastiacero. El mango tenía poco menos de un metro de longitud y estaba tallado a mano a partir de una sola pieza de hueso de Asaheim. El marfil pulido era de un color amarillo un tanto brillante. Hawser no tenía nada claro de qué animal habrían sacado aquel hueso, pero le habían dicho que era flexible y prácticamente irrompible.

Irrompible para lo que él lo quería, en todo caso.

Llevaba el hacha colgada del cinto, metida en un aro de plastiacero que iba enganchado al cinturón mediante una cinta de cuero.

—No te quedes atrás —le advirtió Oso.

Hawser no tenía intención de hacerlo, pero estaba sudando como un cerdo con aquel calor, y ya de por sí era un esfuerzo considerable mantener el paso de los astartes.

Era el único humano normal de todo el grupo, una figura pequeña y delgada rodeada de dos docenas de Lobos Espaciales con armadura completa que recorrían el túnel haciéndolo retumbar. Los sirvientes y los ayudantes de tamaño humano los seguían de lejos.

Ogvai Helmschrot encabezaba el grupo. Llevaba el casco en el hueco del codo. Las filas no estaban ordenadas siguiendo ningún rango, pero Aun Helwintr y Jormungndr Dos Espadas flanqueaban al jarl, y Najot Threader y los demás sacerdotes lobo parecían formar la retaguardia del grupo.

Los lobos avanzaban a grandes zancadas, como si Ogvai tuviera prisa por llegar a algún sitio. Hawser se preguntó qué podría ser tan importante después de cuarenta semanas de viaje como para que no se pudiera llevar a cabo de un modo más calmado. Habían partido del *Nidhoggur* en cuanto la nave había anclado en la órbita superior, por lo que daba la sensación de ser un descenso de combate, aunque era evidente que no se trataba de eso. Habían bajado a ciegas en mitad de unas condiciones atmosféricas terribles, guiándose exclusivamente con los instrumentos de

vuelo, y al final habían llegado a una plataforma volcánica para después posarse en unos pozos de aterrizaje profundos y protegidos.

El calor era inmenso. Todas las rocas que los rodeaban eran negras y volcánicas, y el aire estaba cargado del olor a huevos podridos del sulfuro. El propio aire titilaba a causa de la tremenda temperatura. Hawser notó un leve chasquido en los oídos cuando bajó por la rampa del Stormbird detrás de Godsmote, lo que le indicó que había unos enormes procesadores atmosféricos ocultos que libraban una tremenda batalla con los elementos para mantener un medio ambiente aceptable para ellos.

No era un mundo pensado para albergar vida.

Los pozos de aterrizaje y los túneles que llevaban desde ellos hasta el corazón del planeta habían sido excavados a un nivel industrial gigantesco, probablemente con perforadoras de fusión. Los túneles atravesaban la roca volcánica y sus paredes parecían antinaturalmente lisas, como si fueran de vidrio. Se oía el retumbar constante de las tormentas que rugían en el exterior, y debajo de los pies se notaban los movimientos sísmicos del crecimiento del joven planeta. Una luz intensa, ondulante e hirviente, atravesaba las paredes y el suelo vítreo de los túneles y les iluminaba el camino. La sensación era la misma que estar metidos en una botella de cristal que luego hubieran lanzado a una hoguera. Hawser se sintió desconcertado por las sensaciones mezcladas de lo nuevo y de lo antiguo. Aquellos espacios subterráneos le recordaban las viejas cuevas habitadas en tiempos pasados que había investigado durante las expediciones llevados a cabo para el Conservatorio a lo largo de su vida. Sin embargo, era evidente que aquéllas las habían excavado de forma manual y recientemente. También se hacía patente una curiosa desconexión entre lo temporal y lo permanente. Alguien había ordenado llevar hasta allí los recursos necesarios para abrir agujeros y cámaras en la roca sólida de un supervolcán, además de instalar una zona medioambiental segura en un mundo opuesto a toda vida, y ambas hazañas eran todo un logro de la ingeniería humana.

A pesar de aquello, Hawser tenía el convencimiento de que una vez se terminara el asunto que se debía tratar allí, el lugar entero sería abandonado. Había sido construido a propósito únicamente con aquella función. Tampoco resultaba descabellado pensar que el ambiente absolutamente inhóspito del planeta formaba parte de ese propósito. Fuera cual fuese el asunto que se iba a resolver allí, estaba claro que cabía la posibilidad de que la situación se volviera peligrosa. Era más que evidente. La presencia de toda una compañía de los Vlka Fenryka lo demostraba.

Quienquiera que fuese el que había dado la orden de construir todo aquel entorno, lo quería en un lugar remoto donde no hubiera peligro alguno de que nadie se viera sorprendido en un fuego cruzado.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Hawser mientras se esforzaba por mantenerse a la altura del grupo.

—Silencio —le ordenó Oso con un siseo.

—¡Cuarenta semanas! ¿Cuánto tiempo más debe pasar antes de que me contéis algo?

—Silencio —le repitió Oso con otro siseo, esta vez con mayor énfasis.

—No puedo narrar nada si no conozco los detalles —le replicó Hawser en un tono de voz un poco más alto—. Sería un relato muy malo, nada apropiado para contarlo en una hoguera de la Tra.

Ogvai se detuvo de repente, de un modo tan abrupto que casi pilló por sorpresa a todo el grupo. Todos los lobos se pararon obedeciendo a su jefe. Ogvai se volvió y miró a través de las filas de guerreros a Hawser, quien notó que el sudor le bajaba por la cara a causa del calor. Los lobos tenían las bocas entreabiertas y se les veían los dientes. Jadeaban un poco, como perros en un día cálido.

—¿Qué es lo que dices? —gruñó el jarl.

—Pregunto que cómo se supone que voy a ser un buen escaldo si nadie me cuenta nada, jarl.

Ogvai miró a Aun Helwintr. El sacerdote rúnico cerró los ojos durante un momento, inspiró profundamente y luego hizo un gesto de asentimiento.

Ogvai respondió al gesto y luego se volvió hacia Hawser.

—Este lugar se llama Nikaea —le dijo.

Entraron en una gran cámara circular abierta también con aparatos de fusión. Las superficies de la estancia parecían de vidrio negro salpicado de mica reluciente, pero a pesar de ello, a Hawser le recordó las cámaras recubiertas de marfil del aett.

Allí ya había gente esperándolos. Varios guerreros de la VI Legión Astartes montaban guardia por todo el perímetro, pero no pertenecían a la Tra. Había otra compañía en el planeta.

Amlodhi Skarssen Skarssensson, jarl de la Fyf, se levantó del banco de piedra en el que estaba sentado.

—¡Og! —gruñó, y los dos poderosos jarls se abrazaron como osos y sus placas pectorales chocaron con un fuerte chasquido.

Ambos comenzaron a intercambiar comentarios jocosos y pullas, y luego se volvieron hacia el otro lobo alfa que había estado sentado con Skarssen.

—Lord Gunn —lo saludó Ogvai con un leve asentimiento.

El otro guerrero era más viejo y fornido que Ogvai o que Skarssen. Tenía la barba partida en dos mitades muy tiesas gracias a la cera aplicada, y cada una de ellas estaba doblada e inclinada hacia arriba, por lo que parecían un par de grandes colmillos. Tenía el lado izquierdo de la cara cubierto de líneas oscuras.

—¿Quién es ese? —le preguntó Hawser a Godsmote.

—Gunnar Gunnhilt, llamado lord Gunn, jarl de la Onn —le informó Godsmote.

—¿Es el jarl de la Primera compañía? —casi exclamó Hawser.

Godsmote se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

Tres compañías. ¿Tres compañías? ¿Qué estaría ocurriendo en aquel lugar, en Nikaea, que exigía la presencia de tres compañías de Lobos Espaciales?

Lord Gunn pasó de largo al lado de Ogvai y se plantó delante de Hawser.

—¿Este es el escaldo? —preguntó.

Luego tomó la cabeza de Hawser entre sus enormes manos y se la echó hacia atrás. Le abrió los ojos de par en par con los dedos para observarlos con atención, y después le abrió la mandíbula hasta casi meter la nariz y olisquearle el aliento, como si fuera una pieza de ganado.

Finalmente, lo soltó y le dio la espalda.

—¿Ha comenzado? —inquirió Ogvai.

—Sí, pero sólo de un modo preliminar —le contestó Skarssen—. Todavía no saben que estamos aquí.

—No quiero que lo sepan —declaró Ohthere Wyrdmake.

Wyrdmake formaba parte del grupo de sacerdotes rúnicos que se encontraban de pie, espectrales y atentos, detrás de los jarls sentados en el banco de piedra. Todos estaban algo jadeantes, con la boca abierta. El calor volcánico de la cámara no parecía afectar al sacerdote de Skarssen. Incluso la luz difusa y palpitante del lugar adquiría un matiz verdoso en su cara, igual que un fuego frío. Wyrdmake cruzó la mirada con Helwintr.

—No quiero que lo sepan —repitió Wyrdmake.

—Sólo estamos aquí como una medida de seguridad —le dijo lord Gunn—. Quiero que todo el mundo lo tenga bien claro. Sólo revelaremos nuestras fuerzas si el wyrd se vuelve contra nosotros. Si eso ocurre esto se convertirá en una operación en la que no se dará cuartel alguno, y cuyo único propósito será asegurar el objetivo primario. Cualquier cosa y cualquier individuo que se oponga a nosotros en esas circunstancias debe caer muerto o destruido de inmediato. ¿Está claro? No me importa quién sea. Esa es nuestra función. Asegúrate de que todos los de la Tra…

Wyrdmake carraspeó.

—¿Tienes algo que decir, sacerdote? —preguntó lord Gunn. Wyrdmake señaló con un gesto del mentón a Hawser.

—Dijiste que era seguro hablar —respondió lord Gunn.

—Aquí abajo estamos todo lo a salvo que se puede estar —le confirmó Wyrdmake—. Sin embargo, no veo la necesidad de discutir nuestra estrategia delante de un escaldo. Puede esperar en otro sitio.

—¡Varangr! —llamó Skarssen.

Su heraldo salió de entre las filas de lobos alineados a lo largo de las paredes de la cámara.

—¿Sí, Skarsi?

—Var, llévate a Ibn Rustah y mételo en otro lado.

—¿Dónde, Skarsi?

—Creo que alguien sugirió antes que lo deberíamos dejar en la habitación silenciosa en cuanto bajara a tierra.

—¿De verdad, Skarsi? ¿De verdad? ¿La habitación silenciosa?

—¡Sí, Var! —le replicó Skarssen. Luego se volvió hacia lord Gunn—. ¿Eso representa algún problema?

Lord Gunn se limitó a encogerse de hombros y a soltar una suave risa bronca como el gruñido de un leopardo.

—Valdor se esforzó mucho en pedirnos que no hiciéramos nada que fuese provocador, pero no es él quien nos da órdenes. ¿A ti qué te parece, sacerdote?

Wyrdmake inclinó levemente la cabeza.

—Lo que más agrade a mi señor Gunn.

—Hay muy pocas cosas que me agraden de verdad, gothi —le replicó lord Gunn—. Estar aquí no me agrada en absoluto. La naturaleza de este concilio, la gravedad de lo que está en juego aquí. El politiqueo y la forma en la que se está dando largas a todo este asunto. Nada de eso me agrada. Sin embargo, meter a este alfeñique en la habitación silenciosa quizá me divierta durante un rato.

Todos los lobos se echaron a reír. Hawser se estremeció.

—Por aquí —le indicó Varangr.

Wyrdmake detuvo un momento a Hawser mientras el heraldo de la Fyf se lo llevaba.

—Me han dicho que estabas con *Colmillolargo* cuando se cortó su hilo vital.

—Así es —le confirmó Hawser.

—No olvides hasta dónde te condujo —le advirtió Wyrdmake—. Te hubiera llevado más lejos, pero no pudo seguir.

Varangr condujo a Hawser fuera de la cámara para recorrer otro túnel abierto por perforadoras de fusión en dirección a la «habitación silenciosa». Apenas habían entrado en el túnel cuando Hawser comenzó a sentirse incómodo.

—Se te mete en las tripas, ¿verdad? —le comentó Varangr en tono divertido—. Como un cuchillo. No, como un hierro de marcar al rojo vivo.

—¿Qué es?

—Son ellas —le contestó el heraldo, como si eso lo explicara todo.

El rugiente retumbar de los movimientos tectónicos resonó a lo largo del suelo del túnel, y las explosiones de lava anaranjada destellaron de forma intermitente al otro lado de las paredes vítreas. Hawser se notó algo mareado y la cabeza empezó a darle vueltas. Se apoyó en la pared del túnel para sostenerse en pie, sin importarle lo

dolorosamente caliente que estaba la superficie vítrea.

—Ya te irás acostumbrando —lo tranquilizó Varangr—. No sé qué es peor, la sensación que transmiten o la sensación de lo que mantienen fuera.

Al final del túnel había una burda marca de aversión que los miraba desde el dintel de una puerta.

Pasaron por delante y Varangr lo llevó hasta una cámara grande y cuadrada, aunque más pequeña que aquella en la que se encontraban los jarls. El suelo era de una áspera roca gris piroplástica, aunque seguían viéndose a través del techo y de las paredes vítreas los destellos de fuego que proporcionaban luz a la estancia. En unos bloques de piedra gris había seis figuras altas sentadas, que se levantaron de inmediato en cuanto Varangr y Hawser entraron y se quedaron frente a ellos.

—Ahí tienes algo de comer y beber —le indicó Varangr al mismo tiempo que le señalaba una bandeja que habían colocado sobre un bloque gris de menor tamaño.

En la bandeja se veían unas cuantas raciones de rancho seco, una jarra con agua tibia, una botella de mjod y un cuenco tapado. Hawser adivinó por el olor que lo que había dentro del cuenco era carne fresca que había comenzado a estropearse debido al tremendo calor.

—Sírvete lo que quieras —lo animó Varangr, y luego se marchó.

Hawser miró a las seis figuras que tenía delante. Eran altas, más altas que él, unas mujeres equipadas con armaduras de combate muy adornadas. Las armaduras parecían ser de oro o de bronce batido a la luz de las llamas exteriores. A pesar del calor que hacía, todas llevaban puestas unas capas de un tejido de color rojo que llegaban hasta el suelo. Las armaduras estaban cubiertas con pergaminos, manuscritos y tiras de plegarias que habían sido fijadas a las distintas piezas con sellos de lacre rojo o con cintas. Kasper Hawser era más que capaz de recitar una enorme cantidad de material de investigación sobre el uso y el valor histórico de las tiras de plegarias. Sabía mucho sobre la importancia, sobre la verdadera importancia psicofísica que las culturas primitivas habían otorgado antaño a la palabra escrita. Para muchas civilizaciones del pasado, las plegarias, las rogativas o las imprecaciones escritas de un modo ritual y acopladas de algún modo a una persona en una ceremonia eran objetos con un poder sobrenatural. Protegían al portador. Eran marcas de aversión, o un modo de asegurarse la buena fortuna. Eran una manera de hacer realidad el futuro ansiado. Eran amuletos para repeler el maleficarum.

El hecho de que aquellas mujeres lucieran todos esos adornos, lo que les daba un aspecto semejante a los viejos peregrinos de la Crux, hacía que para Hawser tuvieran el aspecto más espectacularmente pagano que jamás hubiera visto, y eso era mucho, dado el tiempo que había pasado entre los Vlka Fenryka. Los fenrisianos estaban templados en la forja que representaba el feroz clima de su planeta. Aquellas mujeres eran engañosamente tranquilas, y tanto sus armas como sus armaduras eran el

producto de la tecnología terrana más avanzada. Cada una de ellas era portadora de una espada larga, una arma de energía de una belleza terrible. Mantenían las espadas en posición vertical, con la punta apoyada en el suelo, entre los pies de las guerreras, quienes tenían cruzadas las muñecas protegidas por la armadura sobre el pomo del arma.

Ninguna de ellas llevaba casco, pero las guardias de rejilla de la gorguera de sus armaduras doradas eran muy altas, y les cubrían la boca y la zona baja de la cara. Eran ojos sin nariz y sin boca, unos ojos por encima de una rejilla dorada que le trajeron a la memoria un viejo recuerdo, difuso y gastado. Una boca sonriente y unos ojos ocultos.

Los ojos de las seis guerreras mostraban una mirada intensa, y no parecían parpadear. Llevaban la cabeza afeitada a excepción de un único mechón largo de cabello recogido en una cola.

—¿Quiénes sois? —les preguntó al mismo tiempo que se enjugaba el sudor de la frente. La piel se le había vuelto pegajosa.

Ninguna le contestó. No quiso mirarlas. Era lo más extraño. La sensación biliosa y de mareo volvió a acosarlo, y de un modo mucho más desagradable que antes. Las mujeres eran fascinantes, unas figuras muy hermosas, pero ni siquiera quería mirarlas. Quería hacer cualquier cosa menos prestarles atención. Simplemente verlas ya le repelía. El mismo hecho de su existencia le hacía tener ganas de salir de allí.

—¿Quiénes sois? —preguntó otra vez mientras se daba la vuelta—. ¿Quiénes sois?

Nadie le contestó. Le llegó el levísimo sonido metálico de la punta de una espada al separarse del suelo piroplástico de la estancia. Hawser siguió sin mirarlas, pero empuñó el hacha. Fue un movimiento firme y fluido, tal y como le había enseñado Godsmote, con la mano izquierda debajo de la cabeza del arma, el pulgar en la parte posterior de la hoja, desenvainada casi del todo del anillo de plastiacero antes de soltarla brevemente para atrapar el mango a la altura del estómago con la mano derecha y aferrarla de nuevo por la parte superior con la mano izquierda, a fin de que quedara cruzada sobre el pecho, lista para golpear a cualquiera.

Una voz rugiente murmuró algo. Una orden. La voz era tan grave y profunda que sonó como una prolongación del torbellino sísmico que se agitaba en el exterior de la cámara.

Hawser se atrevió a levantar un poco la mirada. Siguió empuñando el hacha, plenamente dispuesto a atacar.

Las hermosas mujeres de belleza odiosa e inquietante lo habían rodeado. Todas empuñaban las espadas a dos manos, con la punta dirigida hacia él. Cualquiera de ellas podría acabar con su vida con un simple giro de muñecas.

La voz retumbó de nuevo. Esta vez con más fuerza. Era el sonido gutural de una

bestia mezclado con una detonación volcánica, la explosión rugiente de la cima de una montaña al reventar.

De inmediato, y al unísono, las mujeres dieron un paso atrás y pasaron de nuevo a la posición de descanso formal, con las espadas apoyadas en el hombro derecho y sin apuntar de un modo amenazador a Hawser. La voz gruñó una tercera vez, de un modo más suave en esta ocasión, y las mujeres retrocedieron y rompieron la circunferencia que habían formado alrededor de Hawser.

Hawser se apartó de ellas y se adentró un poco más en la cámara. Vio una silueta oscura delante de él, una masa de sombras bajo la luz rojiza. Era el origen de la voz.

Captó el sonido suave, profundo y jadeante de un animal grande molesto por el calor.

La figura habló de nuevo, y Hawser notó la vibración en el diafragma. El terror lo invadió hasta lo más profundo de su ser. Sin embargo, curiosamente, era una sensación más limpia y sencilla, preferible a la repugnancia que le provocaban aquellas mujeres.

—No os entiendo. No entiendo lo que me decís —le dijo Hawser.

La voz retembló de nuevo.

—Mi señor, oigo vuestras palabras, pero no reconozco el lenguaje —insistió Hawser.

La figura se movió un poco y lo miró directamente a los ojos. Hawser le vio la cara.

—Me habían dicho que hablabas las lenguas de los Vlka Fenryka —le dijo Leman Russ.



DIEZ

TESTIGO

No creo que lo matáramos, hermanos. No creo que el Aniquilador Primordial pueda ser dañado del mismo modo que lo es una criatura mortal. Pero lo expulsamos, lo echamos. Le hicimos daño, durante un tiempo, al menos.

Cuando salimos, la batalla ya había acabado. El Rey Lobo se había enfrentado a Magnus en un titánico combate personal y le había roto la espalda. Luego, en el mismo momento que nosotros acabamos con el demonio en la sala del templo, la hechicería rugió hirviente por todo el planeta destrozado. Cayó una tormenta de sangre. El Rey Carmesí y aquellos de sus Mil Hijos que habían sobrevivido se desvanecieron de la vista y huyeron gracias a su magia prohibida.

Sólo de ese modo consiguieron escapar a la aniquilación total por parte del Rout.

Que todo el mundo recuerde esta lección.

La lluvia de sangre todavía caía cuando terminamos de reagruparnos. El cielo estaba oscuro como el final del anochecer, negro como las alas de un cuervo, iluminado tan sólo por el resplandor de los incendios que devoraban la ciudad de cristal. Me quedé junto a Oso mientras los sacerdotes lobo le atendían el brazo. Godsmote se había recuperado lo suficiente de sus heridas como para andar, y estaba a nuestro lado.

Oso mantuvo un rostro impasible. No mostró señal alguna de dolor o de incomodidad mientras los sacerdotes se ocupaban de su brazo con cortadoras de hueso y ganchos. A su debido tiempo le implantarían un miembro artificial. Sin embargo, sí lo vi torcer el gesto un poco cuando un dreadnought pasó retumbante por

delante de nosotros bajo la terrorífica lluvia.

Oso tenía el rostro cubierto de gotas de sangre de lluvia.

—No me importa perder el brazo. Al menos cuando piensas en las otras alternativas —musitó.

—¿Qué otras alternativas? —quise saber yo.

—Se supone que es un honor, pero ¿quién quiere perder tanto como para acabar así? —me explicó Godsmote señalando con un gesto del mentón al dreadnought que se alejaba—. Esa no es manera de vivir para siempre.

Oso asintió con expresión sombría.

—Lo que no entiendo es cómo conseguiste romper su conjuro —comenté—. Sabía los nombres de todos nosotros, pero a ti no consiguió dominarte con ese poder.

—Eso se debe probablemente a que sacó todos nuestros nombres de tu cabeza —me contestó Godsmote—. Pero resulta que nunca supiste bien el suyo.

Ya he comentado que quien quiera, o lo que quiera, que me implantó los conocimientos de juvjk y de wurgen hizo un buen trabajo, pero imperfecto. A veces, en los momentos de mucha tensión, o cuando estoy distraído, me equivoco y pronuncio mal una palabra, o utilizo una del gótico bajo que hablaba en mi vida anterior.

Mi mente decidió desde el principio que el nombre de Oso era «Oso», pero resulta que ésa era la traducción de la palabra que yo había creído oír en juvjk. El error se había convertido en una costumbre, y Oso, tan taciturno como siempre, no había visto motivo para corregirme.

En realidad, en el lenguaje de los Vlka Fenryka se llamaba Bjorn.

Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo.

Una vez Próspero ardió del todo, sentí una gran pena por los Lobos. No por las pérdidas que habían sufrido, que eran numerosas y lamentables, sino por su vacío. Ya habían desahogado toda su ira, y aunque la victoria era completa, daba la impresión de ser un triunfo hueco. Permanecían de pie, a mi alrededor, silenciosos y encorvados, unas figuras abatidas entre las ruinas ennegrecidas, empapadas por la lluvia de sangre oscura. Ya no les quedaba furia porque ya no les quedaban enemigos a los que matar.

Parecían perdidos, como si no supieran qué hacer a continuación. No iban a participar en ninguna clase de reconstrucción o de recuperación. No iban a verse involucrados en ninguna fase posterior a la batalla. Los Vlka Fenryka sólo sabían hacer una cosa.

Las chispas saltan en el aire. La memoria se encoge como la piel de un cadáver, y el tejido muerto se aprieta cada vez más contra los huesos hasta abrir las mandíbulas en un grito silencioso. Vemos en la superficie de los lagos de agua negra el reflejo del tiempo sideral que pasa por encima. Veo a los lobos como unos herederos, los últimos guardianes de un reino antiguo que es tan viejo y se encuentra tan caído en el abandono que se ha convertido en una ruina incomprensible. A pesar de ello, lo protegen, igual que los perros guardianes vigilan una casa que no comprenden.

Mientras sobrevivan, sus relatos vivirán, contados una y otra vez por escaldos como yo a guerreros como vosotros. El fuego seguirá ardiendo. Oleremos la resina de copal que humea en el aire. Quizá no vea a los individuos que me rodean, pero veré sus sombras, que cubrirán las paredes de la cueva más allá del fuego crepitante, igual que si fueran pinturas rupestres a las que las llamas inconstantes de la hoguera les proporcionaran una ilusión de movimiento.

Me esforzaré por oír lo que dicen los guerreros a lo largo de sus conversaciones murmuradas e interminables, para de ese modo enterarme de todos los secretos del mundo y aprender todos los relatos, desde el primero hasta el último.

En la parte más profunda y fría de la cueva existe una negrura sólo alterada por un leve brillo azul y frío. El aire tiene un olor estéril, como una roca en un páramo polar seco que carezca de la más mínima agua que helar. Está muy lejos del calor tibio y la luz suave de la hoguera de la cueva, muy lejos de la fraternidad de voces murmurantes y del olor a resina quemada. Es ahí donde me obligarán a dormir la mayor parte de mi vida. Soy demasiado peligroso como para permanecer entre los guerreros del Rout. Soy un peligro. Sé demasiado, y hay cosas que saben demasiado de mí. Sin embargo, los Vlka Fenryka me han tomado cariño, y debido a esa extraño y brusco sentimentalismo suyo, no son capaces de cortarme el hilo vital de un modo rápido y misericordioso.

Así pues, me pondrán a dormir en el profundo frío del hielo, en éstasis, en las entrañas del aett, con la única compañía de Cormek Dod y los demás dreadnoughts. A ninguno de nosotros nos gusta estar allí. Ninguno de nosotros eligió estar allí. Nos falta la luz de una hoguera. Nos falta la luz del sol. Ya hemos soñado los mismos sueños un centenar de veces, un millar de veces. Nos los sabemos de memoria. No elegimos la oscuridad.

A pesar de ello, cuando nos despiertan y nos reviven, no nos satisface ver la luz del sol.

Si alguien decide despertarnos, es que algo grave ocurre.

Me encuentro en la llanura alta de Asaheim, donde vi con vida a Heoroth *Colmillolargo* por última vez, pero quien está a mi lado es el Rey Lobo. El aire es transparente como el cristal. Unas montañas se alzan al oeste de donde nos encontramos, más allá de una enorme llanura nevada y un denso bosque de árboles de hoja perenne. Las montañas son blancas, de bordes tan delimitados y afilados como los dientes carnasiales de la mandíbula de un carnívoro. Sé muy bien que el cielo gris metalizado que se alza detrás de ellas no son nubes de tormenta, sino más montañas, unas montañas más grandes todavía, unas cimas tan inmensas que su tamaño es capaz de sumir en el desánimo a cualquier ser humano normal. La ira de corazón oscuro de las tormentas fenrisianas del invierno se acumula y ruge allá donde las cimas se pierden de vista, clavadas en el cielo igual que unas espinas inmensas. Las nubes parecen tan furiosas como unos dioses patriarcales, y tan malignas como unos demonios traicioneros.

Es la última hora del último día antes de que entre de forma voluntaria en éstasis.

—¿Entiendes los motivos? —me pregunta el Rey Lobo, que se alza, enorme, a mi lado. Su voz es el ronroneo retumbante de un leopardo.

—Sí, lo entiendo.

—Ogvai me ha alabado mucho tu maestría como escaldo.

—El jarl es muy amable.

—Es sincero, por eso lo mantengo cerca de mí. Pero debes entender que no se puede jugar una partida con una pieza rota en el tablero.

—Lo entiendo.

—Sin embargo, están los relatos. No queremos perderlos. Las generaciones futuras tienen que oírlos, y aprender de ellos.

—Los conservaré para vos, mi señor. Permanecerán en mi cabeza, listos para ser contados.

—Bien. Asegúrate de que sea así. No voy a estar aquí siempre para vigilar y cuidar a los Vlka Fenryka. Será mejor que procures que escuchen con atención los relatos cuando yo no esté.

Me echo a reír pensando que es una broma.

—Vos jamás faltareis, mi señor.

—Jamás es mucho tiempo, escaldo —me contesta—. Soy muy resistente, pero no tan resistente como para eso. Que algo jamás haya sucedido no quiere decir que nunca vaya a ocurrir.

—Hay una primera vez para todo.

—Exacto —me responde con un gruñido.

—Algo sin precedentes. Como… ¿astartes enfrentados a astartes? ¿Cómo el Rout recibiendo la orden de castigar a otra legión?

—¿Eso? —Se echa a reír, pero es un sonido lleno de tristeza—. Hjolda, no. Eso sí que tiene precedentes.

Me quedo sin palabras ante aquella respuesta. Nunca sé con certeza cuándo bromea y cuándo no. Seguimos contemplando el lindero del bosque. Empiezan a caer los primeros copos de nieve.

—¿Hay lobos en Fenris? —le pregunto.

—Ve a verlo tú mismo. Ve —me dice.

Lo miró y me hace un gesto de asentimiento. Me dirijo hacia el lindero del bosque a través de la nieve. Comienzo a correr. Tiro de la piel de lobo, la que Bercaw me dio, y la aprieto contra mí como si fuera una segunda piel. En la tremenda oscuridad que se extiende bajo los árboles veo unos ojos que me miran fijamente. Luminosos, dorados y con la pupila negra. Me están esperando, diez mil pares de ojos que me miran desde las sombras del bosque. No tengo miedo.

Ya no les tengo miedo a los lobos.

A mi espalda, el Rey Lobo me observa hasta que desaparezco entre los árboles.

—Hasta el próximo invierno —murmura.



ONCE
SANGRE Y NOMBRES

—Apártate —le repitió Oso, esta vez con mayor énfasis.

Amon, de los Mil Hijos, se dio la vuelta y miró al Lobo Espacial, que se había puesto al lado de Hawser. Recuperó la sonrisa.

—¿Estás apuntando con el arma a un camarada astartes, hermano lobo? —le preguntó. Parecía un poco divertido por la situación—. ¿Es una decisión inteligente? ¿Es ni siquiera… correcta?

Oso no movió el bólter ni un milímetro.

—Estoy protegiendo al escaldo, tal y como me manda el deber. Apártate.

Amon se echó a reír. Dio un par de pasos para alejarse de Hawser y del parapeto. El custodio seguía inmóvil, pero estaba temblando levísimamente, como alguien que se encontrara dormido y se estuviera esforzando por despertarse del sueño que lo estaba acosando.

—¿Vamos a pelearnos y a discutir mientras ahí abajo se hace historia? —preguntó el senescal.

—Sí, cabe esa posibilidad —respondió Aun Helwintr.

El sacerdote rúnico se había acercado en silencio desde el otro lado y había flanqueado al senescal de los Mil Hijos.

—¿Los dos a la vez? —exclamó Amon con una alegría fingida.

—El escaldo se encuentra bajo nuestra protección —le contestó el sacerdote.

—Pero si no lo he amenazado. Sólo estábamos hablando —dijo Amon con un tono de voz despreocupado.

—¿De qué? —lo interrogó Helwintr.

—De asuntos sin importancia —le replicó—. De cosas inocentes. De un caballo de juguete hecho de madera, del tallado de un tablero de regicida, del sabor de las

manzarrojas, de una composición tocada al clavicordio. Los elementos que mantienen unida una vida. De nostalgia. De recuerdos.

—Apártate —le insistió una vez más Oso.

—Ah… Eres tan serio y desagradable.

—Apártate y llévate tu magia contigo —le ordenó Aun Helwintr.

El sacerdote rúnico adelantó un paso el pie izquierdo y asumió una posición de ritual específica. Preparó las manos. Alzó la izquierda como un dragón serpiente a punto de atacar, y colocó la derecha a la altura de la cadera con la palma hacia arriba y los dedos engarfiados, como si fueran anzuelos de pescar. Hawser notó de repente un aumento en la presión del aire.

—Lo que admiro sobre todo es vuestra hipocresía —dijo el senescal de los Mil Hijos—. Nos perseguís y nos acosáis por lo que vosotros llamáis hechicería, pero vosotros no dudáis en utilizarla, chamán.

—Hay una diferencia enorme entre lo que yo utilizó por el bien del Rout y lo que tú practicas, brujo —le replicó Helwintr—. Y la mayor parte de esa diferencia consiste en el control. Sólo los más ingenuos son capaces de creer que la humanidad sería capaz de sobrevivir en el cosmos sin cierto grado de astucia y de conocimientos para protegerse, pero existe un límite. Un límite. Debemos saber lo que somos capaces de dominar y lo que no, y jamás debemos intentar sobrepasar ese límite. Dime, ¿cuántos pasos habéis dado vosotros más allá de esa línea? ¿Uno? ¿Tres? ¿Una decena? ¿Un millar?

—Y gracias a nuestra superioridad innata frente a vuestros torpes manejos de gothi, hemos dominado todos y cada uno de esos pasos —le respondió Amon—. Apenas os habéis mojado la punta de los dedos de los pies en el Gran Océano. Siempre hay algo más que aprender.

—A veces, algo es demasiado —dijo Hawser.

Amon sonrió.

—Esas mismas palabras son las que te dijo ese sacerdote traicionero, Wyrdmake, el día que te despertaste en Fenris.

Hawser miró a Helwintr.

—De sus propios labios —respondió Hawser—. No sé qué más pruebas necesitamos de que la XV Legión me ha estado utilizando como espía desde que entré en el aett.

Amon dejó de sonreír. Miró al sacerdote rúnico, que seguía preparado para atacar.

—¡Aun Helwintr! —gritó—. ¡Tu nombre destaca en los luminosos pensamientos del escaldo! ¡No tienes poder sobre mí ahora que tengo tu nombre en mis labios!

El aire pareció retorcerse de un modo explosivo entre el senescal y el sacerdote rúnico. La fuerza de la deflagración lanzó a Hawser al suelo. La luz se llenó de ampollas. Helwintr salió despedido de espaldas y se estrelló contra la pared posterior

de la galería. Las manos le humeaban. El impacto abrió un hueco en la superficie basáltica de la pared.

Oso efectuó tres disparos precisos con el bólter. Era una distancia ridículamente corta en términos de combate, y Oso no quiso correr riesgo alguno. Cada uno de los disparos fue a matar. Cada uno era capaz de hacer caer a un astartes. Ni siquiera se le pasó por la cabeza simplemente herir al senescal de los Mil Hijos al ver el acto de agresión que acababa de sufrir su hermano sacerdote y la amenaza que todavía se cernía sobre el escaldo. Su respuesta fue automática, y ningún astartes podría fallar a esa distancia con su arma característica.

Hawser notó mientras rodaba por el suelo cómo el tiempo se combaba y contorsionaba. Vio cómo los proyectiles explosivos pasaban por encima de él dejando a su paso líneas semejantes a la de la grasa sobre el cristal, parecidas a colas de cometa, como malas estrellas en dirección a su punto de impacto.

Los proyectiles estallaron antes de llegar a impactar en Amon. Se convirtieron en unos discos aplastados llameantes y llenaron el aire con un polvo blanco y fino que cayó como una lluvia de ceniza o una nevada invernal.

Amon atravesó aquella ventisca artificial lanzado a la carga contra Oso, con los brazos extendidos hacia adelante y rugiendo el nombre del lobo. Hawser tuvo la certeza de que ese nombre también lo había sacado de su mente, lo mismo que el de Helwintr. El senescal conocía el nombre de Oso, por lo que tenía poder sobre él.

Oso lanzó a un lado su bólter, ya que no le iba a resultar de ayuda y le propinó un puñetazo en la cara con la mano derecha.

El senescal salió trastabillando hacia atrás hasta chocar con el murete de la galería. Tenía los labios y la nariz rotos y ensangrentados. Su retroceso ante el golpe fue tan repentino que Hawser tuvo que rodar por el suelo para evitar que lo pisoteara. Una furia llameante emanó del senescal, al mismo tiempo que un cierto asombro. El nombre debería haber dejado inmovilizado a Oso.

El lobo lo golpeó de nuevo, dos veces más, y las dos en el cuerpo. Oso no dejó de gruñirle. Amon chocó de nuevo con el parapeto, la fuerza del impacto hizo saltar varios trozos de basalto del borde. Le lanzó un golpe a Oso que éste no pareció ni sentir.

Los impactos y la sorpresa habían roto por completo la concentración del senescal. El noble custodio, inmovilizado como un espécimen capturado debido al poder de su nombre desde que Amon apareció por primera vez, soltó un grito estrangulado cuando logró moverse de nuevo. Fue un sonido desagradable, parecido al de alguien que se hubiese estado ahogando y hubiera abandonado toda esperanza de volver a respirar, el sonido de una persona que se despertara de una pesadilla que lo había mantenido inmovilizado. Se echó hacia atrás estremeciéndose y luego intentó abalanzarse sobre el guerrero de los Mil Hijos.

—¡Amon Tauromachian! —exclamó el senescal, y el custodio se desplomó de espaldas.

El efecto fue el mismo que si lo hubiera derribado la ráfaga de un tifón. Se deslizó de espaldas por el suelo de la galería una decena de metros, y la espaldera de la armadura arrancó una lluvia de chispas de la roca. Nadie más sintió el chorro de fuerza huracanada que lo empujó.

El senescal alzó la mano derecha y la lanza guardiana de Amon Tauromachian salió despedida del punto donde había caído. El arma aterrizó en la palma de su mano con un fuerte chasquido. La blandió con habilidad y pasó a empuñarla con las dos manos para lanzar un golpe lateral contra Oso. La punta de la hoja alcanzó al lobo en la hombrera izquierda y lo hizo girar de un modo brutal. Varios trozos de ceramita arrancada salieron despedidos por el impacto.

Oso empuñó su hacha y utilizó el mango para detener el siguiente golpe. Intentó enganchar el arma enemiga para arrancársela de las manos, pero la lanza guardiana era mucho más larga. Amon la utilizaba de un modo tan preciso que Hawser no tuvo duda alguna de que el senescal se había limitado a absorber los decenios de práctica y de entrenamiento de la mente del custodio. La hoja de la alabarda le arrancó a Oso de las manos su hacha de combate, y luego se lanzó a propinarle un golpe para derribarlo.

A todos los guerreros de la Tra, de hecho, a todos los guerreros del Rout, se les enseñaba que lo único que importaba era la victoria. Los ajenos a la VI Legión los consideraban unos salvajes belicosos, pero no era más que un efecto secundario inevitable de la mentalidad que los definía. Todos los miembros del Vlka Fenryka estaban decididos a tomar de un modo estoico cualquier decisión o llevar a cabo cualquier acto que fuera necesario con tal de vencer.

«Lo cierto es que somos los que hemos recibido el entrenamiento más duro».

Oso se inclinó levemente hacia un lado y dejó que el arma lo golpeara en el costado. La hoja atravesó la placa de la armadura situada debajo del brazo izquierdo. Un astartes de otra legión quizá habría reaccionado ante la misma amenaza intentando agacharse y protegerse con la hombrera. El resultado habría sido la pérdida de un brazo. Oso abrió la guardia con el brazo alzado y absorbió el impacto con el grueso del cuerpo. El golpe lo hizo rugir a causa del intenso dolor. Hawser observó horrorizado con los ojos abiertos de par en par los colmillos de Oso. Vio también la sangre que salía a chorros de la brecha abierta en el costado del lobo.

Oso bajó el brazo izquierdo como una palanca y dejó atrapada la alabarda contra las costillas. Luego agarró el astil dorado, resbaladizo por la sangre, y tiró de Amon. El senescal no pudo evitarlo. El lobo utilizó la mano derecha para propinarle un puñetazo tras otro en la cara. Acompañó cada golpe con un rugido de dolor y de triunfo, y cada uno de ellos provocaba un surtidor de sangre. El quinto o el sexto

puñetazo alcanzó al guerrero de los Mil Hijos en la garganta. Los chorros sanguinolentos de su cara machacada cubrieron la parte delantera de su magnífica armadura.

Amon trastabilló hacia atrás, y casi se le escapó la lanza guardiana. Oso se la arrancó de un tirón y la arrojó lejos. Hawser tuvo que agacharse para esquivar el arma salpicada de sangre, que cayó repiqueteando contra el suelo.

Oso agarró a Amon de la placa pectoral con una mano y con la otra le tiró del cabello. Luego le echó la cabeza hacia atrás para dejarle la garganta al descubierto, y se lanzó a por ella con las fauces abiertas.

—¡No! —chilló Hawser.

Oso, que ya estaba preparado para morder y acabar con su presa, le lanzó un gruñido amenazador. Sus ojos dorados de pupila negra se habían oscurecido por el dolor, por el dolor y por alguna otra característica feroz.

—¡No lo hagas! —gritó Hawser al mismo tiempo que alzaba una mano en un gesto para detenerlo—. ¡Lo necesitamos vivo! ¡Vivo representa un testimonio para nosotros! ¡Muerto no será más que una prueba de nuestra agresividad!

Oso aflojó un poco a su presa y apartó la boca, aunque la dejó abierta con un gesto de ferocidad con los dientes relucientes. Luego le propinó otro tremendo puñetazo, terriblemente duro, y lo dejó tumbado en el suelo de basalto.

—¡Una hacha! —exigió.

Hawser sacó su arma y la arrojó en dirección a Oso. El lobo la atrapó en el aire con habilidad, se arrodilló sobre el senescal y le grabó a hachazos la marca de aversión en la placa pectoral.

El senescal de los Mil Hijos aulló. Se retorció y convulsionó con una furia demencial y empujó a Oso hacia atrás. Aporreó el suelo con las manos y los pies en unos movimientos enloquecidos y sus gritos se convirtieron en arcadas de ahogo cuando de la boca comenzaron a salirle chorros de sangre y de materia plásmica. Cuando sus convulsiones alcanzaron el cenit, un grueso halo de energía burbujeante y de olor apestoso salió disparado de su interior y llenó el aire de manchas de humo cargado de ceniza oscura.

Amon logró levantarse temblando y gimoteando. Aspiró la sangre y otros fluidos a través de la masa destrozada en la que Oso había convertido su cara. Sus temblores eran parecidos a unas convulsiones febriles, o a un ataque nervioso agudo. De su cuerpo surgían nubes de un hediondo vapor aceitoso. Se puso en movimiento casi de inmediato y huyó corriendo a grandes zancadas tambaleantes por la galería mientras se abrazaba el torso con los brazos.

Oso se esforzó en ponerse en pie para lanzarse en su persecución. El custodio se puso en su camino y se lo impidió. Había conseguido levantarse y librarse del sometimiento al que lo había sometido el hechicero. La armadura dorada del guerrero

estaba cubierta de profundas melladuras.

—Espera —le dijo a Oso—. Ya he avisado al destacamento de custodios. Las galerías superiores quedarán selladas. No puede escapar. Las Hermanas del Silencio lo acallarán, y mis hermanos de la Legio Custodes lo atraparán.

—¡Voy a cazarlo yo! —le replicó Oso.

—No —le contestó a su vez el custodio con más firmeza. Luego miró a Hawser —. Mi señor, te pido disculpas. Te he fallado por completo.

Hawser le hizo un gesto negativo con la cabeza. Se acercó al parapeto y miró hacia abajo. Allí, muy lejos, la sesión del concilio continuaba sin interrupción. El cono del supervolcán era tan inmenso que nadie en la enorme cámara se había enterado del violento enfrentamiento que acababa de tener lugar en la zona superior del auditorio.

Aun Helwintr apareció al lado de Hawser. Tenía el rostro más pálido de lo habitual, como si se hubiera visto privado de luz y de comida durante un año. Se había quitado los guanteletes de la servoarmadura y Hawser vio que tenía las manos quemadas, con la piel en carne viva y cubierta de ampollas. El sacerdote rúnico también bajó la mirada al cuenco que formaba el anfiteatro.

—Debemos transmitirle un informe de inmediato al Emperador.

No se lo dijo a Hawser, sino a Amon Tauromachian y a Oso. Se quedó mirando fijamente la forma luminosa que brillaba en el estrado y al gigante de cabello rojo que exponía suplicante su caso desde el atril de madera.

—No importa los argumentos que presente el Rey Carmesí —añadió Helwintr—. Esto influirá sin duda alguna en cualquier decisión que tome el Señor de la Humanidad.

—Fue lo más inquietante que me ocurrió en mi vida anterior —dijo Hawser—. Es el relato que posee más… maleficarum.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —le insistió a su vez Colmillolargo—. En tu fuero interno lo sabes muy bien. Te estás engañando a ti mismo.

Hawser se despertó con un sobresalto. Durante un momento fugaz y terrible pensó que se encontraba en otro lugar, pero no era más que un sueño. Se echó hacia atrás mientras intentaba calmarse para reducir su frenético ritmo cardíaco. No era más que un sueño.

Volvió a tumbarse en la cama. Se sentía cansado e incómodo. La gravedad artificial prolongada siempre le provocaba lo mismo. Oyó un campanilleo electrónico.

—¿Sí?

—¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco —dijo la voz modulada y suave de un servidor.

—Gracias.

Se incorporó para sentarse en el borde de la cama. Se sentía muy agarrotado, muy cansado. No se sentía así desde hacía mucho tiempo. Le dolían las piernas. Quizá guardaba algún analgésico en los cajones.

Se acercó cojeando y apretó el botón que abría la contraventana. Se elevó a lo largo del marco con un leve zumbido, lo que dejó que la luz dorada inundara la estancia.

El sol acababa de salir al otro lado del hemisferio que se encontraba debajo de él. Lo que estaba viendo directamente era Terra en todo su magnífico esplendor. Ante él se extendía el lado nocturno, el azul resplandeciente del borde de los océanos y el blanco vaporoso de las nubes, además de las luces centelleantes de la placa supraorbital Rodinia, que flotaba de un modo majestuoso bajo la placa en la que él se encontraba.

Vio su propio reflejo iluminado por el sol en el grueso cristal de la portilla de observación. ¡Viejo! ¡Qué viejo! ¡Tan… viejo! ¿Qué edad tenía? ¿Ochenta? ¿Ochenta años estándar? Retrocedió un par de pasos. Aquello no podía ser. En Fenris lo habían rehecho por completo, lo habían…

Atónito, se quedó mirando el reflejo bañado por la luz dorada del sol. Vio la cara de la otra figura reflejada en el cristal, la figura que se encontraba justo a su espalda.

El terror se apoderó de su alma.

—¿Cómo puede ser que estés aquí?

Y se despertó.

—¿A quién le estabas hablando? —le preguntó Ogvai.

—Habla en sueños. Cada vez son más ruidosos —le explicó Aun Helwintr.

Hawser se incorporó hasta quedar sentado. Estaban en la cámara que se encontraba más allá de la habitación del silencio. La luz danzarina del torbellino de magma veteaba las paredes. Hacía un calor agobiante. La tibieza del propio aire había provocado que cayera en un sueño ligero. Supuso que aquel descanso era un intento de su mente y de su cuerpo de protegerse del inquietante enfrentamiento que había tenido con el brujo de los Mil Hijos.

Había un número considerable de guerreros de la Tra reunidos en la estancia junto a lobos de la Onn y la Fyf.

—¿Lo atraparon? —quiso saber Hawser.

Helwintr lo miró y negó con la cabeza. Se estaba aplicando un ungüento en las quemaduras supurantes de las manos. Dada la gravedad de las heridas que Hawser le había visto antes, se le estaban curando a una velocidad asombrosa.

—Se escurrió entre las sombras —le contestó.

—Esos custodios inútiles lo dejaron escapar —añadió Skarssen.

—Eso ya no importa. No importa absolutamente nada —dijo una voz retumbante.

El Rey Lobo entró imponente en la cámara, una masa enorme de sombras recortadas por el brillo de los fuegos. Lo acompañaban las hermosas doncellas que llevaban al hombro las espadas.

Se les acercó, y todos inclinaron la cabeza, incluso Ogvai y lord Gunn. La parpadeante luz de las llamas dejó al descubierto su rostro, que siguió envuelto en parte en sombras, y expuso la amplia sonrisa que dejaba a la vista sus dientes inhumanos.

Cuando habló de nuevo, lo hizo con el gorgoteo retumbante de un leopardo.

—El Emperador ha pronunciado su decisión —les dijo.



DOCE
THARDIA

—Entonces, ¿te ha gustado el relato? —le preguntó Hawser—. ¿Te ha entretenido? ¿Te ha distraído?

—Ha sido bastante entretenido —admitió Colmillolargo—. Aunque no es el mejor que tienes.

«No…».

—Te aseguro que lo era —le confirmó Hawser.

Colmillolargo movió la cabeza en un gesto negativo. De la barba le salieron despedidas varias gotas de sangre.

—No. Aprenderás relatos mejores. Mucho mejores. Ni siquiera ahora es el mejor que te sabes.

«No, otra vez no… Este recuerdo no… Sigues aferrado a este recuerdo… Tenemos que ir más allá…».

—Fue lo más inquietante que me ocurrió en mi vida anterior —insistió Hawser con un cierto tono de desafío en la voz—. Es el relato que posee más… maleficarum.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —insistió a su vez Colmillolargo—. En tu fuero interno lo sabes muy bien. Te estás engañando a ti mismo.

Hawser se despertó con un sobresalto. Se apoyó de espaldas en los codos y se calmó esforzándose por ralentizar tanto su respiración atemorizada como su corazón acelerado. Sólo un sueño. Sólo un sueño.

«Mejor. Ya estamos más cerca. Más allá del recuerdo de Colmillolargo, más cerca del recuerdo que realmente importa».

Se sentía cansado e incómodo, como si no hubiera dormido bien, o como si hubiera tomado un sedante. Le dolían las extremidades. La gravedad artificial prolongada siempre le provocaba lo mismo.

Una luz amarillenta se colaba en la estancia a través de las persianas de la ventana y lo doraba todo, lo que daba a la habitación un aspecto suave y pulido.

Oyó un campanilleo electrónico.

«Síguelo. Concéntrate».

—¿Sí?

—¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco —dijo la voz modulada y suave de un servidor.

—Gracias.

Se levantó hasta quedar sentado en el borde de la cama. Se sentía muy agarrotado, muy cansado. No se sentía así desde hacía mucho tiempo. Le dolían las piernas. Quizá guardaba algún analgésico en los cajones.

Se acercó cojeando y apretó el botón que abría la contraventana. Se elevó a lo largo del marco con un leve zumbido, lo que dejó que la luz dorada inundara la estancia. Miró al exterior. La vista era magnífica.

«Haz caso omiso de la vista. ¿A quién le importa la vista? Ya las has visto antes, una y otra vez, en tu vida y en tus sueños. Lo que importa es lo que está detrás. ¡Concéntrate!».

El sol, fuente de todo aquel brillo etéreo, acababa de salir al otro lado del hemisferio que se encontraba debajo de él. Lo que estaba viendo directamente era Terra en todo su magnífico esplendor. Ante él se extendía el lado nocturno y las constelaciones que sobre su superficie formaban las luces de las ciudades colmena sumidas en la oscuridad que se extendía más allá del horizonte que separaba el día de la noche. También divisó el azul resplandeciente del borde de los océanos y el blanco vaporoso de las nubes, y justo debajo de donde él se encontraba se veían las luces centelleantes de la placa supraorbital Rodinia, que flotaba de un modo majestuoso bajo la placa en la que él se encontraba, que era…

«No importa. No. Importa. Permanece en ese momento. Concentra toda tu mente en ese recuerdo, ¡en la parte de ese recuerdo que es realmente importante!».

Lemurya. Sí, eso era. Lemurya. Una suite de lujo en la parte inferior de la placa Lemurya.

Enfocó la vista y vio su propio reflejo iluminado por el sol en el grueso cristal de la portilla de observación.

«¡Te distraes! ¡No te distraigas! ¡No te importa el aspecto que tienes! ¡Esto es un sueño! ¡Un recuerdo! ¡Lo único que importa es lo que hay detrás de ti! ¡Date la vuelta! ¡Mira a tu espalda! ¡Concéntrate! ¿Quién está detrás de ti?».

¡Viejo! ¡Qué viejo! ¡Tan… viejo! ¿Qué edad tenía? ¿Ochenta? ¿Ochenta años estándar? Retrocedió un par de pasos. Aquello no podía ser. En Fenris lo habían rehecho por completo, lo habían…

Pero todavía no había llegado a Fenris. Ni siquiera había partido aún de Terra.

«¡Concéntrate! ¿Quién está detrás de ti?».

Se quedó mirando el reflejo atónito bañado por la luz dorada del sol. Vio la cara de la otra figura reflejada en el cristal, la figura que se encontraba justo a su espalda.

«¡Sí! ¡Sí!».

El terror se apoderó de su alma.

—¿Cómo puede ser que estés aquí?

Y se despertó.

Hawser gimió. Estaba cubierto de sudor y el corazón le palpitaba con fuerza. El olor penetrante de los ungüentos de hierbas y de las pinturas corporales le asaltaron el olfato.

—¿Lo has visto? —le preguntó Aun Helwintr.

—No —le respondió Hawser.

—Ah —se limitó a decir el sacerdote.

—Lo siento.

Helwintr se encogió de hombros.

—Lo intentaremos de nuevo. Mañana, o más tarde esta misma noche si te quedan fuerzas.

—Esta vez estuvimos muy cerca —le dijo Hawser—. Me refiero a que esta vez me di la vuelta antes. Cambié mi recuerdo, me comporté de un modo distinto. Me di la vuelta, pero no lo hice con la rapidez suficiente.

—La próxima vez será —le respondió Helwintr, pero parecía distraído.

Habían subido a través de las masas silenciosas de árboles hasta llegar a los riscos que se alzaban por encima del puesto elevado. Era una caminata de dos horas que habían hecho cada día a lo largo de la última semana. Hacía mucho frío, y si salían muy temprano se encontraban todavía algo de escarcha en el camino. Las rocas de los riscos, de color gris claro, estaban cubiertas de barbas de líquenes invernales púrpura, malva, azules, rojos…, algunos tan ásperos como la lija y otros tan suaves como el terciopelo.

Aun Helwintr le había dicho que la soledad de aquellos riscos ayudaba a la contemplación y a la visión interior. Se encontraba lejos del tráfico de voces y de la vida cotidiana, y al encontrarse en Thardia, donde los humanos sólo habitaban en el puesto elevado y en las instalaciones de investigación, no existían recuerdos de espectros o de fantasmas que interfirieran con los hilos vitales de las personas.

Además, a Helwintr le gustaba el frío. Thardia apenas se acercaba a la majestuosidad mortífera de un invierno fenrisiano ni siquiera en sus extremos más polares, pero al sacerdote rúnico le agradaba el clima exigente y las nubes que dejaba en el aire un individuo al respirar.

Helwintr recogió los botes de ungüentos, los talismanes y los demás artefactos

que había dejado alrededor de la roca en forma de mesa que habían escogido para realizar el intento de ese día. La roca era baja, con una superficie lisa y lo suficientemente grande como para que Hawser se tumbara con comodidad sobre ella, como una persona sobre una cama, y estaba cubierta por una capa de liquen azulón. A Hawser le recordó el terciopelo gastado del interior de una caja de oraciones de Osetia o un viejo tablero de regicida.

El sacerdote estaba completamente cubierto por las pieles invernales y su atuendo de cuero. La máscara, el capacete, las protecciones del pecho, de los hombros y de los brazos eran de un cuero negro lustroso con grabados intrincados. El largo cabello blanco, que llevaba recogido en una larga cola de caballo a la que le había dado forma de S con cera, le salía de un hueco posterior abierto en el capacete. Se protegía la cara con una máscara negra, que tenía la forma de un demonio rugiente en la boca y en el morro con el propósito de asustar a los espectros.

Hawser llevaba su propio equipo de cuero, de un color marrón oscuro y un diseño mucho más sencillo. Se cubría la cara con una media máscara, con el resto de la cabeza al descubierto. El viaje de Nikaea a Thardia había supuesto una traslación de veintiséis semanas, y había utilizado ese tiempo para aprender y practicar algunas nociones básicas sobre cómo trabajar el cuero. Varios guerreros de la Tra le habían enseñado diversas técnicas en distintos momentos del viaje, y luego le habían revisado el trabajo y sugerido unas cuantas mejoras. Hawser había comenzado una decoración rudimentaria de tallado en la guarda del brazo izquierdo, pero era una tarea muy lenta, y quedó descontento por su falta de habilidad. El resto de su equipo de cuero no mostraba elemento decorativo alguno.

Una vez reunidos los elementos de su equipo, Helwintr se puso en cuclillas sobre una roca lisa, con las piernas dobladas y la espalda encorvada. A Hawser aquella postura le recordó durante un segundo a un anfibio sobre un nenúfar, pero inmediatamente pasó a recordarle otra cosa: un depredador lobuno, apostado sobre una roca, tranquilo pero alerta bajo la luz del sol, que descansaba al mismo tiempo que vigilaba el bosque que se extendía a sus pies.

Helwintr desenvainó el athame que llevaba al cinto y comenzó a tallar marcas en el liquen que cubría la roca sobre la que se encontraba acuclillado.

Hawser tenía frío, así que dejó al sacerdote ocupado en cualesquiera que fueran las incomprensibles tareas de gothi en las que se había enfrascado. El aire abierto de la biosfera de cualquier planeta era más receptivo a ese tipo de actividades que las cámaras de una nave que recorriera el vacío. Helwintr estaba procurando aprovechar al máximo la breve estancia del grupo de combate en aquel planeta.

Una constelación desconocida brillaba y centelleaba en el cielo cristalino oriental de Thardia. Se trataba de un grupo de estrellas que aquel planeta jamás había visto antes, un conjunto de luces que hasta un gothi sin espíritu alguno sería capaz de

interpretar como una casa astral de castigo y destrucción.

Eran las luces de las naves del grupo de combate ancladas en la órbita alta del planeta. El grupo de combate de Geata, compuesto por seis compañías de la VI Legión junto a sus correspondientes naves de apoyo y sus servidores. Se trataba de una concentración de fuerzas bastante considerable para los estándares de la legión, sobre todo en aquella época, cuando las exigencias de la cruzada repartían las fuerzas de los astartes hasta diluirlas a lo largo y ancho del campo de batalla galáctico. Para lo que era habitual en la VI Legión, suponía algo casi inaudito. La explicación oficial era que las compañías se habían agrupado en Thardia para descansar y reaprovisionarse, pero Hawser sabía que ocurría algo muy distinto.

Notó una sensación helada en los huesos. Hawser empuñó el hacha y se alejó del sacerdote bajando por la ladera. Comenzó una de las largas tandas repetitivas de golpes de práctica y de giros que Godsmote le había enseñado. Había comenzado a manejar el arma con la pericia suficiente como para que Godsmote le mostrara su aprobación en una o dos ocasiones. Ya era capaz de hacer girar el hacha, voltearla y controlar los ángulos de corte y de ataque. Podía bloquear y cambiar el hacha de manos, ya fuera pasándosela de una a otra o empuñándola con las dos a la vez. Incluso había conseguido dominar una pequeña filigrana, una rotación veloz a una mano que imitaba algunas de las maniobras más impresionantes que había visto realizar a guerreros como Oso y Erthung. Pero Godsmote le había advertido en contra de aquello. Le había dicho que era demasiado ostentosa. Existía un riesgo demasiado elevado de que se le escapara el arma por una simple maniobra vistosa.

Combatir con una hacha era una habilidad muy compleja y exigente. Parecía mucho más brutal y sencilla que la esgrima con la espada, pero en algunos aspectos era muchísimo más sutil que el manejo de arma que debía llevar acabo un espadachín. El filo de una hacha se encontraba en posición de herir a su oponente durante un porcentaje de tiempo de combate mucho menor que toda la superficie de una espada. Combatir con una hacha consistía en blandir y en dar vueltas, en moverse y esquivar, en escoger el momento adecuado para propinar el golpe. Consistía en ver llegar el hueco en la guardia del enemigo tres o cuatro pasos antes, al igual que lo haría un buen jugador de regicida, y luego aprovechar la ventaja que aquello ofrecía sin avisar en modo alguno del golpe. Consistía en predecir la coincidencia entre el objetivo en movimiento y el filo del hacha. Si se calculaba mal eso, se había perdido el combate.

Las hachas eran armas propias de un clima frío, porque eran tanto una herramienta para utilizar con el hielo, con la madera o como arma de combate. Sin embargo, el arte de utilizar el hacha en un enfrentamiento armado se basaba en una serie de decisiones de predicción, así que no era de extrañar que las culturas como las de Fenris se centraran tanto en las profecías. La lectura del futuro era una habilidad

de supervivencia a una escala microestructural, por lo que era algo que también se había forjado a nivel macroestructural en la sociedad.

Por su parte, Hawser había pasado muchas horas de su juventud jugando al regicida con el rector Uwe.

Cargó todo el peso del ejercicio en la espalda y en los hombros para realizar los mandobles y los giros. Logró que el arma zumbara mientras cortaba el aire. El esfuerzo lo hizo entrar en calor.

Se dio la vuelta con rapidez y lanzó un mandoble con forma de ocho, pero nada más hacerlo se dio cuenta de que estaba adquiriendo el mismo don de la profecía de los Vlka Fenryka. Supo incluso antes de darse la vuelta que tendría que detener el hacha antes de completar el movimiento.

Ohthere Wyrdmake se encontraba justo a su espalda. A pesar del presentimiento y del cambio de movimiento, el filo del hacha de Hawser falló por muy poco.

—Vamos. Ven conmigo ahora mismo —le dijo Wyrdmake.

—¿Qué?

—¡Ya!

El estado de ánimo de Wyrdmake era difícil de captar incluso en sus mejores momentos. Su carácter inescrutable, la increíble e imponente sensación de amenaza que emanaba de él, lo convertían en una presencia incómoda, y los sacerdotes rúnicos eran los guerreros más inhumanos e inaccesibles de todos los Vlka Fenryka.

Sin embargo, parpadeaba con bastante rapidez y tenía la frente cubierta por un leve rastro de sudor. A Hawser le pareció que Wyrdmake estaba nervioso e incómodo.

—Aquí hay peligro —le dijo.

—Debemos avisar a Helwintr —le contestó Hawser.

Miró hacia arriba, hacia la roca donde Aun Helwintr se había puesto en cuclillas. No vio señal alguna del sacerdote rúnico de la Tra. Hawser se volvió a mirar de nuevo a Wyrdmake. El sacerdote rúnico se llevó el dedo índice a los labios, agarró a Hawser de la muñeca y comenzó a arrastrarlo hacia la linde del bosque.

La vegetación consistía en unos brotes enormes de forma tubular, con unos troncos negros lustrosos y un follaje vaporoso semejante a las alas desgarradas de unos insectos. Sólo desde lejos, y en términos generales y estructurales, parecían árboles de verdad.

Algunos de aquellos tubos tenían un tamaño descomunal, y se habían hinchado y arrugado con el paso del tiempo. Hawser no les había prestado mucha atención mientras atravesaba los claros cada día, pero en aquellos momentos, furtivo y confuso, se dio cuenta de lo alienígenas que eran. Le llegó el olor a polvo y a canela. El suelo estaba cubierto por una capa negra de hojas en descomposición, y unos insectos casi tan diminutos como las motas de polvo flotaban en el aire de las zonas iluminadas por el sol entre las sombras de las plantas.

Hawser se esforzó por hacer el mínimo ruido posible, e intentó de un modo desesperado aplicar las técnicas de acecho y de colocación de los pies que Godsmote le había enseñado, pero sonaba igual que un saco ruidoso que Wyrdmake estuviera arrastrando a su espalda. El sacerdote caminaba en un silencio absoluto.

Se pusieron a la sombra de una enorme forma tubular. La filigrana veteada de la cubierta de aspecto vegetal colgaba sobre ellos como el velo de una viuda. Hawser notó que se le había metido aquel polvillo en la garganta, y tuvo que contenerse para no toser.

Wyrdmake empujó a Hawser contra el tronco. La corteza del tubo era tan negra y reluciente como la piel de una berenjena. El sacerdote rúnico le indicó con un gesto que debía quedarse allí quieto, y luego levantó la cabeza. Hawser distinguió a medias a Wyrdmake entre las sombras que tenía delante. Al igual que Hawser y Helwintr, el sacerdote rúnico de la Fyf llevaba puesto un atuendo de cuero, junto a las pieles y la máscara. Varios collares con cuentas totémicas y dientes de animales le rodeaban el cuello. Hawser se preguntó cómo era posible que no hicieran el más mínimo ruido cuando el sacerdote se movía. Se quedó bloqueado con aquella pregunta. Era tan tonta que casi le hizo echarse a reír en voz alta. ¿Cómo era posible que no hicieran el más mínimo ruido? ¿Había algún truco?

Wyrdmake se quedó de pie unos instantes observando el claro, escuchando. Luego se puso en cuclillas al lado de Hawser y comenzó a juguetear con uno de los collares que llevaba colgando alrededor de la garganta.

—Sé lo que Helwintr ha estado haciendo a lo largo de esta semana —le susurró Wyrdmake—. Tenía mi permiso y mis consejos para hacerlo. Lograr atravesar esos recuerdos es un objetivo muy valioso para ti y para los Vlka Fenryka.

Hawser tragó saliva y asintió. Wyrdmake ya había sacado dos plumas negras del collar, y utilizó un poco de hilo de plata para atarlas a una cuenta granate y a un hueso de dedo humano que había extraído de un saquillo que llevaba al cinto.

—La arquitectura de ese recuerdo es muy resistente —le siguió explicando Wyrdmake mientras trabajaba, con una voz que apenas era un susurro—. Hay astucia en ella. Maleficarum. Helwintr me ha pasado un informe todos las veces que lo habéis intentado. Estaba frustrado. Hoy ha probado con una nueva técnica. Un nuevo método con el que quizá lograría desentrañar tus pensamientos. ¿Conoces a Eada Haelfwulf?

Hawser asintió. Haelfwulf era otro sacerdote rúnico que había sido asignado a la compañía Tra. Actuaba como uno de los gothi superiores de Helwintr. Era un guerrero de estatura elevada y huesudo cuyo equipo de cuero estaba teñido de rojo para que coincidiera con su cabello y barba pelirrojos.

—Haelfwulf fue con vosotros hoy.

—No lo he visto —le respondió Hawser con un susurro.

—Esa era su intención —le contestó Wyrdmake con otro susurro—. Se mantuvo apartado, fuera de tu vista, para explorar tus recuerdos desde otro ángulo mientras Helwintr te mantenía ocupado.

—¿Y? ¿Qué ocurrió?

Wyrdmake negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo único que sé con certeza es que hace una hora tuve un presentimiento terrible. Una sensación precognitiva de que algo terrible iba a ocurrir aquí, en estos riscos. Vine de inmediato.

—Me estás atemorizando —musitó Hawser.

—Bien. Eso quiere decir que me estás tomando en serio.

—¿Dónde está Helwintr?

—Al único que vi cuando llegué fue a ti, practicando con el hacha.

—¡Helwintr estaba ahí mismo! —siseó Hawser—. En esa roca, a unos veinte metros de mí.

—No estaba allí cuando llegué.

—No iba a desaparecer sin más. Estaba ocupado con algo, con una especie de ritual. Estaba escuchando.

—Él también lo sintió —replicó Wyrdmake.

Ya había acabado de hacer lo que tenía pensado con las plumas y los demás objetos que había sacado de la bolsita. Lo dejó todo en el cuenco que formó con las manos. Luego sopló, y a continuación echó las manos hacia arriba.

Algo oscuro se alejó aleteando hacia el dosel del bosque. Hawser oyó unas alas ruidosas. Tuvo la breve impresión de que se trataba de un cuervo, aunque sabía que Wyrdmake no podía llevar escondido un cuervo en ninguna parte de su vestimenta.

—¿Qué…? —empezó a decir.

Wyrdmake lo interrumpió con un gesto cortante para que se callara.

—Espera.

El sacerdote cerró los ojos, como si quisiera concentrarse todo lo posible. Hawser fue tremendamente consciente del sonido de su propia respiración. El bosque estaba inquietantemente silencioso. Sólo de vez en cuando se oía algún ruido: el susurro del viento, o de alguna criatura de pequeño tamaño, los chasquidos de los insectos que se arrastraban, el suave roce de las hojas al caer de los troncos tubulares.

Oyó un aleteo no muy lejos de ellos. Era como el ruido de un pájaro de gran tamaño que se moviera en la zona superior del dosel formado por las copas de los árboles.

—¿Acabas… acabas de hacer un cuervo? —le preguntó Hawser.

Wyrdmake lo miró.

—¿Un qué? —le susurró.

—Un cuervo.

—¿Qué palabra es esa, escaldo?

—Cuervo.

—¿Quieres decir «cuervo»? —le preguntó el sacerdote.

—Eso es lo que he dicho —le susurró Hawser.

—No, ni en juvjk ni en wurgen. No lo has hecho. Dijiste la palabra terrana para ese pájaro.

—No, no. Yo…

—Cállate. Silencio.

Wyrdmake cerró los ojos de nuevo y Hawser se calló. Oyó el batir de las alas una vez más, pero esta vez más lejos. También oyó otro sonido, una leve señal de que algo se movía entre los árboles. Fuera lo que fuese, era mayor que un insecto que se arrastrara o una criatura del suelo del bosque.

Wyrdmake abrió los ojos de golpe.

—Ya lo veo —dijo, casi para sí mismo—. ¡Hjolda!, es grande. —Luego miró a Hawser—. Sube a esos riscos con toda la velocidad y el sigilo que puedas. No mires atrás.

Wyrdmake metió una mano bajo las pieles que llevaba puestas y sacó una pistola de plasma compacta. La amartilló. El arma tenía un aspecto completamente incongruente y también completamente apropiado en sus manos cubiertas de cuero.

—¡Largo!

El sacerdote dio media vuelta y salió corriendo de la sombra que ofrecía el enorme árbol tubular. Las pieles revolotearon en el aire a su espalda mientras se dirigía hacia lo profundo del bosque a grandes zancadas, hacia la fuente del sonido. Desapareció por completo de la vista a los pocos segundos.

Hawser esperó unos instantes, ansioso por ver reaparecer al sacerdote. Luego se puso en pie, hacha en mano, y comenzó a moverse como Wyrdmake le había ordenado. Maldijo todos y cada uno de los ruidosos pasos que dio, cada crujido de la capa de hojas, cada chasquido de una rama rota. Se sentía un patán tremendamente torpe.

No había llegado demasiado lejos cuando oyó otro sonido. Se detuvo y miró a su alrededor. No había más que un conjunto de sombras negras y barrotes de luz blanca. Unas moscas diminutas revoloteaban en los rayos luminosos. Las siluetas de las hojas resecas formaban sombras semejantes a membranas calcificadas. Oyó el sonido de nuevo.

Un aleteo. El aleteo de un pájaro, no muy lejos de allí. Un leve movimiento en la cubierta del bosque. Las ramas se rozaron entre sí. Otro aleteo.

Sin aviso previo, se produjo un tremendo estallido, una sacudida violenta que cesó de un modo tan rápido y abrupto como había comenzado. A menos de diez metros de él, la espesura se estremeció y pareció rasgarse. Se agachó con el arma

preparada. Algo que no era humano soltó un breve aullido estridente.

Se oyó un rugido gorgoteante parecido al de un leopardo.

Luego, a su espalda, en lo profundo del bosque, escuchó un grito de dolor agónico.

Hawser supo de inmediato que se trataba de Wyrdmake.

Se puso en pie y se dio la vuelta. El sacerdote estaba herido. Estaba en peligro. No podía salir hu…

Le llegó un sonido palpitante, el gruñido gutural de un carnívoro. Estaba cerca. No fue capaz de determinar desde qué dirección le había llegado. El sudor producido por el miedo le bajó por la espalda. Alzó el hacha, preparado para golpear. Avanzó un poco. Rodeó un tubo gigantesco que surgía del suelo cubierto de hojas igual que si fuera un champiñón invertido. Mantuvo la espalda pegada a su superficie y lentamente, muy, muy lentamente, volvió la cabeza para mirar al otro lado del tronco.

Vio al lobo.

Lo medio vio. Era poco más que una sombra. Una sombra con forma de lobo. Un lobo con forma de sombra. Era enorme y ominosa, como un cielo de medianoche de color rojo oscuro. Era espectral y maligno como la última maldición susurrada de un lunático moribundo. Existía en las zonas de sombra pero no en las partes iluminadas del bosque. Hawser notó el retumbar de su garganta. El terror se apoderó de él, como si todo el frío de Fenris se hubiese concentrado en un punto hiperdenso que le hubiera congelado el corazón.

El casi-lobo tenía algo entre las fauces, una maraña negra reluciente que antes había sido otra cosa. Lo dejó caer al suelo del bosque y soltó un gruñido que resonó como el retumbar más profundo de un tambor tribal. Hawser esperó a que diese la vuelta. Esperó a que diese la vuelta en cualquier momento y lo viera. Dejó de respirar y se pegó todo lo que pudo a la piel negra y pegajosa del tronco tubular.

Esperó. Esperó. Esperó a que las fauces se le cerraran sobre el cuerpo. Esperó a que pasara una eternidad antes de atreverse a respirar de nuevo. El casi-lobo dejó escapar otro gruñido gorgoteante de leopardo.

Hawser oyó cómo la capa de hojas secas del suelo crujía, y cómo los restos esponjosos dejaban escapar un leve sonido de chapoteo al ser removidos.

Se arriesgó a mirar por segunda vez.

No vio señal alguna del casi-lobo. Se había marchado. Se había desvanecido en la oscuridad, en el bosque.

Hawser esperó unos instantes más. Salió de la sombra del árbol empuñando con fuerza el hacha con las dos manos y entró en la penumbra del claro donde momentos antes se encontraba el casi-lobo.

En mitad del claro, sobre las hojas, se encontraba lo que el casi-lobo llevaba en las fauces y había dejado caer. Era una masa de plumas negras desgarradas de

superficie reluciente, como la seda de color azabache. Era el cuervo de Wyrdmake. Estaba muerto, destrozado, con una ala casi arrancada de un mordisco. Ambas alas estaban cubiertas de gotas de sangre, lo mismo que el suelo que las rodeaba. Brillaban en la penumbra igual que si fueran trozos de ámbar. Bajo las alas, aquel objeto forjado con habilidad ya no era más que los huesos que siempre había sido.

Hawser llevaba el tiempo suficiente con los guerreros del Vlka Fenryka para comprender el motivo del lejano grito de dolor de Wyrdmake. Magia por empatía. Lo que le habían hecho a su astuto espía también se lo habían hecho a él.

Hawser se irguió. Trató de recordar desde qué dirección había llegado el lejano grito de dolor del sacerdote. Intentó orientarse. Le fue difícil. El miedo coagulado en su interior era muy grande y frío. Le bajaba por las entrañas como si fuera un glaciar. Se esforzó por pensar como un lobo, por pensar como un guerrero de la Tra. Se esforzó por pensar de un modo estratégico, como si todo lo que tuviese que calcular fuese el siguiente movimiento, u otros dos como mucho, en el tablero de hneftafl de Skarssensson, o de regicida del rector Uwe.

Dejó que el mango del hacha se le deslizara por las manos hasta que la agarró por el extremo más alejado de la cabeza del arma. Era una forma de empuñarla en el combate llamada «el mordisco abierto» en wurgen. Era la que proporcionaba la máxima extensión de brazos y mango, por lo que permitía alcanzar el máximo efecto de palanca. No era una postura muy sutil con la que empezar un combate, pero lo cierto era que si se encontraba de nuevo con el casi-lobo, Hawser no esperaba que la lucha fuera sutil.

Siguió avanzando a través de las luces y las sombras, bajo el dosel de las hojas semejantes a alas de insecto. Mantuvo el hacha extendida empuñada con las dos manos. Se percató de que se oía un nuevo sonido. Era una respiración. Una respiración humana y jadeante. La respiración dificultosa de alguien herido.

Hawser pasó por debajo de una rama baja cargada de hojas fantasmales y vio un gran cuerpo tendido a la sombra de un tubo de árbol deforme. Era una astartes, y su equipo de combate de cuero era de color rojo.

—¿Eada? —susurró Hawser al mismo tiempo que se ponía en cuclillas a su lado.

Eada Haelfwulf parpadeó y levantó la mirada hacia él.

—Escaldo —le saludó con una sonrisa.

Tenía el rostro contraído en un gesto de dolor y el torso húmedo por la sangre. Algo le había mordido con fuerza y repetidas veces en un costado y una cadera.

—¡Chisst! —le siseó Hawser.

—El lobo me sorprendió —susurró Eada—. Salió de la nada. Algo lo ha traído hasta aquí. Alguien está conspirando hoy contra nosotros.

—Lo vi. No te muevas.

—Dame un minuto más. Las heridas ya se me están cerrando y las venas ya han

dejado de sangrar. Estaré otra vez de pie dentro de nada.

—Wyrdmake está herido —le dijo Hawser.

—Sí, lo oí. Tenemos que encontrarlo —le contestó Eada.

—No sé qué le ha ocurrido a Helwintr.

Eada Haelfwulf lo miró con un gesto de gravedad que sugería que Hawser debería saberlo. El sacerdote rúnico se había quitado la máscara de cuero. Tenía la piel blanca de la mejilla y la frente cubierta de manchas de sangre.

—¿Qué querías decir, Eada? ¿A qué te referías con eso de que alguien está conspirando hoy contra nosotros?

Eada Haelfwulf tosió, y el esfuerzo le hizo torcer el gesto por el dolor.

—Helwintr y yo estábamos intentando desentrañar tus recuerdo, escaldo.

—Lo sé —le contestó Hawser.

—Imagínate que tu mente es una fortaleza. Está bien defendida, tiene unas murallas altas. Helwintr intentaba entrar por el portón principal. Estaba allí fuera para que lo vieras, con un ataque abierto, bien visible. Yo estaba en la parte posterior de la fortaleza intentando subir por las murallas mientras el ataque de Helwintr llamaba toda tu atención. Mi objetivo era infiltrarme hasta una cámara interior situada al lado de la que mantenías cerrada.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Hawser.

—Entró en los recuerdos de otro —dijo una voz a la espalda del escaldo.

Hawser se volvió.

Aun Helwintr se encontraba en el borde del claro. Los miraba fijamente a ambos y empuñaba su espada de combate corta y de hoja ancha.

—Ven, escaldo —le ordenó.

—¡Hjolda! —exclamó Eada—. ¡Por todos los espectros del Subniverso, quédate a mi lado, escaldo!

—¿Qué? —preguntó Hawser casi tartamudeando.

Helwintr dio un paso hacia ellos. Hawser no apartó la mirada de él y siguió sin soltar el hacha. Oyó cómo Haelfwulf hacía, a su espalda, un tremendo esfuerzo para ponerse en pie. Oyó cómo desenvainaba su arma.

—Quédate cerca de mí —le dijo con un siseo Eada Haelfwulf—. Es cierto que entré en los recuerdos de otro. En los recuerdos de «algo». Era lo que había reordenado todos tus recuerdos, escaldo. Había dejado una puerta abierta, una puerta que se abría de forma directa a su mente, y de ese modo poder entrar y volver a visitarte la mente cuando quisiera. Miré a través de la puerta. Lo mismo hizo Helwintr. Esa cosa nos vio mirar, y no le gustó en absoluto.

—Ven conmigo, escaldo —le indicó Helwintr al mismo tiempo que daba otro paso adelante. Le hizo un gesto con la mano libre para que se le acercara, la clásica invitación arrogante de un guerrero para que su enemigo se acercara—. Ven. No le

hagas caso.

—Quédate donde estás —dijo Haelfwulf con un gruñido al mismo tiempo que se erguía detrás de Hawser—. Prepárate para ponerte detrás de mí. Te defenderé.

—Pero Helwintr… —empezó a decir Hawser.

—¡Hjolda, escúchame bien! —rugió Haelfwulf, aunque la voz se le cortó por un espasmo de dolor—. Préstame atención. A la criatura que nos vio no le gustó nada que lo espiáramos. Nos atacó. Retrocedimos, pero no con la velocidad suficiente. Nos tocó con su maleficarum. Tocó a Helwintr.

Incrédulo, Hawser miró con una sensación de horror a Helwintr. El sacerdote dio otro paso adelante. De sus entrañas surgió un gruñido profundo, el gruñido de un lobo. Vio sus ojos a través de las rendijas de la máscara, dorados con un punto central negro.

—Tú eres el lobo —le dijo Hawser con voz débil.

—Todo lo que ha dicho Eada Haelfwulf es cierto, excepto una parte. —Helwintr dio otro paso—. Fue Eada quien resultó tocado por el maleficarum.

Hawser se quedó helado. Oyó los sonidos que procedían del sacerdote herido, que seguía detrás de él. La respiración dolorida y jadeante se fue convirtiendo poco a poco en un jadeo más profundo, en un resoplido. Oyó cómo la piel y los tendones se tensaban, el gorgoteo y los chasquidos de los cartílagos y de los fluidos al moverse. Oyó cómo protestaban los huesos al deformarse y el chapoteo de los órganos al recolocarse. Oyó la agonía apagada de algo que estaba sufriendo una transformación realmente extrema.

—No mires atrás —le advirtió Helwintr.

El sacerdote afianzó los pies y colocó la espada en posición de guardia.

Hawser notó el aliento cálido en la nuca y el ronroneo gorgoteante del leopardo.

Se dio la vuelta impulsando el hacha en un golpe de rotación a la altura del pecho, y el medio giro veloz enterró la cabeza del hacha en el hombro derecho de la criatura que tenía a la espalda.

El casi-lobo que había sido Eada Haelfwulf rugió de frustración. El corpachón de la bestia lo derribó de espaldas. Ni siquiera llegó a verlo. No fue más que una sombra borrosa y el sonido de un depredador. Atisbó el brillo de unos dientes. Rodó con fuerza sobre la capa de hojas al ver que los dientes se le echaban encima.

Helwintr cargó directamente contra el casi-lobo. Los dos oponentes chocaron, se agarraron y cayeron formando un revoltijo de extremidades que forcejeaban. Aunque era una sombra insustancial, unas volutas de humo que sólo existían cuando no le daba la luz del sol, el casi-lobo tenía el doble de tamaño que el astartes. Se convirtieron en un borrón enfurecido al quedar trabados. Hawser intentó ponerse en pie y no vio su hacha por ninguna parte. Se le escapó un grito cuando un chorro de sangre salió de aquella lucha encarnizada y le salpicó la cara y el pecho. Fue incapaz

de determinar si la sangre la había hecho saltar una espada o unas fauces. No supo si pertenecía a Helwintr o al casi-lobo.

Dio vueltas alrededor de aquel tumulto violento. Helwintr prácticamente había desaparecido bajo la sombra cada vez mayor que el casi-lobo extendía a su alrededor. Ambos combatientes se movían con demasiada rapidez como para que fuera capaz de seguirlos con la vista.

—Ya es demasiado tarde —le replicó Ogvai.

Se oyó el chasquido de unos huesos y de la carne al desgarrarse. Helwintr salió despedido hacia atrás envuelto en una nube de gotas de sangre. Se estrelló contra uno de los troncos tubulares y luego se desplomó en el suelo del bosque. Su equipo de combate de cuero estaba rasgado y ya no empuñaba la espada. Había sufrido heridas graves en la cara, en el cuello y en la pierna izquierda. Intentó levantarse, y ordenó a sus extremidades que se movieran, que lo obedecieran.

El casi-lobo emitió otro rugido retumbante, el más poderoso de todos. Volvió su enorme forma hacia Hawser sin hacer caso del astartes al que había dejado malherido. Lo único que Hawser logró ver fue la sombra, semejante a un trozo de noche recortada y pegada en la claridad del día. Unos dientes enormes centellearon en el núcleo de aquella oscuridad igual que carámbanos de hielo.

Un rayo estrecho y abrasador atravesó chillando el claro e impactó en el suelo debajo del casi-lobo. Mientras la criatura intentaba recuperarse, un segundo rayo lo alcanzó de lleno en el pecho y lo derribó hacia atrás. Destrozó los dos grandes troncos contra los que chocó. Las formas tubulares resecas estallaron como vainas maduras de semillas y llenaron el aire con un vendaval asfixiante de pulpa vegetal fibrosa. Varias partes desgajadas de la cubierta del bosque se desplomaron contra el suelo.

Ohthere Wyrdmake bajó la pistola de plasma. El brazo izquierdo le colgaba inerte y flácido. La sangre que le empapaba el brazo y que todavía no se había secado hacía que diera la impresión de que casi le hubieran arrancado el brazo de un mordisco.

Al otro lado de los troncos tubulares destrozados, la luz del sol caía sobre Eada Haelfwulf, que yacía sobre una masa pegajosa de corteza arrancada y materia vegetal. Unas nubes espesas de esporas y de polvo de las plantas pulverizadas flotaban en el aire.

Una leve columna de humo se elevaba desde la terrible herida que el arma de plasma había abierto en el pecho de Eada. El hacha de Hawser todavía estaba clavada en su hombro derecho.

Los sirvientes y los sacerdotes lobo retrocedieron y salieron de la profunda cámara blindada situada en el corazón del *Nidhoggur*. En el techo se habían colocado una serie de potentes lámparas que iluminaban toda la estancia con un brillo artificial

semejante a la luz del sol. El suelo de la cámara estaba cubierto de marcas de aversión.

Eada Haelfwulf, sin su piel de lobo, su armadura y su equipo de combate, se encontraba encadenado a un artefacto cruciforme de plastiacero que se levantaba en mitad de la estancia. Se encontraba al borde de la muerte. El aparato que lo tenía inmovilizado era obra de los sacerdotes lobo, y era en parte un artilugio para mantenerlo preso, un aparato para interrogarlo y un mecanismo de soporte vital. Los tubos y conexiones que salían serpenteando de las palpitantes unidades subían desde la base de la cruz y se enterraban como gusanos entre las grapas de las suturas que cerraban el tremendo agujero que el sacerdote tenía en la cavidad torácica.

Miró a Hawser y a los lobos con expresión implorante y avergonzada. Sabía muy bien lo que había hecho, en lo que se había transformado. Un fluido de color claro pero viscoso le salía de la nariz, la boca y los conductos lagrimales para acabar apelmazándole la barba o secándose directamente sobre la piel. El aire de la estancia estaba saturado con un olor almizclado que superaba incluso al hedor penetrante de los antisépticos y el olor a sangre.

—Perdonadme. No conseguí hacerle frente —gorgoteó.

—¿Qué es lo que viste? —le preguntó Ohthere Wyrdmake.

Eada gimió, como si el recuerdo fuese demasiado doloroso para evocarlo de nuevo. Cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro en un gesto renuente. Aquella mucosidad salió disparada de la boca y de la nariz.

—Aunque responda, no podremos confiar en nada de lo que nos diga ahora —comentó Helwintr—. Eso ha estado en su interior. Lo ha utilizado. Todavía le quedan restos de ese contacto, y no logrará librarse de ello en toda la vida.

—A pesar de eso, me gustaría oír su respuesta —le replicó Wyrdmake.

El sacerdote de rango superior de la Fyf flexionó el brazo izquierdo. La herida que había sufrido por la magia empática se estaba curando a la asombrosa velocidad característica de los astartes, aunque era evidente que todavía le dolía.

—Y a mí me gustaría que no estuviese en mi maldita nave —gruñó Ogvai, que estaba detrás de ambos—. Es un veneno. Está podrido. Es un traidor.

Wyrdmake alzó una mano para invocar la indulgencia del jarl.

—Todavía queda un poco de Eada Haelfwulf.

Eada gimió. Sacudió con violencia la cabeza y un chorro de saliva y de mucosidad le salió de la boca.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —gimió.

—Ya es demasiado tarde —le replicó Ogvai.

—El maleficarum podría haberse apoderado de cualquiera de nosotros —le dijo Wyrdmake.

—Podría haberse apoderado de mí sin ningún problema —añadió Helwintr

mostrando las heridas vendadas. Miró a Haelfwulf—. Haz lo que puedas, Eada. Es imposible arreglar esto, pero todavía puedes salir de ésta con algo de honor. ¿Qué fue lo que viste?

—Miré a través de la puerta de los recuerdos del escaldo —respondió Eada.

El sacerdote encadenado se estremeció, y un grueso chorro de mocos se le acumuló sobre el labio superior antes de desbordarlo y bajarle por la barbilla hasta detenerse en la barba.

—¿Y qué fue lo que viste allí? —le preguntó Hawser.

—Sea quien sea el que haya rediseñado la arquitectura de tu mente, dejó abierta una conexión contigo —le explicó Eada, esforzándose para hablar—. Dejó una puerta por la que entrar a escondidas y realizar los ajustes necesarios si fuera preciso. Cuando me infiltré en tu mente por el punto ciego, entré por error en esa puerta. La cosa que había en su interior estaba concentrada en mantener en el exterior a Helwintr. Al igual que tú, lo estaba mirando a él. Entré en contacto con unos de sus recuerdos durante un momento.

—Estoy esperando —lo apremió Ogvai.

—Vi un cuchillo, mi señor —dijo Eada Haelfwulf—. Una daga sagrada parecida a los cuchillos que utilizamos nosotros, pero aquélla era un objeto antiguo y maldito, forjado por manos alienígenas, creado por mentes alienígenas. Sus proporciones no eran las correctas. Era una arma némesis. Tiene conciencia propia. Se encuentra en el interior del casco oxidado de una nave espacial que ha caído de las estrellas, una nave que reposa en las profundidades de un pantano pestilente. Al cuchillo lo llaman Anatam.

Eada se interrumpió al verse asaltado por un ataque de tos, y un nuevo chorro de aquella materia pegajosa y repugnante le salpicó el pecho.

—¿Y bien? —insistió Ogvai.

—Esa cosa no quería que lo viera, mi señor —le respondió Eada Haelfwulf—. No quería que os pudiera contar nada al respecto. Se apoderó de mí, me mutó la carne y me lanzó contra el escaldo y mis hermanos. Lo único bueno de todo este asunto es que os podré hablar sobre esa arma. Sobre el Anatam.

—¿Para qué sirve? —quiso saber Wyrdmake.

—Dividirá a la humanidad. Cambiará el futuro. Asesinará al hermano del Rey Lobo, al gran Horus, al honorable señor de la guerra.

—¿Qué lo asesinará? —repitió Wyrdmake.

—El señor de la guerra al que admiramos y seguimos dejará de existir.

—Eso no son más que mentiras —exclamó Ogvai. Luego le dio la espalda a la figura encadenada—. Todo eso no son más que falsedades que el maleficarum quiere que nos creamos. Miente. Así es como quiere dividir a la humanidad, haciendo que desconfiemos unos de otros mediante la infamia.

—¡Por favor, mi señor! —exclamó Eada.

—Quizá deberíamos escucharlo todo —apuntó Hawser—. Quizá exista una pizca de verdad en lo que Eada Haelfwulf intenta decirnos. Ha…

—No —lo interrumpió Ogvai.

—Puede que…

—¡No! —lo cortó en seco el jarl. Miró furioso a Hawser—. No escuches sus mentiras, escaldo. Míralo por ti mismo.

Hawser dirigió la mirada a la figura encadenada a la cruz de plastiacero. Las potentes luces del techo dibujaban una sombra negra bien definida en el suelo situado bajo la estructura. La silueta de la figura con los brazos abiertos no pertenecía a un ser humano.

Pertenecía a un lobo de tamaño monstruoso.

Hawser retrocedió ante la imagen.

Ogvai miró Helwintr. Wyrdmake había bajado la mirada hacia las marcas de aversión del suelo.

El jarl de la Tra se acercó a los pies de la cruz y levantó la mirada hacia el cuerpo roto que colgaba de ella. De la boca de Haelfwulf seguía saliendo mucosidad.

El lobo bajó la mirada hacia su señor y logró murmurar algo:

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo.

—Lo sé. Hasta el próximo invierno —le contestó Ogvai.

El jarl empuñó su pistola bólter, colocó el cañón del arma bajo la barbilla de Eada y le vaporizó la cabeza con un proyectil explosivo.

—Entonces, ¿te ha gustado el relato? —le preguntó Hawser—. ¿Te ha entretenido? ¿Te ha distraído?

—Ha sido bastante entretenido —admitió *Colmillolargo*—. Aunque no es el mejor que tienes.

—Te aseguro que lo era —le confirmó Hawser.

Colmillolargo meneó la cabeza en un gesto negativo. De la barba le salieron despedidas varias gotas de sangre.

—No, aprenderás relatos mejores. Mucho mejores. Ni siquiera ahora es el mejor que sabes.

—Fue lo más inquietante que me ocurrió en mi vida anterior —insistió Hawser con un cierto tono de desafío en la voz—. Es el relato que posee más… maleficarum.

—Sabes muy bien que eso no es verdad —insistió a su vez *Colmillolargo*—. En tu fuero interno lo sabes muy bien. Te estás engañando a ti mismo.

Hawser se despertó sobresaltado.

Godsmote lo estaba sacudiendo.

—Levanta —le dijo el guerrero.

—¿Qué? —murmuró Hawser, con la cabeza todavía embotada por el sueño.

Estaba en su aposento, a bordo del *Nidhoggur*. Godsmote había interrumpido el sueño repetitivo, y por alguna razón, aquello era más inquietante y confuso que la continuación habitual con su final siempre frustrante.

—Levanta —le repitió Godsmote.

—¿Qué ocurre?

—Alguien quiere verte —fue lo único que le explicó.

Una pinaza transportó a Hawser y a su escolta desde el crucero de la Tra hasta la inmensa nave de combate del Rey Lobo. Los elementos que componían la flota parecían bloques monolíticos de piedra gris oscura que flotaban sobre Thardia. Todo mostraba las sombras duras y rectilíneas creadas por la luz en el vacío.

Hawser miró al exterior. El tamaño de las naves era increíble. Incluso las de escolta y los transportes, más pequeñas, eran unas enormes losas de morro chato que parecían sacadas directamente de la ladera de una montaña. Las naves de combate eran increíblemente grandes. Los detalles de sus costados tardaban una eternidad en pasar por delante de las portillas de observación mientras la pinaza recorría el espacio que la separaba de ellas.

La nave de mayor tamaño era un monstruo de color gris pizarra con una proa con forma de reja de arado. Era el depredador máximo de la cadena alimentaria. Era el macho alfa de la flota.

—La *Hrafnkel*, la nave insignia del Rey Lobo.

Las diferentes cubiertas y puentes de la nave, inmensas como ciudades, estaban rebosantes de actividad. Cientos de miles de tripulantes, de sirvientes y de servidores se afanaban en revisar la nave y comprobar el estado en el que se encontraba después de la última traslación, para luego prepararla para el siguiente salto al Immaterium. Examinaban las placas de las cubiertas y las vigas interiores y reforzaban aquellas que lo necesitaban. También ponían a prueba las líneas de transmisión de energía. En algunas zonas se habían levantado las placas del suelo a lo largo de tramos de cuarenta o cincuenta metros. En las cámaras de armamento, las catedrales de la guerra, las grúas automatizadas elevaban cargas de munición para el vacío desde los almacenes blindados hasta los puntos de entrega, donde los trenes de artillería, encogidos como serpientes marinas, esperaban a que les llegara el momento de recorrer las arterias de servicio de la nave y entregar inmensas cabezas de combate a las baterías de la *Hrafnkel*. Regimientos enteros de tripulantes, empequeñecidos por las inmensas bóvedas en las que trabajaban, desempacaban las armas y las colocaban en filas sobre la cubierta para desmontarlas y comprobarlas una por una antes de

distribuirlas entre los contingentes de tropas.

El gemido estremecedor de los enormes motores de la nave aumentaba y disminuía, rugía y se apagaba, lo que hacía que las luces de las cubiertas brillaran con mayor o menor intensidad. Estaban poniendo a prueba los impulsores. Era el proceso equivalente al que seguía un guerrero cuando movía los hombros y flexionaba el brazo de la espada.

—Guerra —comentó Hawser mientras caminaban.

—Siempre —le contestó Oso.

—Esto no es el estado de preparación normal —apuntó Hawser—. Esto es algo especial. Es…

—Es sólo guerra —lo interrumpió Helwintr—. Sea lo que sea, siempre es sólo guerra.

La figura de Leman Russ dominaba todo el puente de mando, aunque esa cubierta fuera en realidad una bóveda de múltiples niveles que a Hawser le recordó la sala del trono de un palacio. Los oficiales y los servidores atendían las posiciones de control en unas consolas de bronce y oro que rodeaban la gran cúpula del puente de mando y estaban conectadas a los mamparos mediante unos gruesos manojos dorados de cables, circuitos y tubos. Aquella multitud de grandes conductos hacían que las consolas parecieran órganos gigantes. Para reforzar aquella imagen mental, cada una de las consolas tenía tres o cuatro juegos de teclados. Las teclas eran de hueso tallado y tenían grabadas una serie de indicadores de función. Algunas habían tomado un color amarillento por el paso del tiempo o por el uso, y parecía una sonrisa de dientes envejecidos.

Parecían las teclas de un clavicordio desvencijado.

Las pantallas hololíticas, muchas de ellas proyectadas desde emisores situados en el techo o bajo el suelo de la cubierta, convertían el espacio central de la zona de mando en una galería de cuadros titilantes. La tripulación se movía entre las imágenes dando vueltas alrededor de algunas para estudiarlas; y ajustando el flujo de datos en otras mediante deslizamientos de los dedos cubiertos por guantes reactivos. Algunas imágenes eran de gran tamaño, otras pequeñas, algunas estaban colocadas en series que se podían ir pasando con un movimiento de la mano. Cuando entró acompañado de Helwintr, de Oso y de Godsmote, Hawser vio a un alférez llevar por el aire la imagen de un mapa rectangular con las posiciones de las naves de la flota para que la revisara un oficial superior. Algunas de esas imágenes mostraban mapas topográficos, superposiciones de curvas de nivel, indicaciones de posición o computaciones de rumbos. En otras no se veían más que filas y filas de datos que se actualizaban a cada instante, o mostraban en pequeños recuadros la imagen en tiempo real de las caras de los comandantes de otras naves a medida que aparecían para

presentar sus informes.

El aire estaba saturado con el tableteo mecánico de las diferentes máquinas: el repiqueteo seco de las teclas, el chasquido de los mensajes que llegaban por los comunicadores o por los vocalizadores del Mechanicum, el zumbido de las conversaciones de trasfondo. Los oficiales de mando con las bocamangas y los cuellos de los uniformes rígidos por los bordados en oro daban órdenes secas por los micrófonos de comunicación que estaban acoplados a las consolas mediante largos tubos flexibles. Sostenían los micrófonos delante de la cara, pegados a la boca, y los pequeños amortiguadores acústicos de los extremos les tapaban la parte inferior del rostro como si fueran una media máscara. Sólo se les veían los ojos, ni la nariz ni la boca, lo que le recordó algo a Hawser.

Los querubines, que se reían con voz queda de alguna gracia privada entre ellos, sobrevolaban el ajetreado puente de mando llevando mensajes y comunicados. Unos mandos remotos insectoides, tan perfectos e intrincados como libélulas, mantenían sus posiciones en el aire por encima de los hombros de sus amos del Mechanicum, batiendo las alas de manera que les permitiera permanecer inmóviles en el aire pero provocando con ello un zumbido que resultara casi incómodo.

En el centro del puente de mando se alzaba una armazón gigantesca de bronce y plata, un instrumento diseñado para efectuar complejos cálculos estelares. Se parecía a un planetario debido a los hemisferios de estructura metálica y los discos y órbitas de medición que lo rodeaban, pero medía diez metros de diámetro y se alzaba del suelo de rejilla sostenido por un soporte tan grueso como el tronco de un árbol grande. Los miembros del personal que lo operaba ocupaban unas pequeñas consolas a su alrededor, donde se dedicaban a introducir pequeños ajustes con los que hacían que la estructura principal girase, se realinease y cambiara en un grado milimétrico.

El hemisferio que albergaba el planetario se estaba utilizando en esos momentos para desplegar una imagen hololítica a gran escala del planeta. El reluciente mapa de luz topográfica tenía tres dimensiones y rotaba con un giro orbital que mostraba tanto el lado diurno como el nocturno desde su ubicación en el interior de la estructura esférica en movimiento del instrumento de bronce. Unas proyecciones auxiliares de menor tamaño flotaban en el aire y aumentaban determinados detalles de la superficie, además de declinaciones, aspectarianos y efemérides astronómicas.

El planeta objeto de todo aquel estudio era tan hermoso como un zafiro estelar. La imagen hololítica de alta resolución mostraba todas las zonas verdes y azules, los jirones de nubes y las cadenas montañosas, el veteado que formaban las cuencas de los ríos, los océanos relucientes, el aura turquesa de su atmósfera. Al acercarse un poco más, Hawser se dio cuenta de que la enorme imagen era en realidad un mosaico formado por miles de imágenes separadas de menor tamaño, procedentes de tomas pictográficas enormemente detalladas. Todo aquel trabajo de composición sugería un

tremendo esfuerzo para reunir de un modo cuidadoso y sistemático todos los elementos de inteligencia posibles.

A pesar del tamaño y de la majestuosidad de la imagen del planetario, Russ seguía siendo la presencia más imponente de todo el lugar. En cuanto vio que Hawser y su escolta habían llegado, hizo que se apartara el grupo de navegantes que le mostraban los informes de los tiempos siderales y los distintos engranajes zodiacales.

—¡Traedlo! —gruñó al mismo tiempo que señalaba al reclusiam del capitán de la nave.

Helwintr, Oso y Godsmote llevaron a Hawser hacia el espacio que ocupaba el reclusiam en pos del Rey Lobo. El capitán de la nave, un individuo enorme de ceño fruncido con una barba espesa de color gris y la cabeza rematada por una gorra de visera extravagante, saludó y se retiró para proporcionar privacidad al primarca. Los oficiales de plana mayor se apresuraron a seguir al capitán de uniforme inmaculado llevando en los brazos montones de placas de datos y de informes.

Russ movió un cetro de mando y activó las pantallas de ocultamiento del espacio del reclusiam. El sonido ambiental del puente de mando cesó de inmediato, y de repente todo quedó envuelto en un silencio monástico.

El Rey Lobo arrojó a un lado el cetro con gesto despreocupado, y el artefacto rebotó y cayó sobre el asiento del trono de cuero rojo del capitán. Luego se volvió para encararse a Hawser. Su presencia era casi insoportable. Del primarca emanaba una energía mortífera y dinámica que palpitaba en su interior. Estaba encorvado y se abrazaba a sí mismo, como si intentara impedir que su propio cuerpo explotara. Hawser no tenía duda alguna de que si semejante explosión tenía lugar, acabaría con toda la nave insignia al hacerlo.

—¿Me oyes, hermano? —le preguntó a Hawser.

—¿Qué? —le contestó Hawser temblando de pies a cabeza—. Mi señor, ¿qué es lo que me estáis pidiendo?

—Sé que puedes oírme, hermano. Sé que puedes hacerlo —insistió Russ.

—Mi señor, os lo ruego. Explicadme lo que me estáis diciendo.

El Rey Lobo hizo caso omiso de lo que le decía Hawser. Siguió mirándolo fijamente a los ojos, como si fueran unas charcas oscuras de las que pudiera salir algo en cualquier momento.

—Magnus, Magnus, Rey Carmesí, hermano mío. Sé que puedes oírme. Colocaste este instrumento, este pobre individuo inconsciente, Ibn Rustah, lo colocaste entre nosotros para poder enterarte de nuestros secretos. ¿Y sabes qué? Somos tan listos como tú. Quizá incluso más listos. Descubrimos a tu espía de inmediato, pero en vez de matarlo, lo mantuvimos entre nosotros para mirarte a ti, Magnus, para descubrir tus secretos. Un ojo puede mirar hacia fuera, pero también hacia dentro. Tú deberías saberlo mejor que nadie, tú que has mirado más profundamente que nadie.

El Rey Lobo se dio la vuelta y se alejó unos cuantos pasos. Tomó de nuevo el cetro con una mano y se sentó en el trono. Luego dejó el cetro en el regazo, apoyó la cabeza en un puño y volvió a mirar fijamente a Hawser.

—No tengo nada que ocultarte, Magnus. Nada. Sabes cómo funciono. Mis enemigos deben saber lo que va a por ellos. Los deja en el estado mental adecuado para ser aniquilados. No me gusta ocultar mis puntos fuertes, ni que me dispongo a atacar. Prefiero que mi enemigo conozca la furia inimaginable que está a punto de caerle encima.

El Rey Lobo se calló un momento y tragó saliva. Dio la impresión de que estaba pensando las próximas palabras que diría.

—Pero no me dirijo a ti por eso. Me dirijo a ti como una cortesía profesional, de hermano a hermano. Lo que está a punto de ocurrir no debería ocurrir. Tú sabes muy bien que no quiero esto. Tú sabes muy bien que me parte el corazón enfrentarme a ti, y a nuestro padre le parte el alma hacer que dos de sus hijos se enfrenten. Pero eres tú el que ha provocado todo esto. Tú eres el que ha provocado este ataque.

Russ tragó saliva de nuevo. Bajó la mirada al suelo, aunque le siguió hablando a Hawser, que estaba aturdido y tembloroso, incapaz de hacer ninguna clase de movimiento voluntario.

—Te dimos todas las oportunidades, Magnus. Te permitimos todo ese aprendizaje tuyo, te dimos todo el espacio que necesitaste para explorar. Cuando temimos por el cariz que estaban tomando tus conocimientos, y cómo podrían poner en peligro todo que valoramos y estimamos, te expusimos nuestras preocupaciones. Se suponía que el Concilio de Nikaea fue un momento de reconciliación. Juraste que renunciarías a tus artes arcanas. ¡Lo juraste! ¡Juraste que obedecerías el decreto de nuestro padre! —Russ bajó la voz hasta un susurro—. No lo hiciste. Demostraste tus intenciones al hacer caso omiso del Edicto de Nikaea sin que cupiera ya duda alguna al respecto. Así que todo esto es culpa tuya. Debiste saber que nuestro padre tendría las manos atadas. Que no tendría más remedio que llamarme para impartir el castigo.

Russ volvió a mirar directamente a los ojos de Hawser.

—Voy a decirte la cortesía que tendré contigo. De hermano a hermano. Voy a concederte un período de gracia que no le daría a ningún otro enemigo. Resuelve tus asuntos. Evacua a los civiles de las ciudades. Desactiva todos tus sistemas de defensa. Sal a terreno abierto, tú y todos tus Mil Hijos, y preparaos para rendiros en cuanto llegue. Por favor, Magnus. Han lanzado a los Lobos de Fenris contra ti. Sólo tú tienes el poder necesario para lograr que no haya derramamiento de sangre a consecuencia de todo esto.

Se puso en pie.

—Por favor, Magnus. Por favor.

El Rey Lobo apartó la mirada, y luego le dio la espalda a Hawser.

—¿Mi hermano responde algo? —le preguntó con voz distraída.

—No oigo ninguna respuesta —le contestó Hawser con voz balbuceante—. Aunque lo cierto es que nunca he sabido cómo funciono como conducto.

Russ soltó un gruñido.

—Ni siquiera sé si lo soy de verdad —añadió Hawser, plenamente consciente de cómo lo miraban los demás lobos, sobre todo Helwintr—. Nunca he estado convencido del todo de que así fuera.

El Rey Lobo no hizo comentario alguno al respecto.

—Mi señor, ¿qué… qué es lo que ha hecho vuestro hermano?

—Realizó un acto de maleficarum que llevó su brujería hasta el mismo corazón de Terra, ante la presencia del propio Emperador —le contestó Helwintr.

—Pero… ¿por qué? —quiso saber Hawser.

—Al parecer, fue un intento de comunicar una advertencia —le explicó Russ sin darse la vuelta. Su voz era un gruñido suave, semejante a un trueno que resonara en la lejanía.

—¿Una advertencia, mi señor?

—De una importancia tan terrible que Magnus decidió que merecía la pena dar a conocer su propia traición para revelarla —murmuró Russ.

—Disculpadme, pero ¿eso no indica cierto grado de lealtad por parte de vuestro hermano? ¿Alguien ha examinado esa advertencia? ¿Alguien se la ha tomado en serio?

Russ se volvió para mirarlo.

—¿Por qué habría que hacerlo? Mi hermano es un demente. Un brujo aficionado.

—Mi señor, estaba dispuesto a admitir que había hecho caso omiso al Edicto de Nikaea y a arriesgarse a recibir el castigo que sabía que provocaría ese reconocimiento. Todo con tal de enviar esa advertencia. ¿Por qué iba a hacer todo eso a menos que la advertencia fuera cierta?

—Escaldo, no eres un guerrero —le respondió el Rey Lobo de un modo casi amable—. La estrategia no es tu punto fuerte. Piensa en el otro lado de tu propuesta. Magnus quiere que se derogue el Edicto de Nikaea. Quiere permiso y aprobación para proseguir sus manejos arcanos y su magia repugnante. Así pues, para ello, se inventa una amenaza, algo de lo que pueda avisarnos, algo tan sorprendente que no nos quede más remedio que perdonarlo y dejar a un lado nuestras objeciones. Algo tan impensable que tendremos que darle las gracias y admitir que él tenía razón desde el principio. Desde el principio. Ese es su plan.

—¿Ya sabéis lo que es tan impensable? —inquirió Hawser.

—Magnus asegura que el gran Horus está a punto de traicionar al Imperio —afirmó Russ—. Por la expresión de tu cara, Ahmad Ibn Rustah, veo que te das cuenta de lo ridículo que suena eso.

Hawser giró la cabeza levemente para mirar a Helwintr. El rostro enmascarado del sacerdote rúnico no mostró emoción alguna.

—Rey Lobo, gran señor —empezó a decir Hawser—. No es la primera vez que hemos oído advertencias referidas a la lealtad del señor de la guerra. Por favor, mi señor…

—Nuestro escaldo se refiere al incidente en el que se vio involucrado Eada Haelfwulf, mi señor —le explicó Helwintr.

—Conozco lo ocurrido —le contestó Russ—. Parece corroborarlo, lo admito, pero piensa una vez más en la estrategia. En ese caso, alguien utilizó un maleficarum para transformar a uno de nuestros propios gothi y convertirlo en un traidor, y eso ocurrió muy cerca de ti, un conducto identificado del poder del enemigo. Era de esperar que el pobre Haelfwulf contara la misma mentira con su último aliento. Eso haría que la advertencia de Magnus sonara mucho más creíble al proceder de una fuente secundaria.

Russ miró a Hawser directamente a los ojos.

—Lo cierto es que se trata de la prueba que necesito para convencerme de que Magnus está intentando de un modo desesperado organizar una campaña de desinformación para apoyar esta treta. No tiene por qué responder a través de ti, escaldo. Ya me ha respondido.

El Rey Lobo se volvió hacia Helwintr y la escolta.

—Lleváoslo, pero mantenedlo con nosotros durante todo el avance. Quiero abierto ese canal con mi hermano. Mi pobre hermano. Quiero que nos vea llegar. Quiero que sepa que nunca será tarde para él si quiere pedir clemencia.

—Mi señor, ¿qué va a ocurrir ahora? —quiso saber Hawser.

—¿Ahora? Que Próspero caerá —le replicó Leman Russ.



TERCERA PARTE

RELATO



TRECE
EL CASTIGO DE LA VI

Me llamo Ahmad Ibn Rustah, escaldo de la Tra, y traigo a esta hoguera el relato del ataque de los Vlka Fenryka contra Próspero, como es mi obligación.

En mi voz se podrán oír muchas voces, muchos recuerdos, ya que como escaldo de la Tra he cumplido mi deber, el deber que me encomendó Ogvai Helmschrot, jarl de la Tra, y antes que él Gedrath Gedrathsa, jarl de la Tra, el deber de reunir todos los relatos que poseen los guerrero de la Tra, y tejer recuerdos a partir de ellos para que se puedan volver a contar, una y otra vez, hasta que el wyrd decida el momento en el que debe cortar mi hilo vital.

Vosotros que os reunís aquí, al lado de la hoguera, vosotros que me escucháis a la luz de las llamas mientras tomáis vuestro mjod y esperáis que llegue el momento de recitar vuestra parte del relato, tendréis que perdonarme. Este también es mi relato, y yo formo parte de él. Incluye mi voz y mis recuerdos, y no se me puede extirpar del mismo, ya que también me llamo Kasper Hawser, visitante de Fenris, camarada de la VI Legión, peón de la XV Legión, testigo, forastero.

El relato de Próspero es muchas cosas. Todos lo sabemos. Lo primero de todo, un testamento a la valentía y a la lealtad de la VI Astartes. Es la historia de un deber cumplido sin titubeo ni evasiva alguna. El Padre de Todas las Cosas le dijo a los guerreros del Rout qué tarea necesitaba que hicieran, y se hizo. Nadie que oiga este relato cuestionará jamás la devoción de los Vlka Fenryka.

También es un lamento. Fue una necesidad triste que todos lamentaron tener que hacer. Fue una misión de la que no obtuvimos placer alguno al cumplir, ni siquiera la recompensa de la gloria. La eliminación de una legión de hermanos, incluso cuando se lleva a cabo con tanto éxito, no es algo que resulte fácil de aceptar en la mente de un astartes. Esa ha sido siempre la carga de los lobos de la VI Astartes: la decisión

del Padre de Todas las Cosas de convertirlos en sus cazadores escogidos, lo que impone una responsabilidad solemne sobre sus hombros que es mayor de la que soporta cualquiera de sus legiones hermanas. No hay vergüenza alguna en admitir que éste es un relato de dolor, una saga llena de lamentos. Es un relato que estaríamos encantados de borrar de nuestra memoria y que desearíamos se pudiera deshacer.

Próspero ardió. Los Lobos de Fenris cayeron sobre el planeta e hicieron que ardiera con una furia llameante que lo sumió en la oscuridad. Aunque poderosos en muchas de las artes de la guerra y del conocimiento, la hermandad de Tizca no fue capaz de resistir la expedición de asesinato. Sangrienta fue la lucha, salvaje e impía. Sólo había un resultado posible. Nadie sobrevive a la llegada de los Lobos, ni siquiera el Rey Carmesí y sus Mil Hijos.

Todos conocemos el final. Todos sabemos cómo acaba. Sabemos que Magnus huyó, herido, con los últimos restos de su antaño orgullosa legión, y en esa huida demostró más allá de cualquier posible duda sus habilidades hechiceras. Sólo la magia más siniestra fue capaz de permitirle que huyera con vida del campo de batalla.

Sin embargo, existe una parte del relato que no conocéis, y es mi parte. La contaré de inmediato.

Aquí y ahora.

Oí los tambores, el retumbar de la antimúsica de una despedida. Me habían proporcionado una armadura de sirviente de la legión que llevaba debajo de la piel de lobo para reforzar la vestimenta de cuero tallado que se había convertido en mi ropaje diario habitual. Tenía mi hacha, y un generador de campo de desplazamiento, y además me habían entregado una pistola láser de cañón corto y manufactura excelente. Creo que procedía del arsenal del propio Ogvai. El arma era antigua, pero se encontraba en un estado impecable. La habían montado y desmontado en numerosas ocasiones para que las distintas piezas se mantuvieran limpias y en condiciones operativas. En algún momento de su existencia, que sin duda había sido más prolongada que la mía, le habían quitado la empuñadura, quizá debido al desgaste sufrido, y la habían sustituido por una sencilla pieza de madera de manzarroja que encajaba alrededor de la armazón de la culata del arma. Alguien había grabado sobre la madera el símbolo de Ur con incrustaciones de hilo de oro. El arma había pertenecido a un oficial del cuerpo de defensa del gran y malhadado proyecto de ciudad catérica. Aun Helwintr, el orgulloso sacerdote rúnico, la escogió en persona para mí, ya que conocía el relato que yo había contado sobre mi infancia y la relación que tuve en aquella época con las comunas de trabajo de Ur.

«—Ur fue uno más de los grandes y admirables proyectos de proporcionarle un futuro mejor a la humanidad —me dijo Helwintr cuando me entregó el arma—. Fracasó, como tantos otros fracasaron, pero el espíritu de aquella idea era magnífico,

y su intención admirable y sin tacha alguna. Te entrego esto como recuerdo de aquel espíritu. Lo que vamos a hacer hoy, por muy sanguinario que sea, vamos a hacerlo con esa misma intención. La unificación. La salvación. La mejora de la humanidad».

No se podía discutir con aquellas palabras. Sangre y esfuerzo, trabajo duro y penalidades, son pagos más que razonables para conseguir a cambio un futuro mejor. Los objetivos de los ideales nunca se han conseguido de un modo sencillo, ya fuera el coste la construcción de una ciudad ideal o la destrucción de otra.

Mi única duda, y he de confesar que anidaba esa duda en mi corazón, era si Ur realmente tenía algún significado para mí. Había vivido mi existencia suponiendo que era así. Había vivido mi existencia confiando en la solidez de mi identidad y de mis recuerdos. Ya no confiaba en nada. Oía un clavicordio. Veía un caballo de juguete de madera. Contemplaba cómo amanecía en Terra y le daba la espalda a una ventana para ver una cara que no recordaba. Unos ojos sin rasgos. Unos rasgos sin ojos. Piezas sobre un viejo tablero de juego. Un athame, que brillaba levemente en la oscuridad, como si su hoja afilada fuera de hielo.

Acepté el arma de todas maneras.

Las cubiertas de embarque del *Nidhoggur* estaban abarrotadas. Las grúas llevaban por encima de nosotros a las naves de desembarco hasta las catapultas de lanzamiento. Los trenes con contenedores de munición traqueteaban sobre los suelos de rejilla. Un humo tan blanco y suave como una nube de verano llenaba la cubierta de embarque hasta la altura de los muslos, debido a las numerosas unidades impulsoras transatmosféricas que estaban efectuando las pruebas de despegue y purgando los gases resultantes. Bajo el intenso resplandor de los bancos de luces del techo, la escena daba la impresión de que éramos los dioses de las Tierras Superiores que caminábamos por el cielo, los señores de la creación y de la destrucción. Se oía el rápido martilleo y el tableteo de las pistolas compresoras de los maestros armeros que efectuaban los ajustes de último momento. El wyrd se forjaba en ese lugar.

Me asignaron a la jauría de Jormungndr Dos Espadas. Oso se encontraba entre los guerreros de la unidad, lo mismo que Godsmote, Aeska y Helwintr. Todos los miembros de la jauría me observaron a la espera de que me desplomara y se me pusieran los ojos en blanco mientras echaba espumarajos por la boca y suplicaba misericordia con la voz del Rey Carmesí.

No lo hice en ningún momento. Eligió no hablar a través de mí.

El Rey Lobo había acudido con toda la VI Legión para castigar a Próspero. Toda una legión para castigar a toda una legión. Los elementos de la flota que se habían reunido en Thardia se dirigieron a otros tres puntos de reunión, sumando fuerzas a medida que viajaban. Entre esas fuerzas se encontraban unidades de las Hermanas del Silencio y de la Legio Custodes, que el Padre de Todas las Cosas había

proporcionado para reforzar todavía más nuestra causa.

Yo creía que era innecesario reforzar toda la fuerza reunida de la VI Legión. No hay ningún astartes en el Imperio que sea capaz de superar en combate a un guerrero del Rout en igualdad de condiciones, y nosotros poseíamos una importante superioridad numérica. Mucho se ha hablado de la noble Guardia de las Torres de Próspero y de otros contingentes auxiliares, pero lo único verdaderamente importante era el número de astartes, y la legión de Magnus el Rojo era pequeña comparada con los Vlka Fenryka.

Sin embargo, existía un ánimo sombrío de inquietud en todo el Rout. El mayor poder ofensivo del Rey Carmesí tenía su origen en el maleficarum, la raíz principal de toda aquella disputa. Al verse obligado a luchar, sacaría sus garras más afiladas. No importaba que nosotros tuviéramos diez, cien o incluso mil veces más guerreros que los Mil Hijos. La magia podía equilibrar cualquier combate. Todos los jefes de jauría, por mucho que odiaran admitirlo en voz alta, aceptaron que la presencia de las Hermanas del Silencio podría suponer la diferencia entre el triunfo y la destrucción. Sólo ellas, si así lo quería el Padre de Todas las Cosas, podrían anular, o al menos diluir, la hechicería de Magnus y sus hijos discípulos.

Había miedo. Se podía sentir al menos en los sirvientes y en las fuerzas de apoyo. No creo que un astartes sea capaz de sentir miedo, al menos como lo sentimos nosotros, los humanos. Quizá inquietud. Sin embargo, yo sabía que a los guerreros del Rout les encantan los relatos de maleficarum, porque es lo único que no pueden matar, por lo que es lo único que proporciona a sus vidas un cierto grado de aprensión.

Íbamos a salir directamente del Immaterium para enfrentarnos cara a cara al maleficarum.

Yo sí sentía miedo. El miedo me llenaba el corazón. Me puse la máscara para ahuyentar el miedo.

Terminé de tallar la máscara y demás piezas de cuero del equipo durante el viaje desde Thardia hasta el sistema donde se encontraba nuestro objetivo. Aeska Labiorroto me dio unos cuantos consejos generales, y tanto Orcir como Erthung Manorroja me mostraron los diseños que elegí copiar. Decidí que mi máscara tendría la cornamenta estilizada propia de un macho saeneyti, y que se extendería desde el puente de la nariz hasta formar las cejas de las rendijas oculares. Lo hice para honrar el recuerdo de Ulvurul Heoroth, llamado *Colmillolargo*, que duerme ahora en la nieve roja. Teñí de negro el cuero y añadí el circumpunto, la marca de aversión, que grabé en el centro de la frente de la máscara. Con aquel ojo protector, la cornamenta enfurecida del saeneyti y los labios con gesto feroz, la amenaza de la máscara ahuyentaría prácticamente a cualquier maleficarum, excepto los más malignos.

Los guerreros de la Tra se armaron para la matanza. Era un ataque de exterminación, y su intención era cortar hilos vitales. Todos mostraban los rostros que la muerte necesitaba llevar para cumplir la tarea encomendada. Por supuesto, la mayoría empuñaban bólters y armas de filo. El armamento principal de los Vlka Fenryka eran aquellas armas fiables, pero todos los jarls habían abierto sus armerías particulares, y Ogvai había repartido herramientas de matar entre los guerreros de su compañía que estaban dispuestos a utilizarlas y que sabían cómo hacerlo. Yo no fui el único en recibir una arma de la reserva personal del jarl.

Algunos lobos recibieron piezas de equipo que convirtieron sus guanteletes blindados en unos enormes puños de demolición, o incluso en garras gigantescas. Otros empuñaron grandes armas de fusión provistas de cables de alimentación protegidos por capas de blindaje, cañones láser decorados de forma profusa con grabados, o enormes cañones de asalto de tubos múltiples que parecían demasiado grandes como para que los empuñara nadie.

Las pantallas repetidoras situadas sobre las vigas de la cubierta de embarque, entre los Stormbird que colgaban como pájaros en una alacena, mostraban la imagen de un Próspero fantasmal y utópico que cada vez se hacía más grande.

Tuve un sueño la última noche antes del ataque. Era el mismo sueño que tenía desde que salí de Terra, el sueño en el que ya no confío. Finge ser un recuerdo, pero está cargado de engaños. Sé que estuve a bordo de la placa supraorbital Lemurya durante los meses previos a mi partida. Alquilé una suite de lujo en la zona ventral de la placa. Eso es real. También sé que la exposición prolongada a la gravedad artificial me hacía sentir cansado y torpe.

Recuerdo que la luz dorada entraba en mi estancia cada mañana a través de la contraventana, y que daba un aspecto dorado a los objetos y un aspecto suave y bruñido la estancia.

Recuerdo que siempre se oía un campanilleo electrónico con la alarma de las cinco.

Había ido a Lemurya a acostumbrarme a la estancia en el vacío antes de tomar una nave en la que había adquirido pasaje. También había ido allí para evitar a la gente. Estaba absolutamente decidido a tomarme un período sabático y a liberarme de las cadenas de Terra, y no necesitaba que almas bienintencionadas como Vasiliy intentaran convencerme una y otra vez de que abandonara la idea.

Por supuesto, ahora sé que las circunstancias no eran las que yo creía en aquel momento. Mi situación en el Conservatorio no era tan insostenible o carente de apoyo como yo pensaba. Todos estos hechos los conozco ahora por fuentes absolutamente fiables.

No creo que estuviera en posesión de todas mis facultades mentales. Incluso en

aquellos momentos ya me habían influido. De hecho, probablemente esa influencia era muy anterior a esa época de mi vida. Alguien me había metido esa idea en la cabeza, lo mismo que la idea de investigar Fenris. Hermanos, decidme sinceramente, ¿qué persona que tema a los lobos se enfrenta a su miedo viajando a un planeta repleto de lobos? Es una estupidez. Además, y tendréis que perdonarme, ni siquiera estaba especialmente interesado en la cultura fenrisiana.

Esa fascinación también me la metieron en la cabeza.

La otra razón por la que permanecí en la placa supraorbital fue para visitar las clínicas biomédicas. Algún instinto, o un instinto inducido, me advirtió de que Fenris no era un lugar en el que se pudieran tomar notas o guardar registros escritos. Así pues, decidí que me operaran para reemplazar mi ojo derecho por una copia cibernética que también era un aparato de grabación óptica. Mi verdadero ojo derecho, que me quitaron quirúrgicamente, lo conservan en éstasis en los bancos de órganos de la clínica, listo para serme reimplantado cuando vuelva.

A veces me pregunto qué sueños estará viendo.

Ese sueño recurrente comienza en mi habitación cuando me despierto al sonar la alarma de las cinco. Es el día que tengo planificada la operación. Soy viejo, más viejo de lo que soy ahora excepto en los años. Mi cuerpo está muy cansado. Me levanto y me acerco cojeando a la ventana. Aprieto el botón que abre la contraventana, que se eleva a lo largo de su marco con un leve zumbido, lo que deja que la luz dorada inunde la estancia. Miró al exterior y disfruto de la vista. He hecho esto mismo todas las mañanas desde que llegué, porque sé que quizá serán las últimas ocasiones en las que podré contemplar una vista tan magnífica con mis propios ojos. Mis verdaderos ojos.

El sueño había tenido más detalles la noche anterior al ataque a Próspero. No creo que nadie hubiera añadido más elementos. Creo que, simplemente, ya había pasado por ese sueño tantas veces que cada vez captaba más y más detalles.

Divisé a través de la puerta medio abierta del armario un caballo de juguete de madera colocado sobre la cajonera de la ropa. Oí la música de clavicordio que me llegaba de una habitación cercana. Me llegó el olor a zumo de manzarroja recién exprimida. La Prix Daumarl que había ganado estaba colocada sobre un pequeño y hermoso cofre situado al lado de una antigua caja de oraciones de Osetia. En una mesa pequeña que se encontraba junto a la ventana había un tablero de regicida. Por la posición de las piezas, a la partida no le quedaban más de dos o tres movimientos para terminar.

Me acerqué a la ventana esperando ver el reflejo de la cara de la persona que se encontraba justo a mi espalda. Esperé a que el terror se apoderara de mi alma.

Esperé a preguntar: «¿Cómo puedes ser que estés aquí?».

Me di la vuelta con la esperanza de que ese rostro fuera otro de los detalles que se

veían con más claridad respecto a ocasiones anteriores.

Lo único que llegué a ver antes de despertarme fueron los ojos. Eran unos ojos sin ningún rasgo distintivo, y brillaban como marcas de aversión.

Habíamos esperado encontrar resistencia, por supuesto que sí. A pesar de nuestra confianza y superioridad innatas, a pesar de nuestra imagen de fuerza terrible, esperábamos que presentaran oposición al ataque. Que jamás se diga que los Mil Hijos de Próspero no eran grandes guerreros. ¡Eran astartes! Ese simple hecho los eleva por encima de cualquier otro guerrero. Durante la Gran Cruzada los respetamos como hermanos y camaradas de armas, y en el ataque los respetamos como los enemigos mortíferos que eran. Había que tomarlos en serio, como los oponentes que eran, a pesar de carecer de su hechicería de brujos.

Además, Próspero era su planeta natal. Una legión siempre es más fuerte en su base. Las fortalezas del planeta natal de la XVIII Legión Astartes de nuestro Padre de Todas las Cosas son los baluartes más formidables e inexpugnables del nuevo Imperio.

Cuando la flota de castigo se acercó a toda velocidad a Próspero como una inmensa manada de larvas de hrosshvalur, quedó claro que el planeta había desactivado sus defensas. Todos los sistemas estaban desconectados, desde los orbitales hasta los de defensa en tierra. Todas las ciudades estaban protegidas por campos de energía, pero eso era lo habitual y no una respuesta a la amenaza inminente. Captamos rastros que indicaban la huida de naves civiles en gran número del planeta y del sistema. Algunas todavía estaban haciéndolo.

Nos lanzamos a la persecución de algunas de esas naves y las abordamos. Tomamos prisioneros a la tripulación y a los pasajeros, y los sacerdotes rúnicos los interrogaron para reunir hasta el más mínimo fragmento de información útil. Más tarde me enteré de que en una de esas naves, la *Cypria Selene*, viajaban rememoradores imperiales que habían sido asignados a Próspero para registrar los hechos de la XV Legión. Me dijeron que uno de ellos era un anciano al que describieron como «el escriba de Magnus».

Me hubiera gustado conocerlos y hablar con ellos. Me hubiera gustado muchísimo oír sus relatos y escuchar la voz del otro lado. No tuve la oportunidad de hacerlo. Tan sólo me enteré de su presencia mucho después de que todo acabara, y desconozco qué fue de ellos.

Dos Espadas aventuró la posibilidad de que el Rey Carmesí hubiera capitulado. Magnus el Rojo no se había comunicado para informar de su rendición, pero había visto lo equivocado de sus actos y la desgracia en la que había hecho caer a la XV Legión, y quizá por ello había hecho que los civiles inocentes se marcharan y no había activado las defensas para aceptar su destino con humildad, lo mismo que un

individuo culpable deja expuesto el cuello sobre el tajo del verdugo. Si eso era cierto, indicaría un gran remordimiento y contrición por parte de Magnus. Dos Espadas supuso que, en ese caso, tan sólo tardarían unas pocas horas en cumplir por completo la misión.

Sin embargo, Ogvai le refutó esa idea. El jarl nos recordó a todos con palabras juiciosas que había sido la brujería lo que había provocado aquella sentencia condenatoria contra Próspero y el Rey Carmesí. Era más que probable que existieran otras defensas, listas y preparadas, letales y poderosas, que eran maleficarum e invisibles a nuestros sensores.

Esperamos. La imagen de alta resolución de Próspero era ya tan grande que llenaba las pantallas repetidoras. Comenzamos a sentir los leves tirones de la gravedad artificial de las correcciones orbitales.

Una hora más tarde, las luces principales de la cubierta de embarque perdían intensidad durante breves períodos de varios segundos.

—¿Qué es lo que le pasa a las luces? —le pregunté a Aeska Labiorroto.

—Las baterías principales absorben mucha energía —me explicó—. Hemos comenzado el bombardeo orbital.

Creo que estaba durmiendo, o soñando despierto, cuando llegó el momento de descender hacia el planeta. Recordaba la comuna donde crecí, los campos con tiendas de campaña de las tierras altas del desierto, la larga habitación, las mesas de enseñanza en el anexo de la biblioteca, los cuentos sobre lobos para hacer que nos portáramos bien.

Godsmote me sacudió de un brazo.

—Estamos listos —me dijo.

Los tambores retumbaban. Subimos a nuestro Stormbird. Como escaldo, tenía derecho a ir adonde quisiera, y a escoger el asiento de descenso que quisiera, pero elegí uno de los de reserva, situados al fondo de la nave, y no uno de los numerados para ellos porque no quería ofender a mis hermanos rompiendo su cohorte.

Las jaulas protectoras de los asientos bajaron y se aseguraron con un siseo neumático. Comprobamos los arneses. Los sirvientes y los servidores aseguraron las armas de mayor tamaño en las estanterías superiores o en las placas de almacenaje magnético, pero se apresuraron a salir en cuanto la rampa comenzó a subir. Toda la estructura de la nave retemblaba con la potencia contenida de los motores. El rugido que surgía de las toberas casi ahogaba las conversaciones a gritos que tenían por el comunicador los pilotos, la tripulación de tierra y los supervisores de la cubierta.

Las luces pasaron a tener un color rojo sangre y las sirenas aullaron como trompetas de guerra. Los pistones hidráulicos se movieron como piedras relámpago, y la aceleración nos golpeó como el impacto de un martillo.

Nuestros Stormbird salieron de la panza del *Nidhoggur* como proyectiles trazadores de un cargador de tambor. La veintena de naves que había en órbita soltaron sus naves de asalto del mismo modo.

Miré a Godsmote.

—Ahora todos nosotros somos malas estrellas —le dije.

El fuego del hogar todavía arde con fuerza. Todavía hay carne en vuestros platos y mjod en vuestras jarras, y yo todavía tengo mucho que contar de este relato.

Así pues, en Próspero, hace muchos grandes años, luchamos contra los traidores de la XV Legión. Fue una lucha dura. La más dura de todas. Las más encarnizada de la historia de los Vlka Fenryka. Tormentas de fuego, aire en llamas, ciudades de cristal donde los Mil Hijos nos esperaban con las luces de los incendios reflejándose en el vidrio de las ventanas. Cualquiera que haya estado allí lo recordará. Nadie que haya estado allí será capaz de olvidarlo.

Descendimos entre llamas. Bajamos a toda velocidad pasando al lado de las plataformas de defensa orbital que ardían de un extremo a otro, de enormes baterías que quedaron destruidas antes de haber efectuado un solo disparo. Ardieron mientras se tambaleaban en el cielo y se desplomaban en unas órbitas lentas y progresivamente más bajas dejando tras de sí largas estelas de restos o incluso formando grandes bolas de fuego al estallar los reactores de energía.

El mundo que nos esperaba abajo también ardía. El bombardeo orbital había incendiado Próspero y dejado la atmósfera en llamas. Los torbellinos de hollín y de escombros de miles de leguas de anchura giraban como huracanes. Las gigantescas columnas de energía de plasma habían achicharrado toda la flora y la fauna y habían convertido los mares en bancos abrasadores de vapor y de gases tóxicos. El intenso bombardeo de las armas láser de las baterías pesadas había evaporado los deltas de los ríos y había derretido en muy poco tiempo los casquetes polares. La munición cinética y las bombas de gravedad habían caído como el peor granizo del momento más duro del crudo invierno fenrisiano, y los proyectiles habían plantado nuevos bosques de brillantes llamas líquidas que brotaban, crecían, se extendían y morían, todo ello en cuestión de unos pocos minutos. Las oleadas de misiles dirigidos, veloces y plateados como bancos de peces que huían de la red de un pescador en mitad del verano, transportaron sus cabezas hasta la superficie del planeta, donde reventaron el suelo y lo esparcieron por el aire. La atmósfera se espesó hasta convertirse en una especie de sopa tóxica. Las bombas de magma y las atómicas, los martillos de los dioses, ya habían alterado la propia geografía del planeta. Las montañas habían quedado aplanadas, las llanuras se agrietaron, los valles se elevaron hasta quedar convertidos en nuevas colinas de escombros y tierra. La corteza de Próspero se fracturó. Vimos las grietas ardientes y palpitantes de sus heridas

mortales, con unos inmensos cañones de fuego recién creados que partían continentes enteros. Aquello era la gran alquimia de la guerra. La luz y el calor, la energía y la fisión habían transformado el agua en vapor, la roca en polvo, la arena en vidrio, los huesos en gas. Las nubes en forma de seta que no dejaban de girar sobre sí mismas, tan altas como nuestro aett en Fenris, salpicaban el horizonte hacia el que nos dirigíamos.

El vuelo no fue fácil ni suave. Ningún descenso de desembarco desde un transporte en órbita baja lo es. Descendimos en picado, como halcones lanzados contra su presa, y sólo nivelamos la trayectoria cuando la superficie del planeta estaba ya justo debajo de nosotros. Cuando nuestra nave alzó el morro, luchando como una gran serpiente marina atrapada en el anzuelo, notamos la tremenda fuerza de la gravedad que tiraba de nosotros. El Stormbird se estremeció como si estuviera decidido a deshacerse en pedazos. Finalmente consiguió estabilizar la trayectoria y ceñirse a la superficie del terreno. Los pilotos no disminuyeron la velocidad y la nave continuó estremeciéndose. Saltamos y nos vimos sacudidos con cada cambio del terreno, y nos inclinamos bruscamente con cada aullido de las alarmas de colisión.

Algunas de las naves de desembarco no sobrevivieron a la experiencia. Algunas no consiguieron recuperarse del descenso en picado. Que yo sepa, dos quedaron destruidas cuando chocaron entre sí y se arrancaron mutuamente las alas. Para entonces, por supuesto, los guerreros de Próspero ya habían comenzado a responder al ataque. Las baterías de defensa de la ciudad principal abrieron fuego, y algunas de las naves que se acercaban quedaron borradas del cielo, ya fuera porque estallaban directamente en mitad del aire o porque se desplomaban de forma incontrolada, igual que polillas envueltas en llamas. Estábamos en las manos del wyrd. Cada vez quedaban cortados más hilos vitales…

—¿Qué, hermano? He dicho que éramos como halcones lanzados contra su presa. Halcones. Seguro que conoces esa palabra, ¿verdad? Ah, ya veo lo que ha ocurrido. A veces, cuando me invade la emoción, cuando me dejo llevar por el entusiasmo provocado por el drama del relato, caigo en mis antiguas costumbres y utilizo una palabra de gótico bajo en vez de juvjk. Es una costumbre que tengo y que nunca he conseguido eliminar. Son las últimas trazas del lenguaje que hablaba en mi vida anterior. Te pido perdón. No quería interrumpir el relato.

Lo primero que hice cuando puse pie en Próspero fue matar a un hombre.

Esta es una parte importante de mi relato personal, ya que, hasta aquel día, nunca había cortado un hilo vital. No, jamás. Soy un escaldo, no un guerrero, pero aquel día, aquel día negro, decidí que ya no sería más simplemente un observador indefenso.

Durante la batalla en el planeta natal de la Quietud Olámica hubo guerreros que lo dieron todo para protegerme durante los combates. No quería ser de nuevo una carga semejante. Ya había pedido armas y armadura para protegerme, y en Próspero estaba decidido a hacer algo más que eso. Decidí luchar junto a mis hermanos cuando surgiera la necesidad. Después de todo, los sacerdotes lobo me habían dado unos brazos y una espalda fuerte con ese propósito. El Stormbird que nos transportaba se posó violentamente con los cohetes aullantes, sobre una plataforma lisa de rococemento bajo una grúa en el distrito industrial de Tizca, la gloriosa ciudad entre ciudades de Próspero. Incluso ahora, hermanos, incluso ahora que ha desaparecido, el recuerdo de Tizca permanecerá a lo largo de los siglos junto a Roma, Aleksandrya y Memphys como una de las mayores ciudades de la humanidad. Fue y es una Cartago, una Des'Hecha, incluso una Atlantys, con el hilo vital cortado y quemado, las torres derribadas, y los escombros retirados, pero una ciudad que persistirá en la memoria de nuestra raza. Fue planeada y construida como una magnífica ciudad abierta, con hermosas hectáreas de parques y jardines urbanos que se extendían entre las enormes torres de cristal y los zigurats de vidrio. Las inmensas paredes cristalinas reflejaban el sol, por lo que irradiaban luz como si fueran espejos, o el cielo de color azul oscuro, por lo que pasaban a formar parte de ese mismo cielo. De noche reflejaban la cúpula de estrellas formando unas pantallas perfectas en las que se podían contemplar las constelaciones mientras realizaban sus coreografías rituales. Había barrios y plazas rebosantes de gentes, con mercados magníficos y espacios públicos elegantes, sobre todo los que conducían hacia el puerto.

Habíamos aterrizado en uno de los distritos menos elegantes de la vasta ciudad, uno de aquellos sectores funcionales y necesarios, pero incluso allí se notaba el esplendor. Incluso los edificios con los desempeños más mundanos y comunes estaban recubiertos de cristal, o rematados por espiras o puntas majestuosas. Las tareas básicas de Tizca relativas al comercio, a la manipulación de productos, al transporte de cargas, a la manufacturación, a las provisiones y a la distribución estaban ocultas bajo una máscara de perfección estética, a diferencia de la mayoría de las ciudades, que levantaban esos espacios en los alrededores, lejos de los lugares de refinamiento cívico.

Cuando llegamos, la máscara ya había caído. Los múltiples impactos retumbantes del bombardeo, además de las numerosas explosiones de la munición, habían destrozado la mayoría de los cristales de los edificios que nos rodeaban, lo que había dejado a la vista las estructuras internas y el entramado de vigas. Algunos ardían con intensidad. Hasta el propio aire temblaba por el efecto distorsionador de la elevada temperatura. Los espacios abiertos y los patios de carga estaban sembrados de trozos de espejos como si se hubieran convertido en playas de guijarros de cristal pulido. Cada uno de aquellos fragmentos reflejaba una parte de las llamas, por lo que

centelleaban y brillaban como un trillón de luciérnagas. Cada paso que dábamos para alejarnos de la rampa del Stormbird provocaba un crujido. Las cabezas de combate perforantes habían abierto unos agujeros inmensos en el suelo de rococemento, lo que había dejado a plena vista algunos de los túneles de servicio, el entramado oculto de arterias que atendían de un modo invisible las necesidades de la ciudad.

Otros Stormbird pasaron por encima de nosotros, y volaban tan bajo que daba la sensación de que bastaba alzar el brazo para tocarlos al pasar. Algunos aterrizaron en puntos cercanos a nosotros. La luz del día había adquirido un color extraño y sombrío, una tonalidad violácea que sugería la posibilidad de que el cielo hubiera contraído alguna especie de enfermedad. El humo se movía impulsado por el viento, y no dejaba de girar y removerse sobre sí mismo, lo que reducía la visibilidad. Lo único que era capaz de oler era el hedor a quemado. Lo único que era capaz de oír eran aullidos: el aullido de los motores de las naves transatmosféricas, el aullido de los incendios, los aullidos de la gente.

Luego comencé a oír el retumbar lejano de las bombas, y el estampido cercano de los disparos de bólter.

Entramos en la torre de la grúa, que formaba parte de una planta manufacturera de varios niveles que había quedado desprovista de toda su cobertura de cristales. En las plantas superiores se veían algunas llamas, que silueteaban los costillares negros que formaban las vigas en el trasfondo de color naranja brillante. Más abajo, donde nosotros nos encontrábamos, el fuego provocaba unas sombras frenéticas y saltarinas. Los lobos no lo dudaron y se lanzaron de cabeza hacia el interior en busca de objetivos. Se separaron para explorar la zona por sectores. Godsmote y Aeska fueron los primeros en subir por la escalera de peldaños de rejilla que llevaba al segundo nivel, donde una plataforma con barandilla estaba conectada con una pasarela de mayor tamaño que pasaba por encima de una especie de muelle de maquinaria. Corrí con ellos. Casi di un salto en el aire al oír el repentino y brutal estampido de los bólters cuando aquellos de nuestros hermanos que se encontraban debajo dispararon al encontrar la primera resistencia. Aeska gritó algo y comenzó a disparar contra una pasarela situada un nivel por encima de donde estábamos. Sus proyectiles explosivos arrancaron trozos del suelo y de la barandilla metálica, y vi varios cuerpos humanos desplomarse hacia las llamas que los esperaban abajo. Me di cuenta de que estaban disparando contra nosotros.

Vi a varios individuos en una plataforma del nivel donde nos encontrábamos. Eran soldados con casacas carmesíes y cascos plateados. Las casacas estaban decoradas con unos trenzados fruncidos y dorados, como si se hubieran vestido para desfilar durante un día soleado. Algunos ya empuñaban sus sables, preparados para el combate. Todos ellos disparaban con armas láser.

Godsmote soltó un rugido y se lanzó a la carga con el hacha en alto. Vi a uno de

los individuos de casaca roja estallar cuando recibió un disparo del arma de Aeska. El humo provocado por los incendios de los pisos superiores llegó hasta nosotros impulsado por un cambio de viento y me cegó durante unos momentos.

El humo todavía no se había disipado cuando sentí una leve concusión delante de mí, y otra más. Dos disparos láser habían impactado contra mi campo de desplazamiento y se habían disipado tras convertirse en unas bolas chasqueantes de energía. El tirador se encontraba justo delante de mí, a unos seis metros, al lado de la barandilla de la pasarela. Era un individuo joven, atractivo, con un aspecto regio con su casaca roja y su casco plateado. Me apuntaba con su arma láser al mismo tiempo que me gritaba. Disparó de nuevo, y el rayo chasqueó al chocar contra mi escudo corporal.

Tenía la pistola de Ur en la mano derecha. Ni siquiera había pensado en que tenía que empuñarla. Mi reacción fue instintiva, pero veloz y efectiva por el entrenamiento que había recibido a manos de Godsmote. Respondí a sus disparos y lo maté.

Lo único que hizo evidente mi falta de experiencia, lo único que indicó mi virginidad en combate, fue que empleé demasiada fuerza letal. Godsmote me había enseñado a apuntar y a disparar. Era capaz de desenfundar la pistola y acertar a un blanco a veinte metros. Mi primer disparo le dio de lleno en el pecho, y habría sido más que suficiente, pero me estaba disparando, y ya me habría matado si no hubiera sido por el campo de desplazamiento, así que dejé el gatillo apretado.

La pistola de Ur le disparó otras tres veces, todas en el estómago. La fuerza de los impactos hizo que se doblara sobre sí mismo, por lo que los dos disparos siguientes le dieron en un lado del cuello y en la parte superior de la cabeza. Chocó contra la barandilla y luego se desplomó hasta quedar en una postura en la que parecía estar casi sentado, aunque de un modo descuidado. Me quedé esperando a que acabara de caerse y se quedara tumbado sobre el suelo, pero no lo hizo. Se mantuvo en esa postura retorcida y enmarañada, sostenido en parte por la barandilla que tenía detrás.

Me acerqué a él. Mis disparos habrían sido suficientes como para matarlo tres o cuatro veces. La sangre que salía de las heridas le bajaba por el cuerpo y atravesaba la rejilla para caer goteante hacia la oscuridad que se extendía más abajo. La coronilla del pulido casco plateado mostraba un gran agujero con el borde chamuscado, como si un herrero le hubiera clavado un aparato de exploración manchado de hollín. Del agujero salía una columna de vapor procedente de la cavidad craneal abrasada.

Esperaba ver alguna clase de expresión en su rostro. Quizá ira, o desafío, o un enorme odio hacia mí. Esperaba al menos un rictus de agonía, o incluso una mirada de tristeza o de desesperación.

No había nada. Sólo un gesto inexpresivo. No se veía ni un solo indicio de emoción. Desde entonces he aprendido que eso es lo que ocurre con la cara de los muertos. En ellas no encontramos mensajes ni legados, ninguna comunicación final.

La vida parte y el rostro se hunde. Cuando se corta el hilo vital, la tensión desaparece, y sólo la vacuidad de la ausencia permanece.

Los soldados de las casacas rojas eran los miembros de la Guardia de las Torres de Próspero. Sus regimientos nobles y bien equipados formaban el núcleo de las fuerzas de defensa locales. Tenían tan buen entrenamiento y eran tan efectivas como cualquier división de élite del ejército imperial.

Parecían demasiado civilizados y decorativos como para soportar el grueso del asalto de los lobos. Parecían individuos confundidos por la interrupción de una ceremonia formal de gala. Más que quedarse a luchar, parecía que debían echar a correr para huir.

Pero no huyeron. Admitamos su coraje y que entre a formar parte de este relato. Se enfrentaron a la VI Astartes, la máquina de matar más eficiente e inmisericorde de todo el arsenal del Imperio, y no cedieron terreno. Se enfrentaron a bárbaros gigantescos y enloquecidos que parecían unas caricaturas feroces de los astartes, y no huyeron. Les ordenaron que defendieran Tizca, y no incumplieron esa orden.

Y por eso murieron. Eso es lo que ocurre cuando la lealtad se enfrenta a la lealtad. Ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a dejar sin realizar la tarea difícil y desagradable que se les había encomendado, por lo que la destrucción de uno de los dos estaba asegurada.

Los soldados de la Guardia de las Torres tenían una armadura balística entretejida en la tela de sus características casacas rojas, pero esa protección no era capaz de resistir la devastación explosiva de los proyectiles de bólter. Algunos llevaban campos de desplazamiento o escudos antidisturbios, pero tampoco esas protecciones eran capaces de soportar la ferocidad arrasadora de los cañones automáticos. Sus cascos plateados, algunos adornados con plumas, fabricados con aleaciones de plastiacero, fueron incapaces de detener los bordes afilados de las hachas o de los colmillos de hielo. Sus armas autopropulsadas y sus vehículos de combate tenían buenos blindajes y, en algunos casos, llevaban escudos de energía, pero todos quedaron convertidos en restos machacados cuando sufrían los impactos de los lanzamisiles portátiles o de los cañones de plasma disparados desde el hombro, o incluso ardían como ataúdes en una pira funeraria cuando recibían los disparos de los lanzallamas pesados o las armas de fusión. Numerosos hermanos aseguran que el jarl Ogvai se enfrentó a uno de los vehículos como si se tratara de un saeneyti al que tuviera que derribar y atarle las patas. Lo destripó con las garras de energía y cortó el metal como si no fuera más que hojalata. Abrió el compartimento central y luego acribilló el interior con una ráfaga de disparos de bólter que convirtió en pulpa a la tripulación.

La devastación era desoladora. Vimos a medida que avanzamos que el suelo

estaba cubierto de cadáveres destrozados y desfigurados. Las armas de filo habían partido a unos cuantos, y las de calor habían fundido y ennegrecido a otros. Las marcas de los disparos de bólter eran unos agujeros enormes que parecían dentelladas profundas en una manzarroja. En cambio, los rifles láser y las armas automáticas de los soldados de la Guardia de las Torres apenas habían causado efecto alguno entre las filas atacantes de los guerreros del Rout. Sólo algunos de sus miembros sufrieron heridas, y fueron leves. Únicamente las armas pesadas y los vehículos de combate eran un verdadero peligro. Pero incluso esa pequeña esperanza desapareció cuanto los elementos de apoyo blindado de la VI Astartes comenzaron su avance y salieron traqueteando sobre las cadenas de entre la neblina que rodeaba la zona marítima, procedentes de los transportes pesados que habían aterrizado en ese sector. Los Predator y los Land Raider, grises como el granito e igual de monolíticos, atravesaron los edificios de la parte baja de la ciudad demoliéndolos a su paso, aplastando las estructuras y derribando torres. Sus cadenas abrieron nuevas calles en el trazado urbano de la ciudad, unas calles hechas de escombros pulverizados. Sus armas apuntaban y aniquilaban todo aquello que se encontraba a su alcance y se cruzaba en su camino.

Unas siluetas oscuras corrían a su alrededor acompañándolos. Avanzaban a grandes zancadas por las calles muertas recién abiertas en dirección al combate. Parecían lobos, o al menos, las sombras de lobos. No estoy seguro de si eran reales o simplemente un producto de mi imaginación. El humo era engañoso y jugaba malas pasadas.

Jamás he visto a mis hermanos del Rout luchar con tanto salvajismo como aquel día, ni hacerlo de un modo tan hosco. La mayoría de las veces que combaten lo hacen de un modo hasta cierto punto despreocupado, con un humor que les permite compartir emociones y resistir, y reírse del wyrd a la cara. Es casi un júbilo, un cierto regocijo, la alegría de una tarea bien cumplida. Lo vi incluso durante la guerra contra la Quietud Olámica: los chistes sarcásticos, las pullas, los comentarios mordaces, el estado mental flemático y lóbrego.

Pero no fue así en Próspero. La misión era demasiado sombría, demasiado ingrata. Nada podía aligerar la carga de lo que estaban a punto de hacer, así que se entregaron por completo a la furia de sus actos. En cierto modo, eso hizo que el castigo a Próspero fuera más extremo y cruel. No es que no se diera cuartel, es que ni siquiera se pensó en dar cuartel. Los lobos sólo mostraban los dientes cuando rugían de rabia y de odio, no con muecas amenazantes. Las únicas palabras que pronunciaron fueron maldiciones y frases de condenación. La mirada de los ojos dorados y negros se ensombreció por completo, llena de decisión, y se endureció por la obligación impuesta. La sangre llamaba a la sangre. La matanza llamaba a la

matanza. El fuego alimentaba al fuego, y en ese frenesí exacerbado, un planeta pereció, una sociedad quedó destruida, y se abrió una herida en el costado del Imperio, una herida que jamás se curaría.

El Rout de los Vlka Fenryka cumplió todo lo que se le pidió, sin cuestionar ni dudar nada. No cometieron error alguno. Eran los guerreros perfectos, los verdugos perfectos, que era precisamente para lo que se los había creado y formado. Eran el castigo del Emperador. Este relato, mi relato, los absuelve de toda culpa y celebra su lealtad absoluta.

También debe incluir otro detalle. Este relato debe incluir otro detalle, uno secreto. Escuchadlo y decidid qué es lo que se debe hacer, aunque lo que se deba hacer sea rajarme la garganta y cortar mi hilo vital para que nunca pueda recitar este relato de nuevo.

El recuerdo del día se mantiene borroso en mi memoria. Una experiencia de tanta intensidad, de tanta violencia y cacofonía interminable siempre provoca algo así, que los momentos se confundan, que los diferentes acontecimientos colisionen entre sí y se solapen.

Recuerdo que estaba en un parque, o lo que quedaba de un jardín público. Toda la vegetación estaba ardiendo. Había una pequeña estructura, una especie de capilla, que había sufrido un impacto indirecto y vomitaba una humareda negra al cielo de color violeta. Habíamos entrado desde el este, y recibimos fuego cruzado al hacerlo. Había desconectado el campo de desplazamiento de forma temporal porque comenzaba a perder la carga.

Y fue entonces cuando nos encontramos por primera vez a los Mil Hijos.

Algo los había hecho mantenerse en la retaguardia. No había sido el miedo. Quizá era que no podían soportar la idea herética de enfrentarse en combate a sus hermanos astartes. Quizá se trataba de alguna clase de estratagema táctica para conseguir una ventaja.

Quizá se habían contenido, como si no se hubieran opuesto a nuestro avance inicial porque aceptaban su castigo, pero que al igual que los soldados de la Guardia de las Torres, habían acabado descubriendo que no eran capaces de quedarse quietos mientras veían arder su ciudad.

Tenían un aspecto magnífico con sus armaduras rojas de rebordes dorados y sus cascos rematados por la cresta nasal característica de su legión. Aunque su forma, su estatura y sus armaduras eran equivalentes a las de los guerreros de la VI Legión, no podían ser más diferentes. Hasta se movían de un modo diferente. Los lobos avanzaban a grandes zancadas y saltos. Ellos parecían deslizarse sobre el suelo. Los lobos corrían a toda velocidad y con la cabeza agachada. Ellos caminaban erguidos y con pasos medidos. Los lobos aullaban. Ellos se mantenían en silencio.

Yo estaba en mitad de los jardines en llamas cuando las líneas de astartes rivales se enfrentaron, con las siluetas grises y salvajes lanzándose contra los centuriones rojos y dorados. El sonido fue el equivalente a un trueno ensordecedor. Fue el chasquido de dos enormes masas al chocar, como el crujido de las dos rocas del mito, pero también se oyó un fuerte repicar metálico. Todo junto sonó igual que la voz de las monstruosas tormentas que la increíble altitud hacía estallar en las partes más elevadas del aett de Fenris.

Ese era el aspecto que debieron de tener las batallas cuando sólo los dioses y sus descendientes los semidioses caminaban en Terra. Unos humanoides gigantescos con armaduras regias, unas oscuras y cubiertas de pieles como las deidades celestiales de los aesir boreales, y las otras doradas y altivas como los dioses eruditos del Aegypto Fareóniko. Los guerreros de ambos bandos propinaron unos golpes terribles a sus oponentes. Los astartes salieron despedidos de espaldas o acabaron partidos por la mitad, o los cuerpos se voltearon brutalmente sobre sí mismos, o las cabezas giraron con fuerza y brusquedad. Las armas de filo de Fenris abrieron tajos en las armaduras de Próspero, y las armas de energía de Próspero abrieron agujeros humeantes en las armaduras de Fenris. La línea de combatientes se tambaleó en ambas direcciones como si intentara compensar la fuerza del choque, pero luego dio la impresión de que el ansia carnívora de los Vlka Fenryka acabaría por completo con los guerreros de la XV Legión.

Y aquél fue el momento en el que empezamos a morir, hermanos míos. Aquel fue el momento en el que empezamos a morir en un número significativo. Los Mil Hijos lanzaron su maleficarum, el veneno que llevan en las venas.

Las descargas eléctricas saltaron desde los báculos y las puntas de los dedos. Una inmundicia radiante, parecida a la antiluz de la disformidad, surgió de las lentes de los cascos y de las palmas de las manos extendidas. Los lobos quedaron destrozados por el contacto con aquella magia de combate, o salieron despedidos hacia atrás, rotos y quemados. Algunos quedaron petrificados en posturas humeantes de un dolor agónico. Los malditos traidores se lanzaron contra nuestras filas atacantes con las armas cargadas de aquella energía hechicera mientras de ellos emanaban un humo infernal y una luz repugnante.

Los hilos acabaron cortados en manojos, igual que si fueran hierbas segadas. No sólo fueron cortados. Algunos fueron quemados por completo, por lo que los guerreros no se limitaron a morir, ya que las vidas que habían tenido antes de ese momento cayeron en el olvido. Algunos quedaron convertidos en simples manchas de sangre, o en cadáveres descuartizados al azar. Algunos fueron desmembrados por espectros invisibles y los espíritus del aire. Algunos quedaron reducidos a poco más que unos montones de huesos blanquecinos y piezas de armadura ennegrecidas.

Oje murió allí, reventado por el gesto de uno de los brujos. También vi morir a

Svessl, partido por la mitad por una cuchilla invisible. La sangre salió de su cuerpo con una gran fuerza explosiva, como el líquido que saltaría de un contenedor presurizado. Hekken: cocido vivo dentro de su propia armadura. Orm Ormssen: desangrado por completo. Vossul: cegado y machacado. Lycas Pielnevada: destripado y decapitado. Bane Fel: envuelto en una llamarada de color azul que lo consumió por completo y que no hubo forma de apagar. Sfen Saarl: resecado hasta quedar convertido en un montón de ceniza. Aerdor: transformado en un muñón humano retorcido del que salía humo.

Demasiados. ¡Demasiados! Los relatos que necesitaríamos para todas sus despedidas llevarían meses. La madera necesaria para sus piras funerarias agotaría el suministro de todo un gran año.

Sentí justificación, porque el maleficarum de los Mil Hijos era todo lo que se había dicho de él, todo de lo que se los había acusado. El castigo que infligíamos estaba más que justificado. Pero también sentí miedo, ya que no creí que consiguiéramos vencer, ni siquiera sobrevivir. A pesar de toda nuestra furia, a pesar de todo el poder de nuestros guerreros, seríamos exterminados, lo que demostraría que los Mil Hijos de Próspero eran unos monstruos y unos brujos.

Hice precisamente lo que ningún escaldo debe hacer: aparté la mirada. Dejé de mirar porque no quería ver la caída del Rout.

Por eso me perdí el comienzo de la salvación. Me perdí el momento en el que las guerreras de las Hermanas del Silencio bajaban por las montañas ennegrecidas cubiertas de escombros llameantes para dirigirse al combate. Sus espadas brillaban. De sus otras armas surgieron rayos de energía. No lanzaron ningún grito de guerra o de desafío.

El vacío que representaban se extendió por toda la línea. Las nubes de maleficarum se desvanecieron o fueron arrastradas como la niebla en una noche ventosa. Los brujos de la XV Legión se atragantaron con las abominables palabras de sus conjuros. Se asfixiaron con la pronunciación repugnante de sus hechizos. Los vi retroceder trastabillando mientras se agarraban las gargantas y manoteaban intentando abrir los sellos de los cascos. Vi cómo la sangre salía a chorros y se filtraba por las lentes ópticas formando regueros espesos. Vi los gestos y los movimientos arcanos detenerse y convertir las manos en garras artríticas.

Pocos segundos después de dejar aturdidos y sin poderes a los traidores de la XV Legión con su silencio insidioso, las hermanas guerreras atacaron. Atravesaron la masa en retirada de los lobos y comenzaron a propinar tajos y estocadas con sus espadas largas. Su asalto fue una curiosa mezcla de frenesí y de elegancia. Cada estocada, cada tajo, cada giro era el acto consumado de un espadachín de élite, pero los impulsaba una locura asesina, una orgía histérica de mutilar y matar.

Los lobos no se quedaron atrás. Liberados de la terrible matanza que la magia

había provocado entre ellos, se situaron al lado de las guerreras e igualaron golpe a golpe y muerto a muerto los ataques de las Hermanas del Silencio. El combate se volvió físico de nuevo. Fue cinético, violento, visceral y explosivo. La sangre caía como rocío en la poca hierba que quedaba, y flotaba en el aire como una neblina.

Los custodios llegaron junto a las guerreras de las Hermanas del Silencio. Sus formas doradas relucieron entre la confusión de los combatientes. Liberados de sus habituales deberes solemnes gracias a esa batalla, se mostraron tan carentes de autocontrol como cualquier lobo. Las hojas afiladas de sus alabardas estaban sedientas de sangre…

Ponme bebida en la jarra. Yo también tengo sed, y la garganta seca por la prisa. Quiero que lo oigáis todo. Quiero que lo veáis en vuestras mentes. ¿Lo veis? ¿Lo veis? Próspero está en llamas.

Los estábamos haciendo retroceder hacia las grandes pirámides de cristal de Tizca. Las cápsulas de desembarco bajaban a través del cielo manchado como si fuera una lluvia de meteoritos. La luz se había estropeado. No quiero decir que fuera insuficiente. La luz del día se había estropeado, igual que la carne se estropea.

Tizca había sido arrasada. La mayoría del trazado callejero había quedado borrado, y sus edificios y monumentos, demolidos. El paisaje no era más que una maraña de escombros y restos ennegrecidos, y algunos de esos montones se alzaban formando montañas y riscos, unos cuantos de ellos agujereados por los cráteres abiertos por las terribles explosiones. Había cadáveres por todas partes, y la sangre se había acumulado y encharcado en los cráteres y en las zanjas. En algunos sitios formaba arroyuelos que corrían entre las tuberías rotas y los bloques de piedra destrozados. La materia orgánica convertida en pulpa entre los escombros era lo único que quedaba de algunos muertos.

Cada fase del asalto era una nueva escalada por una colina que no se encontraba allí una hora antes. Las laderas de esas montañas de escombros estaban ennegrecidas y eran traicioneras. El aire lo cruzaban por todas partes los rayos láser y otras armas de energía, proyectiles sólidos, cohetes y misiles aullantes. Había un aluvión constante de restos pulverizados que caían junto a una lluvia aceitosa provocada por la condensación de los mares evaporados que volvían a la tierra torturada. Las máquinas de guerra, manchadas por el humo, por la lluvia sucia, rodaban y traqueteaban mientras avanzaban a través de los páramos de restos sin dejar de disparar con sus baterías. Los cañones neumáticos retrocedían en sus anclajes cada vez que abrían fuego. Las armas principales de las torretas retumbaban como la voz del Padre de Todas las Cosas. Las oleadas de cohetes volaban juntas en busca de un

sitio donde caer.

Yo me encontraba junto a Godsmote y a Orcir. En ese momento subíamos por otro risco formado por escombros, y me esforzaba por seguir su tremendo ritmo de avance.

Cuando llegamos a la cima, vimos al oeste de nuestra posición cómo empezaba a derrumbarse una de las grandes pirámides de cristal devorada por una bola de luz llameante en lenta expansión que no dejó de hincharse, y que obligó a la monumental estructura colapsarse en su abrazo incandescente.

Se oyó de nuevo en el aire un coro de aullidos, el coro creciente de los lobos. La destrucción de Próspero estaba dominada por ese sonido, por encima del estruendo de la guerra, incluso por encima del retumbar de los edificios al derrumbarse. Era un sonido a mitad de camino entre el aullido y el gruñido gorgoteante de un leopardo. Hermanos míos, nosotros lo conocemos como guerreros astartes que somos, pero dejadme deciros esto como el extraño que soy: es el sonido más escalofriante del cosmos. Es el sonido primigenio que acompaña a la muerte. Nadie que lo oiga lo olvida jamás, y pocos de los que lo oyen sobreviven. Es el sonido que anuncia una destrucción inminente, y avisa de que el tiempo de la tregua o de la piedad ya pasó hace mucho. Es el sonido del castigo impartido por la VI Legión, el grito de caza de los Lobos Espaciales. Es el sonido temible de los forjadores de wyrd. Es algo que hiela la sangre y provoca que se suelten las entrañas. No creo, y lo digo con toda sinceridad, que ni siquiera los Mil Hijos, a pesar de ser astartes y, por lo tanto, de haber sido creados para no sentir miedo, no se vieran sometidos al terror cuando lo oyeron.

Me dais miedo, hermanos lobos. Le dais miedo a todo.

Como preludio de mi sueño recurrente, a menudo recuerdo una conversación que tuve con *Colmillolargo*. Le había contado a petición suya un relato de maleficarum, un acontecimiento que me ocurrió en mi vida anterior, en la antigua ciudad de Lutecia. *Colmillolargo* me contestó que era un buen relato, pero no era el mejor que yo tenía. Me dijo que aprendería mejores relatos. Me dijo que ya conocía uno mejor, pero que me engañaba a mí mismo.

No estoy seguro de cómo él era sabedor de todas estas cosas. Creo que en aquel momento y lugar, con su hilo vital casi roto ya, fue capaz de percibir el tiempo de un modo que los demás no podemos ver. Creo que en ese momento no estaba atado por su hilo vital y que fue capaz, en esos doce minutos que rodeaban su muerte, de mirar hacia arriba y hacia abajo y ver el pasado esquivo y el futuro del que no se puede escapar.

Sobre lo último que me dijo, ese relato que me negaba a admitir, creo que se refería al recuerdo-acontecimiento que forma el núcleo de mi sueño recurrente. El

rostro que nunca veo porque no me vuelvo a tiempo, el rostro a mi espalda, ésa era la verdad que quería que yo admitiera. Para cuando llegué a Próspero, también estaba desesperado por librarme de esa carga.

Lo logré, aunque al hacerlo, simplemente la sustituí por una mayor y más pesada.

Corrí con los guerreros de la Tra, con las sombras de lobo entre el humo, a través del paisaje destrozado. El día casi había acabado. Las luces de las llamas de la ciudad torturada mantenían a raya la penumbra del anochecer, pero cuando la noche terminara por llegar, como debía ser, yo sabía que sería eterna y que no llegaría ningún nuevo amanecer para despejarla.

Había matado a seis hombres. A dos con el hacha y a cuatro con la pistola. Esos son los que sé con certeza, las muertes claras en mitad de la confusión del combate. También ayudé a matar a uno de los guerreros de los Mil Hijos, que me habría matado sin duda si nos hubiéramos enfrentado uno contra uno. Había logrado derribar a Dos Espadas en un combate feroz y lo había ensartado con una lanza, dejándolo inmovilizado contra el suelo tras atravesarle por completo el cuerpo a la altura de la cadera. El hechicero se apoyó en la lanza para mantener en el suelo al valiente lobo, y comenzó a desenfundar la pistola bólter para cortar el hilo vital de Dos Espadas.

Supongo que no me dio importancia alguna. Era un sirviente, un ser inferior a un astartes que deambulaba entre el humo. No tuvo en cuenta la fuerza fenrisiana que los sacerdotes lobo habían forjado en mis extremidades cuando me reconstruyeron. Lancé una maldición de batalla en wurgen y cargué contra él poniendo todo el impulso de mi salto en un golpe a dos manos que enterró la sonrisa de mi hacha en la parte superior de su cráneo. El ataque me dejó rodando en el cenagal de sangre en que se había convertido el suelo. El guerrero de los Mil Hijos se apartó de Dos Espadas tambaleándose al mismo tiempo que soltaba un sonido asqueroso y gorgoteante. Soltó el astil de la lanza y echó hacia atrás la mano izquierda en un intento de agarrar el hacha empapada de sangre y arrancársela. No lo había matado, el casco había absorbido la mayor parte de la fuerza del golpe. Giró sobre sí mismo y me apuntó con la pistola bólter, preparado para castigarme por la afrenta que había sufrido por mi causa.

Dos Espadas se puso en pie con la lanza todavía clavada en el cuerpo y se lanzó a por su enemigo traidor por la espalda. Utilizó su famoso par de espadas como unas enormes tijeras y decapitó a su oponente. Del cuello surgió un tremendo chorro de sangre, y tuve que plantar el pie sobre la cabeza decapitada para poder sacar el filo del hacha.

Jormungndr Dos Espadas se sacó la lanza, me miró y continuó su camino.

Se había formado un foco de resistencia en los terrenos y anexos de una de las grandes pirámides. Quería ver en persona uno de aquellos lugares. Quería contemplar

su maravillosa decoración y su enorme majestuosidad antes de que desaparecieran del todo de la vista de la humanidad.

Unos peldaños de alabastro finamente esculpido y con detalles dorados llevaban a un pórtico de cristal y plata. Lo único que estropeaba la belleza de la entrada era el arroyo de sangre que bajaba por los peldaños procedente del cadáver que había en el extremo superior de la escalera. Orcir y Godsmote marchaban por delante de mí. Las puertas, las paredes y los techos eran espejos vítreos. Los disparos habían roto esos espejos en algunos puntos, y los agujeros que habían abierto estaban rodeados por un entramado circular de líneas irregulares y el polvillo propio del cristal machacado. El interior estaba tranquilo y en silencio. El horror del exterior parecía haber enmudecido. Apenas nos llegaba el lejano tronar de la guerra, o el crujido y el repiqueteo de la lluvia de escombros y de paneles de cristal que se estrellaban contra el suelo. Las volutas de humo flotaban en el aire como si fueran restos de incienso sagrado. La estructura de espejos de la entrada atrapaba la luz y nos bañaba con un resplandor etéreo. Frenamos nuestro avance a la carrera para seguir caminando a paso normal, y miramos absortos a nuestro alrededor en aquel glorioso lugar. Aquello no era más que un anexo, una capilla auxiliar. ¿Qué maravillas contendrían las pirámides? El conservador que todavía guardo en mi interior, una reliquia de mi antigua vida, se agitó dentro de mí y me instó a examinar la compleja simbología de los diseños tallados en los marcos de oro y plata de las paredes de cristal y a memorizar la delicada tracería de los glifos grabados en el cristal.

También nos vimos a nosotros mismos reflejados en las superficies relucientes. Sorprendidos e inquietos, oscuros y encorvados, éramos unos bárbaros intrusos cubiertos de restos sanguinolentos enmarcados por aquella luz dorada. Éramos unos invasores, habíamos entrado sin invitación, igual que animales salvajes que hubieran conseguido derribar el poste de una valla o saltar una zanja para entrar en una comuna civilizada y profanar y ensuciar el lugar antes de ponernos a buscar comida y presas.

Depredadores. Éramos depredadores. Nosotros éramos la razón por la que se levantaban los muros y se encendían hogueras de vigilancia por la noche.

Varios disparos llegaron procedentes del otro extremo de la estancia e interrumpieron nuestra contemplación. Pasaron zumbando muy cerca de nosotros, como diminutas malas estrellas. Algunos de los proyectiles impactaron en el suelo y levantaron pequeños surtidores de piedra pulverizada. Otros se estrellaron contra las paredes de espejo y abrieron nuevos agujeros en ellas. Los impactos hicieron que las paredes de cristal retemblaran, y nuestros reflejos, que se apresuraron a ponerse a cubierto a la par que nosotros, oscilaron y se estremecieron. Respondimos a los disparos desde nuestras posiciones, detrás de columnas de cristal derribadas e hileras de estatuas de plata. Algunos de los disparos eran proyectiles de bólter. En los pilares

de cristal aparecieron unos tremendos boquetes, y varias figuras de plata perdieron la cabeza o las extremidades, o incluso llegaron a caer derribadas de sus pedestales. Vi a uno de los guerreros de los Mil Hijos descargando su bólter contra nosotros desde el otro extremo de la estancia. Lo rodeaba una aura, como si llevara su propia tormenta personal. Orcir salió de su posición a cubierto y disparó una ráfaga con su bólter pesado. Los disparos aniquilaron al traidor, y su cuerpo destrozado salió despedido contra la pared de espejo que tenía a su espalda, que se rompió y cayó convertida en una cascada ensordecedora de cristal.

Orcir y Godsmote avanzaron. Seguían disparándonos, pero por el tipo de disparos calculamos que se trataría de soldados de la Guardia de las Torres. Apenas fui capaz de soportar el daño cada vez mayor que sufría aquella sala: las crecientes grietas, el cristal hecho añicos, los agujeros de proyectil, las estatuas derribadas, los detalles arrasados. Orcir abrió fuego de nuevo con su enorme arma apoyada en la cadera y despejó el camino. Me situé a su izquierda, en la entrada de un pasillo lateral, con la esperanza de encontrar una mejor posición a cubierto. Mi campo de desplazamiento todavía no se había recargado. Los disparos enemigos aumentaron de cadencia de forma repentina, y me obligaron a retroceder un poco por el pasillo. Perdí de vista a Orcir y a Godsmote. Los espejos me rodeaban. Me reflejaba en ellos. Seguí avanzando con la pistola en la mano y el hacha lista para ser empuñada, y llegué al extremo del pasillo, donde abrí una puerta de cristal. Al otro lado había una habitación, y entré.

Una luz amarillenta se colaba en la estancia y lo doraba todo, lo que le daba a la habitación un aspecto suave y pulido.

Me adentré con paso prudente. Oí un campanilleo electrónico.

—¿Sí? —susurré.

—¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco —dijo la voz modulada y suave de un servidor.

—Gracias.

Me sentía muy agarrotado, muy cansado. No me sentía así desde hacía mucho tiempo. Me dolían las piernas. Quizá tendría algún analgésico en los cajones.

Me acerqué cojeando a la ventana y apreté el botón que abría la contraventana. El cierre se elevó a lo largo de su marco con un leve zumbido, lo que dejó que la luz dorada inundara la estancia. Miré al exterior. La vista era magnífica.

El sol, fuente de todo aquel brillo etéreo, acababa de salir al otro lado del hemisferio que se encontraba debajo de mí. El disco solar, un circumpunto, me devolvía la mirada, como un ojo. Lo que estaba viendo directamente era Terra en todo su magnífico esplendor. Ante mí se extendía el lado nocturno y las constelaciones que sobre su superficie formaban las luces de las ciudades colmena sumidos en la oscuridad que se extendía más allá del horizonte que separaba el día de

la noche. También divisé el azul resplandeciente del borde de los océanos y el blanco vaporoso de las nubes, y justo debajo de dónde me encontraba se veían las luces centelleantes de la placa supraorbital Rodinia, que flotaba de un modo majestuoso bajo la placa en la que me encontraba.

Sabía dónde me encontraba. Había llegado al final de mi sueño. Enfoqué la vista y vi mi propio reflejo iluminado por el sol en el grueso cristal de la portilla de observación. Vi la cara de la otra figura reflejada en el cristal, la figura que se encontraba justo a mi espalda.

El terror se apoderó de mi alma.

—¿Cómo puede ser que estés aquí?

No me desperté.

—Siempre he estado aquí —me respondió Horus Lupercal.



CATORCE
ESPEJO

No le hubiera hecho falta presentarse. Había visto su faz orgullosa muchas veces, en cuadros y en pictografías, en medallas de recuerdo y en retratos holográficos. Primarca, señor de la guerra, el hermoso, el primero de los primeros hijos. Era un gigante, igual que todos sus hermanos. El pequeño dormitorio de la suite de la placa supraorbital apenas era capaz de contenerlo. Llevaba puesta la impresionante armadura blanca y dorada de su legión. En la placa pectoral se veía grabado un único ojo sin pupila que me miraba fijamente rodeado por una estrella de ocho puntas.

Me sonrió con un gesto tranquilizador, la misma sonrisa que un padre benévolo mostraría a un chiquillo travieso.

—No lo entiendo —le dije.

—Nunca se supuso que debieras entenderlo, Kasper —me contestó—. No eras más que otra pieza en el tablero de juego, pero te he tomado cariño con el paso de los años, y quería verte una última vez antes de que acabara la partida.

—Nunca nos hemos visto antes, mi señor. Lo recordaría.

—¿De verdad lo recordarías? No lo creo.

—Mi señor, he sido testigo de ciertas advertencias. De advertencias muy graves. Se trata de una amenaza contra vuestra vida. He visto una arma…

—¿Esta? —me interrumpió mientras sacaba el Anatam del cinto. El arma relució con un destello maligno, lo mismo que hacía en mis «antirrecuerdos»—. Ya es demasiado tarde. Dentro de un año más o menos a partir de ahora, este cuchillo habrá cumplido su tarea conmigo. Estaré acabado, pero estaré renovado.

—¿Un año más o menos a partir de ahora? ¿Cómo podéis hablar del tiempo de un modo tan enrevesado?

El primarca me sonrió de nuevo.

—Kasper, cuando esta hoja corte mi hilo vital, unos dioses ocultos me tomarán en sus brazos. Me transformarán. Mi vida cambiará del plano mortal al Caos inmortal. Desafiaré las leyes del cosmos y las reglas de la creación. Míranos a los dos, hablando en tu pasado. Próspero arde ahora mismo en tu presente, Kasper, pero ninguno de los dos está ahí.

—¿Por qué? ¿Por qué? —le grité—. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué locura es la que habéis provocado?

—Estoy despejando el tablero para la próxima partida. Estoy colocándolo del modo que me gusta. Existen dos obstáculos clave para mis ambiciones, y son los Hijos de Próspero y los Lobos de Fenris. La primera es la única legión con la sabiduría y los conocimientos suficientes para oponerse a mí en el plano mágico. La segunda es la única legión lo bastante peligrosa como para representar una auténtica amenaza militar. Los hechiceros del Emperador y los verdugos del Emperador. No siento deseo alguno de tener que enfrentarme a alguno de esos dos capítulos en el futuro, así que he invertido tiempo y energías en disponer una serie de acontecimientos que los obliguen a enfrentarse entre sí.

Le miré, completamente incrédulo. Él se limitó a encogerse de hombros con cierto pesar.

—Si he de serte sincero, esperaba más de esto. Magnus está terriblemente desencaminado. Sus escarceos con lo oculto lo han llevado peligrosamente cerca de la condenación, y mi padre acertó cuando decidió restringir sus prácticas. Sin embargo, jamás habría cruzado el límite si no hubiera sido por esta violenta provocación. Deseé mucho que los Lobos y los Hijos se despedazaran los unos a los otros aquí, en Próspero, y de ese modo habría eliminado dos amenazas de un solo golpe. Pero Magnus y Russ han sido fieles a sus personalidades. Magnus, con sus elevados ideales y su actitud pía, ha aceptado su castigo y ha sido destruido. Russ, implacable y brutal en su lealtad, no ha dudado en cumplir la tarea tan espantosa que le han encomendado. Los Mil Hijos han sido destruidos. Los Lobos siguen en la liza.

Horus Lupercal me miró con los ojos relucientes.

—Sin embargo, obtendré cierta compensación con el destino que les espera a Magnus y a sus hijos. A pesar de todo, desesperados por la derrota, acudirán a mí. Así pues, tendré cierta reparación por el hecho de que los guerreros del Vlka Fenryka sigan siendo un peligro tan poderoso para mí.

—Ningún ser humano es capaz de hacer algo como eso —exclamé negando con la cabeza—. ¡Ningún ser humano es capaz de organizar algo como eso y a esa escala!

—¿No? ¿Ni siquiera con años de estrategia y de manipulación? ¿Ni siquiera con la diseminación de secretos y mentiras? ¿Ni siquiera con horribles rumores sobre las prácticas nigrománticas de Magnus? ¿Con preguntas directas y categóricas sobre las tácticas psicopáticas de Russ? Además, por supuesto, de la creación de una red de

espías como tú, Kasper, espías y peones auténticos que provoquen la paranoia en ambos bandos, y que ambos bandos sospechen lo peor del otro y se preparen en consecuencia para una posible reacción. Utilicé los rasgos característicos de las dos legiones y los convertí en armas de autodestrucción.

—¡No! —insistí—. Ningún ser humano es capaz de hacer algo como eso.

—¿Y quién ha dicho que yo sea un ser humano? —me contestó. Retrocedí, y sentí el frío cristal de una ventana o de un espejo en la espalda.

—¿Qué es lo que eres de verdad? —le pregunté.

—Ya sabes mi nombre —me respondió con una carcajada.

—Eso no es más que una máscara, ¿verdad? —le dije señalándolo a la cara—. ¿Qué es lo que eres de verdad?

—¿Qué máscara es la que prefieres?

Se llevó una mano a la cara y se arrancó la piel. Se separó como la cáscara de una vaina de guisantes, como una masa vegetal fibrosa, y dejó escapar una especie de resina que parecía miel fluida. Los rasgos faciales de Horus Lupercal desaparecieron y fueron sustituidos por la cara sonriente de Amon, el senescal del Rey Carmesí.

—¿Esta? ¿A la que le hablaste en Nikaea? El verdadero Amon, en realidad, estaba muy abajo, junto a su primarca.

Aquello dejó caer la cara de Horus al suelo, donde se estrelló con un chasquido húmedo semejante al de una pieza de fruta podrida. Luego se arrancó también la cara de Amon. Brotó un chorro de savia blanquecina que le manchó la placa pectoral de la armadura y bajó formando un reguero sobre el ojo sin párpado. Ahora era la tristemente conocida cara de Navid Murza la que me miraba.

—¿O prefieres esta?

—La verdadera —le repliqué—. La verdadera. Sin máscara, tu verdadero rostro.

—No podrías soportar verla. Nadie puede contemplar la luz maligna del Aniquilador Primordial y sobrevivir a la experiencia. Tu cordura sería lo último en arder, Kasper. Ah, Kasper, no te mentía cuando te dije que me había encariñado contigo. Me fuiste útil. Siento haberte dado la vida que te he dado.

—Navid, ¿qué es eso del Aniquilador Primordial? —le pregunté—. ¿Qué es?

—La disformidad, Kasper. La disformidad. La disformidad lo es todo, y todo es la disformidad. Tu Padre de Todas las Cosas cree que puede ganar una guerra que otras razas muy superiores a la vuestra ya han perdido. No puede. La humanidad será la mayor victoria de la disformidad.

Dio un paso hacia mí. Vi en su garganta el destello de la crux catérica que siempre llevaba puesta. Se estaba derritiendo.

—Nos libramos de nuestros dioses, Kas. Estaba claro que había algo que iba a ocupar su lugar.

Su rostro mostraba una expresión suplicante. Era el rostro que conocí durante

muchos años, y que no había cambiado desde el día que murió en Osetia. Ya no llevaba puesta la armadura del señor de la guerra. Tenía un tamaño humano normal e iba vestido con la túnica de color crema de fieltro de la Bibliotécnica de Lutecia.

Supe con una certidumbre absoluta y dolorosa que había sido la cara de Navid Murza la que había visto cuando me di la vuelta aquel día, tan lejano ya, en mi suite a bordo de la placa supraorbital de Lemurya. Era su cara la que habían bloqueado mis sueños, la cara que mi memoria se había negado a recuperar. Aquello había sido el hecho detonante: un individuo, muerto tanto tiempo atrás, que había regresado para encontrarme en una habitación cerrada para manipularme la mente con el miedo, reiniciar mis recuerdos, ajustar mi voluntad y lanzarme hacia Fenris.

Era la mejor pieza de maleficarum, la que *Colmillolargo* sabía que yo tenía.

—Entonces, ¿todo esto ha sido para nada? —susurré—. Próspero ha ardido ¿para nada? Los astartes se han matado entre sí ¿para nada?

Navid sonrió.

—Es algo exquisito, ¿a qué sí?

—El Rey Carmesí era leal. Estaba equivocado pero era leal, así que esta tragedia no tendría por qué haber ocurrido.

—¡Lo sé! —me respondió exultante. Sus ojos brillaban—. Pero ahora ha ocurrido, Kas. Ah, ha ocurrido, y se ha abierto una puerta. Se ha establecido un precedente. Si crees que lo que ha ocurrido en Próspero es una tragedia, una abominación, un error terrible, deberías ver lo que va a ocurrir a continuación. ¿Dos legiones astartes enfrentadas en un duelo a muerte? Kas, eso no es más que la obertura.

Ya estaba muy cerca de mí. Alargó las manos. Se había quitado los guantes incorporados a la túnica para dejar libres las manos. Yo no quería que me tocara.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que dejaste de ser Navid Murza?

—Siempre fui yo, Kas —me susurró con cariño, y luego me tocó un lado de la cara con la mano.

Sentí cómo sus dedos pasaban por encima del cuero tallado de la máscara. Las marcas de aversión no eran capaces de mantener alejado a alguien como él.

Alguien como él. «Algo como eso», pensé. Me llegó el olor de su aliento, el hedor propio de la boca de un depredador, llena de bacterias de putrefacción, el aire venenoso de Próspero, que ardía en el final de su existencia, fuera de mi sueño privado.

—¿Siempre tú? —quise saber—. No, creo que en algún momento existió un Navid Murza y que tú tomaste su lugar.

—Kas, es muy ingenuo por tu parte pensar algo así —me dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—Es muy ingenuo por tu parte acercarte tanto —le contesté, y pronuncié la

misma palabra que Navid había pronunciado tantos años atrás en el callejón trasero situado detrás del cadáver de la catedral.

Lo había llamado «Enuncia», y formaba parte de un primigenio vocabulario de magia. Se había comportado de un modo muy arrogante, muy desdeñoso. Jamás se imaginó que yo fuera capaz de recordarla, no después de tantos años y de un momento tan breve, pero yo había pasado mucho tiempo con los sacerdotes rúnicos de Fenris recuperando y repitiendo una y otra vez mis recuerdos. La había oído una y otra vez, el número suficiente de veces como para conseguir fijar su forma llena de aristas afiladas en mi memoria.

Tenía aquella palabra grabada a la perfección.

La escupí a la cara de aquella criatura. Fue la palabra más importante que jamás haya pronunciado como escaldo.

La cara le estalló convertida en una tormenta de carne y sangre. Echó la cabeza hacia atrás como si lo hubiera golpeado en el rostro con una hacha. Se alejó de mí trastabillando sin dejar de chillar y aullar, aunque los sonidos salían horriblemente apagados por el destrozo que había sufrido en la boca.

Yo también había quedado herido. Sentí que se me había quedado la garganta en carne viva por vomitar aquella palabra. Noté el sabor de la sangre en la boca. Tenía el labio partido y bastantes dientes sueltos.

Avancé sin que eso me importara y alcé la pistola.

—¡Tra! ¡Tra! ¡Ayuda! —grité, y luego tuve que escupir una bocanada de sangre.

Le disparé a la forma vestida con una túnica que no dejaba de retorcerse. La figura cubierta de fieltro de color crema rodó por encima de la cama de la estancia y se desplomó al otro lado, y se quedó en el suelo chillando como un cerdo empalado. Empezó a derribar piezas de mobiliario y cayeron los libros de las estanterías rotas. La placa de datos del cabecero de la cama quedó dañada, y comenzó a repetir una y otra vez sin cesar: «¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco. ¿Señor Hawser? Su alarma de las cinco…».

Disparé de nuevo contra la figura que se retorcía en el suelo.

—¿Escaldo? ¿Escaldo?

Unas voces me llamaban en wurgen. La puerta de la estancia se abrió y apareció Godsmote junto a Orcir. Ambos dudaron durante un momento. A la espalda tenían el destello resplandeciente del pasillo de espejos de Próspero. Delante de ellos vieron un aposento sombrío y abarrotado que tenía como paisaje la propia Terra. En el umbral de la puerta, donde ellos se encontraban, alguien había unido dos realidades distintas. Su confusión era más que comprensible.

—¡Ayudadme! —les grité al mismo tiempo que señalaba la figura que no paraba de agitarse con fuerza en una esquina de la estancia—. ¡Matad eso!

Orcir pasó a mí lado y afianzó las piernas para disparar el bólter pesado. Esta vez

no hubo titubeo alguno. Disparó una ráfaga prolongada con la enorme arma, y el estruendo resultó ensordecedor en los confines de la pequeña estancia. Los proyectiles destrozaron la figura. Arrancaron los pliegues blandos y suaves de la túnica de la Bibliotécnica y machacaron el cuerpo que había debajo. La sangre, la savia y el tejido fibroso cubrieron la pared que tenía detrás.

Pero no estaba muerto.

Se alzó, convertido en un esqueleto humano destrozado del que goteaban restos sanguinolentos, y se rehízo a sí mismo. Aumentó de tamaño, los órganos se recolocaron o se recompusieron por completo. Los últimos restos de la túnica de color crema de la Bibliotécnica cayeron como una capa de piel desechada cuando debajo de ellos apareció una armadura blanca y dorada. Una vez recompuesto por completo, el señor de la guerra los miró con una expresión vengativa y enloquecida. Le faltaba uno de los ojos, que había quedado reventado.

—Retroceded —advertí a mis hermanos.

—¡Hjolda! —exclamó Orcir—. ¿Lupercal? ¿Lord Lupercal?

—¡Retroceded! —les repetí con un grito.

—Orcir —murmuró Horus, quien pronunció el nombre como si fuera un hechizo.

Una fuerza invisible empujó a Orcir hacia el gigantesco primarca.

El Anatam relució en la mano de Horus antes de clavarlo en el pecho de Orcir. El lobo aulló. Ya le había cortado su hilo vital, pero Orcir intentó disparar el bólter pesado a quemarropa contra su asesino. Horus pronunció de nuevo el nombre de Orcir, y de nuevo, el nombre le proporcionó poder sobre nuestro hermano lobo. Esta vez, la fuerza invisible apartó a Orcir del arma asesina y lo lanzó como una muñeca de trapo al otro lado de la estancia. El cadáver cubierto por la armadura chocó contra la portilla de observación y la ventana quedó destrozada.

Se oyó un monstruoso estampido provocado por la descompresión. Cada pieza de mobiliario, cada objeto suelto de la estancia, cada gota de sangre, salió disparada hacia la portilla rota al mismo tiempo que la atmósfera y los fragmentos rotos de la ventana. El cuerpo de Orcir, flácido y con las extremidades extendidas, se alejó del hueco dejado por la ventana reventada dando vueltas sobre sí mismo y cayó hacia Terra. Se hizo más y más pequeño antes de comenzar a arder como un meteorito.

La descompresión no movió a Horus. Lanzó un rugido al aire que pasaba a chorros a su alrededor. Yo sentí que mis pies perdían asidero. Intenté hacer frente al vendaval, pero el vaciado explosivo de la estancia no me lo permitió. La pantalla de cristal de una lámpara se estrelló contra mi hombro y se partió. Un libro me golpeó en la rodilla. Me agarré al marco de la puerta. Un caballo de juguete hecho de madera me pasó al lado de la cabeza y salió despedido hacia la oscuridad.

No fui capaz de mantenerme agarrado. Se me soltaron los dedos y salí disparado hacia atrás como un corcho. De repente, me detuve en el aire cuando Godsmote me

aferró con fuerza del brazo e impidió que saliera volando. El lobo había enganchado la cabeza del hacha al marco de la puerta, y estaba agarrado al mango del arma con una mano mientras con la otra me mantenía dentro de la estancia. El esfuerzo de tirar de mí lo hizo rugir. En cuando logré encontrar un asidero, uní mi fuerza a la suya.

Salimos por el hueco de la puerta y la cerrarnos de inmediato. En el exterior no había más que una superficie de espejo. Nos encontrábamos de nuevo en el recinto del templo, en el pasillo de cristal.

Me esperaba una riada de preguntas por parte de Godsmote, la exigencia inmediata de una serie de explicaciones, pero el lobo ni siquiera se detuvo un instante. Decidido y sin titubeo alguno, como todos los lobos, sabía que todavía no estábamos a salvo. Avanzamos con rapidez por el pasillo auxiliar en dirección al atrio principal, el espacio destrozado por el tiroteo.

Horus se lanzó a perseguirnos. Atravesó de forma explosiva la pared de cristal del templo y derribó paneles enteros de espejos, igual que si por allí hubiera pasado un Land Raider. Se abrió paso de una realidad a otra, de mi pasado a mi presente, de mis recuerdos a mi realidad. Apareció a la carrera, y cada una de sus grandes zancadas resonó contra el suelo pulido.

—¡Kasper! —me gritó a modo de orden.

Sentí el tirón, el poder de mi nombre, pero Kasper Hawser no es más que uno de los nombres que tengo, y ninguno de ellos es mi verdadero nombre de nacimiento, mi significante. Ni siquiera yo lo sabía. Logré resistir.

Casi nos había alcanzado ya. Godsmote se volvió para enfrentarse a él. Astartes contra criatura primarca, lobo de Fenris contra lobo de Luna.

—¡Godsmote! —gritó Horus.

Godsmote titubeó un segundo, pero de inmediato empuñó su hacha y lanzó su famoso golpe propio de los dioses con toda la fuerza de los brazos. El filo del hacha se enterró en el costillar izquierdo de Horus y lo desplazó de lado unos cuantos pasos. La criatura aulló. Godsmote sacó el hacha de un tirón y asestó otro tremendo golpe que abrió un tajo en el muslo izquierdo del señor de la guerra.

—¡Fith de los ascommani! —aulló Horus.

Había buscado a mayor profundidad en mis recuerdos y había encontrado un nombre más antiguo y verdadero para mi amigo y hermano lobo. Nada más pronunciarlo, Godsmote se elevó en el aire y salió despedido hacia el otro extremo de la estancia. Se estrelló contra la pared de espejos a una altura de unos cuatro o cinco metros respecto al suelo y abrió un hueco rodeado de un enorme entramado circular de grietas debido a la fuerza del impacto. Después se desplomó contra el suelo.

Horus se irguió y vino a por mí. Le disparé hasta que agoté la célula de energía de la pistola. La tiré y empuñé el hacha. Me derribó de una simple bofetada, me arrancó la unidad generadora del campo de desplazamiento y me arrebató de las manos el

hacha. Me rodeó la garganta con una de sus enormes manos.

—Me había encariñado contigo —me siseó con la voz de Navid Murza—. Incluso he llegado a confesártelo. Y me pagas tal acto indulgente con este insulto, cuando deberías haber aceptado el regalo de una muerte indolora que te estaba ofreciendo. Ahora puedes tener por seguro que no será indolora.

—No me importa —le respondí con un gruñido ahogado.

El filo helado y centelleante de una hacha fenrisiana pasó destellante entre nosotros y le cortó limpiamente el brazo a la altura del codo. Caí al suelo con el antebrazo de Horus todavía pegado a mi garganta. Su sangre, o lo que fuera aquella fétida sustancia, me salpicó con fuerza.

—Retrocede —me ordenó Oso, y le propinó otros dos hachazos.

Horus aulló el nombre de Oso, lleno de rabia y de dolor, pero no logró dominarlo en absoluto. El hacha de Oso siguió abriéndole tajos por todo el cuerpo. Al igual que había ocurrido cuando llevaba puesta la máscara de Amon en Nikaea, el Aniquilador Primordial fue incapaz de someter a Oso utilizando su nombre.

Oso había infligido unas heridas terribles a la criatura Horus. Le había amputado un brazo, la armadura blanca y dorada estaba abierta en una docena de brechas ensangrentada, y un lado de la cabeza de Lupercal mostraba una tremenda hendidura de aspecto repugnante. Tenía el cráneo abierto. Sobresalían varios fragmentos de hueso blanco. Le había arrancado parte de una mejilla. La sangre que le salía a borbotones del cuerpo estaba formando un charco creciente a sus pies.

—Escaldo. Echa a correr ya —me gruñó Oso.

Me puse en pie. Oso agarró con mayor firmeza el hacha y se preparó para el siguiente asalto del combate. La criatura Horus avanzó de forma un tanto espasmódica y chapoteó un paso tras otro sobre el charco de sangre espesa que él mismo había vertido dejando luego unas pisadas repugnantes en el suelo de cristal.

—Corre ya —me ordenó Oso.

La criatura Horus aceleró el paso. Oso se encorvó un poco y se preparó para el golpe que se disponía a dar. El hacha no llegó a impactar. El dolor y la rabia parecieron amplificar el poder de la criatura Horus. Derribó a Oso con un barrido feroz del brazo que le quedaba y luego se encorvó para lanzarle una lluvia de puñetazos al lobo caído. Oso rodó de un modo salvaje para escapar de los golpes, y de un puño que abrió varios agujeros en el suelo. El lobo no tenía ni tiempo ni oportunidad para levantarse, por lo que se deslizó sobre la espalda e intentó golpearlo de nuevo con el hacha empuñada en la mano izquierda.

En esta ocasión la criatura Horus atrapó la cabeza del hacha. Lo hizo de manera limpia con su enorme zarpa blindada, y no dejó escapar el arma. La sangre y un fluido aceitoso le salieron de la boca cuando bajó la mirada hacia Oso y murmuró una de las antipalabras del Enuncia.

Un fuego infernal, como el de las llamaradas que incendian los árboles y los extremos de los mástiles en las noches invernales más oscuras, bajó por toda el hacha, desde el filo de la cabeza hasta el mango, y la envolvió con unas llamas amarillentas y verdosas que la consumieron. El fuego se extendió hasta el brazo de Oso, y se lo quemó con un fogonazo abrasador. Oso aulló. La criatura Horus se estaba cobrando el castigo por su propio brazo perdido. Era un depredador que se dedicaba a jugar con su presa antes de matarla.

Recogí mi hacha del suelo, allá donde había caído, y no lo dudé. Me interpuse entre ambos y le propiné un tajo al brazo izquierdo de Oso justo debajo del codo, antes de que el maleficarum se extendiera al resto de su cuerpo. El lobo me había salvado al amputar una extremidad. Yo estaba decidido a pagarle esa deuda, a pagarle por la protección constante que me había ofrecido, sin mencionarlo nunca, desde la primera vez que lo había visto en la orilla del campo de hielo, cuando lo confundí con un demonio.

En esos momentos sí que sabía ya cómo era un demonio.

Oso se apartó con rapidez apretando los dientes por el dolor. Intenté arrastrarlo de regreso al pórtico de la sala. He de confesar que no esperaba lograr nada más que retrasar nuestro fin inevitable.

Para entonces, Aun Helwintr ya había sentido las terribles fuerzas que se habían desatado en el recinto del templo. Entró en el recinto de cristal a nuestra espalda con un aspecto ominoso gracias a la piel de lobo y a la larga capa negra, con el cabello blanco trenzado y encerado para formar dos cuernos rígidos. Colocó de inmediato las manos formando los gestos de protección que aprenden todos los sacerdotes rúnicos, los gestos de expulsión y de aversión. La criatura Horus vomitó un chorro de sangre y retrocedió, pero su poder era mucho mayor que el del sacerdote rúnico.

Y por eso precisamente, Helwintr no había acudido solo en nuestra ayuda.

Toda una pared de cristal de la entrada del templo, la del lado derecho, reventó y saltó convertida en una inmensa cascada de vidrio roto. Un segundo después, lo mismo ocurrió con la pared izquierda. La luz y el humo procedente del campo de batalla del exterior penetraron a través de las estructuras rotas del edificio. Varias partes de la cubierta del techo cayeron y se hicieron añicos contra el suelo.

Una silueta enorme y pesada entró en la sala a través del hueco de la pared del lado derecho. Era un artefacto bípedo de unos cinco metros de alto, achaparrado pero enorme, con un grueso blindaje de adamantium, y que mostraba los colores de los Vlka Fenryka. Los montajes de armas de cada lado de su estructura giraron y fijaron sus blancos.

Otro dreadnought entró a través del hueco abierto en el lado izquierdo de la sala y activó del mismo modo sus armas. Los artefactos acortaron un poco las distancias y dejaron atrapada a la criatura Horus entre sus dos posiciones, lo que la obligó a

retroceder hasta el fondo de la estancia. Cada paso que daban hacía que el suelo se estremeciera.

Abrieron fuego al mismo tiempo, como si obedecieran la misma orden mental. La tempestad iracunda de los cañones de asalto y de los láser acoplados machacaron a la criatura Horus. Quedó desperdigada en trozos mientras agitaba el brazo que aún tenía, convertida en una neblina difusa de materia que cubrió lo poco que quedaba de la superficie reflectante de la estancia, y la manchó como si fuera moho. Algo se agitó con fuerza en el centro de la zona de disparo, algo que fue tomando forma a medida que la figura humanoide de Horus resultaba despedazada. Unos vientos y unas energías con la fuerza de una galerna aullaron, y el aire se llenó de enjambres de moscas.

Algo se alzó con lentitud de la propia bola de fuego creada por las andanadas de disparos de los dreadnoughts. Era difícil de mirar, difícil de entender. Desafiaba cualquier clase de interpretación visual, igual que un sueño que se niega a dejar que te des la vuelta para ver su rostro.

Era algo alto y contrahecho, una sombra creada por sombras. Capté la sugerencia de una anatomía que era a la vez absolutamente humana y corrompida más allá de cualquier límite orgánico. Todo lo que lo componía se había colocado de un modo equivocado, por lo que mirarlo provocaba una dislocación de los sentidos y corrompía la mente. Era carne cartilaginosa y rancia, con ampollas e intestinos herniados, con lenguas ulceradas y dientes podridos. Eran ojos que no dejaban de parpadear, tan grandes como cuencos para beber, o saltones como los de los anfibios. También tenía cuernos, dos enormes cuernos curvados hacia arriba.

De repente, las sombras parecieron multiplicarse. Las nubes de moscas se hicieron más densas e intentaron colarse en los ojos, en las narices, en las bocas, en las heridas.

—Oh, Aun Helwintr —dijo una voz—. No aprendes de tus errores. Has traído a unos poderosos guerreros para enfrentarte a mí y expulsarme, pero conozco sus nombres, así que tengo poder sobre ellos. Os nombro a los dos: Patrekr el Gran Colmilludo, Cormek Dod.

—Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo —le contestó Helwintr.

Me quedé sorprendido al ver que sonreía. De repente, una serie de figuras aparecieron a su espalda y entraron por los huecos que habían abierto los dreadnoughts. Una docena de guerreras de las Hermanas del Silencio. Dos docenas. Todas llevaban las espadas desenvainadas. La que estaba al mando, Jenetia Krole, alzó la mano y señaló con gesto acusador la silueta sombría que se alzaba delante de nosotros.

La criatura lanzó un aullido largo y estremecedor, un grito de angustia al ver que le arrebataban sus poderes. El gen paria que compartían todas las pertenecientes a la

Hermandad del Silencio bloqueaba la energía de su hechicería y anulaba hasta el maleficarum más poderoso. El viento comenzó a amainar de inmediato. Los enjambres de moscas cayeron muertos y se acumularon sobre el suelo formando montones negros tan gruesos como las pilas de cristales rotos.

—Derribadlo y cortadle el hilo vital —ordenó Aun Helwintr, y los dos dreadnoughts reanudaron sus andanadas mortíferas.

No dejaron de disparar hasta que el último rastro del demonio quedó pulverizado.



QUINCE
HILOS VITALES

No creo que lo matáramos, hermanos. No creo que el Aniquilador Primordial pueda ser dañado del mismo modo que lo es una criatura mortal. Pero lo expulsamos, lo echamos. Le hicimos daño, durante un tiempo, al menos.

Cuando salimos, la batalla ya había acabado. El Rey Lobo se había enfrentado a Magnus en un titánico combate personal y le había roto la espalda. Luego, en el mismo momento que nosotros acabamos con el demonio en la sala del templo, la hechicería rugió hirviente por todo el planeta destrozado. Cayó una tormenta de sangre. El Rey Carmesí y aquellos de sus Mil Hijos que habían sobrevivido se desvanecieron de la vista y huyeron gracias a su magia prohibida.

Sólo de ese modo consiguieron escapar a la aniquilación total por parte del Rout.

Que todo el mundo recuerde esta lección.

La lluvia de sangre todavía caía cuando terminamos de reagruparnos. El cielo estaba oscuro como el final del anochecer, negro como las alas de un cuervo, iluminado tan sólo por el resplandor de los incendios que devoraban la ciudad de cristal. Me quedé junto a Oso mientras los sacerdotes lobo le atendían el brazo. Godsmote se había recuperado lo suficiente de sus heridas como para andar, y estaba a nuestro lado.

Oso mantuvo un rostro impasible. No mostró señal alguna de dolor o de incomodidad mientras los sacerdotes se ocupaban de su brazo con cortadoras de hueso y ganchos. A su debido tiempo le implantarían un miembro artificial. Sin embargo, sí lo vi torcer el gesto un poco cuando un dreadnought pasó retumbante por

delante de nosotros bajo la terrorífica lluvia.

Oso tenía el rostro cubierto de gotas de sangre de lluvia.

—No me importa perder el brazo. Al menos cuando piensas en las otras alternativas —musitó.

—¿Qué otras alternativas? —quise saber yo.

—Se supone que es un honor, pero ¿quién quiere perder tanto como para acabar así? —me explicó Godsmote señalando con un gesto del mentón al dreadnought que se alejaba—. Esa no es manera de vivir para siempre.

Oso asintió con expresión sombría.

—Lo que no entiendo es cómo conseguiste romper su conjuro —comenté—. Sabía los nombres de todos nosotros, pero a ti no consiguió dominarte con ese poder.

—Eso se debe probablemente a que sacó todos nuestros nombres de tu cabeza —me contestó Godsmote—. Pero resulta que nunca supiste bien el suyo.

Ya he comentado que quien quiera, o lo que quiera, que me implantó los conocimientos de juvjk y de wurgen hizo un buen trabajo, pero imperfecto. A veces, en los momentos de mucha tensión, o cuando estoy distraído, me equivoco y pronuncio mal una palabra, o utilizo una del gótico bajo que hablaba en mi vida anterior.

Mi mente decidió desde el principio que el nombre de Oso era «Oso», pero resulta que ésa era la traducción de la palabra que yo había creído oír en juvjk. El error se había convertido en una costumbre, y Oso, tan taciturno como siempre, no había visto motivo para corregirme.

En realidad, en el lenguaje de los Vlka Fenryka se llamaba Bjorn.

Reconozco mi error y me aseguraré de corregirlo.

Una vez Próspero ardió del todo, sentí una gran pena por los Lobos. No por las pérdidas que habían sufrido, que eran numerosas y lamentables, sino por su vacío. Ya habían desahogado toda su ira, y aunque la victoria era completa, daba la impresión de ser un triunfo hueco. Permanecían de pie, a mi alrededor, silenciosos y encorvados, unas figuras abatidas entre las ruinas ennegrecidas, empapadas por la lluvia de sangre oscura. Ya no les quedaba furia porque ya no les quedaban enemigos a los que matar.

Parecían perdidos, como si no supieran qué hacer a continuación. No iban a participar en ninguna clase de reconstrucción o de recuperación. No iban a verse involucrados en ninguna fase posterior a la batalla. Los Vlka Fenryka sólo sabían hacer una cosa.

Las chispas saltan en el aire. La memoria se encoge como la piel de un cadáver, y el tejido muerto se aprieta cada vez más contra los huesos hasta abrir las mandíbulas en un grito silencioso. Vemos en la superficie de los lagos de agua negra el reflejo del tiempo sideral que pasa por encima. Veo a los lobos como unos herederos, los últimos guardianes de un reino antiguo que es tan viejo y se encuentra tan caído en el abandono que se ha convertido en una ruina incomprensible. A pesar de ello, lo protegen, igual que los perros guardianes vigilan una casa que no comprenden.

Mientras sobrevivan, sus relatos vivirán, contados una y otra vez por escaldos como yo a guerreros como vosotros. El fuego seguirá ardiendo. Oleremos la resina de copal que humea en el aire. Quizá no vea a los individuos que me rodean, pero veré sus sombras, que cubrirán las paredes de la cueva más allá del fuego crepitante, igual que si fueran pinturas rupestres a las que las llamas inconstantes de la hoguera les proporcionaran una ilusión de movimiento.

Me esforzaré por oír lo que dicen los guerreros a lo largo de sus conversaciones murmuradas e interminables, para de ese modo enterarme de todos los secretos del mundo y aprender todos los relatos, desde el primero hasta el último.

En la parte más profunda y fría de la cueva existe una negrura sólo alterada por un leve brillo azul y frío. El aire tiene un olor estéril, como una roca en un páramo polar seco que carezca de la más mínima agua que helar. Está muy lejos del calor tibio y la luz suave de la hoguera de la cueva, muy lejos de la fraternidad de voces murmurantes y del olor a resina quemada. Es ahí donde me obligarán a dormir la mayor parte de mi vida. Soy demasiado peligroso como para permanecer entre los guerreros del Rout. Soy un peligro. Sé demasiado, y hay cosas que saben demasiado de mí. Sin embargo, los Vlka Fenryka me han tomado cariño, y debido a esa extraño y brusco sentimentalismo suyo, no son capaces de cortarme el hilo vital de un modo rápido y misericordioso.

Así pues, me pondrán a dormir en el profundo frío del hielo, en éstasis, en las entrañas del aett, con la única compañía de Cormek Dod y los demás dreadnoughts. A ninguno de nosotros nos gusta estar allí. Ninguno de nosotros eligió estar allí. Nos falta la luz de una hoguera. Nos falta la luz del sol. Ya hemos soñado los mismos sueños un centenar de veces, un millar de veces. Nos los sabemos de memoria. No elegimos la oscuridad.

A pesar de ello, cuando nos despiertan y nos reviven, no nos satisface ver la luz del sol.

Si alguien decide despertarnos, es que algo grave ocurre.

Me encuentro en la llanura alta de Asaheim, donde vi con vida a Heoroth *Colmillolargo* por última vez, pero quien está a mi lado es el Rey Lobo. El aire es transparente como el cristal. Unas montañas se alzan al oeste de donde nos encontramos, más allá de una enorme llanura nevada y un denso bosque de árboles de hoja perenne. Las montañas son blancas, de bordes tan delimitados y afilados como los dientes carnasiales de la mandíbula de un carnívoro. Sé muy bien que el cielo gris metalizado que se alza detrás de ellas no son nubes de tormenta, sino más montañas, unas montañas más grandes todavía, unas cimas tan inmensas que su tamaño es capaz de sumir en el desánimo a cualquier ser humano normal. La ira de corazón oscuro de las tormentas fenrisianas del invierno se acumula y ruge allá donde las cimas se pierden de vista, clavadas en el cielo igual que unas espinas inmensas. Las nubes parecen tan furiosas como unos dioses patriarcales, y tan malignas como unos demonios traicioneros.

Es la última hora del último día antes de que entre de forma voluntaria en éstasis.

—¿Entiendes los motivos? —me pregunta el Rey Lobo, que se alza, enorme, a mi lado. Su voz es el ronroneo retumbante de un leopardo.

—Sí, lo entiendo.

—Ogvai me ha alabado mucho tu maestría como escaldo.

—El jarl es muy amable.

—Es sincero, por eso lo mantengo cerca de mí. Pero debes entender que no se puede jugar una partida con una pieza rota en el tablero.

—Lo entiendo.

—Sin embargo, están los relatos. No queremos perderlos. Las generaciones futuras tienen que oírlos, y aprender de ellos.

—Los conservaré para vos, mi señor. Permanecerán en mi cabeza, listos para ser contados.

—Bien. Asegúrate de que sea así. No voy a estar aquí siempre para vigilar y cuidar a los Vlka Fenryka. Será mejor que procures que escuchen con atención los relatos cuando yo no esté.

Me echo a reír pensando que es una broma.

—Vos jamás faltareis, mi señor.

—Jamás es mucho tiempo, escaldo —me contesta—. Soy muy resistente, pero no tan resistente como para eso. Que algo jamás haya sucedido no quiere decir que nunca vaya a ocurrir.

—Hay una primera vez para todo.

—Exacto —me responde con un gruñido.

—Algo sin precedentes. Como… ¿astartes enfrentados a astartes? ¿Cómo el Rout recibiendo la orden de castigar a otra legión?

—¿Eso? —Se echa a reír, pero es un sonido lleno de tristeza—. Hjolda, no. Eso sí que tiene precedentes.

Me quedo sin palabras ante aquella respuesta. Nunca sé con certeza cuándo bromea y cuándo no. Seguimos contemplando el lindero del bosque. Empiezan a caer los primeros copos de nieve.

—¿Hay lobos en Fenris? —le pregunto.

—Ve a verlo tú mismo. Ve —me dice.

Lo miró y me hace un gesto de asentimiento. Me dirijo hacia el lindero del bosque a través de la nieve. Comienzo a correr. Tiro de la piel de lobo, la que Bercaw me dio, y la aprieto contra mí como si fuera una segunda piel. En la tremenda oscuridad que se extiende bajo los árboles veo unos ojos que me miran fijamente. Luminosos, dorados y con la pupila negra. Me están esperando, diez mil pares de ojos que me miran desde las sombras del bosque. No tengo miedo.

Ya no les tengo miedo a los lobos.

A mi espalda, el Rey Lobo me observa hasta que desaparezco entre los árboles.

—Hasta el próximo invierno —murmura.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a Graham McNeill, a Jim Swallow, a Aaron Dembski-Bowden, a Nick Kyme, a Gav Thorpe, a Nik, a Big Steve Bisset, por todas las consultas y las sugerencias, al personal de la Black Library y a los lectores por su paciencia.